

Los palacios del interior

David Luján

Los palacios del interior

 *Colección*
Novela Curativa

El Cielo Anterior

Mucho antes de que naciera Víctor Vila, mucho antes incluso de que se forjara su existencia en los cielos, un muy remoto ancestro suyo nació muerto. Entonces su madre acudió desesperada a los chamanes quienes lograron resucitarlo con sonidos graves y una serie de golpes en la espalda. El bebé volvió a respirar y durante años su madre imitó aquellos sonidos graves con su propia voz, y día tras días le aplicó ungüentos de hierbas en la espalda. Cuando alcanzó la edad de los 14 años se encontraba en perfecto estado y entonces su madre, agotada, cayó enferma y murió sin remedio. El sufrimiento fue tan inmenso y profundo que comenzó una larga cadena genealógica de ancestros obsesionados con la enfermedad y la salud. Durante generaciones, unos más y otros menos, todos los descendientes fueron chamanes, curanderos o investigadores del funcionamiento de la naturaleza humana.

Uno de estos ancestros, mucho antes de que la existencia de Víctor Vila se forjara en los cielos, también nació muerto en medio de una tormenta de nieve en lo más alto de una inmensa montaña. Pero entonces su madre, para salvarlo, se abrió con un cuchillo el vientre y metió a su bebé dentro. El remedio fue el adecuado, gracias al calor de la sangre el bebé recuperó la vida y poco después, cesó la tormenta. Salió instintivamente envuelto en sangre del vientre abierto de su madre muerta. Luego lo

encontraron y aquel ancestro fue célebre en su tiempo y laureado durante generaciones por sus buenas artes en la curación del cuerpo y las emociones. Se habló de él en todos los continentes, en lugares que ni podían pronunciar su nombre. Hoy en día aún mucha gente y sin saberlo, menciona a un viejo chamán capaz de curar cualquier enfermedad con remedios misteriosos que salían de una intuición sobrenatural. Siempre que alguien no encontraba cura se esperaba la llegada mágica de este chamán que un día, hace mucho, fue salvado por el amor de la sangre ardiente de su madre al morir. Ya no queda nadie que sepa realmente su nombre, o su historia, o dónde vivió. Todo eso se ha borrado en la historia pero no en los Cielos donde aún se emite con fuerza. Y esa fuerza continúa influyendo a más generaciones.

Fue la bisabuela de nuestro protagonista quien dio a luz a un bebé (el futuro abuelo de Víctor Vila) también de una manera muy peculiar. La señora iba sola en un barco, embarazada a falta de muy pocos días, cuando rompió aguas y los dolores se hicieron tan intensos que comenzó a perder mucha sangre. Los gritos eran espantosos y todos temieron que ambos fuera a morir pero la bisabuela, a las puertas de la muerte y casi sin conciencia (por la pérdida de sangre), tuvo una gran intuición curativa. De repente se levantó con una energía inesperada y saltó por la borda del barco. Al caer al agua, lo hizo de tal suerte golpe soltó bruscamente a su bebé. El abuelo de Víctor Vila nació en el mar, gracias a un remedio inusual pero perfecto que encontró su bisabuela justo en el último momento. Ella no logró vivir y se ahogó por falta de fuerzas con muy poca sangren en su interior. Al bebé sí lo rescataron los del barco. Pero, como nadie respondió por él, y, no había documentos, el bebé se quedó en el barco y se crió allí. Se hizo mayor y poco antes de estallar la guerra embarazó a una joven (la futura abuela de nuestro personaje). Tuvieron un romance intenso pero muy costo ya que él murió poco después cuando una bomba cayó sobre la ambulancia que conducía. Aquella mujer tuvo que criar sola al bebé que traía

en su interior quien resulta ser el padre de nuestro protagonista.

La guerra y otras miserias impidieron que la abuela Soledad, que así se llamaba, educara a su hijo como le hubiera gustado. Roberto Vila, el padre de nuestro protagonista, se crió sin medios y fue el primero después de una larga, muy larga cadena de ancestros dedicados a la enfermedad y la salud, que no lo hizo. Solo logró, por obligación, trabajar en una fábrica de tabaco. Él lo odiaba, aunque apenas se quejó, pero no pudo o no supo encontrar el remedio que le sacara de allí. En una ocasión hubo un accidente en la fábrica, algo grave, y, por intuición, Roberto Vila le colocó a su compañero un vendaje con hojas de tabaco y le hizo un torniquete. Cuando llegó el médico lo felicitó por tan excelente trabajo. Pero en una segunda ocasión en otro accidente aún más grave, un compañero sufrió un golpe tal que se le encharcaron los pulmones. Por intuición, de nuevo, Roberto saltó sobre él y con un bolígrafo le abrió la tráquea logrando así que respirara. Aquel gesto, en apariencia agresivo, salvó la vida del compañero pero a Roberto Vila lo castigaron tan duramente que jamás volvió a intentar ayudar en el campo de la medicina.

Cuando cumplió los 35 años encontró trabajo en otra fábrica y se casó. Tuvo un único hijo al que llamó Víctor. Como podemos ver el Cielo Anterior de nuestro personaje ya trae en su música una fuerte virtud relativa al cuidado y trabajo de las enfermedades (sobre todo por el lado paterno de su árbol genealógico). Y esa música, cargada desde hace miles de años en los Cielos, de generación en generación, afinada por los siglos de experiencias vividas por todos sus ancestros, incidía constantemente en el ADN del embrión allá en el vientre de su madre.

El ADN es uno cualquiera, como lo son todos, sin inteligencia ni información, pero al igual que una antena de radio es capaz de capturar música y traducirla. Y así poco a poco y guiado por la música de las virtudes ancestrales, las células de su diminuto organismo fueron creciendo para colocarse cada una en su sitio, según el Cielo Anterior. Tal como los músicos de

una orquesta que encuentran su lugar según les va guiando la melodía. Los violines y el arpa, las trompetas y tambores, todas las ondas marcando el paso firme de las células que van tomando forma y posiciones. Todo guiado por el gran director de orquesta que son las ondas capturadas por el ADN de su Cielo Anterior. Y es en esa etapa, allá cuando aún le llamamos embrión cuando se comienzan a formar los cinco Grandes Palacios del Interior y el Palacio Imperial donde vive el Emperador. El corazón (el Gran Palacio Rojo) y los riñones (el Gran Palacio Negro), el pulmón (el Gran Palacio Blanco y Gris) y el bazo/páncreas (el Gran Palacio Amarillo y Ocre) y por último como centro de operaciones, el hígado (el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes). Y en el Palacio Imperial (el cerebro) que algún día gobernará las urgencias del organismo en su relación con el exterior.

Estos cinco Palacios y el Emperador igualmente van tomando forma por la música del Cielo Anterior de nuestro protagonista Víctor Vila, pero son a su vez órganos universales, es decir que tiene su propio Cielo Anterior independiente de cada individuo. Son en sí mismo un ente porque tienen su propio Cielo. Es por eso que se pueden trasplantar de un ser humano a otro y con cierto esfuerzo de adaptación terminar sirviendo a otro amo. Conviene saber que estos palacios del interior, u órganos vitales, son los que sostienen nuestros subconscientes. Con esto queremos decir que eligen más del 90% de nuestras decisiones a lo largo de la vida. Los subconscientes son personajes con sus propias características diseñadas por la evolución para servirnos. Saltan, o se activan en función de las circunstancias del exterior. Si estoy pasando por un tipo de problema, un subconsciente y no otro debe tomar el control de mis decisiones. Ayudarme a pensar y obligarme a reaccionar de una manera determinada. Y cada subconsciente tiene su palacio con sus sirvientes que son como un gran ejército para pelear por distintos intereses. Entre ellos, entre estos subconscientes o palacios del interior a veces hay acuerdos y todo nuestro ser se muestra claro y confiado. Pero

en otras ocasiones sufrimos guerras internas donde los distintos palacios rompen sus buenas comunicaciones y formas patológicas. Las malas relaciones entre subconscientes u órganos internos nos causan confusión, emociones dispares y decisiones no muy acertadas. Una patología en un palacio del interior provoca una guerra que puede fallarse por un lado o por otro. Se hacen grupos y se alían... en ocasiones el conflicto bélico, como iremos viendo a lo largo de este relato, puede producir verdaderos destrozos en las decisiones. La claridad y paz entre los distintos palacios del interior es crucial para la salud, para la toma de decisiones y la buena ventura de nuestro destino. De momento, nuestro personaje principal está tomando forma y sus palacios aún se están construyendo.

Las músicas se van coordinando de manera magistral y las células crecen hasta que les llega la orden de parar. Todo va tomando forma como una orquesta inmensa cuya sinfonía, sin tiempos sino círculos, converge justo ahora desde millones de años amplificando y enredando sonidos. Como decimos, toda esa inteligencia única se junta con todo el árbol genealógico de la madre y del padre, y a la vez con las necesidades específicas que dicta la evolución según las urgencias del equilibrio. El pequeño Víctor va tomando forma y sus células quedaran para toda la vida sintonizadas con el Cielo Anterior que lo está ahora construyendo. Precisamente lo construye para que sintonice, para que sea una radio receptora. Son las ondas las que sostienen la materia, así que la materia no es más que ondas sostenidas por una música incesante. Como todo recién llegado, viene para salvar. Aun no sabemos qué ha de salvar, si a su árbol genealógico o puede que no solo al propio, sino a otros árboles. Y tal vez, y esto se da en ocasiones, viene a salvar no al propio árbol sino solo a otros ajenos. En cualquier caso se están formando los palacios condicionados por todo lo que trae el pasado familiar y social. La ambición de sus Virtudes naturales es algo que la evolución decide según las necesidades de cada momento. Luego

será responsabilidad de Víctor ir buscando dónde ayudar y cómo desarrollar dichas Virtudes para contribuir en este mundo al que está a punto de llegar.

Todo es muy complejo y algo confuso para entenderlo con palabras. Las ondas se mueven trazando círculos entre batallas que producen victorias y derrotas. De esas conclusiones se desprende la inteligencia capaz de dar forma al mundo. En este caso, en el nacimiento de nuestro personaje Víctor Vila, el mundo pedía un talento en el arte de la medicina.

RIÑÓN IZQUIERDO

***La casa femenina del
Gran Palacio Negro de la izquierda***

Víctor Vila nació un jueves a las 8:31 de la madrugada en el año de la rata para los chinos, bajo el signo del escorpión para los grecolatinos y según el calendario Maya, el pavo real. Y entre estos tres animales zodiacales que representan estados del universo en un tiempo cíclico, se ensamblaron los hilos de su personalidad. Obviamente estos signos no se establecen justo en el momento de nacer, sino que vienen más o menos creándose un año atrás. Justo un año donde el universo está en una situación similar y aún la madre de Víctor no está ni siquiera embarazada. Le faltaban tres meses para su embarazo cuando los Cielos ya diseñaban a nuestro personaje. El universo gira y gira y en su girar produce ondas inteligentes con determinadas características que luego irán a enfrentarse en cientos de batallas. Nada está escrito pero sí hay una tendencia en la combinación particular de los distintos Palacios, una política celestial que los rige a todos y sobre la cual han de dictarse en ocasiones el devenir de las batallas internas/externas. La rata dicta una política de resolución de problemas donde siempre buscará la puerta de atrás, lo no oficial, el lugar donde nadie acude para, desde allí, vencer. El

escorpión dictará las leyes de su frialdad frente a los palos de la vida, que si son muchos o fuertes terminarán envenenado a los que les rodean. Y el pavo real escribe las normas de su lucimiento frente a otros, la responsabilidad de enseñar y ofrecer lo mejor que lleva dentro. Y todo junto, le dará a nuestro personaje una constitución de Agua, elemento que ayuda en la flexibilidad, la adaptabilidad a los conflictos de la vida y también una manera de hacer las cosas profunda y clara. El universo en su girar, produce ondas inteligentes que causan las leyes por las que han de regirse los palacios de interior. Enchufados a estos giros para el resto de su vida nuestro personaje está a punto de ver la luz del día. Y como todos, trae ya una gran fuerza con una dirección concreta, con unas Virtudes de amplias tareas y una responsabilidad para con el mundo.

La madre de Víctor en cuanto se lo sacaron de la tripa lo vio claro y pensó: “Se parece al abuelo paterno, al que mataron en la guerra”. Ella no conoció al abuelo de su hijo, ni su marido como ya sabemos porque murió joven antes de que él naciera. Pero lo había visto en una foto vieja en blanco y negro. En la foto salía vestido de marinero, orgulloso con una cruz blanca en el brazo y al fondo la ambulancia que conducía cuando le cayó la bomba. La madre de Víctor solo había visto esa foto dos veces en su vida, pero no tuvo que pensar y le salió del alma decir: “Es igual que su abuelo paterno, el que conducía una ambulancia en la guerra”. Las otras mujeres de la familia, sus hermanas, su madre y algunas tías cuando vieron la foto remota del abuelo militar le dieron la razón. Entre los miembros femeninos del árbol genealógico se acordó por unanimidad que aquel recién nacido venía para ser médico. O al menos algo relacionado con la salud. Su padre, aunque también decía que él veía el parecido con el abuelo militar, en realidad le costaba, pero le hacía mucha ilusión que fuera cierto. Intuitivamente se sentía orgulloso y satisfecho de que su saga volvía a la rama de la salud cuando él no

pudo por circunstancias de la vida. Incluso sufría internamente y sin ser consciente sintiendo que tal vez con él se había roto una cadena larga de ancestro de la salud. Por eso, todos los que le conocían bien acordaban en decir que desde el nacimiento de su hijo estaba mucho más alegre, más simpático, más fuerte y sano. Él sencillamente al ver a su hijo se sentía acompañado, como si esa compañía le llegara de siglos atrás, la sentía como una multitud de parientes a favor; se sentía como poseído por la inmortalidad. Sin duda se encontraba pleno y feliz. Una felicidad que aumentaba al escuchar a las mujeres de su familia decir aquello de que su hijo prestaba especial atención a los asuntos médicos. Él escuchaba las conversaciones de las mujeres sin decir palabra mientras podía sentir como en su pecho le crecían un no sé qué de bienestar.

Realmente era muy evidente la pasión por las cosas de medicina en el niño y no en todos los recién nacidos está tan marcado el camino de su Virtud. Es a esta edad cuando los niños despliegan sus virtudes de manera más clara para que sus madres puedan archivar esa información y guiarlos el resto de su vida. Víctor Vila, frente a los ojos atentos de su madre que registraba todo sin poder parar, volcaba su interés solo en los animales que estaban heridos. Así de simple. Si un gato se erguía sano no le causaba gracia alguna por muchas monerías que exhibiera, pero si sufría algún síntoma lo acogía con amor y curiosidad, con una forma de tocarlo llena de paciencia infinita podría tener al animal en sus brazos hasta que se veían mejoría. Su madre lo observa en silencio mientras su mente parecía no pensar en nada, sumergida en un estado extraño no muy fácil de explicar que le permitía el registro necesario. Un registro que, aunque ahora no lo sabe ni, usará el resto de su vida para indicar a su hijo el camino del “ser”. Es cierto que no es fácil de entender y menos aun para los que lo están viviendo pues es importante que su estado sea sereno y casi podríamos decir embrujado. Pero si pudiéramos grabarlos con una cámara durante todo el día y

la noche, cuando el pequeño Víctor chupa de la teta, o cuando juega con objetos en sus brazos, cuando duerme una de sus siestas o cuando sencillamente no parece estar haciendo nada y pudiéramos poner la grabación a gran velocidad, el resultado nos dejaría perplejos. Amparo y su hijo bailan durante todo el día acompasando sus ritmos y curiosamente es el niño quien va dictando la mayoría de los movimientos. Verlo es un milagro de la naturaleza que nos deja absolutamente maravillados. Y en ese baile se sigue transmitiendo la información que dará a ambos su sincronía. Una sincronía de las más fuertes para todo ser humano, incluso nos atreveríamos a decir que en cierto modo mueve el mundo y su destino.

En este maravilloso baile (que solo se va si ponemos la cámara a gran velocidad) su madre sin saberlo está registrando los sonidos de su hijo procedentes de su Cielo Anterior. Y lo hacen ambos a través de las deidades del Gran Palacio Negro de la izquierda. Es tal vez el momento de decir que dicho palacio se divide en dos casas. Esto es así en los cinco palacios del interior. Es muy sencillo cada Palacio tiene su rey y su reina, los cuales respectivamente gobiernan cada una de las casas. Tanto el rey como la reina de un Palacio tienen sus propias funciones, su séquito de deidades que lanzan ondas imperiales por todas partes. En ocasiones, y cuando esto sucede se presenta la enfermedad en el cuerpo, puede haber una guerra civil entre el rey y la reina. En un mismo órgano, en este caso el riñón izquierdo, se puede producir un enfrentamiento interno. Pero de momento no es el caso y el riñón izquierdo del pequeño Víctor está en perfecto estado, formado su imperio con las recepciones del Cielo Anterior que transmite a su madre a través de un baile cotidiano imperceptible para nuestros ojos. El que nos interesa ahora es el Gran Palacio de la izquierda gobernado por la reina. Es el más profundo e inmenso de entre todos los grandes palacios, es más amplio e infinito.

Si intentáramos entrar por su impresionante puerta vería-

mos que en lo más alto se puede leer una inscripción que dice: “El Árbol y su Universo”. La inscripción se refiere a todo el árbol genealógico desde los inicios, con sus distintos matices o experiencias que han ido afinando el sonido. Y ya sabemos que Víctor tiene ancestros curativos desde hace muchas, muchas generaciones. Todos están aquí y la música de este riñón izquierdo se ha ido orquestando a través de los siglos, para sonar con fuerza, ahora en los brazos dulces de su madre. ¡Resulta tan hermoso verlos bailar!

Para que las deidades de la puerta nos dejaran entrar necesitaríamos traer un tema de interés para la Gran Reina Materna. Por ejemplo deberíamos intentar entrar cerrando los ojos, con la cabeza inclinada ligeramente. Luego en una mano podríamos llevar una espada tallada con virtudes antiguas y en la otra mano un vacío de fuertes responsabilidades existenciales. Con los ojos cerrados y la cabeza inclinada indicaríamos nuestro respeto y entendimiento, estamos adentrándonos en el universo y no es momento de querer entender o mirar nada. Hay demasiado y es tanto que abrumaría nuestros sentidos. En realidad son las dinámicas las que no nos dejarían capturar nada, cada cosa se mueve a una velocidad y desde un punto de vista, no se puede acceder a otro. La intensa variedad de velocidades próximas a la velocidad de la luz, coordinándose todo a un ritmo imposible por su vertiginosidad. Mejor no mirar, ni intentar entender. Luego con una mano blandiendo una espada talla con virtudes antigua indicaríamos que somos un miembro de nuestro árbol, y que respetamos y sobre todo que estamos aquí para salvar. Somos salvadores de nuestro árbol genealógico, del pasado y del futuro, responsables y guerreros comprometidos. Nuestra existencia refuerza de muy distintas formas la raíz, el tronco y las ramas de la supervivencia de nuestra estirpe. A veces de unos pocos y otras de muchos, muchos otros árboles que se juntan en el bosque de la raza humana.

Y en la otra mano, sujetando con firmeza un vacío de

fuertes responsabilidades existenciales. Con ello indicamos a las deidades de la puerta del Palacio Negro de la izquierda que asumimos el destino para el cual hemos sido enviados. Nuestra responsabilidad es hacer crecer las Virtudes que nos han dado porque a través de ellas comprenderemos nuestra función de ayuda. Con ambas manos en alto, junto a nuestros ancestros y responsabilidades con la evolución, las deidades de la puerta del Gran Palacio Negro de la izquierda nos dejarían pasar. Al cruzar la enorme puerta veríamos, no un palacio lujoso y elegante, sino más bien, un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. En realidad se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. Para un visitante acostumbrado a nuestro ritmo y velocidad, apenas percibiría más que silencio. Los sonidos son de ondas tan grandes que su gravedad se escapa a nuestros sentidos. Realmente no parece que allí esté sucediendo nada. Solo si pudiéramos grabar durante, por ejemplo, diez años de la vida de Víctor y luego reproducirlo todo en menos de un minuto, entonces sí lograríamos escuchar algo. Entonces escucharíamos una hermosa melodía de gráciles ondas profundas que nos daría incluso imágenes de lo importante y lo colectivo. Veríamos los momentos claves de la vida de Víctor donde se producirán giros que determinarán el destino subsiguiente. Por eso son sonidos que se crean pasados los años, ya que a veces hay cambios que parecen importantes en la vida y luego no lo son, y al revés, en ocasiones aparecen gestos de la vida a simple vista irrelevantes que terminan convirtiéndose en un destino. Todos esos giros que solo sabemos cuando han pasado años son los que aquí en el Palacio Negro de la izquierda, en su puerta más profunda donde gobierna la Gran Reina Materna, producen la hermosísima música existencial. Si lográramos la velocidad suficiente para preguntar a una de las deidades por este misterio, tal vez nos respondería algo así como:

—Solo el futuro firme y compartido es nuestro pasado.

—Perdona mi ignorancia grácil deidad, pero ¿cómo puede un futuro formar el pasado?

—Aquí todo se mueve aunque no lo veas a gran velocidad y de manera circular de tal forma que el futuro y el pasado se solapan. Así sabemos qué música tocar para conducir el destino. Solo cuando hay mucho futuro por delante decidimos girar.

—Sigo sin entender. Yo lo veo todo muy lento y vacío...

Lo cierto es que ante tal grandeza tan imposible para nosotros, solo queda rendirse ante una admiración tal que sin duda produce una profunda espiritualidad. Si preguntáramos a otra de las deidades musicales por la presencia de la Gran Reina Materna con humildad nos respondería algo como:

—La tienes ante tus ojos.

—¿Quién es? Disculpa que no logro verla.

—Somos todos unidos en el pasado remoto y en el futuro lejano. ¿La ves ahora?

—Me cuesta entenderlo. Pero... ¿tiene voz? ¿Puedo hablar con todos a la vez?

—Claro, solo has de dirigir tu mirada a ninguna parte, allí en lo más alto donde se ve todo de una sola vez y tus oídos al silencio, allí donde todas las músicas se juntan, y tus sentidos al total. Ella te hablará y podrás preguntarla. Ahora si me permites tengo que seguir trabajando porque estamos decodificando los actos y mensajes para que la madre de Víctor pueda registrarlo.

—¿Ahora por qué vomita? ¿Está malo? ¿Qué le pasa?— pregunta el padre de Víctor algo asustado.

—No le gusta estar aquí —advierde la abuela materna que ha ido a ver a su nieto.

—Es cierto —confirma su abuela paterna que también está con ellos—. Mejor vamos fuera a que le dé el aire.

La madre del pequeño Víctor, Amparo, saca el niño a la

terrazza para que le dé el aire. El pequeño Víctor sonríe. Se siente muy a gusto y protegido por todos pero además sabe de la importancia del momento. Ha vomitado para lograr que todos se reúnan y hablen dejando sus diferencias. Cuando él parece estar malo o tener necesidades difíciles de entender es cuando más se reúnen todos y cuando la armonía es mayor entre ellos. Víctor Vila, como todos los niños, está haciendo su trabajo de salvador de su árbol genealógico.

—Parece que le sienta bien la terraza —advierte el padre de Víctor y las mujeres del clan confirman con la cabeza.

—¿Y qué es esa mancha que tiene aquí encima del ojo? —pregunta la abuela materna.

—No lo sé —responde Amparo—le sale y luego se va sola. Ahora la tiene mucha más grande, esta mañana casi no se veía.

—Debe ser de los nervios de vernos a todos justos —dice la abuela paterna.

—La verdad —refuerza Amparo—es que lleva toda la mañana inquieto, como si supiera que ibais a venir todos a verlo. Ahora está feliz. Pero hace unas horas ha venido mi hermana (Amparo tiene una hermana mayor que acaba de divorciarse) y se ha portado fatal. Ha estado llorando todo el rato.

—¿Y cómo lleva tu hermana lo del divorcio? —pregunta la abuela paterna—Pobrecita, lo tiene que estar pasando mal.

—Ha sido ella quien ha decidido dejarlo. Una pena porque tienen dos niños, los primos de Víctor y van a sufrir mucho.

—A mi hijo no le gusta su tía —observa Roberto.

—¡No digas eso! —le corrige rápidamente su mujer.

—Pero si es verdad. Antes de que llegara ya estaba inquieto y luego no quería ni que lo tomara en brazos. No ha parado de dar guerra y ya es la segunda vez que lo hace cuando ella viene.

—Roberto, tu mujer tiene razón —le dice su madre, la abuela paterna—al niño sí le gusta es solo que no le gustará lo del divorcio. Sabe que lo está pasando mal...

—Claro y sobre todo por sus primos. Tan pequeños y ya

con los padres separados. Deberíamos pensárselo aunque sea por los niños...

—Mira, ya no se le ve la mancha del ojo —advierte Amparo y todos miran de cerca. En las pupilas del pequeño Víctor aparece la imagen de su madre, sus dos abuelas y su padre. Al verlos juntos en una misma causa común sonríe. Las deidades del Gran Palacio Negro de la izquierda están trabajando mucho para intentar enviar mensajes a su familia, para guiarlos en el buen camino y unirlos, y que se amen. Usan lo que tienen a mano, el cuerpo, la enfermedad, el llanto, el sueño o la vigilia, la sonrisa, los gestos y los juegos, el sí o el no en las interacciones de los adultos. Todo eso causa un baile que si aceleramos la cámara veríamos la inteligencia de un ritmo que sigue los compases de la Gran Reina Materna. Un baile que, como ya sabemos, se construye por la fuerza del futuro sobre su pasado.

—Es una familia unida y armónica —piensa a su manera el pequeño Víctor—No hay demasiado trabajo que desempeñar salvo ciertos detalles.

Es cierto que el abuelo paterno que murió en la guerra, ese que llevaba una ambulancia cuando le cayó una bomba, está más presente en el Cielo Anterior del pequeño Víctor. Se llamaba Andrés Vila y en el Gran Palacio Negro de la izquierda de nuestro personaje, hay muchas deidades musicales que son las mismas que sirvieron al abuelo.

—Es increíble, tiene los mismos ojos y la misma nariz que mi difunto marido —exclama la abuela paterna llena de una ilusión muy especial que no sentía desde hace muchos años. Mirar a su nieto es como recuperar en parte a su marido y tiene razón.

—Incluso los gestos —añade la señora casi con lágrimas en los ojos como si de nuevo tuviera en frente a su difundo—¡El bueno de Andrés!

Pero no es la única que está emocionada profundamente, detrás de las pupilas despiertas del pequeño Víctor también

está mirando Andrés quien murió hace muchos años. Ahora ve a todos a través de las pupilas de su nieto. Andrés no está triste, esa emoción es para los vivos, los muertos solo sienten alegría o enfado si las cosas se tuercen. La da mucho gusto ver de nuevo a su mujer.

—Estoy tan arrugada, soy ya tan vieja —alcanza a pensar la abuela paterna.

—Yo te veo igual —responde su marido desde el otro lado—para mi sigues siendo una hermosa joven con un corazón maravilloso.

—Gracias, te echo tanto de menos. Te fuiste demasiado pronto. No era el momento, de verdad, no lo era...

—Perdóname mi amor, no tengo palabras para explicarte eso. Pero piensa que aquella bomba que rompió en dos la ambulancia fue la que te dio fuerzas para sacar a nuestro hijo adelante. Y ahora estoy aquí y te quiero como siempre...

—Qué tonta —dice en voz alta la abuela paterna—me he puesto a llorar. Es que se parece tanto a mi marido que me he acordado de él.

—Vamos mamá —le dice Roberto—que de eso hace ya mucho. Mira que nieto tan bonito y hermoso nos ha llegado.

—Todo ha salido bien —le dice Andrés a su mujer a través de los ojos vivos de su nieto.

—Ya lo sé —piensa ella—, soy tan feliz.

El abuelo paterno, el que murió en la guerra, no era médico sino enfermero. Tenía talento para la medicina pero no pudo estudiar y cuando estalló la guerra vio la oportunidad de desarrollar su Virtud. Le enseñaron todo lo que sabía de medicina en el ejército y por su vocación salvó muchas vidas. Nadie lo sabe, no pudo regresar a casa para contar sus historias, sus cartas jamás llegaron a casa pero aún hoy en día hay más de cien personas vivas que le deben la vida. Concretamente tres de ellas, ahora abuelos también, que sin su intuición ancestral para la medicina

no estarían aquí. Ni ellos ni sus nietos que también hoy en día crecen fuertes y sanos.

—Mira como te coge la mano —le murmura Amparo a su suegra. La abuela paterna, al sentir la presión firme de la manita de su nieto apretándola, sonríe.

—Tiene mucha fuerza —añade sonriendo pero con alguna lágrima aun en sus ojos.

—Te quiero... y lo siento —le dice con ese gesto su marido.

—No importa —responde su mujer en silencio—hiciste lo que tenías que hacer y ahora mucha gente es feliz gracias a ti.

—Vamos mamá —le dice ahora Roberto a su madre— toma el niño en brazos y vamos a dar un paseo al parque.

—Si vamos —confirman la abuela materna y su hija Amparo.

En la música del interior, allí en el Gran Palacio Negro de la izquierda, en su casa femenina, las deidades musicales se burlan de los relojes del tiempo. Todo va tan rápido en círculo que el futuro dicta el presente y el pasado se encuentra con su futuro. Todos juntos de la mano sin distancia ni tiempo van dando forma al crecimiento celular del pequeño Víctor. Su Cielo Anterior da la fuerza a la Esencia y pronto a sus Virtudes ancestrales con las que deberá servir a su árbol y al mundo. El bueno de Andrés Vila está ayudando con las experiencias que él vivió en su vida, incluidos los duros momentos que le dio la guerra, para llenar de fuerza a su nieto. El pequeño Víctor no solo tiene la nariz y los ojos del abuelo sino que está desarrollando, cada vez más, parte de ese carácter que no solo tenía Andrés, sino más bien el que al morir creyó necesario haber tenido para esta vida. En los momentos antes de que la bomba cayera sobre su ambulancia y en los 3,7 segundos que tuvo para pensar mientras moría, lanzó a su árbol genealógico un grito de sabiduría propia de los que alcanzan ese momento. Este grito de luz lleno de paz y sabiduría es

el que hoy están decodificando las gráciles deidades musicales del Gran Palacio Negro de la izquierda (en su casa femenina). El abuelo sabe muy bien lo que necesitará el niño para su vida y le está aportando un carácter fuerte y valiente, de dedicación a los demás y cuidado de su familia, lealtad y determinación hacia su responsabilidad. Pero también le dirán, no ahora sino cuando sea más mayor y llegue el momento, que no se deje llevar por órdenes si no las entiende, que no siga el sueño de nadie sino el suyo propio. Sin embargo, y casi seguro que acertamos, si el abuelo paterno volviera a nacer y en las mismas circunstancias, repetiría su destino porque aunque no estaba a favor de la guerra, sí de ayudar a otros que como él fueron víctimas de aquello.

—Le gente no es culpable sino responsable, no pagues con los demás las cosas absurdas que entre todos creamos.

Dos días más tarde de aquel encuentro familiar la mujer de Andrés, la abuela paterna, volvió a ver a su nieto y le trajo al niño de regalo una ambulancia de juguete.

—Muchas gracias mujer es un detalle muy bonito —le dice Amparo— Seguro que le va a encantar.

Y es cierto, aquel regalo tan intuitivo y bien entendido le encanta al niño, y no solo eso, sino que está reforzando la facilidad de asimilación de las deidades del interior, relativas al abuelo paterno. Por eso no lo suelta, le gusta dormir con la ambulancia y cuando se despierta es lo primero que pide. Si se aleja mucho de ella llorar para que se la traiga, si alguien la toca sin entender llorar, solo si la tocan con respeto y amor sonríe. Por ejemplo cuando la ambulancia está en manos de su abuela paterna el niño se queda dormido con total confianza. Pero el abuelo Andrés no es el único, hay otros ancestros influyendo, incluidos los abuelos vivos y el abuelo materno que aún no le hemos mencionado. Es cierto que todos están ahí pero siempre, o en ciertos casos, hay más predominancia de unos que de otros. En el caso del pequeño Víctor además de a sus padres, tiene a varios de sus tíos y a sus abuelos pero es sin duda evidente y

así se muestra en los rasgos de su carita que existe una especial influencia por parte del abuelo que murió en la guerra. El otro aún está vivo, el abuelo materno, que no pudo ir porque se encontraba cuidado a sus otros nietos, los hijos de su hija mayor, la que se está separando. Se llama Juan Heraldo y pertenece a un árbol genealógico tan sano y equilibrado que casi no hay nada que salvar. Su vida no ha sido dura, todo lo contrario, pero sí ha sido siempre responsable y lo sigue siendo porque ayuda de buen corazón. Es muy bueno y así se lo reconoce todo el mundo. Es tierno y no habla mucho, no quiere causar problemas o exponer necesidades que desequilibren a los demás. Por eso el pequeño Víctor casi ni le siente, no hay trabajo en esa lado, nada que salvar por eso prácticamente ni sabe que tiene otro abuelo. Al bueno de Juan le parece bien:

—Déjalo, si no se preocupa por mí mejor, es más importante que crezca sano y sin problemas.

—Pero cógelo en brazos —de dice su hija.

—No ves que no lo necesita. Déjale tranquilo, no lo fuerces.

La mujer de Juan, la abuela materna y madre de Amparo, se llamo María Aurelia y tiene un carácter fuerte, tosco a veces. En realidad esa forma de ser está en su Cielo Anterior, sí en su Esencia pero ha sido por los problemas que le ha dado la vida. Su madre murió cuando ella era muy pequeña y se quedó como la mayor de ocho hermanos. Su padre trabajaba mucho y a veces fuera de casa, así que ella tuvo que cuidar a todos los hermanos. Dicen, y seguro que es cierto, que la causa fue por uno de los hermanos medianos que quedó traumatizado por la muerte de su madre y dio problemas a todos. Nadie le explicó y no supo entender. Es cierto que no es fácil pero unos lo encajan mejor que otros. A lo largo de la vida se enzarzó en muchas peleas, muchas borracheras, tres veces en la cárcel y herido hasta en cuatro ocasiones por accidentes y una vez por un cuchillazo en

el costado. Y dicen que era su propio cuchillo que él mismo saco para intentar matar a alguien.

—A mí, mi hermano me ha quitado la vida con tanto disgusto —dijo mil veces a lo largo de la vida María Aurelia y de tanto decirlo se convenció aun más de ello. Su marido mil veces la mira..., y mil veces no responde.

María Aurelia quiere pensar que se vio forzada a sacar de dentro ese carácter para salir a delante de muchas y muy complejas situaciones. Cuando conoció a su actual marido, el abuelo paterno Juan, lo encontró tan fuera de problemas y tan bueno que le pareció perfecto. Sin embargo jamás lo amó del todo, jamás lo admiró, es solo que le resultaba un descanso estar junto a él. Otra de sus hermanas se quedó en silla de ruedas por una enfermedad, aunque nadie lo dice pero todos saben que fue más por una negligencia médica. Desde los ocho años ha tenido que empujar la silla y aunque su hermana es muy dulce, ella no lo es. También su carácter, el cual no le dio tiempo a pulir con tan prematuras responsabilidades, se ha formado sin revisiones y por eso le ha dado también más de un problema.

—En lugar de restarlos, los suma y donde hay dos cosas que resolver ella termina haciendo cinco más —dice su marido Juan Heraldo con voz dulce y sin ningún ademán.

Las heridas de la vida de la abuela materna no son muy prioritarias en el Cielo Anterior del pequeño Víctor, por suerte las decisiones de la evolución no son necesarias para el salvador de este árbol. Si acaso el espíritu luchador lo ha sacado de su abuela. Tampoco están influyendo mucho en la formación de este Palacio Negro de la izquierda (en su casa femenina) las buenas maneras y buen corazón del abuelo paternos. Como decimos no hay nada que arreglar en su árbol y para lo que le espera al pequeño Víctor, es mejor que no saque tanta quietud y sosiego. Hace falta alguien más fuerte y rebelde. Y nos queda la abuela paterna, la mujer del más influyente de todos los abuelos, el di-

fundo enfermero de guerra. Ella se llama Soledad y como si su nombre la hubiera condicionado el destino, casi siempre tuvo que empujarlo todo sola. De niña se crió en una familia de tres hermanos y una hermana de mucho carácter. Ella era la menor. Siempre con su madre ayudándola en lo que la pedía. Cuando a los 18 años se enamoró de un joven de su pueblo, que por aquel entonces no era militar, no imaginaba que se quedaría embarazada tan rápido. Se tuvieron que casar al año siguiente y dos años después fue cuando le cayó la bomba en la ambulancia. Apenas disfrutó del amor tres años, y luego, a criar a su único hijo y a vivir sola. Se montó una tienda de piezas de coches que la mantuvo encerrada entre dos paredes más de la mitad de su vida. Una mujer nostálgica y con muchos miedos. En realidad se encerró en su tienda a propósito porque tenía miedo a vivir la vida. Se quejaba pero el trabajo era su excusa para no enfrentarse a sus miedos. Su influencia en el Cielo Anterior del pequeño Víctor os contraria, es decir que ejerce un efecto opuesto. Sus horas de encierro y sus miedos están dando al Gran Palacio Negro de la izquierda (en su casa femenina) una música de libertad, de nomadismo y movimiento vital, y de valentía. Algún día Víctor Vila se dará cuenta que para él, los miedos son algo que molesta y hay que ir a descubrirlos inmediatamente. Eso le viene de su abuela paterna por oposición de su vida.

—¡Ojalá mi hijo no sea nunca como yo! —pensaba ella—. Pero en realidad sus deseos se saltaron una generación y fue el nieto quien adquirió el mensaje.

—Como son las cosas —dice Amparo a su marido en la cama, mientras ambos miran como duerme el pequeño Víctor—. Este hijo nuestro lo ha sacado todo de tu familia. ¿Qué tiene de mí? Pero todo, todo...

—Bueno cariño, tiene... el pelo y la piel que son muy bonitas.

—El pelo es de tu madre y mi piel no es tan sensible. Mira

su carita, si es que es clavadito a la foto de tu padre.

—Sí, la verdad es que sí.

Mientras el pequeño Víctor duerme las deidades musicales del Gran Palacio Negro de la izquierda (en la casa femenina) van cogiendo los sueños perdidos, a veces rotos, otras veces solo ilusiones de muchos de sus ancestros. Se está haciendo una selección de lo relevante, lo que puede ser útil y lo que no, para dar forma y fuerza a su Esencia. Las gráciles deidades están aprendiendo la música que irá bien para repetirla, con sutiles variaciones, el resto de su vida.

RIÑÓN IZQUIERDO

***La casa masculina del
Gran Palacio Negro de la izquierda***

En el Palacio Negro de la izquierda también existe, como en todos los subconscientes, un rey. Si la reina mira al universo y los ancestros, el rey se encarga del buen desarrollo de las etapas de la vida y el cambio de una a otra. Si el Gran Rey Materno está fuerte y sano, Víctor vivirá su vida en constante transición y aprendizaje. Las etapas se han de vivir en movimiento y transición. Ahora Víctor Vila es muy pequeño a aún no ha recorrido ninguna gran etapa de la vida. No obstante en la que se encuentra es con diferencia la más rápida en cambios y aprendizajes. Como una onda que explota y se expande comenzamos a gran velocidad y con los años vamos ralentizando el movimiento. Y esto se nota no solo en nuestro cuerpo sino en nuestras percepciones, interpretaciones, necesidades y visión de la vida. Lo que para Víctor es ahora una hora equivaldrá a una semana, e incluso un mes según vaya haciéndose mayor. La onda expansiva del Gran Rey Materno nos enseña a fragmentar el reloj de los cambios y nos empuja, gracias a ellos, a encontrarnos los unos a los otros, a conectar o entendernos según las etapas de cada uno, a resonar juntos o a distorsionar juntos. El Gran Rey Materno nos

dirá con quien tenemos que estar y con quien no, la persona que nos hace bien y la que no está en un momento de ayudarnos o de recibir nuestra ayuda. Ahora por ejemplo, a Víctor no le interesan los de su misma etapa. Si le ponemos otro bebé a su lado, apenas sentirá más que simpatía pero no aprenderá mucho de él. Más tarde en la vida sí será esencial uno de la misma edad. Por el momento en esta etapa necesita mucho a los adultos, especialmente los miembros de su familia.

—Mira qué a gusto está el niño con la tía Miriam —dice la abuela María Aurelia algo envidiosa al verlos jugar.

—Es verdad que se le ve a gusto —reconoce su madre—, si le vieras el otro día como se puso con su primo el mayor. No le puede ni ver.

—¿Y eso?

—No lo sé. Pero ya le ha pasado varias veces. Hay ciertas personas que le gustan más que otras.

—Claro, hace bien la criatura, igual que a todos supongo...

La abuela María Aurelia tiene razón, todos resonamos de manera distinta con unas y otras personas y de eso se encargan las deidades musicales del Gran Palacio Negro de la izquierda en su casa masculina. Si ahora lográramos alcanzar la velocidad suficiente e intentamos adentrarnos en su interior, veremos que en su impresionante puerta se puede leer en lo más alto: “el amplio proyecto de vida”, o también llamado por algunos “el amplio proyecto de la madre”. Según como se traduzca. De momento y dado que el pequeño Víctor es aún un bebé, para que las deidades de la puerta nos dejen entrar, necesitaríamos traer un tema de interés para el Gran Rey Materno. Por ejemplo deberíamos intentar entrar cerrando los ojos, con la cabeza inclinada ligeramente. Luego en una mano podríamos llevar un juguete, dado la edad de Víctor de momento sus responsabilidades en este sentido son entrenar para la vida adulta. Sí convendría, dado que el Cielo Anterior del pequeño Víctor viene con fuerza a fa-

vor de las Virtudes en el campo de la medicina, que el juguete fuera algo relacionado con este tema. La fuerza de juego, investigación y descubrimientos salen de este Gran Palacio Negro de la izquierda (en su casa masculina).

—Desde luego que el niño no para de jugar, es increíble su persistencia —observa su padre asombrado—¿De dónde le saldrá toda esa energía?

En la otra mano, para que nos dejaran entrar las deidades de la puerta, podríamos sujetar un juego de mil anillos invisibles. Con ello indicaríamos que estamos dispuestos a amar el cambio incesante y sus siempre nuevas impresiones. Con ambas manos en alto, responsables de entrenarnos para las siguientes etapas y admirando el cambiar de los ciclos, las deidades musicales de la puerta del Gran Palacio Negro de la izquierda (en su casa masculina) nos dejaría pasar. Al cruzar la enorme puerta veríamos, no un palacio lujoso y elegante sino más bien, un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. En realidad esto de las casas en un mismo palacio es algo confuso porque no hay un espacio físico donde resida la Reina Materna y otra para el Rey Materno. Ambos reyes conviven compartiendo lecho y las deidades aunque hacen funciones distintas según quien dé la orden. Como siempre depende de las circunstancias que rodean al pequeño Víctor así tomarán más unidades el rey o la reina. Por eso a simple vista todo parece ser igual, y esta casa parece un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría, silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. La diferencia es solo en dicho sonido, en el silbido singular y mínimo que corretea por los pasillos. Realmente no parece que allí esté sucediendo nada. Lo cierto es que ante tal grandeza tan imposible para nosotros solo queda rendirse ante una admiración tal que sin duda produce una profunda espiritualidad. Si lográramos la velocidad suficiente para preguntar a una de las deidades, tal vez nos respondería algo así como:

—No quería interrumpir su majestuoso sonido pero podría, si es tan amable, responderme a una pregunta.

—¿En qué etapa se encuentra? Las respuestas cambian según el momento.

—¿Cuántas etapas hay?

—Tantas como segundos tiene la vida.

Tal vez hemos preguntado a la deidad incorrecta, es demasiado rápida. Para una pregunta más cercana a nuestro entendimiento debemos dirigirnos a una deidad más amplia. Si nos alejamos subiendo las escalas a una escala mayor y logramos la velocidad suficiente para preguntar a una deidad musical tal vez esta nos respondería algo así como:

—Hay tres etapas de la vida, que se subdividen a su vez en otras tres. Y esas a su vez en otras tres...

—¿Cuales son las tres principales, las más amplias?

—Ahora estoy muy ocupado, pero puedo rápidamente decirte que la primera es de juego y entrenamiento, y la segunda que se alcanza a los 18 años, para otros incluso antes y tal vez en las sociedades modernas mucho después (no sé si a los 25 o más), es una segunda etapa de que ya no es de entrenamiento sino de producción y proyecto (fase de satisfacción personal). Necesitaremos un proyecto hermoso que nos sobreviva para las siguientes generaciones.

—Disculpa grácil deidad, ya sé que estás muy ocupada pero me urge conocer cuándo se ha producido dicho cambio importante de fase vital.

—Hablamos de las fases más amplias de la vida —responde la deidad musical—, entre ambas está otra etapa que es la del amor y el sexo, entre diversión y satisfacción personal, donde se ajustan los pilares para proyectos futuros. Todas las grandes etapas tienen una transición muy diluida que se solapa con dichas etapas. No se puede ver de repente, solo te darás cuenta cuando ya lleves mucho camino recorrido y mires atrás. Vuestra percepción es muy lenta, nosotros nos encargamos de todo. Pero

lo sabrás cuando estés dentro de un proyecto hermoso que te sobreviva.

—¿Como tener hijos, por ejemplo?

—Correcto —afirma la deidad—. Puede ser un hijo o cualquier otra empresa que vaya más allá de tu propia muerte.

—¿Y cuál es la tercera etapa?

—Luego más adelante en la vida cuando se alcanza la 3ª edad también habrá un cambio que no alcanza a todos o que no es necesario para todos. En esta última etapa se da la fuerza de reconocimiento, de agradecimiento de los demás y premios o méritos (fase de reconocimiento). Son los aplausos que dan fuerza a otras generaciones, un referente, una guía para el resto y un ejemplo.

—¿Y de dónde sale la fuerza para cumplir bien cada etapa?

—Nosotros, las deidades musicales que servimos al Gran Rey Materno, nos encargamos de dar esa energía. Si hay atascos o no se cambia de etapa a su debido tiempo, por avatares de las circunstancias, nosotras sufrimos y los sonidos aquí pueden ser tan fuertes, que nos resulta complicado entendernos. Y si ahora me disculpa tengo mucho que hacer, soy un silbido mínimo y no puedo detenerme demasiado.

RIÑÓN IZQUIERDO

***El tablero de posición/destino del
Gran Palacio Negro de la izquierda***

De nuevo ha venido toda la familia a ver al pequeño Víctor. Están organizando la comida del domingo. No todos conocen al bebé y después de casi tres meses del nacimiento es hora de promover algo oficial. Van llegando primos y tíos de otras provincias con sus respectivas parejas. Algunos traen a sus hijos también. Se espera que sean unos 35 miembros en total. Para eso están ayudando todos a organizar el banquete. Están en casa de los abuelos maternos, María Aurelia y Juan, que es más grande que la de los padres de Víctor y tienen un salón donde entran todos. Además tradicionalmente ha sido así durante años, ya saben cómo coordinarse para que todo salga bien.

—¿Dónde coloco los platos? —pregunta Amparo a su madre.

—Ahí, en fila sobre la mesa y el grande en el centro.

Según van llegando los invitados cada uno busca su posición en el grupo para ayudar. Un tío de Amparo que viene con su mujer y sus tres hijos, siempre cuenta los chistes. A él le gusta y todos han aceptado ese papel en las reuniones. Lo cierto es que no lo hace muy bien pero por cariño se le permite. Claro que

hasta que llegó otro de los tíos, en este caso de Roberto. Este otro tío también le gusta contar chistes pero su estilo es muy distinto así que se molestan y compiten en el campo por la misma posición dentro del grupo. En otras ocasiones esto ha hecho de las reuniones un grave problema. También surgen problemas en la cocina entre la anfitriona, la abuela María Aurelia, y la hermana mayor de la abuela paterna (Soledad). Esta hermana siempre tuvo mucho carácter y eso para María Aurelia es un espacio en la familia que le gusta sostenerlo ella sola. Cuando se juntan las dos con ese carácter ninguna encuentra la posición en el grupo. Además a las dos les gusta la cocina y Rocío (que así se llama la hermana mayor de Soledad) no puede aguantarse y mete la cuchara en los platos, da su opinión y se atreve a añadir sabores. Eso a María Aurelia, en su propia cocina le sienta fatal y se lo dice y la empuja, pero disimulando con un tono de broma que la otra prefiere no darse por enterada. Los que sí se llevan bien son dos de los primos por parte de distintas familias. Cuando se ven, son como un imán y se quedan atrapados conversando de todo.

—¡Vais a ayudar o seguís ahí con vuestras cosas! —les grita María Aurelia para tomar posición de mando frente a su oponente, la hermana mayor de la abuela paterna.

Luego hay otros dos que son hermanos, por parte de Soledad también, que viven muy lejos el uno del otro y se ven solo en estas reuniones. Son tres hermanos pero estos dos en concreto, cuando se juntan se quieren mucho. En realidad todo ese despliegue de afecto camufla el miedo que se tienen mutuamente. No es un miedo muy general sino a una conversación en concreto. Ya han tenido muchos problemas en el pasado y todos lo saben. Si se ponen a hablar de negocios, siempre terminan picados e incluso con malos tonos. Mientras hablen de otras cosas, no hay problema. Les molesta a ambos la posición social que el otro ostenta. Uno ha hecho mucho dinero con su empresa de frutos secos. Tiene una deshidratadora enorme. Y el otro también ha hecho mucho dinero pero en el campo de la literatura. Es un

escritor de relativo éxito que en ocasiones escribe en contra de las fábricas que sueltan residuos contaminantes. Es cierto que el que tiene la deshidratadora presume de vender alimentos sanos pero los datos de su fábrica en cuanto a residuos no le son muy favorables. Ambos son los que más ganan con diferencia, el tercer hermano trabaja para el que tiene la fábrica, por eso no entra en la pelea. Además, sin decirselo a su jefe y hermano, le encanta los libros que escribe el otro hermano.

—¿Cómo te va la fábrica? —le pregunta el escritor y la tensión en la mesa sube considerablemente. Él lo sabe y puede percibir la mirada asesina de los demás miembros. No quiere que piensen que es él quien empieza, así que se las ingenia para hacer creer que el problemático es el otro.

—Va muy bien. Pero no hablemos de esto hermano que vamos a estropear este hermoso encuentro. Aquí el importante es nuestro pequeño Víctor que seguro le encantan los frutos secos.

—¿Qué quieres decir con eso? —replica el dueño de la fábrica dispuesto a defenderse de las crítica de la última vez con respecto a los tóxicos que produce al medio ambiente.

—¡Se acabó el tema! —grita con toda su personalidad la hermana mayor de Soledad, la carismática Rocío. Y el oír el grito le hace sufrir a María Aurelia porque piensa que estando en su casa, debería ser ella quien hubiera dado ese grito.

—Deja que hablen de lo que quieran que ya son mayores—replica para ocupar posiciones María Aurelia, intentando hacer ver que en su casa manda ella.

El hermano pequeño que trabaja para el de la fábrica y a quien le encantan los libros de su otro hermano, jamás ha peleado por posiciones económicas dentro de la sociedad o de la familia. Todos lo saben. Tampoco quiere presumir de intelectual como su hermano el escritor. Para él, con que le respeten la posición de buena persona, le es suficiente. Y en esta reunión,

como en todas, es lo que todos le reconocen. En eso él es feliz y se siente satisfecho en la vida. Jamás critica a los que son más ambiciosos, o los más pedantes, ni siquiera lo piensa y con esa actitud se ha ganado el respeto de todos. Es un mediador que con solo su presencia, las cosas se calma.

—Tenemos algunos problemas en la fábrica —dice— con el nuevo gobierno, los políticos están más exigentes.

Eso es lo que debería haber dicho el otro hermano, el dueño de la fábrica, pero al decirlo él, nadie se ofende. Cuando le miran todos piensa: “pobrecito, es el pobre de los tres hermanos, pero es tan bueno y siempre cuida de todos”. Él sabe lo que todos piensan y le gusta que reciban ese mensaje de que el dinero no da la felicidad. Por eso en estas reuniones se centra en mostrarse feliz con todo, alegre y despreocupado.

—¡Tú sí que sabes vivir! —le dicen a veces.

No le importan los conflictos, es más, le interesan porque así le permiten lucir más su actitud. Entre los problemas él se mantiene igual de feliz, ya que si la reunión es un éxito sin conflictos, no se luce demasiado. Sin darse cuenta y de manera muy sutil, él es quien suele provocar la bronca entre sus hermanos. Y lo ha estado haciendo desde siempre.

—Bueno, ahora sí que se terminó ese tema —grita María Aurelia y Rocío la otra la secunda en seguida con otro grito de “basta”.

Llegan los postres y la tarta con una vela que simboliza al recién llegado a la familia, al pequeño Víctor Vila. En la reunión hay seis niños entre los 6 y 11 años. Ellos también luchan por sus posiciones de respeto dentro de sus juegos. Hay uno muy carismático que tiene ocho años y que es el que manda en todos. Los demás lo siguen. Se llama Martín y él se hace con el territorio.

—Aquí te pones tú, para coger la pelota. Luego aquí ella y yo en el centro. Las sillas todas a ese lado. Ahora subimos...

Todos sus juegos son recolocar espacios y a las personas en ellos. Se pone tan autoritario que los demás se aburren pero

nadie le dice nada porque lo hace tan dinámico que genera expectativas de algo interesante. Pero poco a poco y una vez más, no pasa nada y el resto de niños se aburren y dejan de seguirlo. Entonces Martín por unos minutos se queda callado y observa el grupo. Luego se le ocurren ideas y lo vuelve a intentar.

—¡Niños, la tarta! —anuncia la abuela María Aurelia.

Mientras se reparten la tarta del pequeño Víctor, unos empujan a otros sin que se note, se forman aliados para defender la posición en el grupo en cada acto simbólico.

—¿Quién parte la tarta? —pregunta a gritos Rocío

—Que sea el padre de niño...

—Yo creo que mejor la madre, que ella parta la tarta...

—Dejar a la abuela que es la que la ha estado preparando...

Los actos simbólicos sirven para afianzar posicionamientos, para marcarlos o ganarlos, también sirven para perderlos...

—A mí dejarme en paz que yo esas responsabilidades no las quiero —dice Roberto dando el cuchillo a su mujer.

Al final, la parte y la reparte Amparo, la madre del niño, pero le devuelve el favor a su marido dándole a él el primer trozo. Sin embargo Roberto lo agradece y la rechaza, se lo entrega al que tiene a la izquierda como si fuera coincidencia. Pero podría haberlo hecho a la derecha, claro que allí se encontraba Rocío que había ganado posiciones. A su izquierda estaba la madre de su mujer María Aurelia. Lo hace sin mirar y muy rápido, prefiere hablar de cualquier cosa para demostrar a los demás que es un acto casual.

—¡Qué buena pinta tiene!

El segundo trozo que es más sencillo porque se han quedado establecidos los roles, Amparo se lo vuelve a dar a su marido y éste a su suegra. Ahora Rocío está a la derecha y no recibe los honores de repartir nada. Se sigue hablando mucho para que nadie se dé cuenta y suelte algún comentario. El hermano menor de Amparo, el que no es rico ni escritor, como siempre rechaza

los trozos que vienen de actos simbólicos fuertes.

—Y este poquito para el pequeño Víctor que es aquí el verdaderamente importante —dice Rocío tomando un trozo ella misma.

El pequeño Víctor está muy atento a todo, muy participativo y alegre. Está aprendiendo las posiciones dentro de su grupo familiar y tratando de encontrar un lugar para el futuro. De momento no ve muchos espacios, está todo demasiado ocupado con rivales para el mismo puesto. El niño es muy pequeño para ser consciente de todo lo que está pasando pero eso es lo bueno, que no registre de momento nada con la conciencia, que permita a las ágiles deidades musicales del Gran Palacio Negro desempeñar su trabajo. Ahora están alegremente moviéndose por todo el salón, incluso allí donde el pequeño Víctor no mira. Es más los sonidos, a través del oído de Víctor. De momento no entiende el idioma, no sabe de palabras y lo que refieren, pero eso precisamente le permite a las deidades manejar mejor su trabajo. No interesan las palabras sin las intenciones que llevan, la energía que emiten. Unas deidades se encuentran con otras, todos los riñones de la reunión están emitiendo, jugando, luchando a muerte y luchando a vida. Las gráciles deidades de Víctor observan los bailes y movimientos de todas las demás deidades que están sucediendo en el salón de la abuela. Registran sobre todo las posiciones, las victorias entre rivales, quien manda en qué cosa y quien obedece. Gran parte de todo esto ya lo sabía porque le llega de su Cielo Anterior y por eso respeta lo que observa, pero verlo, o mejor dicho sentirlo, es una confirmación importante.

—¿Por qué está ahora llorando el niño? —pregunta uno de sus tíos.

—No lo sé —responde Amparo, pero ella sí sabe algo. Ahora Víctor intenta llamar la atención de todos porque no le ha gustado que su abuela paterna esté tan ausente. Su presencia en la sala es pobre y el niño quiere que aumente su fuerza. Lloro y es atendido por todos, pero hasta que no llega Soledad y lo toma

en brazos no se calla. El bebé sabe que eso le otorgará presencia y protagonismo dentro del grupo. Está usando su presencia para ayudar a un miembro que estaba en desventaja y cuya desventaja no hacía bien al árbol.

—Mira como duerme ahora en brazos de su abuela —observan todos.

Cuando a los diez minutos la abuela suelta a su nieto, las demás mujeres del clan la cuidan, le hacen hablar, le dan protagonismo con los temas que ella domina. Víctor está durmiendo pero ha hecho muy bien su trabajo. Su sueño es un acto simbólico que ha armonizado un poco más la reunión. Y lo entendió a través de la ausencia de deidades musicales de su abuela en el salón. Ya que el niño se parece tanto al abuelo paterno, el que murió en la guerra, éste no ha dejado pasar la oportunidad de cuidar a su mujer. Soledad ahora se siente arropada por todos y sin darse cuenta, siente también el calor de su difunto marido en la reunión.

Mientras el pequeño Víctor duerme sus oídos siguen atentos, sus deidades musicales siguen correteando por toda la casa espiando las posiciones de todos.

—No hables así delante del niño —dice la mujer del hermano mayor de Amparo, al escuchar algunos improprios de su marido.

—Pero si está durmiendo —responde éste bruscamente— no se entera y además es tan pequeño que no sabe ni qué estamos diciendo. No seas ridícula...

El hermano mayor se equivoca y Víctor está registrando un desprecio hacia él mientras duerme. No le gusta que sea tan poco considerado con otros miembros. Cuando despierte si se le acerca, llorará y si se le acerca su mujer, sonreirá. Es una máquina de ayuda al árbol y está haciendo muy bien su trabajo.

Esto de las posiciones dentro del grupo es un trabajo sutil y muy fino que realizan, tanto la Gran Reina Materna como el Gran Rey Materno. Es en el Gran Palacio Negro de la izquierda

en ambas casas donde se organizan las fichas del tablero. La Gran Reina Madre aporta el conocimiento ancestral, el dibujo del árbol genealógico y sus órdenes. La rama que representa Víctor es ya en sí una posición concreta que sustenta y es sostenida por otras estructuras. Además y como sabemos, allí están las Virtudes y para desarrollarlas es esencial que en todos los grupos que vamos formando a lo largo de la vida, siempre tenderemos a luchar por una posición de respeto, admiración y amor que nos favorezca en el desarrollo de nuestras Virtudes. En cualquier grupo que formemos ya que nuestro destino es ayudar, aportar en lo posible y para ello están nuestras Virtudes; elegidas cuidadosamente por la evolución, por nuestro árbol y el momento concreto de nuestro universo. Sin el desarrollo de nuestras Virtudes nuestra aportación es menor, se pierde una gran fuerza como si usamos una pinza para sujetar lo que tiene que ser sujetado por un tornillo. Y luego está la aportación del Gran Rey Materno quien se encarga de avisar a la reina de las distintas etapas por las que nos vamos encontrando. Esto de las posiciones y el destino, que no se puede separar una cosa de la otra, varía según pasan los años. En cada etapa tenemos distintas responsabilidades y además las Virtudes van aflorando igualmente con el tiempo. También se van perdiendo. Hay Virtudes que se nos presentan a los 30 años, que duran hasta los 45 y luego se van. Y otras que aparecen cuando somos niños y luego al llegar a la adolescencia se van, para aparecer de nuevo más tarde en otro formato. El Gran Rey Materno se encarga de juzgar el momento para desplegar o no las Virtudes, mientras puede estar durmiendo en espera de la posición adecuada y entonces saltan. Por eso, ambos reyes maternos se reúnen para ver sobre el tablero las posiciones que hay, donde se pueden atacar y qué se pueda ganar o perder, donde ubicarse y a quien derrotar o qué aliado interesa más. En este tablero los reyes paternos nos hacen pelear por nuestras posiciones en la vida de tal forma que las Virtudes puedan aflorar con energía. Es en el tablero donde se decide si puedo

alcanzar mi destino o de lo contrario no puedo. Hay momentos complicados en esta batalla donde sufrimos, y ese sufrir nos lo envían los reyes maternos para que luchemos. Y otros donde estamos contentos y nos vemos virtuosos, las cosas salen bien y las emociones internas no emiten señales incómodas de alerta. Las deidades musicales, por hacer bien su trabajo, pueden ser muy molestas en el interior si no logramos lo que hemos venido a ejecutar. Ambos reyes maternos cuidan de nuestro destino y lo hacen con este tablero de posicionamiento que se adapta a las fichas que van saliendo en la vida. Siempre tendemos a repetir una posición por mucho que cambiaremos de grupos, siempre estamos a gusto y contribuimos más desde determinadas ubicaciones. Si ahora pudiéramos alcanzar la velocidad suficiente y la amplitud necesaria para escuchar a ambos reyes discutir sobre el tablero de Víctor mientras duerme el día que todos se han reunido en casa de la abuela, tal vez escucharíamos algo así como:

—De momento está muy bien aquí —dice el Gran Rey Materno mirando el movimiento vertiginoso de las deidades sobre el tablero—. Pero para otras etapas va a tener que salir de esta familia. No tienen posición aquí sus Virtudes relativas a la medicina.

—Así lo creo yo también —confirma la Gran Reina Materna—pero hay que ver cómo puede ayudarlos a todos. Es un grupo denso donde muchas posiciones están en conflicto. Ha de alejarse de la tía Rosa, eso está claro.

—Sin duda —confirma el rey.

—Y para sanar su árbol necesita volcarse más con la abuela Soledad. Ella ganará respeto y admiración en el grupo si el bebé se muestra como su preferido. De todas formas la otra abuela, María Aurelia, está llena consigo misma y además siempre cuidó de todos. No será un gran problema para el grupo si ella no es nuestra preferida.

—Tampoco me gusta —afirma el Gran Rey Materno moviendo ficha—el hermano menor de Amparo que lleva años

poniendo en conflictos a sus dos hermanos. Parece que no es culpable de nada y siempre tiene un gesto humilde con el que engaña de todos.

—Es cierto —añade la reina—no es una persona curativa...

—Todo lo contrario, el conflicto más importante en el grupo es una labor suya que le viene por complejo. Tal vez en otra etapa en la vida podremos pensar en algo para ayudarlo si no cambia su complejo. Pero de momento es una ficha de la que no conviene sacar modelo alguno.

—Podemos usarlo como modelo negativo —dice la Gran Reina Materno muy inteligentemente.

—Cierto, nos puede enseñar lo que no hay que hacer, la falsedad de una curación o los alivios pasajeros que no producen a largo plazo más que retrasos cruciales de lo definitivo.

En ese momento en el que el pequeño Víctor duerme, una ficha se mueve tomando posiciones que normalmente no ocupa. Se trata del abuelo Juan, el marido de María Aurelia. Ha tomado la palabra porque quiere brindar por el niño y al llevarlo a acabo muestra una fuerza que jamás le han visto. Con ello indica que para él este niño es importante y que no va a ser tan sumiso como lo ha sido toda su vida para defenderlo. Está pidiendo respeto por él y entendimiento a todos...

—Muy importante ese gesto —reconoce el Gran Rey Materno allí en el Gran Palacio Negro de la izquierda.

—Importantísimo —reconoce también la reina mirando los movimientos en el tablero.

—Tenemos un protector que sí va a ayudar en el desarrollo de las Virtudes en otras etapas. Su presencia ha dejado a todos sin competencias, ni siquiera María Aurelia y Rocío han dicho nada.

—Vamos a despertar —decide la Gran Reina Materna— para poder tomar más sensaciones de este momento crucial. La armonía que está logrando es un ejemplo de curación que interesa para el desarrollo de las Virtudes a este respecto.

El pequeño Víctor justo abre los ojos cuando se produce ese silencio en las deidades musicales del salón. El discurso atípico del abuelo materno (Juan Herald) ha causado en todos un efecto de equilibrio y armonía, un acto que ha impresionado por venir de él que jamás juega y deja que todo suceda. Es por eso un ejemplo interesante de dominación a través de lo inusual, como si el abuelo hubiera estado durante años esperando para ahora producir un impacto mayor y más fuerte. Primero se demuestra y una vez ganado el respeto se produce la acción. Si algo así lo hubiera dicho su mujer María Aurelia, que es la que siempre habla y dice todo, no hubiera sido igual. Juan sabe de su posición en el grupo y por eso ha sido responsable.

—¿Cómo has podido si tu nunca hablas y menos en público? —le pregunta su hija Amparo en voz baja al terminar.

—No lo sé —responde aún nervioso—, creo que quiero tanto al niño que él me ha dado las fuerzas.

—Él también te quiere a ti papá.

En el tablero de posición/destino que manejan como pueden (ya que tienen constantes luchas durante todas las etapas de la vida) los dos grandes reyes maternos del Palacio Negro de la izquierda, el abuelo materno que no tenía una ubicación privilegiada se la acaba de ganar. Ahora tendrá que mantenerla con los años pero todos recordarán y eso le dará fuerza, aquel día donde la familia se juntó por el nacimiento de Víctor y él soltó un discurso fuerte y conmovedor. Recordemos que además el pequeño Víctor está aún dando forma a su cuerpo, las células están ocupando posiciones para cincelar su rostro y su figura. Y entre las deidades musicales que sirven a estos dos grandes reyes, se van dando las órdenes del metabolismo, del crecimiento celular y los intercambios químicos y eléctricos dentro del cuerpo. Con este posicionamiento, el abuelo materno gana fuerza para que el pequeño Víctor se parezca un poco más a él, ya sea en carácter

o incluso físicamente. El Cielo Anterior del bueno de Juan está llegando ahora con más presencia al Gran Palacio Negro de la izquierda.

Juan Heraldo no fue a la guerra como el otro abuelo. Su madre era costurera y su padre taxista. Ambos eran padres muy cariñosos porque fueron educados por sus padres de la misma forma. Siempre desde hace muchas generaciones el árbol ha sido así. Y lo ha logrado porque siempre se han posicionado lejos de la competencia, lejos del papel central donde estallan las peleas. Su ubicación en la sociedad y con los amigos nadie la pelea. Juan Heraldo aprendió eso que se viene heredando de generación en generación, a buscar el hueco que todos dejan y que nadie quiere luchar. Allí se vive más cómodo y se ve todo con más objetividad. Incluso a veces, como es el caso de este discurso, se puede ayudar con fuerza. Esta idea de impactar de esa manera no es suya, el bueno de Juan que no habla mucho ni cuenta nada, se lo ha visto hacer a su padre y a su madre. Ambos, como decimos, igualmente callados y secundarios, pero concretamente en su boda, hace ya muchos años, el padre disparó con la escopeta al aire y gritó que en su familia jamás habría una separación. Siguió el baile y todos quedaron tan asustados que hasta el día de hoy es cierto que nunca se pensó en algo semejante. Todo esto ahora está entrando a modo de grácil melodía a través del Cielo Anterior del pequeño Víctor. Hasta ahora la verdad es que no tenía mucha presencia en el Gran Palacio Negro de la izquierda. Justo el día que iba a nacer su último hijo (el que no es rico ni escritor) sufrió un accidente en un autobús que terminó volcando. Se quedó con las ganas de avisar al conductor para que no corriera tanto pero por su timidez no lo hizo y eso le llevó al hospital. Ahora y desde entonces cojea porque le duele. Esto también tiene su efecto y su peso para el pequeño Víctor quien recibirá un mensaje opuesto y aprenderá, cuando llegue el momento según consideraciones del Gran Rey Materno, que

la timidez es una pérdida de tiempo a veces peligrosa. De haber hablado, ahora tal vez no cojearía.

La reunión sigue avanzando y se pone peligrosa porque ahora algunos adultos están tomando copas. El alcohol tiene de bueno que confunde la Esencia de los que lo toman pero tiene de malo que los que no toman si registran lo que sucede. Es mejor que cada uno se vaya a su casa cuanto antes.

—Vamos que el abuelo y yo tenemos que dormir y los niños ya están cansado —dice María Aurelia echando cordialmente a los invitados.

En las despedidas se asientan posiciones, todos lo saben. Tenemos la impresión de la recepción o introducción, del desenlace y la impresión de la despedida o conclusión. Algunos, los que han estado perdiendo durante todo el desenlace se muestran muy amables y buenos a la hora de despedirse. Los que han estado ganando, no lo consideran tan necesario y además no quieren, por si acaso, estropear su buena impresión. En general todos exageran sus gestos en la entrada y en la salida. Ahí es cuando el pequeño Víctor se lleva más besos y atenciones. Lo cierto es que todo ha sido muy útil y ha merecido la pena el esfuerzo para que el pequeño Víctor conozca a su familia y vaya organizando posiciones dentro de ella y en la sociedad. El cuerpo nunca reacciona con una única impresión, necesita la reafirmación de todo a lo largo del tiempo. Ahora hay que espera para ver cómo se van desatando estas primeras impresiones. Sobre el tablero de los dos grandes reyes maternos, el debate sigue abierto y las normas van tomando forma para el desarrollo de las etapas y las Virtudes.

—Ha sido un día intenso —le comenta Amparo a su hijo mientras lo sujeta en sus brazos una vez llegados a casa.

RIÑÓN DERECHO

***La casa femenina del
Gran Palacio Negro de la derecha***

Cuando el pequeño Víctor comenzó a interactuar más con el mundo, a explorar y aventurarse por sí solo, es cuando encontró a su padre. Hasta ahora sin independencia y sin ganas de tenerla, todo era el vínculo con su madre y las percepciones de posicionamiento/destino. Todo muy del interior y de esas musiquillas que sus deidades le traían del exterior cuando había familiares cerca. Pero la mayor parte del tiempo lo pasaba con su madre. Ambos bailaban durante horas sincronizando sus vidas para siempre. Víctor le enseñaba con ese baile a su madre los senderos de su Esencia y sus Virtudes, la responsabilidad de posición/destino y las fuerzas de su camino. Todo eso algún día no muy lejano se le va a olvidar y no lo tendrá muy presente. Su cuaderno de registros para el resto de la vida será su madre Amparo. A ella deberá recurrir en las distintas etapas en busca de buenos consejos. La madre sin ser consciente recogía todo, desde los días de embarazada y los primeros años de vida sobre todo. Amparo no se daba cuenta pero cuando se ponía a hablar de su hijo sí sentía un gran conocimiento e información que le brotaba por todas partes. Su cuaderno de registros que le durará

hasta el día que se muera y al cual acudirá, sobre todo en estos primeros días, para entender y guiar a su hijo en el camino de la vida.

Cuando Víctor buscó por fin a su padre, ya gateaba y estaba a unos meses de ponerse en pie. Al encontrarlo aconteció algo hermoso porque su pequeño riñón derecho comenzó a activarse con mayor fuerza para comenzar a formar el subconsciente o espíritus que allí habitan. Hasta ahora, solo había recogido las resonancias del Cielo Anterior a través del ADN celular y el Gran Palacio Negro de la izquierda (riñón izquierdo). En el Gran Palacio Negro de la izquierda es donde se comienza la vida, donde entran los ancestros y la evolución. Desde allí se guía el metabolismo, el crecimiento celular. Pero cuando Víctor encontró a su padre el otro Gran Palacio Negro, situado a la derecha, tomó presencia y acción. Este es el riñón paterno y una vez despierto se encarga de guiar al hijo en el desarrollo de sus Virtudes. La madre detecta las Virtudes y comunica al padre cuales son para que éste encuentre la forma de darles una utilidad en la sociedad actual.

El padre de Víctor al ver que su hijo le buscaba por fin y con alegría, se sentaba a jugar con él y enseñarlo cómo usar todos esos objetos que le apasionaban. La madre observaba la escena encantada, con suma aprobación. Roberto se pinchaban con las jeringuillas de plástico que le habían comprado y simulaba bromeando una herida. Jugaban con el concepto del dolor. El niño le pegaba y el padre ponía cara de dolor y luego sonreía. Le enseñaba que los besos lo curan todo, y que todo es susceptible de ser dañado y de ser reparado. O casi todo, porque Víctor a esta edad no está diseñado para entender el concepto de la muerte. Para él todo vuelve a la vida después de morir y se extrañaba cuando rompía algo y luego no se reparaba solo. Se lo entregaba a su padre, o a su madre que la consideraba más mágica y divina, pero ninguno podía arreglar lo que estaba roto. Sin embargo seguía imaginando que desaparecía para ir a un lugar en el cielo

donde todo regresa. El concepto de reencarnación de la energía nos viene dado desde muy pequeños, mejor dicho llega sin edad. El pequeño Víctor, como todos los niños, disfrutaba usando este concepto, y jugaba con su padre a hacer que las cosas desaparecen y luego aparecen. Roberto, el padre del niño, se dio cuenta que este juego le hacía sonreír y le enseñaba las manos, luego las ocultaba y las volvía a enseñar. El niño siempre sonreía con este truco. Luego escondía algo y de nuevo lo volvía a sacar. Muy sencillo pero en estos primeros actos se encerraba en entendimiento de los ciclos de la vida y la energía. Nada se rompe, nada se termina.

Cuando un día, y esto es curioso, el padre de Víctor le intentó enseñar que sí hay cosas que mueren o se rompen para siempre, el niño no comprendía. No le gustaba, su cara no era de agrado, ese tema era irrelevante e incluso si el padre insistía el niño lloraba para salir de la situación y dejar a todos claro que no son asuntos que quiere incluir en sus conceptos.

—Déjalo —decía Amparo a su marido cuando veía al niño llorando.

—Pero también tiene que aprender que la vida es dura, que las cosas no son eternas. Nosotros —proseguía Roberto— no estaremos aquí siempre para ayudarlo. Nos vamos a morir algún día...

—Deja eso ya, no ves que está llorando.

—Pero si no me entiende. Ahora la sociedad no es fácil, mira lo que está pasando... Hay que prepararlo...

Es cierto que a esta edad el niño no entendía el lenguaje oral pero como todos bien sabemos eso se compensa con una extrema sensibilidad en los sentimientos. Los niños pueden sentir la fuerza del mensaje que se está transmitiendo y aprenden igualmente de ello aunque no entiendan las palabras. A Víctor no le asusta la muerte, ni le molesta el tema en sí que se está tratando, lo que le incomoda es ver a su padre emitiendo miedo. Es el miedo a la muerte que está sintiendo su padre y la madre al

aprobarlo, lo que no le gusta al pequeño Víctor.

—Ese tema os produce miedo —decía el niño sin palabras más que el propio llanto—, y dejáis de ser felices y mágicos. De-béis sacarlo de vuestro ser, no es el camino, no está en el diseño natural del ser humano y es peligroso.

Pero los padres, que al ser primerizos se sentía muy responsable de educar a su hijo, no entendían que es el niño quien viene en gran medida a educarles a ellos.

—¡Deja ya ese tema! —insistía Amparo a su marido, algo más intuitiva con los mensajes de su hijo.

El pequeño Víctor además se ha dado cuenta que dicho tema de conversación produce en sus padres enfrentamientos. Para calmarlo, ya que su tono de llanto es ahora histérico, su padre intuitivamente volvió al juego que le sacaba una sonrisa. Le enseñaba algo y lo hacía desaparecer para luego volverlo a traer a este mundo. Víctor dejó de llorar y al tercer intento volvió a sonreír. Esta enseñanza que el niño traía para sus padres viene del Cielo y no fue del todo entendida. No todos los padres están en disposición de aprovechar las enseñanzas que sus hijos les traen del Cielo. El niño todo lo sabe y se confunde con el universo porque aun no está diferenciado de él. En los primeros años de vida no viene a aprender sino a enseñar. Otra enseñanza:

—Por qué está llorando ahora —preguntaba Amparo a su marido.

—Le que quitado de las manos un juguete. Es la hora de comer...

—Víctor, mi amor —le explicaba su madre—tienes que dejar eso porque te he calentado la papilla...

Al pequeño Víctor le gustó el amor que emitía su madre pero lloraba porque literalmente le dolía la mano. Al quitarle el juguete con el cual se había identificado era como una parte de su cuerpo. No podía diferenciar si dicho juguete era su cuerpo así que al arrancárselo sufría dolor como si le hubieran quitado un dedo. Pero la herida se curó rápido y dejó de doler. Para el

pequeño Víctor, al igual que todos los niños, los objetos no son partes ajenas de uno mismo sino la misma cosa. Todo está unido, la separación es solo una ilusión.

—Ya, ya... tranquilo —su madre le besaba la mano y el dolor se le fue del todo.

—¿Porque ahora está enfadado? —preguntó Roberto a su mujer.

—No lo sé. Parece que no le gusta que le demos horarios. Prefiere elegir el mismo cuando tiene que comer.

—Pues tiene que entender que en esta casa hay horarios y normas para poder coordinarnos todos. No puede hacer siempre lo que le venga en gana.

—Roberto, es muy pequeño...

En cierto modo la madre de Víctor tiene razón y hay que reconocerlo: la siguiente enseñanza que traen los niños es que el tiempo no existe. Claro que Roberto también tiene razón nosotros lo tenemos que hacer existir para poder coordinarnos en tareas. Eso es cierto, pero solo para coordinarnos mientras que el resto del tiempo es mejor vivir dejando sentir el tiempo sin tiempo.

—No seas mal educado —decía Ampara a su hijo al verlo enfadado y escupiendo la papilla. Se está perdiendo la enseñanza que trae su hijo porque no está educada ni entrenada para ello. Claro que intuitivamente sí le entra y le da paz estar con su hijo. El mundo lejos de él le parece más sencillo y errático. Al lado del pequeño Víctor siente veracidad, el sencillo fluir de los días le causa un estado de entendimiento profundo de la vida. Está más espiritual que nunca pero no lo sabe identificar de esa manera y no sabe qué hacer con eso. Solo se deja disfrutar sin ser consciente que tiene en su casa un pequeño sabido, un gran maestro que como todos los niños trae bajo el brazo las leyes que han de regir nuestro pensamiento, emociones y comportamiento frente a la vida para ser felices y producir más y mejor entre todos.

—El tiempo no existe mamá —le decía el pequeño Víctor sin palabras.

El niño tiene razón, el tiempo es una percepción que como tal está sujeta a las necesidades del momento. Cada Gran Palacio del interior tiene su forma de sentir el tiempo por lo que tenemos cinco formas esenciales de tratar el tiempo. El buen uso de los Grandes Palacios en todo momento nos da la percepción que necesitamos. No se puede usar siempre la misma forma de percepción del tiempo para todo. Nos lleva a confusiones y paradojas en el entendimiento de las cosas. ¡Qué peligroso es usar el Palacio Rojo para comprender la amplitud de la vida! ¡Qué doloroso es aplicar las deidades del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes cuando tenemos de centrarnos en una tarea! ¡Qué loco es intentar coordinarnos para trabajar usando la percepción del tiempo que nos dan las deidades del Gran Palacio Negro! Se vive muy incómodo cuando no se sabe en qué casos aplicar cada forma de percepción del tiempo. Se sufre y aparecen emociones agónicas al no aplicar en cada momento lo que por diseño debemos. El pequeño Víctor está intentando decir esto a sus padres pero ellos no están formados para entender y aunque intuyen y disfrutan de ello no logran aprenderlo bien. Para Víctor a esta tierna edad la mayor parte de sus percepciones vienen del Gran Palacio Negro (los riñones) y desde ahí la forma de concebir el tiempo es el eterno círculo. Cuando se ha de pensar en cosas muy amplias es el círculo quien nos da la paz de entendimiento y la comprensión. El niño con su círculo envuelve a sus padres y ellos se sienten por fin arropados por un entendimiento de la vida y la muerte. Al lado de su hijo, Roberto y Amparo dejan de cuestionarse por las preguntas existenciales, parece que aquello que les atormentaba desde siempre en esta época ha desaparecido.

—Ya ha dejado de estar enfadado, mira ahora como come —apunta sonriendo su padre.

Cuando el niño come ya no está tan activo el Gran Palacio

Negro sino que ahora por sus venas y vasos linfáticos correatan fuertes las deidades del Palacio Amarillo y Ocre (bazo/páncreas). Entonces el tiempo ya no es circular sino que desaparece por completo, solo existen el cambio, se observa como las cosas cambian y se reacciona según dichos cambios pero estas reacciones no llevan tiempo solo la experiencia previa acumulada en Sangre que en el caso del bebé es más lo que llamamos instintos.

—Da gusto verlo comer, está como evadido de todo y disfrutando —observa su padre.

Ya no es un filósofo para enseñar a sus padres las verdades necesarias de la vida en los seres humanos, sino más bien es un obrero, un trabajador que come disfrutando del cambio y las sensaciones de avance y logro que dichos cambios producen. El tiempo se ha ido y canta contento mientras mastica. Al terminar respira y vuelve a respirar. Mira a su alrededor orgulloso de los logros y regresa a sus sentidos el tiempo circular que en esta edad predomina para seguir siendo el maestro de sus padres. Las deidades del Gran Palacio Negro toman de nuevo el control del interior y la fuerza de las Virtudes siguen enseñando a su madre. El niño, y hay que verlo..., podía pasarse horas aplicando vendas a los muñecos, y les ponía distintos remedios que impregnaba en las vendas. Su madre lo observaba sin pensar, bañada igualmente por la misma música celestial y compartiendo incluso células de su hijo que soltaban parte de esta música desde dentro. Su madre se dejaba llevar y sin saber cómo acertaba. Luego lo comentaba con los miembros de la familia, con su marido pero sobre todo, y que nadie se ofenda, sobre todo con las mujeres. Y se sorprendía al ver toda la información que era capaz de expresar cuando ella no pensaba, solo se dejaba vivir con su hijo y su maestría la llenaba desde dentro con una profundidad que no recuerda haber tenido jamás. Así le proporcionaba todo aquello que el niño demandaba. Su marido, Roberto, le compra lo que la madre indica que necesita y además se sienta en su sillón a leer el periódico, intentando entender la sociedad para guiar a su hijo

en los juegos que vendrán bien a los tiempos que corren.

—La medicina me parece bien —le comenta a su mujer cuando el niño duerme en paz—. Pero ahora están habiendo muchos médicos en paro, ya no es como antes.

—Es lo que a él le gusta —dice su madre—y tenemos que apoyarlo.

—Si no digo que no quiero que sea médico, solo estoy pensando en qué rama podría encajar mejor.

—Ya lo decidirá él —concluyó Amparo.

Pero Roberto se empeñó que era mejor guiar a su hijo en el campo de la neurología. Lo leyó en un artículo del periódico que alababa el estudio del cerebro como el futuro de la ciencia moderna. En el mismo momento que llegó a esa idea, y en los siguientes meses, el padre de Víctor procuraba en sus juegos darle más pasión a lo relativo al cerebro. Le compró uno de plástico, pero el niño no parecía muy contento con aquello. Le enseñaba fotos de neuronas y eso le gustaba más. Intentaba hacerle divertido todo lo relacionado y apartar otros juguetes que aunque médicos no era de neurología. El niño aceptaba a ratos y otros se enfadaba cuando veía a su padre demasiado partidista y selectivo. Pero los gestos de su padre y aun a pesar de mostrarle su enfado hacían que Víctor se sintiera protegido. Con estos gestos Roberto estaba dando fuerza al lado derecho del Gran Palacio Negro.

Es tal vez el momento de decir que dicho palacio se divide en dos casas. Esto es así como ya sabemos para todos los cinco Palacios del interior. Es muy sencillo cada Palacio tiene su rey y su reina, los cuales respectivamente gobiernan cada una de las casas. Tanto el rey como la reina de un Palacio tienen sus propias funciones, su séquito de deidades guerreras que lanzan ondas imperiales por todas partes. En ocasiones y cuando esto sucede se presenta la enfermedad en el cuerpo, puede haber una guerra civil entre el rey y la reina. En un mismo órgano, en este caso el riñón derecho, se puede producir un enfrentamiento interno.

Pero de momento no es el caso y el riñón derecho del pequeño Víctor está en perfecto estado, formado su imperio con las recepciones del Cielo Anterior y ahora con los actos de su padre.

El que nos interesa ahora es el Gran Palacio de la izquierda gobernado por la reina. Si entramos por su impresionante puerta veremos que en lo más alto se puede leer una inscripción que dice: “La imagen amplia del grupo”. Algunos prefieren traducir esta inscripción como “la imagen amplia de la familia”, va en gusto, pero tal vez el concepto del “grupo” abarca más rango. Para que las deidades de la puerta nos dejaran entrar necesitaríamos traer un tema de interés para la Gran Reina Paterna. Por ejemplo un periódico en una mano, y en la otra tal vez nos iría bien si sujetáramos un espejo de obediencia. Con una mano alzaríamos el periódico para indicar que traemos información del estado y rumbo actual de la sociedad. Y en la otra mano, el espejo de obediencia indicando que nuestra imagen social representa a todo el grupo. Cada acto que copiamos del grupo nos ayuda a ensalzar su imagen en sociedad, a proteger a todos a través de crear una visión positiva como miembro de un grupo. Con ambas manos en alto, con las nociones de la sociedad actual y la intención de proteger a todo con una buena imagen las deidades de la puerta del Gran Palacio Negro de la derecha nos dejarían pasar. Al cruzar la enorme puerta veríamos no un palacio lujoso y elegante sino más bien un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. En realidad se parece mucho al Palacio Negro de la izquierda porque también es como un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia.

Pero además de su arquitectura y sonoridad también impresiona es ver a billones de trabajadores sincronizados en distintas orquesta. Cualquier gran ciudad del mundo se queda mil veces corta en comparación con todo ese preciso ensamblaje. Las deidades, todas ellas musicales, se mueven a gran veloci-

dad produciendo sonidos inteligentes que envían a todo el organismo a través de los líquidos y conductos diseñados para cada sonido. Ante tal grandeza tan imposible para nosotros solo queda rendirse ante una admiración tal que sin duda produce una profunda espiritualidad. Si preguntáramos a una de las deidades por la presencia de la Gran Reina Paterna con humildad nos respondería algo como:

—La tienes ante tus ojos.

—¿Quién es? Disculpa que no logro verla.

—Somos todos unidos. ¿Lo ves ahora?

—Me cuesta entenderlo. Pero... ¿tiene voz? ¿Puedo hablar con todos a la vez?

—Claro, solo has de dirigir tu mirada a ninguna parte, tus oídos al silencio y tus sentidos al total. Ella te hablará y podrás preguntarla. Ahora si me permites tengo que seguir trabajando porque estamos decodificando los actos y mensajes del padre de Víctor para dar forma a todo esto.

—Tengo una pregunta entonces. Si me disculpas, será solo un segundo. Me gustaría saber ¿qué significa eso de “la imagen amplia de la familia”?

—Es muy sencillo —dijo la grácil deidad musical— ya lo estás viendo en el transcurso de la historia. Todo se cuenta hay fuera si sabes mirar.

—Pero, sí..., gracias. ¿Y qué me podrías decir de manera más concreta para que lo entienda?

—Sencillamente aquí trabajamos para guiar la conducta de todos, la familia o cualquier grupo de trabajo. Y lo hacemos para que encaje en la sociedad actual, para que saque su máximo desarrollo y reconocimiento. ¿No lo crees así? Cuando los demás nos reconocen todo es más sencillo. Se abre un camino por donde continuar y ayudar. De lo contrario es muy fácil perderse en intentos personales que no sirven a nadie y que encuentran muchas dificultades. Ahora si me permites tengo que seguir trabajando...

RIÑÓN DERECHO

***La casa masculina del
Gran Palacio Negro de la derecha***

En el aún pequeño riñón derecho de Víctor Vila, se están estableciendo, muy despacio, ciertas bases para el resto de su vida. Desde allí ha de sentir la protección para poder enfrentarse a la vida social y al trabajo con confianza. Ahora con un padre algo empeñado, según ha visto en la prensa, en que su hijo se centre en el cerebro. Intenta que gane pasión para dejarle una impronta que le sirva algún día. Pero las deidades que sirven a la Gran Reina Paterna no lo están integrando como quisiera Roberto porque sencillamente no encaja del todo con las Virtudes que el pequeño trae en su Cielo Anterior.

—Mira hijo mío, una neurona que tiene más amigas. ¿Te gusta?

—Deja ya al niño —replica Amparo—no ves que no le gusta. No le fuerces tanto.

El niño no se enfada porque no es tan importante si registra eso de las neuronas y el cerebro para su futuro, lo que sí es crucial y en ese están trabajando las deidades que sirven a la Gran Reina Paterna es en el mensaje de protección, de preocupación, de esfuerzo y atención. Que su padre esté tan encima en esta

edad le hace bien porque le está dando confianza en sí mismo, decisión y seguridad.

—Déjame a mí —contesta Roberto a su mujer—, además el niño no está llorando, le gusta que esté a su lado.

Amparo, la madre de nuestro protagonista, no miente cuando dice que disfruta mucho viendo a su marido pasar horas con el niño. Las horas que puede, y esto también hay que entenderlo, porque en seguida tiene que irse a la fábrica para cumplir su jornada día tras día y producir el dinero con que he de sostener todo. Esto no lo sabe el pequeño Víctor, es decir que no sabe del todo que cuando su padre se ausenta es para cumplir sus responsabilidades. Pero sí ve que no le falta de nada, que tiene una casa y una seguridad, comida y paz. Está protegido y eso es lo que se está registrando en el otro Gran Palacio Negro de la derecha. En este caso se trata de la casa masculina donde vive el Gran Rey Paterno. En realidad esto de las casa en un mismo palacio es algo confuso porque no hay un espacio físico donde resida la Reina Paterna y otra para el Gran Rey Paterno.

En el Gran Palacio Negro de la derecha ambos reyes conviven compartiendo espacio, y las deidades aunque hacen funciones distintas según quien dé la orden son en realidad las mismas. Como siempre depende las circunstancias que rodean al pequeño Víctor así tomarán más unidades el rey o la reina. Si ahora vamos en busca del Rey Paterno llegaríamos a la misma impresionante puerta pero esta vez en lo más alto se leería una inscripción que dice: “El protector voluntarioso”. Algunos prefieren traducir esta inscripción como “el padre voluntarioso”, va en gusto, pero tal vez el concepto del “protector” abarca más rango. Para que las deidades de la puerta nos dejaran entrar necesitaríamos traer un tema de interés para el Gran Rey Paterno. Por ejemplo un calendario laboral en una mano y en la otra tal vez nos iría bien si sujetáramos una rueda moral de voluntades. Con una mano alzaríamos el calendario laboral para indicar que

somos constantes, perseverantes y atentos a las fechas para lograr terminar nuestras tareas y obtener un beneficio. Recordemos que el Rey Paterno se encarga completar los ciclos ordinarios hasta alcanzar un beneficio con el cual proteger y alimentar de necesidades a los suyos.

En la otra mano la rueda moral de voluntades que muestra la determinación del esfuerzo, la capacidad de cerrar círculos y obedecer a lo que internamente sabemos que es lo correcto. Con ambas manos en alto, con las fechas del calendario laboral y la rueda moral de voluntades las deidades de la puerta del Gran Palacio Negro de la izquierda que custodian al Gran Rey Paterno nos dejarían pasar. Como sabemos esto de las casas en un mismo palacio es algo confuso porque no hay un espacio físico donde resida la Gran Reina Paterna y otra para el Gran Rey Paterno. Ambos grandes reyes conviven compartiendo lecho y las deidades aunque hacen funciones distintas según quien dé la orden son en realidad las mismas. Como siempre depende las circunstancias que rodean al pequeño Víctor así tomarán más unidades el rey o la reina. Por eso a simple vista todo parece ser igual, y esta casa parece un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. La diferencia es sola en dicho sonido, en el silbido singular y mínimo que corretea por los pasillos. Realmente no parece que allí esté sucediendo nada. Lo cierto es que ante tal grandeza tan imposible para nosotros solo queda rendirse ante una admiración tal que sin duda produce una profunda espiritualidad. Si lográramos la velocidad suficiente para preguntar a una de las deidades por la presencia de la Gran Rey Paterno tal vez nos respondería algo como:

- Lo tienes ante tus ojos.
- ¿Quién es? Disculpa que no logro verlo.
- Somos todos unidos. ¿Lo ves ahora?
- Me cuesta entenderlo. Pero... ¿tiene voz? ¿Puedo hablar

con todos a la vez?

—Claro, solo has de dirigir tu mirada a ninguna parte, tus oídos al silencio y tus sentidos al total. Él te hablará y podrás preguntar.

—Tengo una pregunta entonces. Si me disculpas, será solo un segundo. Me gustaría saber ¿qué significa eso de “el padre voluntarioso”?

—Es muy sencillo —dijo la grácil deidad musical—son todos los esfuerzos cotidianos que cierran el círculo.

—¿Eh? ¿Qué círculo? Si no es mucho preguntar...

—El círculo de los beneficios. Nosotros las deidades que servimos al Gran Rey Paterno damos la fuerza para luchar día a días hasta cerrar el esfuerzo y lograr algún beneficio. Puede ser económico, emocional, físico, etc. Lo que quieras, pero empezar algo y terminarlo hasta tener resultados. Esa es la fuerza que aquí trabajamos.

—Gracias, intentaré pensar y aprender de todo esto. Ya sé que estáis muy ocupadas, no molesto más.

RIÑÓN DERECHO

***El tablero moral del
Gran Palacio Negro de la derecha***

También aquí en el Gran Palacio Negro de la derecha existe un tablero donde el rey y la reina mueven sus fichas. Es un trabajo muy sutil y muy fino. La Gran Reina Paterna aporta el conocimiento del rumbo actual de la sociedad, la imagen que interesa para proteger a la familia sin dañar a nadie y encajar armónicamente. Y el Gran Rey Paterno aporta su visión de esfuerzos y beneficios, la consecución de los trabajos que reportan un resultado. Ambos son el protector y la Gran Reina Paterna protege mostrando los puntos mejores de la sociedad por donde caminar, ganar respeto y logros. Y el Gran Rey Paterno protege a través de la consecución de sus esfuerzos que traen provisiones, alimentos, motivación, admiración, seguridad... Además en este tablero se debate la moral social que es algo que depende mucho del momento actual de cada sociedad, y de las modas de lo que es bueno o es malo. Todo eso va cambiando y hay que estar muy atentos.

Claro que Víctor es demasiado pequeño para tener una moral social. Lo que sí trae, y esto pertenece al Gran Palacio Negro de la izquierda, es una Moral Universal. No es de este

palacio, es del otro, el de la izquierda, pero aquí en el Gran Palacio de la derecha se usa la Moral Universal para ir estableciendo una moral social. Todos sabemos que no está bien matar, que no hay que dañar los sentimientos de otros, que no hay que robar lo que no es nuestro. Estas cosas no hace falta que nos las cuenten, vienen dadas del universo, se repiten en todas las cultura y se guardan en el Gran Palacio Negro de la izquierda. Está en la Esencia, distribuido desde el nacimiento por todos los líquidos del cuerpo. Y cuando llega aquí, al Gran Palacio Negro de la derecha, se produce el debate según la sociedad dicte. En realidad se puede llegar a ahogar la moral universal si la moral social es muy fuerte. Es un desastre pero a veces sucede.

Si ahora lográramos la velocidad suficiente para preguntar a una de las deidades que se mueven sobre el tablero, tal vez nos respondería algo así como:

—No quería interrumpir su majestuoso sonido pero ¿podría hacerle una pregunta?

—Si corres a mi lado podré responderte todas las preguntas que quieras. Pero no es fácil, soy muy rápida...

—¿Qué es el Camino?

—El Camino es lo que debe conducirnos a la cultura.

—No entiendo, ¿tal vez voy demasiado lento?

—Es posible. Acelera un poco si quieres entenderme. Aquí los que servimos al Gran Rey Paterno, nos encargamos de recoger los actos del Cielo Anterior que son correctos y los que son incorrectos. Somos las deidades musicales de la moral social. Y debería ser desde nuestro criterio que los hombres construyeran su cultura.

—¿Y eso es el Camino?

—Sí, eso es. Lo que está bien y lo que está mal lo llevamos todos dentro desde los arcanos del tiempo (moral universal). Es un diseño natural y la fuerza de voluntad que imprime mi Gran Rey Paterno ha de servir a esta moral del Cielo.

—Pero disculpa mi intromisión grácil deidad musical,

pero no es fácil saber qué es y qué no es correcto.

—Lo que no es fácil —responde la deidad— es la Voluntad para obedecernos. Y a eso nos dedicamos también nosotras, a la lucha de las ideas mentales, las deidades que sirven el Emperador. Ella produce confusión y engaños. Pero todos los que están en paz con su gobierno pueden oír lo que está bien y lo que está mal. Y la Voluntad para obedecer no es otra cosa que la armonía universal.

—No quisiera resultar molesto grácil deidad, pero lo que es bueno para uno no siempre lo es para otro. Somos muchos y todo es muy relativo en cada momento.

—Correcto, en ese caso siempre el Gran Rey Paterno es el sacrificado. Si lo que es bueno para otro no es bueno para él la determinación es claro y cede. Pero es el gran protector, así que si algo es bueno para otro pero puede dañar a los suyos entonces no cede y pelea. La orden no se encuentra aquí, sino que viene del Gran Palacio Negro de la izquierda donde envían la Moral Universal. Esa ya está escrito, el resto lo hacemos nosotros según las circunstancias de cada situación, el momento de cada historia...

—Tiene mucho sentido. Solo hay que mirar la relatividad del asunto para determinar la moral de cada circunstancia.

—Si lo que otro necesita no daña a nadie entonces la Voluntad de eso ayuda al prójimo —afirmó la deidad musical.

—Pero... y aquí va otra pregunta ¿y si enredamos más la cuestión, que ya sabes que siempre se da un poco de todo, y resulta que lo que le va bien a uno, no me perjudica a mí ni a los míos pero sí a un tercero que desconozco y que jamás tendrá la ocasión de ver? ¿Qué moral prima ahí según el Gran Rey Paterno?

—Yo soy un silbido, pero me muevo tan rápido que estoy en más de un lugar a la vez. Lucho en mil batallas y he visto demasiado. Para mí un tercero que jamás verás con tus ojos sigue siendo un primero. Aunque no sepas su nombre o no lo conozca

nunca te aseguro que sus deidades musicales iguales a mí te llegarán. Por eso a nosotras, los sirvientes del Gran Rey Paterno nos gusta que se tenga en consideración por igual a propios y extraños.

—Pero así es muy complicado ayudar a nadie porque siempre hay un tercero que puede salir mal. ¿Acaso no hay que meterse en líos? El padre es un protector y tiene que llevar dinero a casa, ¿cómo quieres que lo consiga?

—Tengo que acelerar mi camino, pero antes deirme puede decirte un cosa que quedará en tu responsabilidad si quieres o no entender.

—Por favor, amable deidad.

—Todos los seres vivos de la naturaleza usan el camuflaje, algunos para cazar la mayoría para no ser cazados. Si quieres que igualmente sobrevivan sanas tus emociones has de ser discreto, sin orgullo, ni ser obstinado sino ceder en lugar de buscar siempre la victoria. Y todo esto te adelanto que es la lucha que tenemos aquí contra las gráciles deidades del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes (hígado). Si allí hay armonía y obediencia al Gran Palacio Negro de la derecha nosotros podemos trabajar discretamente. Solo así nos ayudará a realizar nuestro trabajo desde dentro y podrá beneficiarse de la inmensa paz que proporcionamos las deidades que servimos a los dos grandes reyes de este palacio.

—Una cosas más antes de esfumarte ¿pero y sí quiero hacer dinero para dar lo mejor a los míos? ¿No es eso un buen protector también?

—Eso no es competencia nuestra, has de preguntar a las deidades del Gran Palacio de la izquierda si acaso ser rico entra dentro de tus Virtudes según tu Cielo Anterior. Si es así verás que no disfrutas solo del dinero sino del camino o la lucha por conseguirlo. El dinero ha de ser una consecuencia del trabajo y jamás un objetivo. Ahora si me disculpas tengo que acelerar...

Es domingo y se han bajado todo un rato al parque. Están solo ellos tres, el padre, la madre y el pequeño Víctor. También les acompaña en este domingo la abuela paterna (Soledad). Mientras las mujeres hablan de sus cosas Roberto, que ve poco a su hijo durante la semana por causas de su trabajo, acompaña a su hijo de dos años a juntarse con otros niños; algunos de su edad y otros mayores.

—No le quites eso Víctor, que el niño estaba usándolo —le dice su padre. Entonces Víctor se pone a llorar, no lo hace porque quiere el juguete sino que intenta llevar a su padre el límite para ver hasta donde lleva su moral. El ruido es tanto que el padre le pregunta al otro niño:

—No te importa dejárselo un poco, si luego te lo devolvemos.

—Es mío —responde el otro niño.

—Sí, ya lo sabemos, es solo para que él lo vea un rato y te lo devolvemos.

El otro niño parece razonable y le deja al señor su juguete y se va. Al marcharse desprecia lo que acaba de hacer y Víctor se queda sin interés por el juguete que le consiguió su padre.

—¿Ya no lo quieres? Vaya. Bueno, ¿se lo devolvemos al niño? La verdad, ahora no le hace ni caso, pues lo dejamos aquí y luego que lo recoja.

Roberto trata con dulzura a los demás niños del parque y no solo lo hace porque sabe que las madres lo están observando. También intuye que esa forma de trato y respeto para con los demás ayuda a entender a su hijo. A veces, juega con otros niños para que le vea su hijo. Usa a niños mayores que le dan una respuesta más adelantada.

—No está bien que les pegues a los otros niños —le dice su padre—. Ellos también quieres subirte al columpio.

Obviamente en esta educación moral también participa la madre pero más en la moral universal, mientras que es Roberto el encargado de poner esa moral universal en un plano práctico

y realista en el mundo cotidiano.

—Ven, acompáñame, vamos de devolver la pelota porque seguro que algún niño la estaba buscando.

—Mía, mía... —balbucea el pequeño Víctor. Con ese gesto no quiere decir que se la quiera quedar, pero sí quiere ver lo que hace su padre. Si se la diera diciendo “no importa, nadie nos ve”, el niño se la quedaría y sonreiría pero se mostraría enfadado con su padre en las siguientes semanas. Si el padre por el contrario realmente hace esfuerzos voluntariosos y busca el niño, lo encuentra y le entregan su pelota. Tal vez Víctor no sonría e incluso se enfade, pero en las siguientes semanas veremos cómo se muestra cariñoso con él. La moral universal busca espacio para poder desplegarse y hace mucha ilusión, mejor dicho da mucha tranquilidad, cuando sientes que están en un entorno donde vas a poder desplegarla. Al pequeño Víctor le gusta la idea (y se siente protegido) de formar parte de un lugar donde la moral universal es posible. A esta edad ya se pone algo complicado para los padres, porque sus hijos están buscando ponerlos a prueba todo el rato. No hay que prestar caso de sus enfados que como antes eran muy inteligentes y literales. Ahora el Gran Rey Materno ha cambiado de etapa en la vida y ya los mensajes no son literales sino retos. El padre ha de mostrarse firme a pesar de sus emociones, a veces lo hará con el enfado y el llanto y otras con la sonrisa. Pero hay que mantener la moral universal y la determinación sin dejarse desviar por los cambios o desafíos del niño. Esa determinación le da sensaciones de protección y le invitan a ser justo en la vida y cuidadoso con los demás. Si los padres intentan complacer a sus hijos y se saltan para ello la moral universal no terminarán jamás de recibir problemas. El niño se va sintiendo más inseguro y necesita ponerles más a prueba en busca de una resolución favorable. Pero sus padres, nerviosos, al intentar complacerlo lo llegan de inseguridades. No hay una estabilidad, una firmeza o voluntad moral por encima de todo y eso a los niños les destroza porque el interior no resuena

con el exterior.

—Hay que pegar a los niños cuando se ponen así —dice la abuela Soledad a una de las madres del parque que no puede más con sus hijos.

Pero la señora le mira mal. Eso de pagar es lo último porque queda mal y te juzgan luego los adultos. No obstante Soledad tiene razón y aquí es más importante los niños que las ideas de los adultos, a su madre le debería preocupar menos lo que pensaron los demás porque sus niños necesitan un límite fuerte para sentirse protegidos, y para sentir además coherencia con su interior.

—Cuando se le pega a un niño —prosigue la abuela Soledad intentando ayudar a esa señora—, hay que asegurarse que se está muy tranquila. No tiene que ser un desahogo, sino una intención tranquila. Sin perder la cabeza. Los niños leen todo y si están nerviosos no funciona. Determinación y tranquilidad.

La señora le vuelve a mirar mal y decide levantarse sin decir nada simulando que la llaman por el móvil. La falta de coherencia produce niños muy nerviosos. Si no toma el control el Gran Palacio Negro de la derecha la sensación de inseguridad y amoralidad los destroza. Necesitan el azote paterno, el protector, el coherente y justo, el absolutamente moral con todos incluyendo terceras parte ausentes.

—Si es que los padres no se quieren —le informa Amparo a su suegra en voz baja—. Son vecinos nuestros y no paran de discutir entre ellos. Se traicionan mutuamente delante de los niños, se llevan la contraria... Un desastre. Los pobres niños...

Lo cierto es que no hay quien los aguante, caen mal y eso les pone en peligro. En la sociedad en la que viven no es tal literal este peligro, es más un peligro por daño a su personalidad y sus emociones. Por caer mal reciben allí donde van confrontaciones, rechazos y huidas, no les invitan a estar y les dan la espalda. Por caer mal a estos niños les aíslan y eso es una agresión pasiva muy fuerte. El trato que reciben es violento, brusco. Por

caer mal y sin saberlo reciben lo que dan y el daño les causa más ganas de caer mal. Los niños del vecino que son insoportables están metidos en un círculo negativo que destruye su moral. El conflicto con su interior agrava la situación. Si miramos ahora en el interior del pequeño Víctor y pudiéramos ahora alcanzar la velocidad suficiente y el prisma amplio que se requiere, tal vez alcanzaríamos a oír la conversación que están teniendo sobre el tablero los dos grandes reyes del Gran Palacio Negro de la derecha:

—¿Qué podemos hacer con los vecinos? —pregunta pensativo el Gran Rey Paterno.

—No lo sé —responde la Gran Reina Paterna—pero parecen estar tan dañados que poco podemos hacer nosotros. Lo mejor será ignorarlos para que no nos causen daños y tengamos que entrar en guerra con ellos.

—Es cierto, lo principal ahora es evitar la guerra. No queremos salir dañados, estamos en una etapa de la vida que deja huella. Es la primera relación de Víctor con otros niños y no interesa que sea agresiva.

El pequeño Víctor se pone incómodo y su madre se le acerca:

—¿Qué quieres? ¿Nos vamos ya a casa?

De camino a casa y sujetado por los brazos fuertes de su padre, el pequeño Víctor mira de lejos a los niños con ojos de perdón y cierta compasión. Allí en su interior los grandes reyes paternos hablan:

—Mucho mejor así —dice la Gran Reina Paterno—. Siendo de verdad no poder ayudarlo pero es importante saber cuándo se puede hacer algo y cuando no.

—Más a delante en la vida —responde el Gran Rey Paterno—, y ya que son vecinos, tal vez podamos ayudarlo. Es importante que armonicemos en lo posible todo lo que nos va a rodear. Espero que los niños estén bien y sus padres sepan escuchar.

Esta primera experiencia moral que ha vivido nuestro aun pequeño personaje le hace dormir algo más intranquilo que de costumbre. Su madre tiene que ir a verlo hasta cinco veces durante la noche.

—No sé qué le pasa esta noche —dice en mitad de la noche Amparo con los ojos entornados y cara de evidente cansancio.

Víctor está aprendiendo a sentir el dolor ajeno y ha sentido el impulso de ayudar como que resulta muy novedosa para él para alguien que es ajeno a su familia. Piense mientras duerme como ayudar la siguiente vez, pero sabe que con las armas que conoce y que han funcionado con su familia no va a ser suficiente. Siente un abismo y sabe que necesita una montaña de nuevos conocimientos para ayudar a esos niños y tal vez a otros muchos. Ahí fuera hay problemas y no solo en su familia.

RIÑONES

La Virtud del Gran Palacio Negro

—Mira qué a gusto está consigo mismo —observa Amparo de su hijo al verlo dormir—. Es tan hermosa la edad que tiene, como si lo supiera todo, como si no pudiera cometer errores.

—Sí, nuestro hijo es ahora sabio —dice Roberto mientras lo mira con ojos brillantes.

En este gran imperio que es el cuerpo humano, cada casa y cada Palacio procuran realizar su trabajo de la mejor manera. Todos los ciudadanos del imperio desean alcanzar la excelencia en su trabajo. Sin embargo a veces es todo tan complejo, con tantas nuevas circunstancias, interferencias o guerras de intereses, que resulta muy difícil hacer lo que se espera. No hacemos lo que queremos sino más bien lo que podemos, lo que nos dejan las siempre cambiantes circunstancias de la vida, lo que nos permite alcanzar el choque con los demás intereses de otros ciudadanos. La mayoría de las veces nos tenemos que conformar con resoluciones que se quedan a la mitad o menos de lo que soñamos. Es por esto que en nuestros Palacios del interior rara vez aparecen las Virtudes. Sí, también hay Virtudes al igual que en el Cielo Anterior de Víctor. Todo se subdivide y los Palacios son como un individuo y por lo tanto y como ya sabemos, tiene

su propio Cielo Anterior, son universales (de ahí que se puedan trasplantar). Como individuos que pertenecen a una sociedad compleja pueden alcanzar igualmente su Virtud o no. Por eso la Virtud es algo que no está siempre, solo aparece cuando el estado de equilibrio y sabiduría es alto y fuerte. De lo contrario se vive sin Virtudes en el Cielo y sin Virtudes en los órganos o Palacios. Es así que el objetivo de todo ser humano es desempeñar su tarea de manera más amplia para lo cual necesita sentir fuertes todas sus Virtudes. Tenemos, a parte de las Virtudes del Cielo, otras cinco grandes Virtudes potenciales en cada Palacio. Y digo potenciales insistiendo en el hecho de que rara vez toman forma y fuerza para coordinar nuestro comportamiento.

—Déjale dormidito en paz —dice Roberto y toma en brazos al pequeño Víctor para llevarlo al salón donde estará más tranquilo.

Hay veces que acertamos durante unos segundos, o puede que con suerte unas horas y luego un error sutil las hace desaparecer. Todos tenemos coletazos virtuosos donde nos quedamos plenamente satisfechos (y esto dura en el tiempo) de la resolución de la situación y de cómo la solventamos. Pero estas pinceladas de color que logramos en la vida son, por lo general, escasas y en seguida perdemos la sabiduría suficiente para sostenerlas. Las Virtudes se desvanecen con facilidad, les cuesta reaparecer para guiarnos con certeza. Hay que ser un gran maestro para mantener las Virtudes de los Grandes Palacios siempre visibles y en activo. No son muchos los seres humanos que logran algo así, pero sí es para todos el fin último de nuestro paso por la existencia.

Por suerte ahora Víctor es muy pequeño y la naturaleza le concede el favor de sujetar las Virtudes en todos sus Palacios. Más tarde será suya la responsabilidad, pero de momento sí las podemos ver. Debemos darnos prisa porque es muy probable, como la mayoría de los seres humanos de nuestro tiempo mo-

derno, que luego jamás se vuelvan a mostrar en toda la vida salvo esas pinceladas cortas que salen casi al azar. Para ver las Virtudes del pequeño Víctor en ambos riñones debemos, ahora que está dormidito, mirar desde lejos, es un día perfecto donde la naturaleza está en absoluta armonía, cuando el cielo y la tierra alcanzan el éxtasis del amor... y entonces como un arcoíris que sale fugaz en lo más alto podríamos leer: Voluntad. Tan esa esa palabra encerrando un arcoíris hermoso entre ambos grandes palacios negros. Si ahora pudiéramos rápidamente acercarnos a este majestuoso arcoíris en lo más alto y alcanzar la velocidad suficiente para preguntar a una de sus gráciles deidades, tal vez nos respondería algo así como:

—Yo no soy una deidad sino un eco de deidades.

—Disculpa, no lo sabía. Podría, si no es molestia, preguntarte algunas cosas. No entiendo las letras de su majestuoso arcoíris que dicen “Voluntad”.

—Es normal que no lo comprendas —respondió el eco de mil colores y se esfumó.

Las Virtudes son así, efímeras como un vapor de agua y de muy frágil presencia como el arcoíris.

A veces parecen antipáticas porque a la mínima que la decisión es mala o la pregunta incorrecta desaparecen del cielo. Por suerte Víctor es aún muy pequeño y la naturaleza sostiene sus Virtudes, así que podemos volver a intentar la velocidad suficiente y la visión amplia para preguntar de nuevo. Siempre con humildad, ya que de lo contrario se desvanece, siempre con una visión colectiva y global ya que de lo contrario desaparecen, y siempre con la quietud de la paciencia que no exige ni demanda. Si esperas y las llamas las Virtudes nunca llegan, porque la tensión del acto mismo de espera lo estropea todo. Solo si logras no esperar las cosas y abrir los brazos entregando a ojos cerrados, entonces al abrirlo todo está en su sitio. Por eso si sueñas con lo que aun no tienes pierdes rápidamente la fuerza de conseguirlo. Las Virtudes son de mil colores pero trabajan en la sombra y no

les gusta ser vistas ni presumir de fuerza. Insistamos otra vez, a ver si ahora con una actitud más sabia hay suerte:

—Grácil eco de mil colores, disculpa mi ignorancia y la intromisión de mis palabras, y dado que la Voluntad es una fuerza invisible como la gravedad que todo lo empuja, estoy dispuesto a aguardar sin esperar nada para oír de su eco lo que por bien quiera traerme.

—La Voluntad de sostener la moralidad del comportamiento en todo momento —dijo por fin el eco de mil colores— reside en el Gran Palacio Negro (el de la izquierda y el de la derecha) como tal no es una fuerza individual sino colectiva. Solo se produce tal virtud cuando no estamos solos sino acompañados en el interior.

—¿La soledad destruye la Voluntad de sostener la moralidad del comportamiento en todo momento?

—Absolutamente —respondió sin esfumarse el eco de mil colores—, pero la soledad interna, me refiero. Hay que estar absolutamente acompañado para tener una fuerza de voluntad virtuosa. En el Gran Palacio Negro están todos los ancestros, el propio árbol y los de los además, así como la inmensidad del universo. El equilibrio y armonía de todo eso junto produce la Voluntad de sostener la moralidad del comportamiento en todo momento, cuya fuerza no es propia sino colectiva.

—¿Y cómo sabré cuando actuar correctamente y la moral necesaria en cada caso?

—Cuando pienses, sientas y actúes desde el “todo” —respondió el eco de mil colores y se volvió a esfumar.

No es sencillo acertar con las preguntas y sostener la Voluntad. Pero vayamos ahora que sabemos de los dos palacios, a ver más de cerca si cada uno tiene su arcoíris. Al acercarnos al Gran Palacio Negro de la izquierda en un día perfecto donde la naturaleza esté en absoluta armonía, cuando el cielo y la tierra alcanzan el éxtasis del amor... entonces veremos un arcoíris que

sale fugaz en lo más alto donde podremos leer, a la izquierda: Voluntad de Destino. Si ahora pudiéramos rápidamente acercarnos a este majestuoso arcoíris en lo más alto y alcanzar la velocidad suficiente y la actitud correcta para preguntar a uno de los ecos, tal vez nos respondería algo así como:

—Es la fuerza intrínseca, invisible e inmensa, que ha de ordenar nuestras decisiones en la vida para realizar nuestra misión.

—¿Misión?

—Sí —responde el eco de mil colores sin desaparecer— la misión en la vida de cada uno es sencillamente desarrollar las Virtudes del Cielo para aplicarlas a un bien colectivo. La Voluntad de Destino empuja como la fuerza gravitacional sobre las circunstancias de la vida, para que logremos alcanzar esa misión. En el Gran Palacio Negro de la izquierda te dirán más. Allí está el Destino y la Moral Universal. Aquí solo el peso invisible que lo ha de mover y cuidar.

—¡Pero son muchos los contratiempos de la vida, no es sencillo mantenerse siempre a favor de nuestra misión! ¡Requiere de tiempo y paciencia!

Pero no hubo respuesta, el grácil eco de mil colores desapareció. Lo cierto es que se nos volvió a olvidar algo esencial: si esperas y las llamas las Virtudes nunca llegan, porque la tensión del acto mismo de espera lo estropea todo. Solo si logramos no esperar las cosas y abrir los brazos entregando a ojos cerrados, entonces al abrirlos todo está en su sitio. Por eso si sueñas con lo que aun no tienes pierdes rápidamente la fuerza de conseguirlo. Las Virtudes son de mil colores pero trabajan en la sombra y no les gusta ser vistas ni presumir de fuerza. Es cierto, la Voluntad de Destino sucede sin darnos cuenta y es esencial no preguntarnos mucho por ello, solo hay que sentir dentro la determinación. Y esto no ha de llegar al Emperador, no debe ser consciente del todo porque no hay capacidad allí en el cerebro para sostener tal

fuerza gravitacional. Es algo que está siempre activo, y el Emperador a veces duerme y otras veces se entretiene, se divierte y juega. La Voluntad no tiene descanso como no lo tiene la gravedad. Jamás se distrae o juega, es seria y de peso contundente. Así ha de ser desde los riñones y sostenido por el “todo”.

Vamos, si os parece bien y aprovechando que el pequeño Víctor duerme plácidamente, a acercarnos al Gran Palacio Negro de la derecha y a aguardar sin esperar que se dé un día perfecto donde la naturaleza esté en absoluta armonía, cuando el cielo y la tierra alcanzan el éxtasis del amor... entonces veremos un arcoíris que sale fugaz en lo más alto donde podremos leer, a la derecha: Voluntad de Camino. Si ahora pudiéramos rápidamente acercarnos a este majestuoso arcoíris en lo más alto y alcanzar la velocidad suficiente y la actitud correcta para preguntar a uno de los ecos, tal vez nos respondería algo así como:

—Es la fuerza intrínseca, invisible e inmensa, que ha de ordenar nuestras decisiones en la vida para satisfacer la moral universal.

—Entonces, corrígeme si me equivoco grácil eco de mil colores, ¿es ésta la energía que sostiene la vida comunal en orden? ¿Es como el sentido común que gobierna a las personas y las sociedades?

—Es casi del todo cierto —respondió el eco de mil colores sin desaparecer—. A través de este determinismo debemos trazar nuestro Camino que no es otra cosa que el espacio y tiempo donde se han de desarrollar las Virtudes del Cielo. En el Camino la moral universal y con ella el sentido común van abriendo y procurando el espacio y el tiempo donde trabajar.

—Entonces, creo entender que la Voluntad de Destino necesita a la Voluntad de Camino para desarrollarse.

—Y viceversa —anunció el eco de mil colores sin esfumarse—, si no hay Voluntad de Destino estaremos perdidos en el Camino de la vida.

—Creo que lo entiendo, pero aún no sé cómo es posible,

con lo complejo que es todo, que podamos procurarnos el espacio y el tiempo para dedicarnos a nuestras Virtudes del Cielo.

Supongo que aquello no es de la competencia del eco de mil colores del Palacio Negro de la derecha y por eso se esfumó sin dejar rastro. Lo cierto es que se nos volvió a olvidar algo esencial: si esperas y las llamas, las Virtudes nunca llegan, porque la tensión del acto mismo de espera lo estropea todo. Solo si logramos no esperar las cosas y abrir los abrazos entregando a ojos cerrados, entonces al abrirlos todo está en su sitio. Por eso si sueñas con lo que aun no tienes pierdes rápidamente la fuerza de conseguirlo. Las Virtudes son de mil colores pero trabajan en la sombra y no les gusta ser vistas ni presumir de fuerza. Es cierto, la Voluntad de Camino sucede sin darnos cuenta y es esencial no preguntarnos mucho por ello, solo hay que sentir dentro la determinación de la moral universal y con ella el sentido común. Claro que al ser tantos en nuestra sociedad hemos intentado hacer consciente la moral y poner normas para que haya abusos. Al llevar la Voluntad de Camino al Emperador hemos establecido tantas leyes que ahora nos cuesta alcanzar el sentido común. Si pensamos en vivir según las leyes sociales o no las universales, siempre encontraremos algo malo que hacer, siempre una moral justificada que es universalmente incorrecta. Por este desequilibrio de nuestra loca sociedad, la frágil Virtud del Gran Palacio Negro de la derecha, rara vez aparece en el cielo. Qué suerte que aún Víctor sea tan pequeño y su determinación moral sean fuerte, su sentido común elevado y sus normas solo internas.

—Mira, ya abre sus ojitos —observa Amparo.

—¡Qué buena siesta te has echado! —le dice su padre mientras se lo come a besos.

LA TORRE

***Las casas ministeriales
de paredes de viento***

Pero a la edad de cuatro años y un mes de vida (cinco y un mes en realidad si sumamos el año antes de nacer) algo procedente de su Cielo Posterior cambió las cosas de manera fulminante. Hasta ahora hemos hablado del Cielo Anterior cuya música viene desde muy lejos y sostiene la Esencia y las Virtudes durante toda la vida. Se va afinando con las experiencias vividas por los ancestros y por las necesidades de la evolución como conjunto (donde incluyen y eligen a sus animales zodiacos). Pero a los cuatro años y un mes Víctor cayó enfermo. Unos parásitos intestinales muy agresivos se apoderaron de sus intestinos. No le llevaron al médico adecuado y su padre, Roberto, se puso tan nervioso que perdió la intuición que de él se esperaba. El médico le recetó antibióticos y otros fármacos muy fuertes. A parte acudieron a un médico alternativo quien le dio unas hierbas y a un homeópata quien recetó unas bolitas. El lío en los caminos del interior terminaría produciendo interferencias en las deidades.

—Y no será mejor dejar que el niño luche por sí solo con el problema —decía la abuela Soledad.

—Eso digo yo, pero el médico dice que es mejor las pastillas —responde Amparo muy preocupada.

—Los niños tiene que enfermar, es natural —le dice la abuela María Aurelia—. No hay que asustarse, en mi época los dejábamos estar malos hasta que ellos solos se ponían buenos.

—Sí, mamá, pero estos son otros tiempos...

Conviene aquí aclarar que nuestro organismo no solo usa señales químicas para comunicarse. Eso es una parte, en realidad una transmisión muy lenta. Nuestro organismo, como ya podemos imaginar, al igual que nosotros en esta sociedad moderna utiliza teléfonos móviles para comunicarse entre sí. Las células se llaman por móviles y lo que vieja son las gráciles deidades musicales que ponen a todos en contacto. Es como si yo llamo a un amigo y le digo que me traiga para cenar más verduras. Ninguna molécula ni nada material viaja hasta alcanzar su móvil, son solo ondas que alteran el campo ya existente. Ondas que suben al satélite y bajan justo a su móvil para ser descodificadas. Suena entonces la voz y llega el mensaje sonoro. Entonces mi amigo sale de compras y cuando llega a mi casa trae verduras como le pedí. Las verduras son la transmisión química, algo material que ha llegado al lugar correcto y en el momento requerido gracias a una previa comunicación a través de ondas. Todos lo hacemos constantemente y nuestro organismo también. Todas las células y de manera más amplia todos los órganos, incluidos los importantes que albergan a los subconscientes (corazón, riñones, pulmón, bazo/páncreas e hígado) se comunican a través de señales en forma de ondas a las que llamamos deidades. Si el hígado, por ejemplo, que resulta ser el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, quiere que un grupo de células musculares se active en el pie derecho, enviará una señal en forma de ondas inteligentes a través de los líquidos del cuerpo. Principalmente a través de las vías linfáticas, también la sangre y el líquido extra—celular, e intercelular. Somos en gran parte agua. Por eso

este cableado marítimo del interno ha de estar en lo posible libre de interferencias para que nuestra Esencia sea fuerte y nos guíe según se espera en el Cielo. No obstante también ha de estar en lo posible libre de interferencias para dejar que los Grande Palacios del interior se comuniquen adecuadamente, surjan sus Virtudes en cada Palacio. Imaginemos que los mensajes por móvil dentro de una gran ciudad sufren interferencias y las palabras se distorsionan y se confunden de orden. Entonces el caos está asegurado y se realizarán intercambios químicos que no corresponden. Podría llegarte a tu casa una lavadora que no has pedido, o en tu trabajo se podría presentar una factura de otra empresa. En pocas horas con interferencias en los móviles, la ciudad sería un caos total que seguiría produciendo errores incluso días más tarde. Está claro, es importante para conocernos que el cableado esté limpio y las gráciles deidades musicales puedan corretear sin perder su inteligencia.

Pues bien, desde que Víctor Vila, a la edad de cuatro años y un mes comenzó a recibir fuertes medicamentos todo en el cableado interno quedó algo confundido. Las deidades musicales se encontraban por todas partes con constantes interferencias que confían al niño.

—No tiene muy buena cara —observa Roberto.

—Estoy muy preocupada —dice Amparo—, no mejora y estas pastillas son demasiado fuerte. Ha perdido su carácter y ya no le interesan las cosas de antes. No sé qué hacer.

—Tranquila, tenemos que confiar en los médicos. Todos los niños se ponen malos alguna vez. Ya verás como sale adelante.

El Cielo Posterior es todo aquello que afecta a nuestro cuerpo y que depende del entorno y el momento. Es todo lo que altera, para bien o para mal, para dejar o para confundir a nuestro Cielo Anterior. Puede ser las emisiones o música de un plátano

al entrar en el estómago, o una planta cercana situada cerca de la cama, o la distribución precisa de los muebles de nuestra sala de trabajo o juegos. Todo es música, todo emite y se sostiene por ondas y el conjunto o armonía de un entorno producen el Cielo Posterior que nos afecta en todo momento. Según nos movemos de un lado a otro vamos recibiendo distintas armonías donde afecta, claro está, la forma que tenemos de movernos. Las cadencias de nuestro bailar con las cosas, su ritmo y su dinámica, el respeto y la sutileza de la coreografía cotidiana. Todo va sumando y a lo largo de un día tenemos a veces influencias que han dado fuerza a nuestra Esencia o influencias que las han mermado o destruido momentáneamente. Somos responsables igualmente de bailar con el mundo para generar un Cielo Posterior a favor de nuestra Esencia y Virtudes. Los hay que bailan mejor y la suerte les alumbra, y la enfermedad no los asola, y los hay que sin darse cuenta bailan mal con el Cielo Posterior y la suerte les ahoga y la enfermedad les amenaza.

En el caso de Víctor cuando con cuatro años y un mes, esas medicinas tan fuertes que introducen a diario, causan una lucha tremenda en su interior. Básicamente logran neutralizar parte de su Cielo Anterior. El niño se muestra inquieto y taciturno, incluso se movía mucho en la cama durante el sueño, pateaba y fue entonces cuando comenzó a morderse las uñas (un gesto de auto—mutilación). Y lo más importante y representativo es que ya no le gustaban los juguetes de medicina, ni ningún otro. Sí le calmaba la acción, los juegos violentos, las pistolas y los golpes. Dejó a un lado las vendas, las agujas de plástico y las pinzas que había sido su pasión desde el nacimiento. Las mujeres del clan estaban confusas y decepcionadas con el niño. No se hablaba mucho del tema por vergüenza pero todas estaban preocupadas, especialmente su madre.

—Tiene que seguir con las pastillas, aun tiene parásitos en los intestino —le decía el médico.

—A mí hijo no le sientan bien estas pastillas, está distinto.

Está nervioso, siempre inquieto, llora más y no duerme bien.

—Señora —le dijo el médico—eso es normal, mis hijos también son así. Son los tiempos que corren nada más. Siga con las pastillas.

Es cierto que el cuerpo, al igual que hacemos nosotros en nuestras sociedad, no toma un solo mensaje como cierto. Necesita reconfirmar varias veces para tomar una decisión importante. Si las deidades se llevan la contraria entonces no hay decisión. Solo cuando al menos 300 millones o 900 millones de deidades traen la misma señal se procede a una acción. Esto de reconfirmar una y otra vez es esencial para que todo mantenga un orden. Para ello también hay trabajadores en nuestro interior. Tenemos varias casas ministeriales donde se envía la información para ser contrastada y tomar decisiones. Lo curioso de estas casas ministeriales es que no tienen paredes ni soporte físico alguno. Son casas de viento, imaginativas como el eje de la Tierra que aunque no se ve, es responsable de las estaciones, del equilibrio total y permite la vida en ella. De igual forma estas casas ministeriales no se ven pero hacen que todo gire y permiten la vida. Las deidades ministeriales que allí se concentran no tienen palacio sino una casa de paredes de viento. Hay ministerios por todas partes, pequeños y grandes, en cada región y luego para unir distintas regiones. De momento y dada su importancia, hablaremos de los más grandes e imponentes. Son tres los grandes ministerios de paredes de viento que tenemos en nuestro interior. El más principal e importante por sus funciones y el número de trabajadores, así como por las visitas de agentes de gran peso, es el Ministerio de Asuntos Destino y Camino que se encuentra justo debajo del ombligo. Es como todos una bola imaginaria de paredes de viento de un tamaño considerable. Si ponemos nuestras dos manos juntas haciendo un círculo entre ellas nos dará el tamaño aproximado de este Ministerio. Más grande por lo tanto que algunos palacios. Las paredes, que decimos de vien-

to, las forman las propias deidades musicales como esos paneles de abejas que todas juntas usan su propio cuerpo para construir su casa. Las paredes trabajan porque son trabajadores también cuya función es filtrar el que entra y el que no entra. La información que es relevante y la que no es. Estas deidades paredes hacen las veces de policía fronterizo. Si lográramos la velocidad suficiente para hacernos pasar por una onda de información que quiere entrar en el Ministerio de Asuntos Destino y Camino, allí debajo del ombligo, las deidades fronterizas nos preguntarían:

—Un momento por favor, ¿me puede enseñar el tema que trae?

—Estimada deidad fronteriza, traigo señales del abuelo paterno, el bueno de Andrés Vila.

—Lo siento, pero en este momento no estamos debatiendo su caso.

—Pero yo pensaba que aquí se atendían asuntos de los ancestros.

—Sí, también. Pero como digo ahora no estamos en eso, vuelva luego por favor.

—Y puedo preguntar, si no es mucha molestia, ¿qué temas son del interés actual de este Ministerio de Asuntos Destino?

—Las órdenes van cambiando muy rápido y son muchos y variados los temas. Ten en cuenta que es el ministerio más grande e imponente del cuerpo. Me llevaría mucho tiempo decirte todos los temas que ahora estamos dejando pasar.

—¿Pero no es aquí, deidad fronteriza, donde se reciben los asuntos del árbol genealógico, los ancestros y todos los mensajes del Gran Palacio Negro de la izquierda y de la derecha?

—Sí, aquí es. Correcto. Pero aunque dices traer algo del abuelo paterno yo no veo eso en tus resonancias. Creo que estás distorsionado, enfermo o que estás mintiendo. Tal vez solo vengas a curiosear pero aquí estamos muy ocupados. Además ahora están entrando medicamentos al cuerpo con resonancias muy agresivas y tenemos órdenes de ser más estrictos.

Es cierto que para que nos dejaran entrar tendríamos que llevar algo que fuera ciertamente útil. Luego hay otra casa ministerial de paredes de viento un poco más arriba. Es algo más pequeña pero no mucho más, está situada en el plexo solar y también haciendo un círculo con las dos manos juntas nos da el tamaño aproximado. Es igualmente una esfera y si nos acercamos a sus paredes de viento allí podríamos leer en un enorme cartel: Ministerio de Asuntos Humanos y Emocionales.

—Un momento por favor, ¿me puede enseñar el tema que trae?

—Estimada deidad fronteriza, como bien podrás ver no traigo nada de interés, solo quería saber a qué se dedica este ministerio tan importante. No entiendo eso de asuntos humanos y emocionales. Yo vengo justo ahora de más abajo, del Ministerio de Asuntos Destino y Camino.

—Claro —responde la grácil deidad fronteriza—, en ese ministerio puedes comunicarte con todo. Con animales, con cosas, con piedras si quieres o con el universo. Aquí estamos más especializados en nuestra propia raza humana. Las emociones son precisamente para la comunicación entre humanos. Desde aquí recuperamos lo que otros emiten con sus emociones y al mismo tiempo soltamos emociones una vez se han sopesado adecuadamente para que lleguen al Ministerio de Asuntos Humanos y Emocionales de otras personas.

—¿Y qué gran palacio es vuestro dueño?

—No tenemos dueño, si acaso como todos, el Emperador. Pero si tu pregunta es, quién suele enviar más información, ese es sin duda el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes (higado). Pero recibimos señales de todo el cuerpo. También es justo decir que nos llegan a veces señales útiles del Gran Palacio Amarillo y Ocre (bazo/páncreas). Pero sin duda no dejan entrar deidades esenciales procedentes del Gran Palacio Negro.

—Sí que tenéis un gran número de visitantes, ¿no causa

eso confusión?

—Tienes toda la razón —afirma la grácil deidad fronteriza del Ministerio de Asuntos Humanos y Emocionales—, pero precisamente las emociones que creamos son una confusión. Sin toda esa fuerza, a veces dicotómica y contrapuesta, no podríamos generar lo que necesitamos para que otros humanos nos entiendan. Cuando todo coincide no hay emociones, no soltamos nada.

—¿Entonces ahí dentro, en tu ministerio, os dedicáis a la confusión?

—En parte eso es cierto, reciclamos la confusión para producir una emoción útil. Si no hay confusión no hay producción. Las emociones son para ayudar a Víctor a buscar su posicionamiento dentro de los grupos humanos (para lo cual nos llegan órdenes del Gran Palacio Negro), a luchar por sus necesidades, por su puesto en cada ubicación, por su respeto en cada circunstancia. También las emociones le ayudarán a entender donde tiene que estar y donde no, a quien tiene que seguir y a quien rechazar.

—Puedo pasar yo, no traigo nada concreto pero tal vez puedo generar algo de confusión.

—Disculpa —corrige la deidad fronteriza—, esto de la confusión no es al azar, siempre tenemos un plan. Se trata de avisar a otros seres humanos ahí fuera, es muy complejo y para nada aleatorio.

—¿También os llega información de fuera? En el otro ministerio solo llegaba del universo y el árbol genealógico.

—En parte te equivocas, en ambos ministerios siempre nos llegan cosas del exterior. Allí las que emiten todas las cosas, las del pasado y las del futuro, las plantas, animales u objetos. Y los humanos a otro nivel más vital y profundo. Y aquí en el Ministerio de Asuntos Humanos y Emocionales nos llegan solo del exterior las emociones emitidas por humanos. Ahora si me disculpas, tengo mucho trabajo, estamos dejando pasar a las resonancias del medicamento para que causen un aviso al exterior.

No es interesante que sigan introduciendo pastillas y estamos viendo la forma de avisar.

—Por supuesto, no quiero yo causar problemas innecesarios. Quedo muy agradecido por su información, grácil deidad fronteriza.

Más arriba está el tercer gran ministerio de paredes de viento y su tamaño es menor, tal vez el de una castaña. Se encuentra justo entre las cejas, en el centro mismo del Palacio Imperial donde vive el Emperador. Si nos acercamos a ver si a gran velocidad podemos preguntar a alguna deidad fronteriza, veremos que también es una esfera en este caso con un gran cartel que dice: Ministerio de Expectativas y Adivinanzas.

—Un momento por favor, ¿me puede decir si viene del Gran Palacio Rojo (el corazón)?

—Estimada deidad fronteriza, no vengo del Gran Palacio Rojo.

—Lo siento entonces, solo atendemos a señales que vienen filtradas del Gran Palacio Rojo. Con eso evitamos molestias al Emperador.

—Solo quería, si no es molestia, que me aclarara eso del cartel que dice Ministerio de Expectativas y Adivinanzas.

—Desde aquí emitimos expectativas al exterior para informar al Emperador si tiene que ocuparse de algo o no.

—Disculpa, grácil deidad, no entiendo, ¿qué es lo que lanzáis? ¿Expectativas?

—Aquí llevamos el registro de los conocimientos del Emperador, si hay algo que él ya sabe, tenemos órdenes de no molestar. Pero si hay algo ahí fuera que parece no ser lo que es, o que podría ser otra cosa, o que resulta potencialmente peligroso, entonces tenemos órdenes de informar al Emperador. Es por eso que lanzamos expectativas, para confirmar que lo que esperamos es lo que está sucediendo.

—¿Y qué expectativas concretamente?

—De muchos tipos —responde la deidad fronteriza—,

desde las más universales como que cuando pones un pie en el suelo sea sólido (y si no lo es, no molestamos al Emperador), o que cuando abres los ojos veas (y si es así, no molestamos al Emperador), o que cuando te tocas la pierna, la sientas (y si es así, no molestamos al Emperador). Y luego otras que no son universales sino más de la experiencia y nos vienen de la Sangre filtradas eso sí, por el Gran Palacio Rojo. Estas expectativas pueden ser de muchas formas, por ejemplo que la luz de la ventana de tu cuarto siempre es de una tonalidad concreta, si de repente cambia el tono nosotros avisamos al Emperador para que examine. Y por ejemplo si hay un olor distinto que no reconocemos, avisamos al Emperador para que examine. O si por ejemplo, entra algo en la boca con un sabor o una textura distinta, avisamos al Emperador para que examine. Y si por ejemplo el cuerpo roza una superficie desconocida, avisamos al Emperador para que examine.

—Siempre a través de los cinco sentidos.

—No hay solo cinco sentidos, son muchos —responde la grácil deidad fronteriza del Ministerio de Expectativas y Adivinanzas—. Entre ellos nosotros utilizamos los movimientos (sentido del dinámico), si algo se mueve rápido o lento. Si cambia de movimiento y de velocidad. No es lo mismo que algo se aproxime a una velocidad que a otra, o que cambie repentinamente. También está el equilibrio que responde a la gravedad y la rotación (sentido del equilibrio). También percibimos la tensión muscular así como el movimiento y la posición de los miembros del cuerpo, aunque tengamos los ojos cerrados (sentido cenestésico). Y los distintos tipos de tacto como el dolor, el picor, temperatura, textura... todos son sentidos distintos que nos alertan si las expectativas emitidas no son las de siempre. Y no nos olvidemos del tiempo, si algo se retrasa de las expectativas emitidas, o se adelanta mucho, también avisamos al Emperador para que examine (sentido espacio/tiempo).

—Sí, no sabía que hubiera tantos. Y si me permite, ¿por

qué en el cartel también pone “adivinanzas”?

—Es lo mismo que expectativas solo que las adivinanzas —explica la deidad fronteriza— vienen de previos conceptos elaborados con la experiencia. Imagina el concepto que tiene un botánico experto de las flores, en relación a un oficinista que no tenga relación directa con flores. Ambos poseen experiencias distintas, por eso, conceptos distintos, y por eso, sus adivinanzas de lo que le ha de pasar a la flor son igualmente distintas. En botánica se espera que con mucho sol la flor crezca y si no lo hace avisa a su Emperador para que revise, mientras que el oficinista no se siente alertado porque la flor que crezca. Cada “adivinanza” depende del concepto previo de cada cosa.

—Eso ya es más complejo.

—A nosotras las deidades del Ministerio de Expectativas y Adivinanzas nos llegan las expectativas de los sentidos y aunque hay por supuesto, aprendizaje, son muy universales. Y los conceptos para las adivinanzas nos vienen ya dados a través de lo que filtra el Gran Palacio Rojo (corazón) que envía lo que está en Sangre. Y ahora si me lo permites, tengo que seguir trabajando.

—Claro, tú también estás ocupado con los medicamentos que le están dando a Víctor.

—¿Qué medicamentos?

—¿Es que no lo sabías? ¿No te ha llegado nada?

—El Gran Palacio Rojo es selectivo, habrá considerado que es mejor que el Emperador no se entere de esto. Por favor, si no vienes del corazón no me cuentes nada, no quiero saberlo ni estoy autorizado para saberlo.

—Es curioso, si me lo permites, que siendo tan complejo y elevado en cierto sentido, luego no os llegue la información interna más sencilla e importante que circula por todos los palacios del interior.

—Por favor, guarda silencio y deja que continúe mi trabajo, yo solo puedo escuchar a las deidades rojas.

(Conviene aquí mencionar que además de estos tres grandes ministerios de paredes de viento, hay otro de igual importancia que sin embargo no lo citamos ahora porque es, además de un ministerio, un Palacio en sí mismo. Se trata del Pericardio, que es a la vez un ministerio con paredes de viento pero al mismo tiempo un palacio con paredes firmas y sólidas).

Aquel estado de Víctor debería haber durado unos días pero ya lleva semanas. El Cielo Anterior que nunca cesa de emitir sus ondas al ADN siempre vence al Cielo Posterior, pero claro, durante ese tiempo los gustos de Víctor habían cambiado y se había rodeado de un entorno distinto, con una atención selectiva distinta, ahora buscaba cosas agresivas y bélicas siguiendo lo que precisamente acontecía en su interior. Rechazaba todo lo que le hacía bien y se volcaba en videojuegos agresivos destructivos, películas violentas y jugaba a las peleas con otros amigos. Incluso comenzó a buscar ese tipo de amigos, cuando antes era un niño solitario y algo tímido, que prestaba atención a las cosas que emitían paz. Tenía dos amigos en el portal que eran igual que él, tímidos y con cara de buen corazón. Pero desde que todo esto pasó ya no les hacía caso, prefería a un niño de su colegio que constantemente retaba a la autoridad y se enfrascaba en peleas. Se juntó con él. Le atraía su actitud porque él mismo, Víctor, tenía dentro una música que le hacía resonar con él. Aquel niño, su nuevo amigo, se llamaba Jorge y sus padres le pegaban en casa casi a diario. No tomaba pastillas y su casa era ordenada y limpia, pero la violencia doméstica le distorsionaba su Esencia. El niño repetía fuera lo que llevaba dentro, y lo llevaba dentro porque lo copiaba de fuera. Era violento y caótico, pero coherente con lo que adquiría.

—Vamos a romper cosas —le proponía Jorge al pequeño Víctor y a él le fascinaba la idea. Ambos tenían una música violenta en sus venas y vasos linfáticos, por eso resonaban juntos y por eso resonaban con actos agresivos.

Al pequeño Víctor no le costó encontrar ofertas para su estado violento, no era el único y casi la mayor parte del panorama que le rodeaba, resonaba con él. Hay muchas ofertas en la sociedad moderna para los que andan perdidos en sus Virtudes. Víctor fue descubriendo todo con suma facilidad y se sentía más acompañado que antes, sin duda ahora pertenecía a un colectivo y ese le gustaba. Se sentía identificado con una gran mayoría. Solo tenía que dejarse llevar por todo aquello y ya parecía tener un destino. A la tierna edad de cuatro años y algunos meses Víctor ya tenía un grupo de pertenencia para una población que por distintos motivos sufría distorsiones en la Esencia.

Por eso, al cesar las pastillas (casi tres meses después), las ondas agresivas del interior se fueron y era de esperar que el Cielo Anterior recuperara su presencia y regresara la Virtud de sus ancestros y su Voluntad de Destino y de Camino para seguir creciendo fuerte. Pero a pesar de que no había pastillas rompiendo ondas, sí había otras ondas del Cielo Posterior que durante ese tiempo se habían convertido en hábitos. Esos hábitos o vicios que desarrolló a lo largo de este año eran, en su mayoría, destructores de la Esencia. Al cortar las pastillas el pequeño Víctor comenzó a sentir que ya no le atraían las cosas violentas. Le dejaron de gustar las ideas locas de su amigo Jorge. Pero no resultaba tan sencillo porque todo estaba ya muy estructurado y no sabía qué hacer si no seguía lo que había estado haciendo. Sus amigos violentos, al verlo así lo criticaban, lo insultada llamándolo débil y cobarde. Tenía que volver a convertirse en lo de antes. Incluso tuvo un impulso de robarle las pastillas a su madre para volver a ser el que era y lograr la aceptación social y recuperar el gusto por sus hábitos. Pero era muy pequeño y no llegaba al armario de las pastillas ni siquiera subido a una silla. Desesperado por recuperar el estado interno que le devolvería a sus rutinas del último año, algo que consideraba maduro, decidió portarse mal por sistema.

—¿Pero qué le pasa? Está insoportable, muy violento —

preguntaba Roberto a quien ya lo se le caía la baba con su hijo.

—Es nuestro hijo —decía Amparo ofreciendo amor incondicional y algo molesta al ver a su marido menos cariñoso y atento con Víctor. Es cierto que en el Gran Palacio Negro de la derecha el amor a un hijo no es tan incondicional ya que es esencial la exigencia de los actos. Si un hijo cumple en la sociedad, si triunfa, si es reconocido, si hace lo que debe por los demás, su padre le querrá más. No así su madre que le querrá igualmente pase lo que pase. Son mensajes distintos y ambos sirve a sus respectivos palacios.

—Deberías intentar jugar más con él, como antes —le dice Amparo a su marido.

—Si lo he intentado pero me pega, se pone tan nervioso que es muy difícil.

—Si te pega es solo jugando y es para que le hagas más caso. Ahora está más necesitado que antes, cuando era adorable.

—Ya, sí tienes razón, pero mejor le atiendes tú que te trata mejor. Yo tengo que irme.

Sin tener ganas pero sí convencido, llevaba la contraría a sus padres, buscaba aquello que les hiciera enfadarse, los límites no permitidos. Saltándose todo aquello, se aseguraba un entorno agresivo igual que el de su amigo Jorge. Gracias a una constante confusión y la fuerte actividad contra sus padres, Víctor sentía que estaba cada vez más preparado internamente para no perder a sus amigos ni el gusto por los hábitos adquiridos, en definitiva más preparado para seguir sintiendo que tenía un grupo de pertenencia. Y esto es lo que sucede cuando nuestra Esencia sufre distorsiones y no domina el Gran Palacio Negro (riñones), que nos sentimos perdidos, sin sentido en la vida y dirección concreta, por lo que se tornan cruciales las pertenencias. Y para eso se ofrece, a todas las edades, los muy distintos y variados placeres de nuestra sociedad moderna que nos prometen una pertenencia. Hay deportes, partidos y juegos que nos identifican y re-

presentan. Hay también fronteras, razas que nos agrupan. Hay películas que nos hacen vivir y sentir afinidades, y objetos que al comprarlos nos indican que no estamos solos. Hay también marcas, fechas, formas de hablar y de moverse, sombreros, zapatos y perfumes que nos otorgan un lugar en este mundo. Hay sin duda, canciones y sonidos, sabores y gestos que nos hacen sentir que somos de un bando y no del otro. Hay colores y libros, banderas y filosofías... todo nos ayuda cuando nuestra Esencia viaja por nuestras venas y vasos linfáticos con múltiples distorsiones. Y claro, el pez se muerde la cola y estas distorsiones a su vez, buscan todo aquello que daña aun más la Esencia. Al perder la Virtud nos quedamos sin nuestra tarea según el árbol genealógico y la evolución. Ciegos en el destino caminamos sueltos, perdidos y a la deriva para caer en cualquier puerto. Esto está tan extendido que ahora a la sociedad moderna no le interesan los seres humanos con la Esencia fuerte, ya que no caen en las ofertas ni buscan necesidades constantemente. Con seres humanos fuertes de Esencia no se podría sostener la sociedad del confort y consumo.

Víctor lo consiguió, no era difícil como decimos, ya que todo está ahí al alcance de la mano y con la etiqueta de normal y oficial. Pasaba horas viendo los dibujos animados que todos ven, jugando con los videojuegos que todos juegan, comiendo comida manufacturada como la que dan en todas partes, y jugando a la guerra y la violencia con sus amigos ante la mirada relajada de unos padres acostumbrados e impotentes. Víctor lo consiguió, su Esencia estaba rota y eso que ya no tomaba medicamentos, ahora ya sabía la actitud y los hábitos para mantenerla y sentirse aceptado, con sensaciones de pertenencia. La relación con sus padres era horrible, pero eso era parte fundamental en su destrucción interna. Sin ser consciente Víctor se construyó un Cielo Posterior agresivo que destruía su responsabilidad vital (Virtud) y su destino (Esencia).

Su padre, al ver que necesitaba pertenencia, encontró un alivio al enseñarle el club de fútbol al que él pertenecía. Aquello les unía un poco, era el único momento donde tenían algo que decirse y donde Víctor no lo rechazaba. El padre al verlo violento durante los partidos televisivos se sentía orgulloso de que defendiera lo suyo de esa manera.

—No le dejes que diga esas cosas —protestaba Amparo en todos los partidos—no me gusta cuando le veo enloquecido.

—Déjalo que sienta los colores de su casa, de su tierra y su país.

—Pero si no sabe lo que está viendo...

Las mujeres de su clan se llenaron de pena al ver que el niño que prometía ir para médico y salvarlos a todos, a tan tierna edad estaba echando por tierra su carrera y la solución de todos. De un niño salvador y genio, pasó a ser un violento sin sentido que solo se merecía castigos y negativas. Pero nadie en su familia desistía y en las fiestas o cumpleaños le traían siempre cosas relacionadas con la medicina. Juegos o instrumentos médicos, pero el niño lo percibía como objetos que le querían sacar de su posición de pertenencia en la sociedad. Cosas que le arrastrarían al aislamiento, a no tener amigos, ni gustos, ni colores, ni juegos, ni equipos ni dolor. Solo le traerían responsabilidad y destino. Y eso no es lo que quería porque nadie lo hacía y porque si lo hacía estaría solo. Así lo sentía a la tierna edad de los cuatro años y varios meses, ya casi a punto de cumplir los cinco años (seis si contamos el año antes de nacer).

—¿Ya no toma las pastillas? —preguntaba María Aurelia.

—No, hace ya más de tres semanas que dejé de dárselas. Estuvo la primera semana triste, casi normal a ratos, pero estas dos últimas semanas está muy violento. Creo que casi más que cuando las tomaba. No sé que le está pasando.

Y entonces llegaron las vacaciones.

PULMÓN

La casa femenina del Gran Palacio Blanco y Gris

Los padre, preocupados por su hijo y por las malas influencias que estaba adquiriendo, decidieron subirse a un avión y aterrizar en una isla famosa por su quietud y aislamiento. Allí en la pequeña isla no había de nada. Y así pensaban estar unos largos 21 días. La isla era tan remota que llegaban pocos alimentos manufacturados y los que llegaban eran muy caros. La televisión tenía pocos canales, ninguno de niños y con frecuencia se iba la luz para desesperación del momento. Sus padres se las apañaron para dejar los videojuegos en casa. Cuando el niño se enteró de tal ausencia estuvo enfadado dos días y no solo eso, visiblemente se le veía perdido y ansioso como sucede al intentar romper un vicio adquirido. El pequeño Víctor no tenía nada que hacer, sin hábitos aprendidos ni amigos elegidos, el Cielo Posterior envía ondas soporíferas, lentas y angustiosas, demasiado tranquilas y lentas. Las olas del mar dictaban un sonido pausado, los pájaros cantaban con lentitud y el mismo viento daba golpes cada demasiado tiempo. Las cadencias del Cielo Posterior de la isla tenían un ritmo desesperante en relación a lo que el pequeño Víctor estaba acostumbrado en la ciudad y en sus

últimos meses a raíz de aquellas pastillas. Esa caída brusca en la velocidad de sus sentidos le causó al principio un nerviosismo frenético, como intentando compensar lo que necesitaba. Se movía nervioso para acelerar el Cielo Posterior de la isla, pero obviamente terminaba perdiendo una y otra vez y todo seguía lento y soporífero.

—El niño está peor que en la ciudad, se le ve angustiado —decía Amparo a su marido

—Hay que darle paciencia, no tenemos que ayudarlo ni estimularlo, esperemos a ver si se calma solo en este ambiente.

Roberto tenía razón, progresivamente y en vista de las constantes derrotas, su percepción comenzó a adaptarse al ritmo natural de la isla.

Es curioso esto del Cielo Posterior como condiciona nuestros esfuerzos y emociones. ¿Quién puede enfadarse en una isla así? El niño al ponerse agresivo como en la ciudad notaba algo raro, no le alimentaba nada desde fuera su actitud y le costaba mantenerla.

—Creo que va bien, no caigas en sus juegos, no lo aceleres —proponía Roberto a su mujer.

—No es fácil —decía algo nervioso Amparo al ver a su hijo llorar y estresarse como un adicto que no encuentra sus hábitos.

Pero después de los llantos y el espectáculo, el tiempo seguía siendo lento y el color de la arena blanco, el agua transparente de tez grisácea y un viento gracioso aparecía imperceptible de cuando en cuando. Y ahí están los pájaros, siempre los pájaros, con su canto suave, sin amenazas, sin prisas. De repente, cuando se le da paciencia al estado del aburrimiento, algo mágico sucede.

—Te he visto como juegas con tus muñecos —le decía una roca de la isla al pequeño Víctor.

—Sí, ¿quieres tú ser nuestro castillo? Necesitamos prote-

gernos de las enfermedades.

—Claro, pero yo no entiendo nada de salud —le respondía la roca.

—No importa, solo estamos jugando y así pondré tu vida y tu forma de existencia. Tal vez aprenda algo de tu firmeza, de la solidad de tu cuerpo y de esa tranquilidad en el tiempo. Para ti los años son como segundos, ni te afectan ni te alteran, y ni me imagino desde hace cuanto tiempo eres así.

—Podrías llevarme contigo para yo conocer el mundo de los humanos —decía la roca.

—Es muy buena idea —gritó el niño—. Pero te pintaré colores para que todos te traten bien y te dejaré cerca de la entrada de mi casa para que desde la ventana sigas viendo el mar. Así me ayudarás a entender qué es el mar y por qué siempre hay viento.

—Eso deberás preguntárselo al mar y al viento —exclamó humildemente la roca.

Sus padres al observarlo hablar con las cosas e imaginarse conversaciones, podían ver como el comportamiento del niño cambiaba. Es como si imitara lo que observa, como si al hablar con una piedra, su comportamiento fuera más sólido, o cuando conversaba con una flor, su rostro era más dulce y hermoso. El niño adquiría la sabiduría y el entendimiento de aquello que encontraba justo detrás de la puerta del aburrimiento. Además sus padres contemplaban orgullosos como su hijo recuperaba la antigua pasión por la medicina. Sus Virtudes y su Esencia estaban regresando a sus sentidos. Al no haber nada ahí fuera que rompiera los sonidos del interior, la naturaleza volvía a crecer fuerte. Víctor jugaba especialmente con las hormigas, a las que jamás dañaba, salvo en ocasiones para ver si era posible recuperar su vida. Sufría al verlas perecer.

—No es tan importante como para vosotros —le decía una hormiga.

—¿El qué? ¿Te refieres a vuestra vida? ¿No es importante para vosotras las hormigas morir?

—No lo es tanto como para los humanos. Si observas con atención verás que somos un ser completo pero dividido. Una hormiga es como para ti una célula. ¿Te asusta que muera una de tus células?

—No lo sé, a mí creo que no pero tendría que preguntarle a ellas.

—La unidad de pensamiento —respondía la hormiga— es la misma. Quiero decir que el sentimiento de ser, de unidad, de existencia, no está en las células sino en ti. Y lo mismo pasa con nosotras, nuestro sentimiento de ser, es el hormiguero completo. Con la muerte de una hormiga nada se daña, es un sacrificio esencial para mantener dicha unidad de pensamiento colectivo. Somos inmortales el cierto modo, pues llevamos miles de años con un mismo ser que se va renovando.

—¿Entonces no te importa que te aplaste ahora mismo? —preguntaba el niño muy sorprendido para ver la respuesta.

—Prefiero que no lo hagas —dijo la hormiga— porque no ayudaría al hormiguero y no deja de ser un gasto energético. Pero si con ello vas a aprender algo, no dudes en aplastarme.

—Tengo otra pregunta —continuó el niño.

—¿Qué pregunta tienes?

—¿Yo soy una hormiga o un ser humano?

—Tú eres un ser humano —le decía la hormiga y Víctor se disgustaba un poco.

—Y los seres humanos ¿También somos una unidad de pensamiento?

—Sí, también. También lleváis miles de años sosteniendo a través de generaciones un mismo pensamiento colectivo. Sois un ser único que está, igual que nosotras, dividido.

—Puede que tengas razón —le dijo el niño a la hormiga— pero yo creo que aquí nadie sabe eso. Yo antes no lo sabía. Aquí todos se comportan de manera independiente como si la existencia de cada uno fuera solo suya. Me gustaría curar a todos de eso, ¿cómo puedo hacerlo?

—Me temo que ahí no puedo ayudarte. Pero intenta no mirar lo que cada uno dice sino las cosas que entre todos, a lo largo de las generaciones, lográis juntos.

En la isla la Esencia de Víctor no era distorsionada por casi nada, el Cielo Anterior llegaba con fuerza y las deidades del Palacio Blanco y Gris (los pulmones) salían al exterior para enseñarle cómo respira el mundo desde dentro y aprender imitando reacciones, instintos, impulsos y dinámicas de movimiento. De repente el pequeño Víctor era mágico y por eso todo lo que observaba (una vez cruzada la puerta del aburrimiento), estaba animado, le hablaba, le enseñaba. Y no solo eso, sino que parecía un entrenamiento, dado que sus reacciones y pensamientos después resultaban similares a lo que las ánimas le contaron.

—Ya no hablas tanto —le decía Ampara a su hijo.

—No es necesario mamá, somos una mente colectiva única. ¿Te ayudo en casa a limpiar?

—Claro hijo, como quieras...

—No me digas nada mama que yo ya sé lo que tú necesitas y lo que necesitamos todos.

Ciertamente cuando somos niños, y si nada lo impide, las deidades del Gran Palacio Blanco y Gris son, por evolución, muy dominantes y fuertes. Esto de las deidades para que el lector tenga una idea más clara, no se refiere a nada más que ondas. De nuevo todo se reduce al juego universal de las ondas inteligentes o lo que podemos llamar resonancias. Corre por dentro de nosotros y corre por fuera. Sufre constantes guerras que dan victorias (amplificación) y dan derrotas (cancelación). Las resonancias se mueven libremente entre el interior y el exterior, así como del exterior al interior. Lo llamaremos deidades por esa tradición milenaria de asociar a los dioses todo aquello que no se comprendía pero que resultaba ser mágico. La magia es lo que no se ve ni se entiende pero que ofrece un efecto que condiciona. Al referirnos a las deidades del Palacio Blanco y Gris queremos

decir que el pulmón emite ondas (resonancias) que se enlazan fácilmente con el interior de los objetos, con su profunda respiración en el instante mismo de la supervivencia. Y entonces los vemos animados y empatizamos más con su existencia, con sus deseos y necesidades. Nos hablan y entendemos. Cuando las deidades del Palacio Blanco y Gris están fuertes, Víctor mira a las nubes y dice:

—¿Qué hacéis tan alto y tan limpias?

—¿Quieres subir con nosotras? —le responden las nubes—. Podemos adoptar una forma de avión y te llevamos volando fuera de la isla.

—¡Vale! —gritó Víctor ilusionado—Estoy algo aburrido y quiero moverme.

—¿Aburrido? —le dijo una nube en forma de avión.

—Bueno ya no, ahora estoy hablando contigo. Pero no lo entiendo bien, ¿podrías tú, que eres una nube, decirme porque nunca te aburres? He observado que las hormigas tampoco se aburren, ni las rocas ni las olas del mar. El viento tampoco se aburre, ni los pájaros y esas ardillas simpáticas de los arboles. ¿Por qué yo sí me aburro a veces?

—Te aburres porque intentas evitarlo —respondió la nube cuya forma ya no era de avión.

—No lo entiendo —respondió el niño mirando al cielo.

—Te propongo un juego: cierra los ojos y observa solo el paso del aire acariciando tu nariz. Ahora habla con las deidades que de ahí salen y pídeles con respeto que te lleven para dentro.

El niño hizo caso a la nube que ahora tenía forma de horizonte y cerró los ojos. Escucho el respirar y el suave roce del viendo al salir desde sus pulmones por la nariz, acariciando la pared de su tabique nasal.

—¿Donde vais gráciles deidades? —preguntó el niño a las deidades del Gran Palacio Blanco y Gris.

—No somos exactamente deidades, preferimos que nos llamen ánimas.

—Claro, no lo sabía, ¿y dónde vais saliendo de mi nariz gráciles ánimas musicales?

—Las ánimas del Gran Palacio Blanco y Gris somos el mismo instante, efímeras por primera vez y para siempre. Por eso solo podemos hablar con aquello que es igualmente efímero, por primera vez y para siempre. Buscamos así la puerta del alma de las cosas, el respirar mismo del mundo.

—Es muy bonito lo que decís —respondió el niño.

—Precisamente de la belleza nos encargamos porque sin belleza las puertas no se abren. Nos comunicamos con otras ánimas a través de la belleza y la suavidad.

—Yo quería preguntar por el aburrimiento. La nube que cambiaba de forma me recomendó a vosotras para encontrar una buena respuesta.

—Nosotras las ánimas somos el mismo instante, el aburrimiento no existe.

—Pero yo me aburro a veces —dijo el niño con los ojos cerrados.

—Es cuestión de velocidades —respondió una de las gráciles ánimas musicales que en ese momento salía de la nariz—. Cuando te aceleras todo se pone lento y te aburres, y cuando te ralentizas, entonces todo se acelera y ya no te aburres.

—Es muy complicado, ¿entonces es justo al revés?

—Sí, porque cuando te mueves mucho y haces muchas cosas, nosotras las ánimas del Gran Palacio Blanco y Gris no podemos trabajar bien. Y nosotras llevamos la información de un sitio a otro, por eso con las prisas todo se nos cae. Pero si vas despacio no rompemos nada y podemos movernos más rápido y llevar más información. Mucha de esa información, si no le das la velocidad necesaria, se desvanece. Recuerda que somos lo efímero.

Cuando el pequeño Víctor vio a su madre con una revista tumbada en la playa, se acercó a ella y la observó. Su madre

inquieta por la observación le preguntó.

—¿Por qué me miras así?

—¿Te estás aburriendo? —afirmó el niño.

—No —respondió Amparo—estoy con una revista de moda.

—Es información muy lenta mamá, las cosas rápidas son las importantes. Sube la velocidad para no aburrirte.

—¡Pero si no me aburro! —se defendió su madre—Bueno, a ver, dime, qué tengo que hacer para no aburrirme según tú.

—Nada, no hagas nada mamá. El aburrimiento es un estado del que no hay que huir ya que justo después llega la magia. Abúrrete y espera, y espera... la velocidad pasa de lenta a rápida si te dejas llevar.

Amparo lo miró con orgullo, su voz era pausada y suave, muy lejos de aquel niño nervioso y agresivo de los últimos tiempos. Víctor tiene razón, ha aprendido mucho, se necesita un periodo de contemplación sin pensamientos, sin competencias para que salten fuertes las alegres ánimas del Gran Palacio Blanco y Gris.

—Así no mamá, estás mirando

—¿Cómo entonces?

—No sabes.

—¿Pero cómo se hace?

—Hay que mirar sin ver.

—No entiendo. ¿Cómo voy a mirar sin ver?

—Mirar viendo que todo es la misma cosa —repuso el niño entornando sus ojos. Así mamá la mirada llega muy adentro hasta contemplar la respiración profunda de las cosas.

Amparo entornó sus ojos e hizo caso a su hijo. Tenía una sonrisa de madre orgullosa pero no le creía del todo, se lo tomó como un juego de niños.

—Así no mamá, no sabes...

El pequeño Víctor se echó a un lado algo decepcionado y sabiendo que ciertas cosas no podría compartirlas con los de-

más. Cerró los ojos, los volvió a abrir y miró al cielo.

—¿Te gusta volar? —le preguntó la nube con forma de avión.

—Sí mucho... y es muy sencillo. ¿Podemos ir a ver mi colegio para que me vean todos mis compañeros?

—En seguida —dijo la nube y se lo llevó lejos...

Cuando nuestros ojos no solo miran sino que admiran y contemplan, se puede sentir la vida íntima y su relación colectiva de todas las cosas. Todo respira, todo está vivo, todo tiene animación y movimiento, sentimientos y deseos. Podemos entonces aprender de sus reacciones para que nuestros instintos se desarrollen. En los ojos de un niño, las piedras hablan, y hablan las hormigas o las nubes te hacen volar. Toda esta maravillosa comunicación con el mundo exterior, que entra hasta el interior mismo del pulso respiratorio, es responsabilidad directa de las alegres ánimas de la casa femenina del Gran Palacio Blanco y Gris. Si queremos ir a visitarla podemos entornar los ojos, sin miedo, tranquilos y elegantes, seguir la fugaz velocidad de una de las ánimas. Primero nos llevara fuera y si la perseguimos a la velocidad adecuada luego nos llevará dentro. Una vez allí a las puertas de la casa femenina del Gran Palacio Blanco y Gris, en las entrañas, en el pulmón del pequeño Víctor, podremos ver una inscripción en lo más alto que dice: “El Tigre en contemplación”.

Para que las alegres ánimas de la puerta nos dejen entrar, necesitaríamos un buen disfraz que nos mimetice con la Totalidad. Por ejemplo, podríamos disfrazarnos de cinco anillos dinámicos en constante movimiento sosteniéndose los unos a los otros. Con este disfraz representamos la absoluta interdependencia, que todo está vinculado entre sí, que nada por sí mismo puede existir. Y luego entre los dientes podríamos sujetar, con cuidado, una hermosa paloma viva para representar el respeto por la vida, al movimiento y a la belleza. Pero también indica-

mos el entendimiento de los ciclos de vida y muerte, los intercambios y cesiones de energía necesarios para sostener todo en elegante movimiento.

Al cruzar la enorme puerta veríamos, no un palacio lujoso sino un bosque donde los límites del espacio se pierden y hay maravillas sin distinción en todos lados. Es ciertamente un bosque muy animado y vivo, muy elegante y armónico. Se aprecia una gran inteligencia en el viento y en esos silbidos sutiles que se mueven entres las ramas y las hojas. En realidad se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría que silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. Para un visitante acostumbrado a nuestro ritmo y velocidad, apenas percibiría más silbidos. Pero esos sonidos son información muy valiosa que corre apresurada para aprovechar el momento. Con nuestro disfraz de cinco anillos dinámicos, el Gran Tigre Femenino Alma Animal, no nos vería y podría seguir contemplando. Al mirarlo de cerca se aprecia un semblante tranquilo de inmensa elegancia...

—Disculpa —podríamos preguntar a una de las alegres ánimas musicales si logramos la velocidad adecuada—, su rostro es hermoso y su quietud enigmática. ¿Qué está mirado?

—No está mirando sino admirando lo que observa —responde la alegre ánima—. Sus profundos ojos de admiración nos guían a lo más profundo del interior de las cosas donde todo tiene un pulso y una vida, un movimiento y una historia.

—¿Está aprendiendo?

—Parece que está sencillamente descansando —responde la alegre ánima—pero en realidad tiene un hambre feroz por aprender. El Gran Tigre Femenino Alma Animal no aprende escuchando palabras porque no las oye ni las entiende, no aprende pensando porque no usa reflexiones y tampoco aprende de pasados o futuros. El Gran Tigre Femenino Alma Animal aprende solo contemplando la dinámica de las cosas en su instante preciso. Esas cosas que suceden ahí fuera por primera vez y

para siempre. Aprende al ver como todo se encaja entre sí en el instante en el que suceden las consecuencias y causas, el origen y la reacción, el impulso y el acto. Tiene una cabeza enorme, mucho pelaje y unas garras que reposan pero amenazan. En su impresionante silueta se aprecia armonía y emana esa armonía a aquel que se acerca. Pero no solo mira, sino que está admirando, porque sus ojos penetran y no solo observa sino que está aprendiendo porque sus ojos registran.

—¡Es un tigre tan hermoso, tan cautivador y elegante que solo con tenerlo cerca se contagia una paz inmensa y eterna!

—Pero no te dejes engañar siempre —respondió el alegre ánimo musical—su entrenamiento ha de ser constante, si pierde parte de su contemplación, rápidamente sus reacciones no serían propias en el entorno y podría cometer errores cruciales. Cada entorno tiene sus dinámicas y sus reacciones; hay que actualizarse constantemente. Por eso, aunque contemple, está siempre dispuesto a aprovechar las oportunidades del entorno. Y entonces saltará el Gran Tigre Masculino y ese sí es peligroso.

PULMÓN

***La casa masculina del
Gran Palacio Blanco y Gris***

—¿**P**ero dónde habrá aprendido el niño eso? —dice Amparo a su marido.

—Ni idea —responde Roberto con voz perpleja.

—Míralo ahora, desde que está en la isla es muy laborioso, nos ayuda en todo, siempre atento a ver cómo puede contribuir en la casa. Y es dulce en sus reacciones... ninguno de nosotros es tan dulce. ¿De dónde lo habrá sacado?

—Ayer —aporta Roberto—, en el supermercado, se me cayó una manzana y sin dudarlo se agachó a recogerla. Sé que es una tontería pero me sorprendió ver un acto tan reflejo. Ni se lo pensó, como si lo tuviera integrado. No dijo nada, no me miró, hizo lo que él creía que tenía que hacer. Y luego me estuvo ayudando con las bolsas, casi no hablamos, pero se le veía feliz y tranquilo. Sabía lo que tenía que hacer en todo momento y sus reacciones eran acertadas. Ya sé que a los hijos se les quiere siempre pero me sentí muy orgulloso de él.

—Sí, a mí también me está ayudando —responde Amparo—. No sé si te distes cuenta el otro día en la playa...

—Lo de aquella señora...

—Sí, eso. ¿Te fijaste que ni se inmutó? Antes hubiera saltado con nervios y agresivo, pero se quedó mirándola sin hacer nada. ¿Dónde habrá aprendido todo eso?

—Lo curioso —decía Roberto— es que no se fuera, que la escuchara. Mientras la señora se estaba quejando de cosas que él ni entiende, nuestro Víctor se quedaba allí como si la entendiera. Con problemas de adultos. No sé, supongo que aunque no entendía simpatizaba con su dolor.

—Y luego se fue a las rocas —decía Amparo—, ¿le viste? Se fue a las rocas y estuvo como dos horas...

—Sí, y le trajo a la señora unas conchas y unas piedras muy bonitas.

—Eso fue precioso, esa reacción...

—No me extraña que la señora llorará.

—Está aquí recuperando sus virtudes como médico. Le hace muy bien esto —concluye la madre de Víctor con voz preocupada.

—Además —aporta Roberto—, si te fijas, ahora cuando duerme respira distinto. Ya no se mueve tanto. Antes daba vueltas y patadas.

—Es cierto. Era mucho más nervioso —dice su madre.

—Y otra cosa que he notado: últimamente nuestro hijo ya no es agresivo con los juguetes. Si te has fijado ya no los rompe ni los muerde.

—Esta tipo de vida le está haciendo muy bien. Deberíamos ver la posibilidad de cambiar de vida a un lugar como este. Por el bien de nuestro hijo.

—No es fácil... —responde Roberto.

Ellos no lo saben pero el pequeño Víctor ha aprendido a ser laborioso mirando las reacciones de las hormigas y lo de ser dulce, en sus horas mirando las nubes y escuchando el viento de la isla. Se ha estado entrenando para reaccionar de esa forma. Ahora sus impulsos lo llevan a comportamientos distintos,

muy ajenos a aquellos tiempos en la ciudad cuando las pastillas tenían confundida su Esencia. Todo lo que ahí fuera se coordina, supone un aprendizaje para la tranquila contemplación del Gran Tigre Femenino Alma Animal que vive dentro del pequeño Víctor. No obstante es el Gran Tigre Masculino Alma Animal el que traduce lo aprendido en reacciones instintivas. Se trata del mismo animal, con el mismo rostro pero con distinto gesto. El gesto femenino es contemplativo para el aprendizaje sutil y profundo, y el gesto masculino es activo, brusco a veces y puede que violento.

Conviene aquí recordar que se trata de un verdadero animal y por lo tanto lo que aprende lo repite impulsivamente. Pero no necesariamente de manera literal, sino que al dedicarse principalmente de la supervivencia y las reacciones espontáneas que nos pueden salvar la vida, sus actos se detonan con asociaciones básicas, primitivas. Es decir que cuando dos cachorros de tigre jugando simulan una cacería, están aprendiendo la reacción de dicho juego para que una vez llegado el momento real, surjan sin pensar y con total eficacia. El Gran Tigre Masculino Alma Animal no necesita preguntar al Emperador (cerebro), tiene permiso para tomar decisiones si lo cree necesario, es incontrolable. Ciertamente sus reflejos no salen del cerebro sino de la médula espinal y del cerebelo reptiliano o primitivo.

Si queremos ir a visitarlo podemos entornar los ojos, sin miedo, tranquilos y elegantes seguir la fugaz velocidad de una de las ánimas. Primero nos llevarán fuera y si la perseguimos a la velocidad adecuada, luego nos llevará dentro. Una vez allí a las puertas de la casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris, en las entrañas mismas del pulmón, podremos ver una inscripción en lo más alto que dice: “El Salto del Tigre”.

Para que las alegres ánimas de la puerta nos dejen entrar, necesitaríamos usar el mismo disfraz que ya usamos antes en la casa femenina. Nos interesa mimetizarnos con la Totalidad. Así nos disfrazamos de cinco anillos dinámicos en constante movi-

miento sosteniéndose los unos a los otros. Con este disfraz representamos la absoluta interdependencia, que todo está vinculado entre sí, que nada por sí mismo puede existir. Y luego entre los dientes podríamos sujetar con mucho cuidado una tabla de necesidades y cuidados del grupo. Con esto indicamos que nuestros aprendizajes instintivos están dispuestos a servir al grupo, a ayudar a todos. Los impulsos espontáneos son adecuados no solo para la supervivencia propia sino también para los demás.

Al cruzar la enorme puerta veríamos, no un palacio lujoso sino un bosque donde los límites del espacio se pierden y hay maravillas sin distinción en todos lados. Es ciertamente un bosque muy animado y vivo, muy elegante y armónico. Se aprecia una gran inteligencia en el viento y en esos silbidos sutiles que se mueven entres las ramas y las hojas. En realidad se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. Para un visitante acostumbrado a nuestro ritmo y velocidad apenas percibiría más silbidos. Pero esos sonidos son información muy valiosa que corre apresurada para aprovechar el momento. Con nuestro disfraz de cinco anillos dinámicos el Gran Tigre Masculino Alma Animal no nos vería y podría seguir contemplando.

—Alegre ánimo —podríamos preguntar si logramos la velocidad adecuada—, no pretendo molestar pero ando intrigado. Realmente... ¿hay un tigre de verdad?

—Claro que hay un tigre, fuerte y valiente, suave y tierno —responde el alegre ánimo del exterior— todos los seres humanos llevan uno dentro.

—¿Y es peligroso? ¿Me puede comer?

—No el que vive en la casa femenina. Este no es peligroso, es de color blanco y es muy tranquilo. Pero el de esta casa masculina sí puede saltar con agresividad y devorarte.

—¿Podría entrar a verlo? Me encantaría mirarlo a los ojos y...

—Has de tener cuidado —respondió el alegre ánimo del exterior—. No es peligroso pero siempre que sepas como actuar. Si te equivocas puede llegar el Tigre de la casa masculina. Están muy unidos y se ayudan entre sí. Ese sí es peligroso y puede llegar en cualquier momento si haces las cosas mal. Y su velocidad de movimientos es muy rápida y precisa en su instante.

—¡Ahora tengo miedo!

—Eso precisamente es lo que te puede llevar a la perdición.

—¿Y qué consejo me das alegre ánimo del exterior?

—Tengo algo de prisa ahora, pero déjame decirte una cosa: para entrar no muestres miedo, no muestres individualismos, tienes que ser todo al mismo tiempo, unido y sin diferencias. Si el Tigre te ve diferenciado te atacará y si te ve individual o aislado también. Pero no todos sus ataques son peligrosos. Si te considera parte del grupo te cuidará y sus reacciones serán tu beneficio.

—Una pregunta más, por favor, es importante para mí. ¿Cómo puedo pertenecer a su grupo para que en lugar de atacarme me cuide?

—En realidad todo pertenece a su grupo, no hay distinción de miembros —responde la alegre ánimo del pulmón. Has de convertirte ante sus ojos en una globalidad, como si fueras parte del fondo, mimetizado con el entorno. Un miembro en general y no nadie específico o particular.

—¿Entonces cuando es peligroso y ataca?

—Cuando tiene hambre, sed, frío o calor, cuando tiene miedo o tiene deseos personales, cuando piensa como un individuo aislado y cuando focaliza sus ojos en un solo punto.

—Ahora tengo miedo, no sé qué hacer. Quiero salir corriendo...

—¡Jamás! ¡No hagas eso! —gritó el alegre ánimo—. Si corres sus deseos se multiplican, sus ojos se centran en tu carrera, sus movimientos sobresalen del fondo y te devorará sin remedio.

—¿Qué puedo hacer?

—Tengo que marcharme, pero te diré una cosa rápidamente: si no quieres ser devorado —respondió el ánima— guarda la calma en todo momento, evita términos absolutistas y no te muevas de manera individual, muévete con el total y con respeto juega, diviértete con todo y juega..., has de ser travieso y alegre si quieres aprender a sobrevivir.

—Me sigue dando miedo. Disculpa, pero no puedo evitarlo. No te marches aún... ¿El Tigre no tiene miedo a la muerte?

—Claro que no lo tiene —dijo riendo el alegre ánima—. ¿Por qué iba a tenerlo? Nada muere, todo se transforma, es solo un cambio hermoso de estado enérgico. Ya te lo he dicho, como tengas miedo te puede devorar.

—No puedo evitarlo, yo sí tengo miedo...

—Siendo así —añadió la alegre ánima blanca y gris— no estás aprendiendo lo suficiente. Tus reacciones serán miedosas, tus actos también y demasiado precavidos tus sentimientos.

—¿Y qué tengo que aprender? ¿Qué es lo que aprendería si no tuviera miedo?

—Si no tuvieras miedo en tu mirada —repuso el ánima— escucharías los sonidos del instante y desde allí se abre la puerta de lo eterno y circular. Todo se transforma, nada muere, todo gira, todo se comparte en armonía y equilibrio. Si no tuvieras miedo en tu mirada sabrías ceder para todos y comer para todos.

La alegre ánima musical de la casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris tiene razón, los animales no tienen miedo porque así sus reacciones son más precisas y por lo tanto es más fácil sobrevivir. Con el miedo las reacciones de supervivencia para defensa o ataque se ven torpes y aumentan los riesgos. Sin miedo se sobrevive mejor, tanto para aprender como para dejar que lo aprendido salte en el momento preciso.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —grita enloquecida Amparo al ver

a su hijo saltar desde las rocas.

—Tranquila mamá...

—¿Pero qué estás haciendo que te vas a matar? ¡Baja ahora mismo de ahí! ¡Vamos, baja!

—Estoy entrenando mamá...

—¿Entrenando el qué? ¡Vamos, baja! No hay nada que entrenar ahí arriba.

—Quiero no tener miedo como las hormigas o los perros.

—¡Que bajes de ahí te he dicho! ¡Vamos, baja!

—No le asustes tanto mujer —interviene el padre de Víctor— que al final con tus gritos le vas a causar inseguridad.

—Que entrene pero no ahí arriba, que se puede caer de verdad y nos vamos todos al hospital. Además ya sabes que aquí en la isla no hay.

Pero Roberto, aunque también se asustó al ver saltar a su pequeño hijo desde tan arriba, una leve sonrisa en su rostro denotaba algo de orgullo. Se asustó, pero le gustó ver que su hijo estaba entrenando la valentía, los instintos que rompen toda lógica y se lanzan al vacío.

—No me gusta que hagas esas cosas —le decía su madre ya sujetándolo entre sus brazos—, es peligroso y si te caes te puedes hacer mucho daño.

—No le metas miedos —interrumpe Roberto con la voz susurrante.

—¿Me has oído hijo? —continúa su madre. El pequeño Víctor se encuentra ahora en manos de su madre como un bebé, se le ha ido de golpe toda la valentía animal. Pero su padre, por detrás, le sujetó un pie, el niño lo mira y entonces sonriendo le guiña un ojo. Con ese gesto de aprobación fue suficiente para que Víctor se propusiera seguir entrenando sus miedos. Cuando el padre vio la complicidad entre ellos dijo:

—Tu madre tiene razón, tienes que usar la cabeza.

Aquella misma tarde se abrió en la isla un mercado pro-

cedente del interior. Venía una vez al mes, siempre los días 15 de cada mes. Dado que en la isla escaseaban muchos productos y artículos, aquello era siempre un evento que revolucionaba a todos. Se vestían para la ocasión, con sus ropas más elegantes, preparados para comprar, comer y pasear. Roberto, Amparo y el pequeño Víctor también se arreglaron para ir al evento. Llevaban dinero y ganas de gastar en algo distinto. Como cazadores que se arreglan preparando sus vestidos y sus armas, dispuestos a traer lo mejor a casa para el bien del grupo. Es un buen momento para demostrar lo aprendido, para que el Tigre saque sus reacciones masculinas (impulsos) desarrolladas en la etapa de contemplación femenina.

—Mira a Víctor —comenta Amparo a su marido— antes de venir a esta isla, ¿recuerdas lo nervioso que se ponía en los supermercados?

—Y lo pesado, se lo quería comprar todo.

—Y ahora le ves aquí tan tranquilo, mira las cosas pero no se lanza a por ellas. Es muy curioso y muy hermoso porque se le ve que no sufre.

Es cierto que el pequeño Víctor se pasea de la mano de su madre sin inmutarse ante el despliegue de colores y luces atractivas que ofrece el mercado. Se ha estado entrenando gracias a las alegres ánimas musicales del Gran Palacio Blanco y Negro. Sin embargo sus padres no se han entrenado tanto. Amparo con sus revistas y Roberto con libros de acción y noticias deportivas, ahora se ven atraídos por todo. Su comportamiento es saltarín y tocan todo lo que encuentran, les llama la atención cualquier cosa. Están como un tigre hambriento en un campo lleno de trozos de carne fresca. Se lo comprarían todo. Y ese comportamiento algo agresivo, sus impulsos y reacciones salvajes, las está observando muy de cerca el pequeño Víctor que aprende como un rayo. Su Tigre masculino está a punto de saltar animado al ver a sus padres devorando todo. De repente, con

cierta timidez toca unas bolas de colores que le han llamado la atención. Al hacerlo se detiene y mira a su alrededor esperando alguna reacción. Pero no hay reacción en su entorno, todo sigue igual, su madre está distraída con otra cosa que tiene en sus manos y su padre está pagando en la caja no sé qué objeto nuevo. Al ver la falta de reacción del mundo contra su ambición se deja llevar, y sigue y sigue dejándose atraer por cosas y colores. El mercado, aunque no es muy sofisticado, está bien diseñado para hacer subir el pulmón del todo al que en él entra. La ubicación de las cosas y la distribución tienen un estudio previo bien realizado. No le cuesta al niño una vez que decide dejarse atrapar, caer en impulsos agresivos.

—Víctor eso es muy caro, déjalo que el de la tienda se va a enfadar —le dice su padre.

Pero el niño ya no atiende a razonamientos y quiere adquirir lo que sea de todo aquello. Lloro y se pone caprichoso con cosas en general, sin nada en concreto, de momento es solo para comprobar que puede lograr lo que desee.

—Mira cómo se ha puesto —dice su madre—, ya decía yo que no podía ser que estuviera tan tranquilo. Es como si hubiera vuelto a la ciudad de un salto.

—Habrà que comprarle algo para que se tranquilice.

Su padre decide comprarle un juego, pero el niño quiere otro. Roberto sabe de precios e intenta engañar a su hijo con algo más barato. Pero no es fácil de convencer, el niño no sabrà de precios pero sí sabe aquello que más les molesta a sus padres. Con su instinto animal cae en aquello que más daña.

—No podría haber elegido otro que no sea el más caro. Pero hijo mío —le pide Amparo—, si este es igual. Mira qué bonito y cuantas luces.

Al final le compran el más caro y el dolor de sus padres le hace crecer su hambre felina. Lejos de relajarle aquella primera compra piensa seguir divirtiéndose con la cacería.

—¿Pero qué quieres ahora? ¡Si ya te hemos comprado lo que querías! Está muy pesado, vamos a tener que regresar al hotel, aquí no podemos seguir...

Pero antes de que se vayan de vuelta al hotel vamos a ver si logramos alcanzar la velocidad suficiente y entrar de nuevo en la casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris. Allí nos encontramos una gran sorpresa y que las alegres ánimas se han transformado, ya no son alegres ni suaves, ahora tienen dientes, un rostro desfigurado y dan miedo. Si alcanzamos la velocidad suficiente y soportamos el miedo que provocan tal vez podríamos preguntarles:

—Mordientes ánimas enloquecidas, ¿qué os ha pasado? Antes erais alegres y gráciles. Antes estabais entrenadas y vuestros movimientos era preciosos y controlados...

Pero las ánimas enloquecidas ya no contestan, solo rugen y se abalanzan como si lo que vieran, fuera de vital importancia para la supervivencia. Parece que esa es su función aunque en ocasiones pierdan algo la inteligencia. Esto de la supervivencia a veces no atiende a razonamientos, es mejor por si acaso saltar a morder y luego preguntar.

Una vez los tres llegaron al hotel, con cierta ilusión como cazadores que han logrado algo que les llenará de felicidad eterna, abrieron sus bolsas para sacar aquellos objetos comprados en el mercado. Es muy curioso porque según están sacando los objetos y dado que las ánimas del pulmón ya no son mordientes sino que vuelven a ser alegres, ahora dichos objetos ya no parecen tan especiales, tan capaces de solucionar la vida para siempre, tan bonitos. Es más, los ven y se desilusionan, ahora miran con objetividad y apenas se acuerdan para qué los compraron. Se enfadan en silencio con ellos mismos al no entender la compra. El momento es tan distinto que resulta un choque.

—Preparo algo de cenar —dice Amparo para intentar desviar la atención de disgusto.

El pequeño Víctor se pone a jugar con la bolsa donde traía los regalos, ignorando las compras por completo.

Tal vez sea un buen momento para volver a entrar a ver si logramos ahora preguntar a alguna alegre ánima musical de la casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris. Si lográramos la velocidad suficiente puede que consiguiéramos ver que dichas ánimas ya no tienen la cara desfigurada, ni rugen, ni se muestran agresivas y hostiles.

—¿Qué os ha pasado?

—¿A qué te refieres? —responde una de las alegres ánimas.

—A la transformación. Hace un rato teníais otra actitud, muy distinta, y otro rostro... Daba mucho miedo solo con miraros.

—No recuerdo nada —dice la alegre ánima con toda sinceridad.

Allí en el Gran Palacio Blanco y Gris todo parece estar bien aunque al niño le cuesta más desarrollar sus juegos de animación. Están las alegres ánimas algo más lentas y distraídas, sin fuerza. Pero pronto se recuperaran si siguen en la isla. Claro que la emoción de la decepción que inunda a todos después de las compras en el mercado viene... de otro gran palacio. En el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes están algo molestos, indignados tal vez, porque son ellos los encargados de determinar las compras y no les han preguntado. Ahora es tarde y se han malgastado recursos y se han roto conceptos, y se ha estropeado el entrenamiento que traerían las alegres ánimas musicales del Gran Palacio Blanco y Gris.

PULMÓN

La Virtud del Gran Palacio Blanco y Gris

En este gran imperio que es el cuerpo humano, cada casa y cada Palacio procuran realizar su trabajo de la mejor manera. Y no viene mal repetir que todos los ciudadanos del imperio desean alcanzar la excelencia en su trabajo. Sin embargo hay veces que todo es tan complejo, con tantas nuevas circunstancias, interferencias o guerras de intereses, que resulta muy difícil hacer lo que se espera. No hacemos lo que queremos sino más bien lo que podemos, lo que nos dejan las siempre cambiantes circunstancias de la vida, lo que nos permite alcanzar el choque con los demás intereses de otros ciudadanos. La mayoría de las veces nos tenemos que conformar con resoluciones que se quedan a la mitad o menos de lo que soñamos. Por eso la Virtud es algo que no está siempre, solo aparece cuando el estado de equilibrio y sabiduría es alto y fuerte. De lo contrario se vive sin Virtudes en el Cielo y sin Virtudes en los órganos o Palacios. Es así que el objetivo de todo ser humano, es desempañar su tarea de manera más amplia, para lo cual necesita sentir fuertes todas sus Virtudes.

Tenemos, a parte de las Virtudes del Cielo, otras cinco grandes Virtudes potenciales en cada Palacio. Y digo potenciales insistiendo en el hecho de que rara vez toman forma y fuerza

para coordinar nuestro comportamiento. Hay veces que acertamos durante unos segundos, o puede que con suerte unas horas y luego un error sutil las hace desaparecer. Todos tenemos coleazos virtuosos donde nos quedamos plenamente satisfechos (y esto dura en el tiempo) de la resolución de la situación y de cómo la solventamos. Pero estas pinceladas de color que logramos en la vida son, por lo general, escasas y en seguida perdemos la sabiduría suficiente para sostenerlas. Las Virtudes se desvanecen con facilidad, les cuesta reaparecer para guiarnos con certeza. Hay que ser un gran maestro para mantener las Virtudes de los Grandes Palacios siempre visibles y en activo. No son muchos los seres humanos que logran algo así, pero sí es para todos el fin último de nuestro paso por la existencia.

Por suerte ahora Víctor es muy pequeño y la naturaleza le concede el favor de sujetar las Virtudes en todos sus Palacios. Más tarde será suya la responsabilidad, pero de momento sí las podemos ver. Debemos darnos prisa porque es muy probable, como la mayoría de los seres humanos de nuestro tiempo moderno, que luego jamás se vuelvan a mostrar en toda la vida salvo esas pinceladas cortas que salen casi al azar. Además sin duda la isla le está sentando muy bien, en unos días vuelven ya a la ciudad y allí no va a ser tan fácil. Es el mejor momento, por su tierna edad y por el entrenamiento que lleva en sus largas horas observando objetos y animales, animando lo que observa y admirando lo que ve. Si logramos entrar de nuevo al Gran Palacio Blanco y Gris en un día perfecto donde la naturaleza está en absoluta armonía, cuando el cielo y la tierra alcanzan el éxtasis del amor... y entonces como un arcoíris que sale fugaz en lo más alto podríamos leer: Sentimiento de justicia.

Si ahora pudiéramos rápidamente acercarnos a este majestuoso arcoíris en lo más alto y alcanzar la velocidad suficiente para preguntar a uno de los ecos de mil colores tal vez nos respondería algo así como:

—Disculpa, ¿podría, si no es molestia, preguntar algunas

cosas? No entiendo las letras de su majestuoso arcoíris que dicen “Sentimiento de Justicia”.

—Es normal que no lo comprendas —respondió el eco de mil colores y se esfumó.

Las Virtudes son así, efímeras como un vapor de agua y de muy frágil presencia como el arcoíris. A veces parecen antipáticas porque a la mínima que la decisión es mala o la pregunta incorrecta, desaparecen del cielo. Por suerte Víctor es aún muy pequeño y la naturaleza sostiene sus Virtudes, así que podemos volver a intentar la velocidad suficiente y la visión amplia para preguntar de nuevo. Siempre con humildad, ya que de lo contrario se desvanece, siempre con una visión colectiva y global, ya que de lo contrario desaparecen, y siempre con la quietud de la paciencia que no exige ni demanda. Si esperas y las llamas, las Virtudes nunca llegan, porque la tensión del acto mismo de espera lo estropea todo. Solo si logras no esperar las cosas y abrir los abrazos entregando a ojos cerrados, entonces al abrirlo, todo está en su sitio. Por eso si sueñas con lo que aún no tienes, pierdes rápidamente la fuerza de conseguirlo. Las Virtudes son de mil colores pero trabajan en la sombra y no les gusta ser vistas ni presumir de fuerza. Insistamos otra vez, a ver si ahora con una actitud más sabia hay suerte:

—Grácil eco de mil colores, disculpa mi ignorancia y la intromisión de mis palabras, eso de “Sentimiento de Justicia” suena a paz absoluta, estoy dispuesto a esperar sin esperar nada, para oír de su eco lo que por bien quiera traerme.

—El Sentimiento de Justicia —dijo por fin el eco de mil colores sin esfumarse— es solo una inmensa invasión de belleza sin juicio ni diferencias. Sin límites ni barreras. Una invasión de belleza que inunda con armonía todos los poros de la piel.

—Sí, creo que lo he sentido en alguna ocasión, pero en periodos muy cortos, casi instantes, fracciones de segundo yo creo... ¿Pero cómo lograrlo de manera más continuada?

El eco de mil colores aceleró y se esfumó. No es sencillo acertar con las preguntas y sostener el Sentimiento de Justicia. Las verdades que el pequeño Víctor, al día siguiente de haber estado como loco queriendo comprar todo el mercado que llega a la isla todos los días 15 de cada mes, no podemos decir que se sintiera muy virtuoso.

—No se le puede sacar de compras a este niño —decía Ampara y su marido—. Me da miedo la vuelta a la ciudad, aquí ha estado tan bien y tan tranquilo...

—Está de nuevo insoportable...

Es cierto que el pequeño Víctor estaba de nuevo algo agresivo, muy poco paciente en sus juegos y bastante partidista. Ya no le gustaba cualquier cosa, se había puesto selectivo, juzgando todos los detalles de lo que observaba para criticarlos. Roberto, el padre del niño, encontró adecuado, o mejor dicho no pudo evitar darle un azote. En la etapa de la ciudad Víctor se hubiera puesto aún más nervioso y agresivo, pero aquí en la isla sus padres se sorprendieron al ver que después del azote el pequeño Víctor se quedó en silencio. Ni siquiera lloró. Se quedó sentado, mirando al horizonte y entonces en una inhalación profunda y eterna sucedió: apareció la Virtud del pulmón. En los ojos de Víctor el cielo estaba inmenso, precioso en su infinita amplitud. Miró al suelo y le pareció seguir viendo el cielo. Durante unos segundos mientras inhalaba despacito todo era de viento y todo era azul, como si el oxígeno de las cosas, en lugar de estar dentro, hubiera pasado a estar fuera. En el suelo veía hormigas de aire y en las nubes pájaros de viento. Todo era exactamente igual en esencia y todo respiraba siguiendo el mismo pulso. Víctor durante unos segundos, después del azote de su padre se encontraba iluminado y de haber podido hablar tal vez hubiera dicho algo así como:

—No existen las barreras, es todo una ilusión, en realidad todo está unido sin membranas ni fronteras.

—¿Tienes hambre? —le preguntó el cielo.

—No —respondió el niño.

—¿Y tienes sueño? —le preguntó la tierra.

—Tampoco —respondió el niño y pudo continuar diciendo—: en el fluir de la energía no hay reyes ni mendigos, no hay prioridades ni categorías, aquí todos recibimos mientras estemos unidos. Es la unión la que concede la energía, el enganche al todo.

En esos segundos después del azote de su padre, el pequeño Víctor sintió la espiritualidad y de haber muerto en ese momento, no le hubiera importado (igual que les pasa a las hormigas) y de haber podido mantenerse en el total, no hubiera regresado.

—Víctor —le grita su madre aun con un poco de enfado—, recoge tus cosas que nos vamos de la isla. Volvemos a la ciudad.

—Date prisa —le grita su padre—que te has quedado alelado...

Desde la ventana del avión, el pequeño Víctor observa el cielo ahora desde arriba, está callado y absorto en sentimientos. Aquellos segundos mientras inspiraba despacio, justo después del azote paterno, se han convertido ya en un anhelo. Ya no logra sentir lo mismo, solo de cerca, cosas parecidas, pero no tan intensas. Lo intenta pero no le sale. Fueron segundos absolutos los cuales codiciará el resto de su vida. Víctor, como todos, buscará de mayor esta Virtud de distintas maneras, algunas acertadas y otras no, algunas serán evasiones y otras realmente plenas, a veces saldrán de manera espontáneas y otras veces las intentará forzar con drogas, con religiones o rituales sectarios. La Virtud del pulmón es tan potente como peligrosa si no se sabe entender. No logra alcanzar la misma sensación ni siquiera en el avión donde el cielo está muy cerca y las vistas desde la ventana superan cualquier otra cosa que haya visto en la isla. Aun así no vuelve. Y mira a su madre que está pidiendo un café para tragar la pastilla. Y mira a su padre que bebe una cerveza con tal pasión que parece sumergirse en ella. Ambos de maneras distintas tam-

bién están buscando, sin saberlo, el Sentimiento de Justicia que otorga el estado perfecto de la inhalación allá en el Gran Palacio Blanco y Gris. Esto acaba de empezar y ya no para el resto de la vida, esperemos que el pequeño Víctor sepa entenderlo bien y cometa pocos errores en su búsqueda constante de esta Virtud de dos caras.

BAZO / PÁNCREAS

El Gran Palacio Amarillo y Ocre

Efectivamente, al llegar a la ciudad el pequeño Víctor se transformó. Incluso antes de aterrizar, cuando quedaban unos minutos para el descenso, volvió a sentir las resonancias de la gran ciudad y como si la isla jamás hubiera existido se puso nervioso. Un estado que ya conocía y que en su día era común y constante en su interior. Pero no solo él, sus padres se encontraban igual de tensos.

—No podemos seguir así —comentaban sus padres días después cuando todos anhelaban mucho la tranquilidad de la isla.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntaba Amparo a su marido.

—Yo creo que lo mejor —comentaba la abuela Soledad que se encontraba de visita—que cambiéis a Víctor de colegio. Es un niño muy sensible y necesita más atención. Llevarlo a un colegio de alumnos reducidos, con profesionales que le puedan dar una educación mejor.

—No es mala idea —dice Amparo—. Lo cierto que es de cualquier forma le hará bien retirarle de sus amigos y que conozca gente nueva. Así lograremos que empiece todo de nuevo y no pierda todo lo que aprendió en la isla.

—Me parece bien —concluye Roberto—. Busquemos opciones a ver si encontramos un colegio a su medida y a la nuestra, que no sea muy caro.

Cuando le anunciaron que iba a tener nuevos compañeros, sus padres se sorprendieron al ver que no reaccionó. Ella creía que iba a protestar porque eso significaba perder a sus amigos actuales. Pero el pequeño Víctor no se quejó, al principio permaneció confuso pero en unos días se mostraba ilusionado por conocer las novedades que le traería su siguiente entorno. El colegio se llamaba Mi Colegio Laboratorio y era alternativo, experimental, con alumnos reducidos y muchas pequeñas pero importantes variantes en relación a los modelos educativos oficiales.

—Aquí, en nuestro colegio —explicaba la directora—no enseñamos con consecuencias ficticias, sino que los niños puede ver como sus actos se traducen en consecuencias reales. Eso es para todo ser humano el motor de su motivación.

—¿Los niños trabajan? —preguntó Amparo, que ya lo sabía, pero quería que su hijo lo escuchara.

—Exacto —dijo la directora mirando a los tres—, los colegios oficiales utilizan tareas inventadas que solo son tareas para aprender. Pero los niños pierden la motivación al sentir que sus esfuerzos no se traducen en algo real y útil para todos. En este colegio no hacemos dibujos y luego los tiramos, y no hacemos matemáticas para aprobar exámenes, ni estudiamos historia para no olvidar. Aquí en Mi Colegio Laboratorio todo lo que hacen los niños se vende, y las matemáticas las llevan ellos, y la historia nos ayuda a entender las formas de organización y producción. Aquí hay una tienda y hay un restaurante que lo llevan ellos, también tenemos una granja con animales que los cuidamos y vendemos, y plantas que se riegan e igualmente se venden. Todo el colegio es una gran empresa y los niños llevan la producción y la organización, entendiendo exactamente cómo funciona todo desde abajo y desde arriba. Y lo importante es que

no estamos aislados del mundo exterior, todo lo que hacemos aquí se basa en una investigación conjunta de las necesidades actuales de la sociedad. Es decir que si consideramos que faltan flores rojas, o papeleras en las calles, o la comunidad pide más tomates, nosotros nos centramos en esa producción. Y al mismo tiempo intentamos hacer llegar conocimientos útiles a la comunidad para implementar conciencia y cultura. No estamos cerrados, las tiendas hacen que venga gente de fuera, los niños venden y los niños sacan las cuentas, entre todos trazamos los planes de producción, de ayuda y venta en la comunidad según las necesidades actuales. Los niños hacen muy distintas funciones, desde estudios y comprensión de la sociedad y sus necesidades, hasta la mano de obra en la construcción de los productos, cuidado de animales, plantas o experimentos. Todo son consecuencias reales, a veces de éxito y otras veces no tanto, pero siempre se intenta que todo salga bien para nosotros, como grupo y para la comunidad y sociedad a la que pertenecemos todos. Siempre trazamos retos en conjunto, abiertos y libres.

—¿Y por qué se llama Mi Colegio Laboratorio? —pregunta Roberto mientras de reojo mira a su hijo el cual se encuentra escuchando perplejo, casi asustado, pero curiosamente con una posición y un tono muscular de ayuda y cooperación. Solo con escuchar a la directora ya parece querer ayudar al grupo de trabajo.

—El nombre de laboratorio —responde la directora— viene del método pedagógico con el que enseñamos a los niños a ser productivos para sí mismos, que no es otra cosa que ser productivos para los demás, para el grupo y la sociedad. Por eso gran parte de nuestras tareas se centran en la investigación. Para cumplir retos trazamos experimentos que nos llevan a conclusiones. No solo las consecuencias reales se traducen en ingresos o aplausos de la comunidad, también hay que entender el proceso de investigación, con sus fracasos y sus nuevos avances para implementar en la sociedad. Los profesores aquí no son adultos

muy listos que lo saben todo, sino que se muestran igualmente curiosos y expectantes en todo momento a los resultados. A los niños no se les dan respuestas sino que se les entregan hipótesis a resolver entre todos. No importa si son absurdas o no, eso no lo juzga el profesor, lo importante es que los niños saque las conclusiones ellos mismos por ensayo y error, por entendimiento y razón. Así van aprendiendo y van trazando ellos mismos los siguientes retos según comprenden el funcionamiento y las necesidades.

—¿Los profesores se hacen los tontos? —pregunta el pequeño Víctor que a estas alturas del discurso de la directora siente que puede hablar y participar.

—En cierto modo sí —le responde la directora—, pero sin engañar a nadie. Se hacen los tontos para no anticipar en el descubrimiento personal de los niños. Como digo no se dan respuestas, todo son hipótesis relativas a cada caso, distintas según el punto de vista y el momento concreto. No hay ninguna verdad absoluta y eso es crucial para el espíritu de investigación y creación.

—¿Pero si no sé algo se lo podré preguntar a un profesor? No quiero equivocarme y fallar a los compañeros —dice el pequeño Víctor ante la atenta mirada de sus padres que sonríen orgullosos y se miran cómplices.

—Claro que puedes, pero el profesor no te va a dar la respuesta sino que te va a facilitar el camino para que la encuentres por tí mismo dentro de tu grupo de trabajo.

—¿Y si no la encuentro? —insiste Víctor.

—No importa, las respuestas no son importantes aquí sino los resultados. No nos da miedo el error, estamos para equivocarnos juntos, lo importante es la motivación de grupo, la lucha conjunta. Las respuestas abren puertas, ya sea porque no se resuelven o cuando sí se resuelven. Y si no se puede, se buscan otras vías, los niños han de aprender a resolver intentando vías distintas. Por eso no damos repuestas. Además a veces las res-

puestas llegan meses más tarde, o años después, no hay prisa, esperamos a que los niños las encuentren dentro de su grupo de trabajo.

—¿Y hay animales? —pregunta Víctor visiblemente entusiasmado con un tono muscular activo como dispuesto a comenzar.

—Sí, hay animales. No tenemos clases ni habitaciones cerradas. La escuela es un espacio diáfano con seis distintas salas abiertas. Cada una se llama Laboratorio. Y esta el laboratorio de animales donde hacemos experimentos para entender la sensibilidad de los animales, sus necesidades y su forma de vida, y tenemos el laboratorio de las plantas donde realizamos experimentos para observar cómo crecen. Por ejemplo hoy hemos plantado semillas en macetas con un altavoz debajo y les estamos poniendo distintas músicas a ver cómo crecen. Y tenemos el laboratorio de humanidades donde los niños experimentan emociones con el grupo y aprenden a resolver esas emociones sociales, empatizando con el resto. Se expone a los niños a distintas situaciones sociales desde el respeto y el cariño. También aquí hacemos danza para experimentar con el cuerpo y actuaciones teatrales para experimentar con las emociones. Es crucial para la vida saber manejar las emociones en distintas situaciones. Y también tenemos el laboratorio de artes, donde se hacen experimentos con colores, cuadros, dibujos, arquitectura, barro... Y siempre desde un marco histórico. Ahora por ejemplo estamos construyendo pirámides al igual que los egipcios de antes. Y eso nos ayuda a entender su sacrificio, sus técnicas de construcción y la intención. Las estamos vendiendo muy bien en la tienda, donde sobre todo, vienen padres, pero también hay compradores externos. Son obviamente muy baratos, lo importante no es producir dinero sino dar una consecuencia real al esfuerzo. Y también tenemos un laboratorio de cocina para experimentar con sabores y elaborar platos para el restaurante. Aquí también vienen a comer los padres, pero igualmente cada vez más gente

ajena. Se forma un clima muy bonito, los niños cocinan, sirven las mesas, elaboran el menú y llevan las cuentas del restaurante. Y por último tenemos el laboratorio de ciencias donde se hacen experimentos más locos para entender el funcionamiento del mundo. Ahora estamos intentando entender la gravedad y a los niños se les ha ocurrido medir la caída a diferentes alturas. Quieren ver si cambia la velocidad.

—¿Y cambia? —pregunta el pequeño Víctor.

—No lo sé, pero si tienes semejante curiosidad puedes sumarte al grupo de investigación. Yo he oído que no cambia pero no estoy segura, en realidad nadie lo sabe con certeza.

—¡Sí lo sabes! —le reta Víctor a la directora, realizando ya un experimento con ella. La directora mira a sus padres haciéndoles una señal de los resultados, indicando que es precisamente ese interés y esa curiosidad por el mundo y por la psicología humana lo que consigue este método.

—No te voy a engañar, sí sé algunas cosas al respecto, pero también es cierto que la gravedad es algo que nadie entiende del todo. No sabemos por qué las cosas caen. Hay hipótesis, que si quieres aprender te las podemos contar y distintas teorías, pero nadie en todo el mundo sabe realmente cómo funciona.

—¿Nadie? —pregunta Víctor intrigado.

—Nadie —le dice la directora—. Los adultos no lo sabemos todo, casi siempre tenemos que tomar una decisión porque no queda más remedio y hay que continuar. Si las cosas funcionan seguimos pero no entendemos el mundo. Cada descubrimiento nos ayuda a avanzar. Pero siempre habrá algo nuevo. Y eso es lo maravilloso.

—Yo lo voy a descubrir —dijo entusiasmado el pequeño Víctor cuando Roberto, su padre, suelta una carcajada. La directora mira a Roberto y le regaña.

—Yo sí creo en que puede descubrirlo —dice muy seria la directora—, no podemos reírnos de ellos porque nosotros, por muy adultos que seamos, no lo hemos logrado. ¿Sabe usted qué

es la gravedad?

—Perdón —dice Roberto—. La verdad es que no lo sé.

—Yo tampoco —confirma la directora.

—Ni yo —afirma— Amparo mostrando que está dispuesta a aprender el método que proponen y llevarlo también a la casa.

—Antes de ingresar en este colegio —les informa la directora— damos formación a todos los padres, para que lo mismo que se realiza aquí, se repita en lo posible en casa. Es importante dar a los niños una coherencia. Si los padres censuran o destruyen sin querer nuestros esfuerzos, los niños pierden motivación. Además del curso de formación para padres hacemos reuniones periódicas. Los padres están en contacto y participación todo el tiempo, por eso es bueno que vengáis a comer al restaurante, que compréis de vez en cuando cosas de la tienda (nunca algo de vuestro hijo sino de otros niños).

—Claro —promete Roberto— estamos dispuestos a aprender lo que haga falta.

—Aprender y participar —le corrige la directora—, nosotros no sabemos todo, no tenemos el método perfecto de enseñanza, necesitamos adaptarnos a cada niño y para eso los padres nos ayudan a entender y ajustar en cada caso. No hay nada rígido, todo es creatividad, honestidad, cooperación, sinceridad y motivación de grupo.

—¿Hay exámenes? —pregunta Amparo, que aunque ya lo sabe quiere que su hijo lo escuche.

—No hay exámenes —dice la directora—, todos somos iguales, son los propios niños los que se motivan entre ellos, los que juzgan el grado de motivación y participación de sus compañeros. Si el resto es conjunto, todos trabajan por igual y cada uno aprende según sus necesidades. El grupo da el resultado. Pero siempre cada niño está cambiando de grupo, participan en muchos grupos de trabajo distintos, y ellos mismos eligen dónde quieren dedicar más tiempo y esfuerzo. Esto forma su experiencia, su memoria y su conciencia de lo que se puede o

no realizar, los tiempos para lograrlos y los recursos. El examen es el resultado final de todo el colegio en cada momento, no hay exámenes individuales sino colectivos según logros. Cuando las cosas fallan, los niños tienen que encontrar soluciones para que salgan mejor las consecuencias reales.

—¿Y cuando puedo empezar? —pregunta Víctor visiblemente cambiado y motivado, como si de un puesto de trabajo se tratara.

—La semana que viene ya puedes empezar. Necesitamos —explica la directora— formar antes a tus padres.

Durante aquella semana donde el pequeño Víctor esperaba a formar parte de su nuevo colegio y conocer a sus compañeros de trabajo, se mostró muy distinto. En las tareas cotidianas participaba sin que nadie le dijera nada. Él mismo se mostraba para ayudar a poner la mesa y pedía que le enseñara cosas de la cocina. También durante esa semana él mismo mantuvo su cuarto limpio y no fallaba en los horarios de la casa donde se realizan tareas conjuntas.

—Es increíble —le comenta Amparo a su madre—, aún no ha entrado en el colegio y ya está dando cambios importantes. Se siente un miembro participativo en la casa, él mismo pide tareas.

—Sí, se le ve muy cambiado —confirma la abuela María Aurelia—. ¿Y en ese colegio le van a enseñar cosas de medicina? Recuerdo que el niño, desde muy pequeño, siempre se ha interesado por esas cosas. No debéis perder de vista lo que trae.

—Sí, ya nos iremos preocupando —responde Amparo—. Tienen un laboratorio con un veterinario para cuidar animales. Hay gente que envía al colegio sus mascotas cuando están malas para que los niños las cuiden.

—Bueno, tal vez por ahí pueda ir sacando algo —afirma más tranquila la abuela materna.

BAZO / PÁNCREAS

***La casa femenina del
Gran Palacio Amarillo y Ocre***

En su primer día de clase en Mi Colegio Laboratorio, el pequeño Víctor estaba algo nervioso. Pero fue entrar por la puerta, y los otros niños que allí había lo acogieron con suma naturalidad. Recibir al recién llegado es algo que trabajaban en el Laboratorio de Humanidades y por eso no dan lo demasiada importancia sino enseguida y como si nada, encomendándole tareas importantes sencillamente como uno más, como si llevara allí tiempo. Comenzó en la cocina.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó uno de los niños.

—Me llamo Víctor.

—Ven, toma este cuchillo. Como ves no tiene punta y no corta mucho. Es para evitar accidentes. ¿Nos puedes ayudar con las patatas? Estamos con cierta prisa porque a las 14:20 van a venir un grupo a comer. Aún nos quedan dos horas, pero tenemos que organizar bien los tiempo.

Víctor se puso a pelar patatas, pero en seguida le interrumpieron.

—No hay tiempo para eso —le dijo uno de los niños—, vamos a hacerlo todo con salsa de tomate que ya la tenemos

preparada.

—¿Quieres que pele tomates? —preguntó Víctor algo perdido.

—No tenemos suficientes, mira a ver si puedes buscar a un profesor para ir a comprar al supermercado.

Para Víctor eso de salir de la escuela a la calle e ir a comprar con un profesor fue algo totalmente inesperado. Incluso le dio miedo. En su otro colegio jamás salían para nada. Sus padres dejaron firmada la responsabilidad para que pudiera salir y participar de distintas maneras.

—Perdona —le dijo Víctor a uno de los adultos que lo encontró en el Laboratorio de Animales—, estamos en la cocina coordinando los tiempos para las 14:20 y necesitamos tomates. ¿Alguien puede llevarme a comprarlos?

—¿Tienes el dinero? —le preguntó el profesor.

—No. ¿Dónde me lo dan?

—Coge lo que necesites de esa caja y apúntalo en una nota. Luego tienes que devolver las vueltas con el ticket.

—¿Y cuanto necesito? —preguntó Víctor—. No sé cuanto coger...

—No lo sé —respondió el profesor—. Yo he oído que el kilo de tomates está ahora un poco caro. Yo no voy a poder llevarte, estoy con los animales. Pregunta a esa profesora de verde. Se llama Pilar.

El colegio es todo diáfano, desde una sala se puede ver todo. Pero hay vallas a la altura de las rodillas, así que salió en dirección de la profesora de verde.

—Perdona, ¿tú eres Pilar?

—Sí, qué necesitas.

—Estamos coordinando la comida para un grupo que llega a las 14:20 y necesitamos comprar tomates. ¿Quién podría llevarme?

—¿Ya tienes el dinero?

—Si lo he cogido de esa caja y he apuntado todo. No sé si

llevo suficiente. ¿Esto será mucho?

—No lo sé. Pero yo te llevo. Dame cinco minutos y salimos. Tengo que terminar unas cosas.

—¿Y mientras yo qué hago? En la cocina necesitan cuanto antes los tomates. Si no los llevo, los que están con la salsa no podrán seguir trabajando.

—Entendido —dijo la profesora Pilar y salieron de inmediato al supermercado.

La profesora le esperó en la puerta, sin ayudarlo. Solo era responsable de llevarlo y cuidarlo, pero no hizo nada. Ni siquiera hablaba. El pequeño Víctor, por primera vez en su vida se veía solo en un supermercado con la responsabilidad de comprar tomates.

—¿Cuántos compro? —le preguntó a Pilar. Entonces la profesora le dio el teléfono y le dijo.

—Dale a este botón, te pasaran con el Laboratorio de Cocina y les preguntas.

Se puso uno de los niños, que tuvo que preguntar al grupo y al final le dijeron que trajera tres kilos. Y que se diera prisa porque los necesitan ya. Quedaba menos de una hora para que llegaran los citados a comer a las 14:20. Víctor compró los tomates, sorprendido de sí mismo por no darle vergüenza y le dieron las vueltas.

—Qué niño más simpático —añadió la dependienta. Pero Pilar se acercó a cortar ese trato infantil que la dependienta quería iniciar con Víctor.

—¿Crees que lo tienes todo? —preguntó la profesora Pilar.

—Sí —exclamó Víctor—, solo eran tomates.

Una vez llegaron a la escuela Víctor entregó los tomates en cocina, todos andaban algo acelerados, no habían calculado bien los tiempos y se les echaba el tiempo encima. Dejó las vueltas en la caja, allí no se veía a nadie controlando. Se podría haber guardado algo en el bolsillo pero, aunque llegó a pensarlo, no se atrevió. Toda esa confianza que le daban, hizo que enseguida

amara al grupo de trabajo al que pertenecía. Ya se sentía responsable y comprometido. Dejó el ticket también en la caja y se quedó mirando porque no sabía sacar las cuentas. Una profesora se le acercó.

—¿Cuánto dinero sacaste de la caja?

—No lo sé, era un billete como este.

—Eso son 20. Estos son de diez y esto de 5. ¿Entonces tenías uno de 20?

—Sí. Pero no sé sumar —dijo Víctor algo avergonzado.

—Claro que sabes, todos sabemos. Solo tienes que relajarte y saldrá. Mira...

La profesora estuvo un rato motivándolo para que se interesara por las cuentas. Ciertamente era algo real, era para administrar el dinero de todos.

—Creo que te llaman de la cocina —repuso la profesora y Víctor, entusiasmado al escuchar su nombre y ver que contaban con él para que todo saliera bien, se fue corriendo. Allí estuvo participando con las salsas, usando los mismos tomates que fue a comprar. Luego cuando comenzaron a llegar los citados para la comida, ayudó a organizarlos y colocar la mesa. Sirvió los platos y miraba a la salsa de tomate según veía como comían todos, orgulloso de haber visto todo el proceso y orgulloso por todo el equipo que se miraban entre ellos cómplices.

—Justo —exclamó uno de los compañeros con los que había estado trabajando en cocina—, son las 14:26 y todo está en la mesa.

—Lo hemos logrado —añadió Víctor mientras se chocaban las manos los unos con los otros—. Les voy a llevar sal a la mesa por si quieren más.

Luego Víctor decidió que sería él quien cobraría a una de las mesas. Se acercó con la cuenta y le pagaron. Con el dinero, se sentó un rato y lo estuvo intentando contar. Pero no sabía. Aquello le frustró y le dio algo de vergüenza pedir ayuda. Levantaba la cabeza en señal de que no podía con ellos y esperando

que algún compañero o algún profesor se le acercara. Pero nadie parecía atender a su petición. Nadie le iba a ayudar. Le llevó mucho tiempo y lo hizo mal, porque otro niño le tuvo que corregir...

Si ahora entráramos en el cuerpo del pequeño Víctor para preguntar a las deidades por la casa femenina del Gran Palacio Amarillo y Ocre, nos encontraríamos una impresionante puerta y veríamos que en lo más alto se puede leer una inscripción que dice: “La administradora”.

—No somos deidades, somos espíritus —nos corrigen los nobles espíritus de la entrada.

Para que estos laboriosos y nobles espíritus musicales nos dejaran entrar, podríamos alzar en una mano un gran reloj calendario con los tiempos de todos, que indique los plazos de coordinación del grupo. Con esto indicaríamos que somos responsables y estamos comprometidos en ayudar a los trabajadores a que saquen todo adelante. Nos encontramos en el corazón mismo del sistema digestivo, donde los plazos son cruciales para que todo siga su curso. Si las cosas llegan algo tarde, se acumula el trabajo y se produce humedad en el estómago. Y si llegan demasiado pronto igualmente se pierden recursos para una buena asimilación. El Gran Espíritu de la Administración coordina los destinos tiempos y los plazos que cada acción colectiva necesita.

Y en la otra mano, sujetando con firmeza un monedero de beneficios. Con ello indicamos a los espíritus musicales de la casa del Gran Palacio Amarillo y Ocre que sabemos administrar los esfuerzos, la energía que se gana y la que se invierte, lo que se logra y como medir los recursos para que dé para todos y en todo momento. Es esencial medir las fuerzas, los tiempos y los recursos. Con un monedero de beneficios nuestra energía sería siempre óptima en cada ocasión, para poder ayudar al grupo y coordinar esfuerzos y logros. Hay que saber cuántos somos, lo que cada uno puede hacer y lo que no puede hacer, cuándo es importarte tenerlo listo y a qué hora, a quien hay que pedir un

favor y a quien no, cuándo hay que acelerar y cuándo ralentizar. De esto es de lo que se encarga el Gran Espíritu de Administración que reside en la casa femenina el Gran Palacio Amarillo y Ocre.

Si ahora pudiéramos alcanzar la velocidad necesaria para preguntar a alguno de los laboriosos espíritus que allí trabajan, tal vez nos respondería:

—No solo administramos los tiempos y los recursos, sino también la responsabilidad y los compromisos.

—Entonces hay gran parte del comportamiento y las emociones en todo esto.

—Exacto —respondió el noble espíritu de trabajo sin dejar de desempeñarse en sus cosas—, también nos encargamos de la administración de ciertas emociones, de tal forma que registramos el recuerdo a largo plazo.

—Puedes seguir trabajando, por mí no pares. Una pregunta más: ¿dónde se almacena en recuerdo a largo plazo?

—En la sangre. Ese es nuestro almacén. Es algo dinámico, en constante movimiento para que no se pierda, en incesante revisión, para aprender todo el tiempo. Y si está bien recogido y almacenado, cualquier recuerdo surgirá cuando sea llamado por las circunstancias del exterior.

—No entiendo. Disculpa mi lentitud...

—Nosotros, los nobles espíritus del Gran Palacio Amarillo y Ocre, ordenamos las emociones que nos envían de otros palacios y cuando ahí fuera hay algo relacionado que le puede ser de utilidad algún recuerdo, lo llevamos al Emperador (la conciencia).

—¿Y de dónde sale semejante fuerza para llevar a cabo todo esto?

—De los alimentos —respondió el noble espíritu de trabajo sin apenas levantar la vista mientras se desempeña—, gastamos energías en producir energía de los alimentos. Por eso hay que administrar bien todo para que no se produzcan fallos. No es

una tarea sencilla ¿lo entiendes? Somos muchos y para producir algo hay que confirmar las cosas muchas veces. Así nos aseguramos de que no hay errores.

—¿No sería más rápido sin tanta confirmación?

—Ciertamente sería más rápido —contestó el noble espíritu de trabajo—pero más arriesgado. Nosotros, los espíritus, también nos ocupamos de la memoria y de la defensa. Ni te imaginas la cantidad de intrusos que entran constantemente y la cantidad de señales falsas. Por eso hay que confirmar tanto hasta estar seguros de que lo que entra es de fiar. Nosotros administramos las confirmaciones. Es una defensa física contra bacterias y otros agentes peligrosos.

—Parece un trabajo muy complejo.

—Depende —respondió el noble espíritu de trabajo y se detuvo por instantes—. De momento sí lo es porque el pequeño Víctor es aún un niño y nos resulta sencillo controlar sus comportamientos alimenticios, sus momentos de comida y reposo, la sed y el hambre. Pero según se vaya haciendo mayor, tendrá ideas propias fruto de la experiencia, recuerdos y pensamientos sobre su alimentación. Y eso nos da mucho trabajo ya que no se nos escucha igual.

—Claro, perdemos inteligencia natural...

—Eso es. Si me lo permites voy a seguir con lo mío...

—Claro. Por mí no te pares.

—El dejarnos a nosotros mover el comportamiento —prosiguió—. Si las ideas vienen del Emperador (cerebro) allí siempre quieren comer, ¿me explico? Allí siempre quieren azúcar, y allí siempre quieren sabores distintos y fuertes. ¡Fiestas! Placeres, entretenimientos... Eso nos dificulta mucho.

—Claro deberían dejaros administrar la conducta relativa a la alimentación. Me imagino que esto trae muchas enfermedades, los errores alimenticios y las modas.

—Imagina, aquí nos colapsamos —dijo el noble espíritu de color amarillo y ocre mientras no paraba de trabajar—y luego

cuando los nutrientes llaman a la puerta de la pared del intestino, no sabemos qué hacer. Y ahora si me disculpas estoy muy ocupado y tengo que seguir con mis cosas...

—Una pregunta más, por mí no te pares. Pero hay algo que no logro entender: ¿cómo conseguís no confundiros con más frecuencia? Parece muy complicado...

—A nosotros, los nobles espíritus de la casa femenina del Gran Palacio Amarillo y Ocre no nos importan los cambios. No prestamos atención a los cambios porque tenemos que repetir siempre lo mismo una y otra vez. Siempre hay que limpiar la misma esquina. Por eso logramos que no nos molesten las rutinas, es más, nos gustan y nos ayudan. La simplicidad de los mismos actos y pocos cambios nuevos nos ayudan a lo importantes que es lograr los plazos.

Cuando el pequeño Víctor, en su primer día de colegio dio de comer a todos los comensales, junto a su equipo, y antes de limpiar y recoger las mesas, se sentaron ellos a comer juntos. Solo los que habían estado organizando todo. Comieron lo mismo que tenían preparado entre todos y lo que habían servido a las mesas. Víctor se encontraba con sus compañeros de trabajo tras haber logrado producir algo juntos, una consecuencia real, un trabajo en conjunto útil y práctico, de resultados tangibles. Se sentía como un adulto, satisfecho de sí mismo. Fue además divertido y ahora eran como hermanos.

—Hacemos buen equipo —dijo Víctor a sus compañeros y todos se rieron. Entonces abrazaron al nuevo y él no dejó de sonreír.

BAZO / PÁNCREAS

***La casa masculina del
Gran Palacio Amarillo y Ocre***

—**E**stamos muy contentos con el colegio —explicaba Roberto a su madre—, hemos notado muchos cambios en Víctor.

—Yo también lo he visto muy distinto —confirmaba la abuela materna Soledad—. Ahora tiene más paciencia con las cosas a las que se enfrenta, puede dedicarse más tiempo a las tareas. Antes recuerdo que no tenía paciencia para nada y saltaba de un lado a otro sin terminar las cosas. Y era mucho más independiente.

—Eso precisamente —confirmaba Roberto—, ahora siempre busca al grupo para ayudar, y se embarca con ilusión en trabajos. No le asustan las rutinas y sobre todo, algo que me hace mucha ilusión como padre es que es muy creativo para resolver problemas.

—Sí, también lo he notado.

—El otro día, se nos rompió la lavadora, algo que es muy complicado. Y el pequeño Víctor, imagina con la edad que tiene, sacó un destornillador y la abrió por completo. Encontró no sé qué cable que estaba suelto y le puso una nuez para sujetarlo. No sé como lo hizo pero estuvo más de tres horas liado, en un

momento Amparo y yo pensamos que tendríamos que tirar la lavadora.

—Y la arregló.

—Sí, más o menos. Ha tenido que venir un técnico ha rematarlo porque se le salía agua. Pero al menos el pequeño Víctor le dio paciencia, creatividad y esfuerzo. Y se le veía encantado, cantaba mientras la desmontaba.

—Todo un hombrecito... —soltó la abuela Soledad llena de orgullo.

Víctor ya llevaba un año y medio en ese colegio alternativo y estaba encantado. Muy participativo y atento a las necesidades de todos. Resolvía problemas, no solo manuales como bien cuenta su padre, sino de administración como las matemáticas o incluso ideas empresariales más o menos complejas. Cuando al día siguiente la abuela paterna le preguntó cómo logró arreglar la lavadora él solo, le respondió:

—Abuela, es sencillo, lo importante es que no te de pereza y no tenerle miedo. Por lo demás hay que dejar la mente tranquila, silbar o cantar de vez en cuando y sobre todo olvidarse del tiempo para prestar más atención a los cambios que van sucediendo.

Aquella respuesta dejó a la abuela Soledad atónita. No se espera algo así de un niño tan pequeño. En lugar de escucharlo se llenó tanto de orgullo que se lo llevó a su pecho y lo besó una y otra vez.

—Abuela... —protestó el niño.

—No lo beses tanto —repuso Amparo—. En el colegio nos han dicho que hay que normalizar sus logros, sin tanta importancia porque si no nos los atribuimos y se los robamos.

—Perdón —dijo Soledad soltando repentinamente al niño. —No quiero estropearle su educación.

—No es para tanto —dijo Amparo riéndose—también nos han dicho que lo más importante es la naturalidad, y los gestos

de amor espontáneos, lo son. Te lo digo solo para que no se repita demasiado. Un poco de todo sin embargo es bueno.

—Mira abuela —le indicó Víctor a su abuela Soledad—. Dime qué quieres que te arregle.

—No lo sé cariño, no tengo aquí nada roto. Bueno sí, mi radio, no funciona bien.

—Vale, la voy a abrir a ver qué puedo encontrar. No prometo nada, solo prometo que le entregaré paciencia, me olvidaré del tiempo y me iré dejando guiar por los cambios.

Si aprovechamos ahora que Víctor está trabajando en arreglar la radio y de su abuela para entrar dentro en busca de la casa masculina del Gran Palacio Amarillo y Ocre, nos encontraríamos una inmensa puerta con una inscripción en lo más alto que dice: “El Pueblo”.

Y para que estos laboriosos espíritus musicales nos dejaran entrar podríamos alzar en una mano un herramienta pesada con diez cadenas, y en la otra mano podríamos sujetar con fuerza una larga experiencia de sangre y sudor. Con la herramienta pesada de diez cadenas en una mano indicaríamos que sabemos trabajar, sufrir y aguantar rutinas para el beneficio del grupo. Representamos con las diez cadenas que nuestro brazo está al servicio de todos. Y luego en la otra mano, al sujetar con fuerza una larga experiencia de sangre y sudor, indicaríamos que cada golpe ayuda a formar el siguiente, que cada movimiento hace el músculo más sabio en movimientos y preciso en cambios, más ágil en creación y más eficaz en resultados. Cada golpe de sangre es una experiencia que ayuda al resto a recortar tiempos y acertar con los recursos. Si ahora aceleramos mucho intentando alcanzar la velocidad con la que se mueven los nobles espíritus del trabajo, tal vez podríamos preguntar algo así como:

—Disculpa me intromisión, por mí no te pares. ¿Podrías responderme una cosa? ¿Qué es el tiempo cuando uno está sumergido en una tarea?

—¿El tiempo? —Contesta el laborioso espíritu que habla sin parar de hacer lo suyo—no existe, desaparece y por eso es más sencillo ser creativo observando solamente los cambios.

—El tiempo no puede desaparecer así como si nada...

—En cierto modo sí —dijo el laborioso espíritu del trabajo sin levantar la mirada—. A ver si lo sé explicar. Mira. Los cambios que van produciendo la tarea son como las agujas de un divino reloj estropeado. Y entonces no hay hambre, no hay sueño ni cansancio, no hay pensamiento ni emociones, solo creatividad espontánea que recogemos de la sangre, de la experiencia. ¿Lo entiendes?

—Debe dar mucha satisfacción.

—Claro. Solo cuando terminas, sin darte cuenta, terminas, y sin darte cuenta todo está resuelto. Entonces sí da satisfacción y ganas de continuar. De eso nos encargamos nosotros los espíritus laboriosos.

—¿Podría arreglar Víctor la radio de su abuela? Es muy pequeño, tiene seguridad pero no sé si la experiencia suficiente. Tal vez ha prometido algo demasiado alegremente.

—Le estamos poniendo lo necesario, el pequeño Víctor tiene ya cierta experiencia a pesar de su edad porque ha sido expuesto a asuntos similares con éxito y logro. Jamás se puede saber si lo arreglaremos, pero lo importante es además la actitud correcta y ahora Víctor está ensimismado en la tarea, sin tiempo y dejando que los cambios de la misma muevan las manos de su creatividad. Y ahora si me disculpas tengo que seguir ayudando al grupo en un momento así. La lealtad es una de nuestras fuentes de éxito y la fuerza de nuestros logros.

Al esfumarse el laborioso espíritu del trabajo, se puede ver como otras muchas saltan de la sangre camino de las manos, produciendo una creatividad manual que casi no requiere ni pensamiento. Son nociones especiales y figuras geométricas, encajes y trasplantes que se llevan de un lado a otro para resol-

ver tareas cotidianas que aunque pasan desapercibidas porque van rápido y son muchas, se trata de verdaderas obras de arte. A cada cambio sutil y preciso que hace encajar el puzle, hay una preciosa obra de arte.

—¡Vamos Víctor, deja la radio de la abuela! —le llama a cenar su madre, Amparo. Pero Víctor está muy absorto, efectivamente no tiene hambre, quiere seguir porque no es sencillo encontrar el estado mental y emocional adecuado. Si lo deja ahora, luego le dará pereza. Cuando los espíritus laboriosos de la casa masculina del Gran Palacio Amarillo y Ocre están activos en Sangre, es el mejor momento para no parar. El éxito está cerca.

—¡Vamos, luego sigues!

No es tan fácil, no lo puede dejar, el tiempo se le ha ido sin darse cuenta y ha llegado la hora de cenar. Un poco más porque en este estado en cualquier momento encuentra la solución y todo encaja.

—¡Vamos!

El pequeño Víctor lo tuvo que dejar sin arreglar, con todo abierto y los cables y tornillos sueltos. Luego no va a haber forma de acordarse y montarlo de nuevo. La abuela de todas formas lo ha dado por perdido y considera que al menos ha servido para que su nieto juegue un rato. Después de la cena el pequeño Víctor se pone de nuevo, pero ya no tiene los nobles espíritus del trabajo porque además están dedicados a la digestión. Se nota sin creatividad para las cosas más sencillas, tiene que pensar demasiado y el tiempo sí existe y pasa lento. Es el momento de dejarlo.

—Mañana sigues no te preocupes —le consuela la abuela Soledad.

Si ahora que está haciendo la digestión, volviéramos a entrar por la puerta de la casa masculina del Gran Palacio Amarillo y Ocre veríamos una situación algo distinta. Los nobles espíritus

se han transformado en guerreros.

—¿Dónde vais laboriosos espíritus de la guerra?

—Nosotros tenemos que hacer también esta función.

—¿Por qué vosotros?

—Es sencillo —respondió uno de los espíritus de la guerra—, para enfrentarse a la muerte conviene utilizar justo las herramientas que nosotros tenemos. Me refiero a perder la noción del tiempo y así no hay miedo y los movimientos son más ciertos, estar atentos sin pensar a los cambios que van demandando las circunstancias.

—¿No tenéis miedo?

—Si lo pensamos sí tenemos, pero si nos sumergimos en la tarea, es igual que cualquier otra. Ahora si nos disculpas nos vamos a la guerra, han entrado muchas bacterias y otros agentes y tenemos que luchar a muerte.

—Una pregunta más antes de marcharos, quería saber si cuando os transformáis en guerreros también afecta al comportamiento del niño.

—Obviamente, no solo nos convertimos en guerreros para la digestión, también cuando las circunstancias de ahí fuera lo requieren. Si el pequeño Víctor entrara en pelea, si tuviera que jugarse la vida o el físico, aquí estaríamos nosotros ayudando con lo que sabemos. Logrando que pierda la noción del tiempo para que sea valiente, y que esté ágil y creativo con los cambios para que logre la victoria. Nosotros no competimos y no provocamos la pelea, el rival es siempre nuestro hermano. Pero si hay conflicto allí estamos para ayudar. Respetar al rival como a un hermano ayuda en la batalla. La victoria para nosotros no es personal sino colectiva. Ahora nos marchamos que tenemos prisa...

—Sí, claro, muchas gracias laboriosos espíritus.

Efectivamente, los espíritus laboriosos tenían razón y se demostró tan solo unos meses después cuando el pequeño Víctor tuvo su primera pelea fuerte. No fue en el colegio sino en el par-

que que queda cerca de su casa. Uno de los niños que allí juegan y que Víctor ya lo conoce desde hace años, le ha empujado con fuerza mientras jugaban al fútbol. Como Víctor lleva tiempo en ese colegio y sabe como dejar su mente sin tiempo y atenta a los cambios que demanden las circunstancias, no dudó en levantarse y correr a por aquel niño. No tuvo miedo, se mostró muy coordinado y resolutivo, claro que el otro niño era mayor y más grande. No tenía muchas posibilidades. Durante la pelea, que duró solo tres minutos pero que para Víctor fueron, en parte horas en parte segundos, no podría estar seguro, los golpes recibidos no causaban dolor alguno. Perdió claramente la pelea, a estas edades la diferencia de fuerza es mucha con pocos años de distancia. Pero no le importó, se fue orgulloso de sí mismo por haber peleado por una posición social y un respeto.

Si recordamos, y ya sé que todo esto del cuerpo humano es un enredo por la inmensidad de su imperio, es el Gran Palacio Negro de la izquierda donde las gráciles deidades musicales se encargan de nuestra posición/destino. ¿Recuerdas? Entonces: en una posición dentro del grupo donde no podemos desempeñar ni hacer crecer nuestras Virtudes del Cielo Anterior, estamos perdiendo el tiempo. La fuerza de Voluntad nos empuja a luchar por nuestra posición y eso es por lo que acaba de pelear el pequeño Víctor. Luego en la pelea, en la acción misma, ya no es el Gran Palacio Negro de la izquierda sino los espíritus guerreros del Gran Palacio Amarillo y Ocre los que tiene que resolver los movimientos certeros. Ellos perdieron la batalla, pero la Voluntad ganó porque en los siguientes encuentros que tuvieron en el parque, Víctor pudo observar como el grupo le trataba de manera distinta. Se había ganado un respeto y una posición diferente donde se sentía mucho más cómodo. El niño con el que peleó y perdió (sólo físicamente), también le ofrecía sus respetos. Como si nada hubiera pasado, haciéndose como el que no tenía memoria, jamás hablaba de la pelea pero se dirigía constantemente a él de manera simpática. En un momento tuvo

que volver a defender su posición /destino porque aquel niño comenzaba a incluirlo como si fuera su segundo. Víctor decidió continuar con el respeto que ganó por sí solo y no atendía a las invitaciones ni simpatías. Cosa que le trajo aún más respeto del grupo, más lealtad por parte de sus amigos y más liderazgo. Y esta vez realizando batallas sin llegar a la fuerza armada. Sin mover los músculos, aprendió a ganar guerras. Pero esto ya es otra historia...

BAZO / PÁNCREAS

***La Virtud del
Gran Palacio Amarillo y Ocre***

Como ya sabemos, en este gran imperio que es el cuerpo humano, cada casa y cada palacio procuran realizar su trabajo de la mejor manera. Todos los ciudadanos del imperio desean alcanzar la excelencia en su trabajo. Sin embargo hay veces que todo es tan complejo, con tantas nuevas circunstancias, interferencias o guerras de intereses, que resulta muy difícil hacer lo que se espera. No hacemos lo que queremos sino más bien lo que podemos, lo que nos dejan las siempre cambiantes circunstancias de la vida, lo que nos permite alcanzar el choque con los demás intereses de otros ciudadanos. La mayoría de las veces nos tenemos que conformar con resoluciones que se quedan a la mitad o menos de lo que soñamos. Por eso la Virtud es algo que no está siempre, solo aparece cuando el estado de equilibrio y sabiduría es alto y fuerte. De lo contrario se vive sin Virtudes en el Cielo y sin Virtudes en los órganos o palacios.

Es así que el objetivo de todo ser humano es desempeñar su tarea de manera más amplia para lo cual necesita sentir fuertes todas sus Virtudes. Tenemos, a parte de las Virtudes del Cielo, otras cinco grandes Virtudes potenciales en cada Palacio.

Y digo potenciales insistiendo en el hecho de que rara vez toman forma y fuerza para coordinar nuestro comportamiento. Hay veces que acertamos durante unos segundos, o puede que con suerte unas horas y luego un error sutil las hace desaparecer. Todos tenemos coletazos virtuosos donde nos quedamos plenamente satisfechos (y esto dura en el tiempo) de la resolución de la situación y de cómo la solventamos. Pero estas pinceladas de color que logramos en la vida son por lo general escasas y en seguida perdemos la sabiduría suficiente para sostenerlas. Las Virtudes se desvanecen con facilidad, les cuesta reaparecer para guiarnos con certeza. Hay que ser un gran maestro para mantener las Virtudes de los Grandes Palacios siempre visibles y en activo. No son muchos los seres humanos que logran algo así, pero sí es para todos el fin último de nuestro paso por la existencia.

Por suerte ahora Víctor es muy pequeño y la naturaleza le concede el favor de sujetar las Virtudes en todos sus Palacios. Más tarde será suya la responsabilidad, pero de momento sí las podemos ver. Debemos darnos prisa porque es muy probable, como la mayoría de los seres humanos de nuestro tiempo moderno, que luego jamás se vuelvan a mostrar en toda la vida salvo esas pinceladas cortas que salen casi azarosamente. Ahora lleva ya casi dos años en ese colegio alternativo donde le refuerzan el trabajo en grupo, la responsabilidad y el compromiso con los proyectos conjuntos. Y no solo ha mostrado cambios muy positivos sino que él mismo por dentro se siente bien, satisfecho. Esto de estar satisfecho es algo que normalmente atribuimos a los adultos, se nos olvida que es vital para todo ser humano el sentimiento de utilidad, participación y pertenencia. No importa la edad. Incluso con un año ya se puede uno sentir dentro del grupo como participante o fuera de él.

El pequeño Víctor alcanzó la Virtud del Gran Palacio Amarillo y Ocre a la edad de seis años, y no solo una vez sino que repetidas veces (cortas pero intensas) durante más de tres años. Esos maravillosos años que pasó en aquel colegio alter-

nativo. En una de ellas, precisamente la primera vez que lo experimento, se encontraba en el Laboratorio de Animales. Aquel día habían tenido un caso muy particular con un gato que les trajo muy mal herido. Lo atropellaron, pero la dueña no quería sacrificarlo que hubiera sido lo normal para un caso tan grave. El gato sufría, peleaba por la vida, pero querían intentar todas las opciones. Esto de sentir el golpe de las Virtudes suele suceder justo en aquellas disciplinas para las que hemos nacido. Como sabemos, Víctor pertenece a una larga cadena de ancestros dedicados a la salud. Es aquí en este campo de la enfermedad, de la vida y la muerte donde saltan con mayor facilidad las Virtudes de sus palacios. El pequeño Víctor con apenas seis años (siete si contamos el año antes de nacer) decidió quedarse toda la noche en el colegio cuidando al gato mientras éste agonizaba. Les pidió permiso a sus padres los cuales aceptaron dado que el colegio contaba con cámaras y Víctor podría ser visto por sus padres por internet.

—Si algo pasa, cariño —le decía Amparo—, lo que sea, si tienes miedo o quieres volver a casa, no dudes en llamarnos. Nosotros te estaremos mirando por internet.

—Sí mamá, no te preocupes.

Había sido un día muy largo para el pequeño Víctor, tuvo que trabajar en el jardín con sus compañeros plantando cientos de cebollas y remolachas. Además sirvió las mesas del restaurante donde sirvieron un plato que él diseñó con esmero días antes. Lucía nervioso por oír las críticas de los comensales. Al final todo resultó bien, sin sorpresas buenas o malas. Todo según la normalidad. Luego estuvo pintando en el Laboratorio de Artes donde la temática de la semana era los otomanos. También vendió algunos cuadros de otros compañeros en la tienda, a los padres de unos niños nuevos. Casi ya a la hora de cerrar, algo agotado, se pasó por el Laboratorio de Animales y es cuando encontró a aquel gato y su dueña llorando sin consuelo.

—Yo me quedo esta noche —dijo el pequeño Víctor.

—Pero si es un niño —lloraba la dueña.

—No se preocupe señora, tiene experiencia y sabrá cuidarlo bien.

Aquellas palabras del profesor veterinario llenaron a Víctor de fuerza. Tenía que dar agua al gato con un cuentagotas y aplicar una pomada cada cierto tiempo en sus heridas. Y lo más importante, realizarle ejercicios de respiración para que no se asfixiara. Al sufrir tanto su respiración era muy precipitada. Los cuidados eran bastante intensivos y las opciones de que se muriera en cualquier momento eran muchas.

—Haz lo que puedas pero lo más probable es que se muera esta noche —le dijo su profesor—. No te asustes por ello, ni te culpes, es parte de la naturaleza y tienes que aprender a respetarla.

—Lo puedo hacer —respondió con firmeza el pequeño Víctor, que aunque estaba asustado supo no demostrarlo.

Alcanzó la Virtud del Gran Palacio Amarillo y Ocre a las seis de la mañana, cuando el cielo comenzaba a clarear. El gato hacía ya más de una hora que se había muerto. Víctor después de aquello no pudo quedarse dormido. Sí se culpó y lloró. No entendía nada, se sintió impotente, pensando que el mundo era injusto y cruel. Con esa desagradable sensación se quedó dormido con el gato muerto entre sus brazos. Y mientras dormía agotado de todo el día y toda la noche ayudando, trabajando y siendo útil para todos, su sangre estaba en un estado de perfección.

Entremos ahora que está durmiendo para ver ese majestuoso arcoíris de mil colores que aparece discreto en su sangre. Allí veríamos unas letras en el cielo sanguíneo que dice: Sentimiento de Justicia. Esto es algo extraño porque tiene el mismo nombre que la Virtud el pulmón. Si pudiéramos alcanzar ahora la velocidad suficiente para preguntar a alguno de los ecos de mil colores tal vez nos respondería algo así como:

—Disculpa, podría, si no es molestia, preguntar algunas cosas. No entiendo las letras de su majestuoso arcoíris que dicen

“Sentimiento de Justicia”. ¿No es el mismo nombre que la Virtud del Palacio Blanco Y Gris? ¿Cómo puede haber dos nombre iguales?

—Es normal que no lo comprendas —respondió el eco de mil colores y se esfumó.

Las Virtudes son así, efímeras como un vapor de agua y de muy frágil presencia como el arcoíris. A veces parecen antipáticas porque a la mínima que la decisión es mala o la pregunta incorrecta desaparecen del cielo. Por suerte Víctor es aún muy pequeño y la naturaleza sostiene sus Virtudes, así que podemos volver a intentar la velocidad suficiente y la visión amplia para preguntar de nuevo. Siempre con humildad, ya que de lo contrario se desvanece, siempre con una visión colectiva y global ya que de lo contrario desaparecen, y siempre con la quietud de la paciencia que no exige ni demanda. Si esperas y las llamas, las Virtudes nunca llegan, porque la tensión del acto mismo de espera lo estropea todo. Solo si logras no esperar las cosas y abrir los abrazos trabajando para los demás a ojos cerrados, entonces al abrirlos todo está en su sitio. Por eso si sueñas con lo que aun no tienes pierdes rápidamente la fuerza de conseguirlo. Las Virtudes son de mil colores pero trabajan en la sombra y no les gusta ser vistas ni presumir de fuerza. Insistamos otra vez, a ver si ahora con una actitud más sabia hay suerte:

—Grácil eco de mil colores, disculpa mi ignorancia y la intromisión de mis palabras, eso de “Sentimiento de Justicia” suena a paz absoluta, estoy dispuesto a esperar sin esperar nada para oír de su eco lo que por bien quiera traerme.

—El Sentimiento de Justicia —dijo por fin el eco de mil colores sin esfumarse—es solo una inmensa invasión de belleza sin juicio ni diferencias. Sin límites ni barreras. Una invasión de belleza que inunda con armonía todos los poros de la piel.

—Sí, creo que lo he sentido en alguna ocasión, pero en periodos muy cortos, casi instantes, fracciones de segundo yo creo... ¿Pero cuál es la razón que sea el mismo nombre que la

Virtud del pulmón?

—La respuesta es muy sencilla —dijo el eco de mil colores sin esfumarse— el nombre es el mismo porque se trata de la misma Virtud.

—¿El pulmón y el bazo/páncreas comparten la misma Virtud? ¿Cómo puede ser eso posible?

El eco de mil colores aceleró y se esfumó. No es sencillo acertar con las preguntas y sostener las virtudes. Es el preguntar en sí mismo lo que hace que desaparezcan. Para entender las virtudes no hay que labrar preguntas. No sirve el “por qué” y el “qué”, tan solo se sostienen si la pregunta es “cómo”. El “cómo” sin ninguna otra pregunta es capaz de lograr la estabilidad para que aparezcan. Intentémoslo de nuevo, si logramos la velocidad necesaria para preguntar:

—¿Cómo lograr entender que ambas virtudes sean la misma?

—En el trabajo duro y entregado a lo demás —repuso el eco de mil colores sin esfumarse— el tiempo se va y el esfuerzo resulta la unión de todos. Cuando la satisfacción personal es inmensa por el buen trabajo para con el grupo, salta el Sentimiento de Justicia y todo se abre por igual.

En los ojos cerrados de Víctor el cielo estaba inmenso, precioso en su infinita amplitud. Miró al suelo y le pareció seguir viendo el cielo. Durante unos segundos durante el sueño y mientras inhalaba despacito, todo era de viento y todo era azul, como si el oxígeno de las cosas, en lugar de estar dentro, hubiera pasado a estar fuera. En el suelo veía hormigas de aire y en las nubes pájaros de viento. Todo era exactamente igual en esencia y todo respiraba siguiendo el mismo pulso. Víctor durante unos segundos, durante su sueño profundo y después de una inmensa satisfacción personal, se encontraba iluminado, y de haber podido hablar tal vez hubiera dicho algo así como:

—No existen las barreras, es todo una ilusión, en realidad todo está unido sin membranas ni fronteras.

—¿Tienes hambre? —le preguntó el cielo.

—No —respondió el niño— Me alimento de la belleza inmensa. Podría no comer en mil años.

—¿Y tienes sueño? —le preguntó la tierra.

—Tampoco —respondió el niño y pudo continuar diciendo—: en el fluir de la energía no hay reyes ni mendigos, no hay prioridades ni categorías, aquí todos recibimos mientras estemos unidos. Es la unión la que concede la energía, el enganche al todo.

En esos segundos mientras dormía en la silla dura y rígida del Laboratorio de Animales, con el gato muerto entre sus brazos y la luz del día pintando el horizonte de luz, Víctor sintió la espiritualidad y de haber muerto en ese momento, no le hubiera importado y de haber podido mantenerse en el total, no hubiera regresado.

—Víctor —le dijo con dulzura su madre al llegar a casa—¿tienes hambre? Estás agotado y muerto de hambre. No te preocupes por el gato, está bien allí donde esté.

—No estoy preocupado mamá —confirmó el niño.

—¿Quieres comer algo?

—La verdad es que no tengo hambre, ni sueño. Quiero ir al colegio para seguir ayudando, hay muchas cosas que hacer hoy.

—Pero si apenas has dormido nada. Mejor que te quedes aquí y verás cómo te entra el sueño.

—No mamá, me necesitan, tengo que explicarle a la dueña del gato cómo murió.

De camino al colegio, en el asiento de atrás del coche que conducía Amparo, Víctor miraba por la ventana. Aquellos segundos mientras inspiraba despacio, justo después de morir el gato y quedarse dormido en la silla, se han convertido ya en un anhelo. Ya no logra sentir lo mismo, solo cerca, cosas parecidas, pero no tan intensas. Lo intenta pero no le sale. Fueron segundos absolutos los cuales codiciará el resto de su vida. Víctor, como todos, buscará de mayor esta Virtud de distintas maneras,

algunas acertadas y otras no, algunas serán evasiones y otras realmente plenas, a veces saldrán de manera espontánea y otras veces las intentará forzar con drogas, con religiones o rituales sectarios. La Virtud del bazo/páncreas es tan potente como peligrosa si no se sabe entender. Aunque ya sabe y esperemos que no se le olvide que es lo más probable, que para obtenerla hay que trabajar muy duro para el bien del grupo. Solo cuando estás agotado, destruido muscularmente de tanto esfuerzo, rendido y con ganas de más, ahí es cuando la Virtud del Gran Palacio Amarillo y Ocre salta para regalarnos belleza, alimentos y energía. Anhelar este sentimiento nos ayuda a continuar con la tarea. Si Víctor de mayor se hace cómodo, si su trabajo no le exige mucho o si trabaja para otros por dinero, jamás volverá a alcanzar esta noble Virtud. El Sentimiento de Justicia del pulmón es más cómodo en cierto modo de alcanzar ya que se puede a través de las actitudes correctas, la contemplación adecuada. Pero el Sentimiento de Justicia del bazo/páncreas solo se logra con el trabajo bien hecho y agotador, con una inmensa sensación de logro y satisfacción que a su vez se ve reconocida y compensada por el grupo.

Víctor se ha quedado dormido en el coche de camino al colegio. Su madre ha decidido volver a casa y en brazos lo lleva hasta la cama.

Esto acaba de empezar y ya no para el resto de la vida. Esperemos que el pequeño Víctor sepa entenderlo bien y cometa pocos errores en su búsqueda constante de esta Virtud. Tal vez, y dado que la vida ahora no es tan dura como antes, al menos en nuestra sociedad moderna, lo logre con el deporte, con el castigo muscular intenso. Es otra opción, no demasiado buena porque no deja de ser un engaño, pero si sus esfuerzos en el deporte sirven al grupo, entonces sí. Ya veremos cómo va creciendo y entendiendo todo esto. De momento duerme rendido en su cama y ya sin sueños profundos ni grandes virtudes.

HÍGADO

***El Gran Palacio
Multicolor con tintes Verdes***

Si volvemos ahora a la pelea que tuvo el pequeño Víctor con aquel niño en el parque de su barrio. Aquella pelea que perdió pero que sin embargo le irguió respeto y una posición privilegiada en el grupo. A partir de allí es cuando Víctor comenzó a saborear el control sobre otras personas y cómo sus emociones y actos podían mover masas.

—Nosotros no somos deidades, o alegres ánimas, ni tampoco somos espíritus.

—Perdón por la ignorancia, estoy aprendiendo...

—Somos impresiones errantes —respondió una de las impresiones del Gran Palacio Multicolor con tintes verdes, y su voz era grave, sus gestos articulados y sus emociones evidentes como si quisieran dirigir una orquesta.

—Es un nombre bonito. Sí, me gusta. ¿Cómo es que os llamáis así?

—Sencillo: viajamos más allá del cuerpo al que pertenecemos, porque duramos más que la vida del que nos emite, porque correteamos por calles, esquinas, rincones, por corazones y por la sangre de otros muchos. Somos impresiones, solo morimos

en el olvido.

—Por lo que observo tienes mucha fuerza, un gran carisma cuando hablas...

—De eso se trata, para generar impresiones en los demás es vital el carisma, la fuerza y la emoción casi violenta que deje huella y mueva montañas.

—¿Todas las impresiones errantes presumen de semejante fuerza?

—Obviamente no. Escucha con atención porque solo te lo diré una vez: cada impresión para tener éxito y durar mil años y viajar diez mil kilómetros ha de ceñirse a cada circunstancia y necesidad. Las hay más fuertes y carismáticas, y otras menos pero todos intentamos convencer, impactar, llegar a la sangre del que nos escucha.

El pequeño Víctor con ahora siete años fue, como muchas veces en los últimos años, a jugar al parque. En el colegio alternativo no tenía deportes, solo ejercicio físico pero al evitar la competición preferían organizar juegos deportivos fuera de las horas laborales. Pero la directora aconsejaba que buscaran diferentes entornos para exponer a los niños a cosas de la sociedad actual. Debían ser fuertes y capaces en todas las circunstancias y eran conscientes de que el colegio estaba fuera de muchos paradigmas de la sociedad actual. Por eso los padres de Víctor, atendiendo al consejo, incitaban a su hijo a ir al parque a jugar al fútbol con otros niños. El pequeño Víctor llevaba una gran impresión de aquella pelea que tuvo hace años y aún la guardaba en el Gran Palacio Multicolor con tintes verdes. Allí es donde se guardan los traumas, los buenos y los malos, allí en la sangre que es un almacén igualmente. Una vez su abuelo, ese que es algo callado pero que cuando habla casi siempre impresiona, le dijo:

—Todo lo que tienes en tus manos es de todos, pero no dejes que nadie te quite lo que es tuyo.

Aquella frase confusa en cierto modo, al pequeño Víctor

le caló profundo. Le dejó una impresión que saltaba en los momentos más interesantes y le llenaban de fuerza. Justamente se acordó de esa impresión el día de la pelea. Y la usó para darse fuerzas. Su fuerza, como ya sabemos impresiona a los niños que le vieron, a pesar de su desventaja física. Muchos quedaron gratamente impresionados con la valentía de Víctor y desde entonces le respetan. Ahora gracias a esa impresión que dejó en los demás le resulta más fácil hacerse escuchar. Cuando habla, no tiene que subir mucho la voz porque todos callan. Esta muy orgullo de esa impresión que hace ya años y que aún dura en aquellos que presenciaron la pelea.

—Y no solo los que la presenciaron —explica el pequeño Víctor a su abuelo—algunos niños que han llegado nuevos, se han dado cuenta que los otros me respetan y sin saber la historia, también me hacen caso.

—Tal vez —le explicaba su abuelo—alguno de los que sí la presencié se lo ha contado a los nuevos.

—Puede ser...

El abuelo Juan tiene razón, esto de las impresiones vuela como el viento de boca en boca, de hígado en hígado. Un buen seguidor puede ser casi mejor que uno mismo. Una voz convincente puede amplificar la historia y hacer grande lo pequeño.

—Uno de mis mejores amigos —le dice Víctor a su abuelo—, al que llamamos “parlante” porque no para de hablar, es el que va contando todo por ahí.

—Ese es en realidad uno de los responsables del respeto que te tienen. Has de cuidarlo. Y si quieres hacer de nuevo algo valiente, asegúrate que él esté presente. Impresionarle a él es lograr que tu historia se extienda.

—Sí, abuelo.

Salta a la vista que el pequeño Víctor después de la conversación con su abuelo se animó demasiado. Aquella misma

tarde al llegar al parque se le veía muy subidito de tono, algo presumido y como si cada acto o palabra fuera a impresionar a cualquiera. Y así siguió durante semanas hasta que llegaron a sus oídos que su supuesto mejor amigo, el que expandía la historia de su pelea, decía a todo el mundo que era un estúpido presumido. Aquello hirió mucho al pequeño Víctor porque se dio cuenta que tenía razón, su comportamiento había sido estúpido. Pero además le dolió porque sintió la destrucción de las impresiones positivas que había estado manteniendo. Ahora por su culpa existían impresiones negativas que neutralizaban lo anterior. Cuando llegó al parque sintió que todos le miraban mal y no veía fuerza en su interior, ni carisma suficiente. Su voz era sorda. Justo ese día, jugando al fútbol, otro de los niños, que peleaba por una posición mejor, se dio cuenta de la debilidad de Víctor y aprovechó para empujarlo al suelo. Acto seguido lo ridiculizó con frases fuertes e insultos a sabiendas de que Víctor no tenía la entereza ese día para defenderse. Y no lo hizo, desde el suelo vio como todos se reían de él.

—¿Dónde están las impresiones que dejé en casi todos ellos el día de mi pelea? —pensó. Y entonces se dio cuenta de que no solo hay que dejar buenas impresiones sino que además hay que mantenerlas, alimentarlas.

—Parece más sencillo destruir que crear —pensó en su estado de frustración.

Lo cierto es que no resulta fácil sostener el éxito una vez lo has alcanzado. Las impresiones errantes que libera nuestro hígado tienen que competir muy duramente por llegar y luchar con ferocidad para sostenerse. El intercambio de impresiones es constante y siempre lleno de rivales que desean borrar nuestras huellas para dejar las suyas.

—¿Quién te ha contado eso? —le dice su abuela María Aurelia al pequeño Víctor.

—Un niño del parque.

—Pues te ha engañado, no es así. Es imposible porque los

perros no pueden correr tan rápido. O está exagerando la historia o te está engañando. Borra eso de tu cabeza porque los engaños te pueden llevar a malas decisiones.

—¿Seguro que me ha engañado abuela?

—Seguro. Un perro no corre más que un coche por muy enfadado que esté.

—Ya se lo he contado a otros amigos —dice el niño cabizbajo, sintiendo que al haberlos contado una cosa así ha perdido algo de su prestigio y credibilidad.

—Ten cuidado con lo que cuentas, no creas a todo el mundo —le dice la abuela María Aurelia—. Si cuentas mentiras, aunque no sean tuyas, la gente dejará de creerte. Para hacerte escuchar y respetar has de ir con la verdad. Luego todo se demuestra y todo se sabe.

El consejo es bueno aunque la abuela María Aurelia no es la más apropiada para pronunciarlo. Se ha ganado muchos enemigos incluso dentro de la familia, con semejante carácter brusco y demasiado expresivo, no se puede esperar otra cosa. Tiene fama de exagerar sus historias y nadie la cree del todo. Y llegas a dudar, por su carisma, pero al final todos se convencen, incluso sienten que han de defenderse. Ella lo compensa con aún más agresividad en sus narraciones, para intentar no impresionar sino imponer. Algunos, los que no la conocen bien se dejan, pero los que la han sufrido muchas veces se hacen los impresionados pero luego lo borran todo.

—¿Eso te ha dicho tu abuela? —le preguntó el abuelo Juan, el marido de María Aurelia que es quien mejor la conoce.

—Sí, eso me ha pedido, que no mienta si quiero que la gente me quiera, me respete y me siga.

—Es gracioso —comentó su abuelo— si tú supieras todas las cosas que ha contado en su vida. Y ahora a su nieto le aconseja que no sea lo que ella ha sido. Bueno... y sigue siendo, no

hay quien la frene.

—No hagas caso a los abuelos —le dice su madre Amparo mientras van los dos solos en el coche—. Toda la vida han estado peleando. Yo he escuchado siempre cinco versiones distintas de lo mismo, así que he aprendido a hacerme una media, o a no creerme nada. La abuela exagera más que habla y el abuelo, aunque se cree más modosito porque habla poco, también tiene su versión. Imagina lo que es criarse con dos versiones distintas todo el rato y que además cambian.

—¿Y a quién he de creer? —pregunta el pequeño Víctor con voz de frustración y profunda confusión.

—En la vida social hijo mío —le dice su madre—estás solo. Quiero decir que tienes que ir aprendiendo a limpiar lo que oyes y a refinarlo, a no atender a los miedos pero sí a los buenos consejos. No exageres tú cuando cuentes historias, ni te quedes corto, no insultes porque si haces enemigos ellos pisaran tus huellas.

—Es muy difícil mamá, creo que es mejor no hablar nunca...

—Hijo mío —le dice su padre Roberto una vez que llega a casa—la vida social es política y por eso es divertido. Te tiene que gustar porque es un juego de victorias y derrotas, de beneficios y pérdidas. No seas cobarde y te aísles, sal ahí fuera porque todos los seres humanos maduramos en sociedad. No hay otra forma de vida para nosotros que la vida social. Aprende a pelear, a saber perder y saber ganar, a no querer ganar y a no dejarte perder.

—La gente es mala —concluye el niño.

—¿Sabes lo que me decía mi padre? —le dice Roberto, sabiendo que el abuelo paterno, el que murió en la guerra y que todos le han dicho que son iguales, es un referente importante para su hijo—. Mi padre me solía decir que la única forma de estar seguros de que no cometemos errores en nuestra vida social es cuando lo que hacemos o decimos es para el bien del grupo al

que pertenecemos.

—No lo entiendo —dijo el niño con los ojos bien abiertos sabiendo que esa era la impresión errante de su abuelo paterno, la voz viva que había dejado para él.

—Lo que quería decir el abuelo es que en un grupo sano no debe haber líderes. Solo ha de dar un paso al frente aquel que tiene algo que aportar al grupo, a la situación del grupo. Y ese que da un paso al frente es el líder momentáneo. Y si cambia la situación, si la conversación gira, entonces otro toma la palabra. El que más sabe de algo, es el que tiene que ser el líder en el momento. Y luego saber ceder. Tu abuelo te invita a estar siempre atento a las necesidades de los demás, del grupo y que en función de eso, seas un buen líder si es necesario y un buen soldado si la causa lo requiere. El que quiere ser siempre líder comete errores y peca de ególatra (y le borran constantemente sus impresiones), y el que no sabe ser líder, cuando le toca, peca de egoísta (y sus impresiones no llegan ni ayudan).

—Creo que lo entiendo —dijo el niño con los ojos bien abiertos, absorbiendo todo lo que le cuenta de su abuelo paterno: el enfermero que murió en la guerra mientras conducía una ambulancia.

—¿Qué has entendido? —quiso asegurarse su padre.

—Lo he entendido porque es lo que hacemos todo el rato en mi colegio. El abuelo era muy listo. Nuestros profesores nos enseñan a ser responsables con el grupo y no hay líderes absolutos. Ellos los llaman líderes de tarea. Y nos van designando. A veces, como decía el abuelo hay que ser soldado y otras gran general.

—La verdad es que en ese colegio os enseñan todo muy bien.

Víctor resolvió todo aquello de manera relativamente rápida. Después de escuchar muy distintas opiniones e intentar integrarlas todas, resolvió hacer caso a su abuelo paterno. Al menos

él no tenía nada que perder porque ya no estaba vivo y sus impresiones errantes eran por eso de fiar. Habían cruzado muchos terrenos, muchos hígados, muchos sueños hasta sobrevivir y llegar a su nieto. Esas impresiones errantes sí le parecieron fuertes, más que las que pudiera soltar cualquier otro. Su padre había encontrado la forma de impactarle y que retenga. Hay muchas formas de hacerlo y conocer bien a la persona ayuda mucho. Mejor así, nos aseguramos que los que más nos quieren son los que más nos influncian. Es una forma de estar a salvo.

Ahora el pequeño Víctor volvía a tener ilusión por la vida social. Estaba convencido que sabría juzgar las impresiones errantes que los demás intentaban implementarle, sabría si tendría que borrarlas o que guardarlas para aprender y ayudar a los demás. Creía estar seguro de lo que tenía que contar y lo que tenía que callar. De las impresiones que debían luchar para implantar en otros y de las impresiones que debía defender para que le implantaran a él. Todo debía ser en función del bien del grupo. No quería ser egoísta o egocéntrico, quería ser como su abuelo paterno, un buen soldado y un gran general cuando la situación lo requiere.

Esperemos ahora a que llegue la noche y el pequeño Víctor se duerma. Es durante la noche cuando podemos ver más movimiento en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verde. Allí intentan entrar las distintas impresiones del día y se enfrentan a las que ya existen, a las más acomodadas y las más nuevas. Al entrar y ver a todas esas impresiones errantes dialogando es como observar gotas de lluvia en un estanque de tres dimensiones, haciendo mover ondas como globos, círculos que se enredan los unos con los otros para terminar formando el movimiento del agua. Es muy hermoso y elegante ver las ondas dialogando en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Si pudiéramos ahora acercarnos y acelerar mucho nuestro ritmo, tal vez escucharíamos a las impresiones errantes hablando entre sí:

—¿Tú de dónde vienes?

—Yo llevo más de tres semanas herrando de un lugar a otro. Y aún estoy viva y cobrando fuerza cada día.

—¿Y qué traes? —le preguntan un grupo formado por otras impresiones errantes.

—Que hay que tener mucho cuidado con las serpientes. He oído que le mordió a un niño y casi lo mata.

—Disculpa —exclamó el grupo—, ya sé que vienes con fuerza y determinación. Sin embargo aquí más de una impresión sabe que en esta zona no hay serpientes. Eres una mentira o una exageración. Nos vemos obligados a desintegrarte.

—Pero puede ser peligroso. ¡Y si al final es verdad! Conviene que al menos mientras dure este rumor en el barrio, me permitáis estar aquí y cambiar la conducta. Me gustaría que lo siguieran contando y seguir herrando.

—Lo siento, aquí no puedes quedarte porque tenemos otras impresiones más fiables y antiguas en contra tuya.

En el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes interesa todo lo que pueda causar un potencial peligro a la persona o pueda servir para avisar a otro de algún peligro. También si algo se considera útil para utilizarlo en sociedad y ganar algunas batallas. Pero esto de la serpiente, aunque era totalmente absurdo, aun así no lo cancelaron del todo. Lo importante a veces no es la verdad o la mentira, sino la fuerza que tenga en ese momento en el grupo. Si todos lo creen, si todos lo siguen, si todos lo defienden, es suficiente para que un Gran General le conceda importancia.

—¿Tú de dónde vienes?

—Yo llevé más de mil años herrando. He recorrido millones de hígados y sigo vivo y vigente en la mayoría de ellos.

—¿Y qué traes? —dijeron los demás grupos de impresiones algo intimidados por las cifras.

—“Cuando estés enfadado no hables y cuando estés contento no prometas”.

—Sin duda es una gran frase, importante —le dijeron—

pero en este momento no estamos preparados para asimilarla. Es un hígado joven con muy pocas impresiones y debemos creer juntos.

En el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes las impresiones se sostienen por unanimidad. En la rueda de intercambios constantes donde unas van perdiendo fuerza y otras ganándola. Es en sí mismo un lugar competitivo donde las modas dictan la victoria. Pero también la supervivencia, lo que puede ayudar y lo que puede ser contado para ayudar a otros. El caso que ahora exponen no encaja con el engranaje actual, tendrá que esperar algunos años.

—Yo soy un trauma —dice uno de los recién llegados.

—Aquí traumas somos todos —le responde la voz del grupo—. Todos somos traumas y tóxicos, es precisamente lo que interesa, algo que cause un miedo, un peligro, una advertencia, una vigilancia... Todo lo que sirva para corregir la conducta, para cambiar el comportamiento en relación a una situación, a un momento, a una persona o cosa. Todos somos traumas pero nos mezclamos para aprender. ¿Y qué traes?

—Hoy el pequeño Víctor se ha vuelto a cortar con una lata en el parque.

—Pero eso ya le aconteció anteriormente —le responden las impresiones del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes.

—No lo sabía —dice el nuevo aspirante.

—Nos viene bien, pasa, cada confirmación de otro trauma es un refuerzo. Ve por allí que encontrarás al anterior, te sumas y a ver si vamos aprendiendo y no vuelve a pasar. ¿Lo ha contado?

—Se lo ha contado solo a su madre. Así que ya llevo he-
rrando unas horas. Y por lo que puedo saber Amparo se lo ha
contado a su marido. Ahora soy una impresión dividida en tres.

—Ellos ayudarán a recordárselo y a aumentar nuestro trauma. Eres bienvenido, encuentra un hueco y no dejes de participar con todos.

—Gracias —dijo la nueva impresión y se fue moviendo

para encontrar su posición dentro del grupo donde poder ayudar mejor.

En el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes las impresiones se va sumando y amplificando, cuando pasan dos traumas similares se refuerzan. La fuerza de un trauma depende de su momento y se convierte en soldado y en gran general dependiendo si le toca hablar o callar. Todo está orquestado por la situación. Si mañana Víctor ve una lata, le haremos sentir incómodo y se acordará del dolor. Así le mantendremos alerta a este respecto.

En nuestro viaje por el hígado, mientras duerme el pequeño Víctor y cuyo paisaje es como gotas de lluvia en un estanque de tres dimensiones, vemos algo extraño a lo lejos. Todo son ondas interactuando, saltando de manera perfecta, elegante y con mucha belleza. Es como un gran instrumento cuya orquesta es tan compleja como su música maravillosa e imposible. Pero vemos algo extraño porque hay una sección que se encuentra vallada. No participa con el resto. Ni siquiera podemos ver más allá. Intentemos ahora acelerar lo suficiente para preguntar a alguna de las impresiones errantes.

—Disculpa, me gustaría hacer una pregunta si no es mucha molestia.

—Conmigo no pierdas el tiempo con modales. A mí me hablas directo que no te oigo. ¿Cuál es tu pregunta? ¡Rápido! —solicitó con su habitual carisma la impresión errante multicolor con tintes verdes.

—¿Qué es eso que hay allí que no participa? Está como aislado, no sé ve ni se sabe qué es.

—Se trata de un trauma —dijo la impresión errante y su voz se alzó con fuerza, grave y profunda.

—Yo creía que aquí todos erais traumas (tóxicos).

—Y así es. ¡Todos! ¡Aquí todos! ¿Está claro? Pero eso sí..., todos somos traumas útiles, positivos, que aprendemos entre nosotros y dialogamos constantemente. Lo que ves allí se

trata de un trauma enjaulado.

—¿Enjaulado? ¿Un trauma enjaulado?

—Sí, no participa, no aprende. Repito: no participa, no aprende. Aunque pase el tiempo no le afecta, siempre tiene el mismo pensamiento, la misma emoción, no avanza ni retrocede. Está enjaulado, estancado en el tiempo y ninguno sabemos que trae.

—¿Es peligroso?

—Sí mucho —responde la impresión errante—. Mucho. Verás, y solo te lo voy a decir una vez. Atento: es peligroso porque produce en el exterior muros invisibles que limitan el caminar. Mientras más traumas enjaulados haya, más pasillos tiene el comportamiento y se puede llegar a vivir con movimientos laberínticos.

—No entiendo eso de muros invisibles.

—Allí donde hay un trauma enjaulado —dijo con una expresión impactante la impresión errante— siempre la mirada lo evitan. Repito: lo evita. Allí donde hay un trauma enjaulado, siempre las palabras lo evitan. Allí donde hay un trauma enjaulado, siempre el futuro lo evita. Allí donde hay un trauma enjaulado, siempre el caminar lo evita. Por eso decimos que hay muros invisibles, que aunque no se ve, no se pueden tocar y cuesta reconocer o hablar de ellos, están ahí coartando la mirada, el pensamiento, la conversación, las decisiones, los sueños de futuro, las ilusiones, los sentimientos, etc.

—Ya veo, sí son peligrosos. ¿Y por qué no se abren y participan con el resto de los traumas?

—Eso no lo sé, el miedo profundo no los deja. Son traumas que en su día no quisieron hablar, ni ser vistos. Su error fue esconderse y no querer compartir. Ahora están enjaulados.

—¿Se pueden liberar?

—Sí, claro —afirmó la impresión errante riéndose—, y cuando lo hacen resulta hermoso y la información que trae nos ayuda a todos. A veces es tan fuerte que todo lo cambia y a veces

es tan absurdo que no cambia nada. Pero es importante que se abra y comience a participar con el resto. Que jamás se te olvide esto, no quiero volver a repetírtelo. Ahora si me disculpas voy a seguir con las conversaciones que están debatiendo un tema que me interesa. Ya puedes marcharte...

En el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes las impresiones se van sumando y amplificando, no les gusta que se aislen y no participen. Ese trauma enjaulado que habita en el hígado del pequeño Víctor no es tan grave en realidad. Le viene de las arañas. Cuando tenía cuatro años le picó una araña y cometió el error de no decírselo a nadie. Se le cortó la respiración, se quedó callado y bloqueado. Desde entonces, y aunque nunca se lo ha dicho a nadie, las evita. Ciertamente tiene muros invisibles a este respecto. Por eso hace unos días se puso malo para no ir al zoo. En el colegio todos querían ir y fueron, pero Víctor por “coincidencia” justo se puso malo. Además cuando alguna araña llega al Laboratorio de Animales, siempre se las arregla para no pasarse por allí. Nadie lo sabe, no quiere compartirlo, pero ya están empezando a sospechar algo. Tal vez le ayude el veterinario del colegio si se da cuenta.

De momento, el pequeño Víctor se despierta. Gracias a las conversaciones de sus impresiones errantes allá en el interior del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes ha aprendido mucho. Es durante el sueño cuando el aprendizaje se reestructura. Se siente fuerte esta mañana. Tiene una organización interna más equilibrada. Lo que vivió ayer, hoy está más integrado.

—Buenos días hijo —le dice su madre.

—Buenos días —responde.

—¿Has tenido dulces sueños hijos?

—No me acuerdo. Algo de unos muros invisibles y gente hablando en un lago o algo así...

HÍGADO

***La casa femenina del
Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes***

Aquella mañana el pequeño Víctor creía tener muy claro cómo comportarse en sociedad, aquello que le contó su padre de su abuelo paterno le llenó de confianza. Había dormido profundamente y el día era hermoso. Y su estrategia le fue bien. Si recordamos, se prometió a sí mismo dar un paso al frente cuando creyera que el grupo le necesitaba, y permanecer callado y cooperativo con el grupo cuando no supiera de algo. Solo líder de tarea. Siempre atento a las necesidades de los demás, del grupo. Y aquello le fue bien durante unas semanas, o eso creía él porque llegó a sus oídos que otros dos niños, a los que él conocía muy bien y creía que le admiraban, en realidad le estaban criticando. De nuevo fue, no en el colegio sino en el parque de al lado de su casa, donde solía ir a hacer deporte y jugar con los niños del barrio.

—Dicen que eres un presumido y un creído —le explicaban—que te crees que lo sabes todo.

—¿Y qué más dicen? —preguntaba Víctor con la vez apagada y de nuevo algo frustrado.

—Dicen que tu abuelo no era médico sino enfermero. Y

que murió porque no sabía conducir...

Aquello sí que enfadó al pequeño Víctor quien perdió repentinamente todos los papeles. De su boca salieron insultos muy agresivos y corrió como loco a casa donde cayó en su cama llorando desconsoladamente. Nadie le vio llorar. En seguida, cuando ya quedaban pocas lágrimas en sus ojos sus pensamientos se convirtieron en una máquina de planificar. Quería encontrar la estragaria política que destruyera las impresiones que habían dejado de él y de su abuelo. Y al mismo tiempo pensaba en la forma de hacerles daño a sus enemigos hasta el punto de librarse de ese peligro para siempre.

—¡Qué se ha creído Antonio (el nombre del niño que le critica a sus espaldas) porque su padre tengo un buen coche! Mi abuelo sería pobre pero fue muy valiente, y muy listo. Y si no llegó a ser médico es porque no pudo. Ojalá se le quemara el coche al padre de Antonio. Es un idiota y se lo merece.

Por su pensamiento se cruzaban imágenes de él mismo quemando el coche, y dándole una paliza a su amigo Andrés y al otro que se llama José. No puede dejar de visualizar escenas agresivas contra ellos. Eso le consuela. Y así estuvo, con ideas algo exageradas e irreales durante más de tres horas. Luego poco a poco fue pensando en algo más concreto y práctico.

—Tengo que demostrar a todos que no voy de listo. Seré más callado y les daré la razón a los demás. Cuando sepa algo, aun así he de callarme. No me sirve ahora lo que me dijo el abuelo. Estos idiotas no lo entienden así que aunque pueda ayudar al grupo voy a callarme.

—Papá, ¿el abuelo dónde estudió? —pregunta ahora Víctor para tener más datos y elaborar mejor su estrategia.

—¿El abuelo Andrés? ¿Qué donde estudió? ¿Para qué lo quieres saber ahora?

—Solo quiero saber y ya está.

—Bueno, no te pongas así... El abuelo estudio enfermería en el ejército.

—¿Pero antes qué hizo? Antes de la guerra sería algo...

—Antes de la guerra creo que era zapatero. Pero pregúntale a la abuela, ella se acuerda mejor. Su padre sí era médico.

—¿El padre del abuelo era médico? —aquel dato le pareció agua bendita caída del cielo. Con eso sí tendría argumentos para defenderse y darles una lección a esos idiotas del parque. Pero debería encontrar la forma, el momento adecuado donde aquella información corrigiera las anteriores impresiones. Tenía que ser frío y pensarlo bien. De momento por su cabeza saltan imágenes triunfales que no logra detener.

—Sí, era médico —le dice su padre—, pero no pudo dar la educación que quería a sus hijos porque en aquella época no era fácil acceder a la universidad. Pero no estoy muy seguro, la abuela tendrá más datos...

—El padre de tu abuelo —le explicaba ahora Soledad— sí era médico y creo que fue importante en su época. Atendió a muchas personalidades.

—¿Y por qué el abuelo Andrés no pudo ser médico?

—Se enfadaron.

—¿Se enfadaron?

—Tu abuelo de joven tenía mucho carácter y se enfadó con su padre y se fue de casa. Encontró trabajo de zapatero y allí estuvo hasta que comenzó la guerra. Al ser el hijo de un médico famoso le pusieron en la enfermería. Allí lo aprendió todo. Al parecer le encantaba. Me enviaba cartas románticas contándome lo feliz que era aprendiendo todo eso. Pero me decía que no le dijera nada a nadie. Era muy orgulloso y no quería que su padre se enterara que estaba aprendiendo cosas de medicina. Pero le encantaba y murió orgulloso ayudando a enfermos.

Aquella información consolaba mucho al pequeño Víctor que cada vez encontraba más herramientas para su defensa, una vez fuera al parque. Antes al pensarlo le daba pánico presentarse otra vez en el parque de su barrio, de hecho lleva tres días sin querer bajar. Pero cada vez va tomando más confianza y fuerza.

Ahora tiene argumentos para defenderse.

—Me gustaría saber quién era el abuelo de Antonio —pensaba mientras planeaba su regreso al parque—. Y del otro, del payaso de su amigo. Seguro que no eran nadie. A ver ahora como logro mover la conversación para introducir el tema de mi bisabuelo médico y famoso. Tengo que intentar no ir de listo, no presumir o sino continuarán diciendo que soy un presumido.

Como sabemos, todos tenemos cinco grandes palacios en el interior y cada uno con su casa femenina y masculina. Tanto el gobernante femenino como el masculino tienen su propio séquito de gráciles deidades, nobles espíritus, alegres ánimas o en esta casa, impresiones errantes. Cuando en ocasiones hay desequilibrios se presenta la enfermedad. En un comienzo es solo un desajuste entre las distintas energías (deidades, espíritus, ánimas, impresiones, etc.). Pero si el problema no se soluciona aparecen las emociones. Un desequilibrio de las emociones puede ser una enfermedad, y esto es un aviso para que cambiemos algo y puede venir de cualquier palacio o de la unión de varios. Pero también las emociones fuertes pueden ser una solución y no una enfermedad. Si son emociones emitidas por la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, entonces se trata de una estrategia. Y como toda estrategia pretende conseguir algo. Al Gran General, como buen luchador de mil batallas no le importan los medios si el fin es bueno. Por eso las emociones pueden ser dramáticas, incluso llegar al llanto, a la mímica, a cualquier aspaviento si con eso se logra el objetivo. Entonces una vez logrado, todas esas emociones que parecían locas se van. Sencillamente era una estrategia de guerra del Gran General que ni el mismo portador sabe hasta que todo se resuelve. Y aquí en la casa femenina, las estrategias emocionales pueden ser tan complejas y elaboradas que alcanzan a involucrar a muchos y durante mucho tiempo. Es impresionante hasta donde pueden llegar las impresiones errantes.

—Mira qué herida me he hecho en la mano —le dice Víctor a la hermana de Antonio. Se han hecho un poco amigos en los últimos tres días.

—¿Te duele?

—No mucho, mi abuelo no era médico, era enfermero de guerra, pero su padre fue un médico famoso. No me duele porque en casa ya sabemos de esto.

El pequeño Víctor está intentando soltar la información que cree necesitar para recuperar su respeto en el grupo de manera indirecta. Ha decidido, sin ser muy consciente de ellos, que es mejor contárselo a la hermana mayor de Antonio. De esa forma las impresiones errantes irán poco a poco creciendo. Hace lo posible para que esa niña le admire en espera de que esa admiración se traduzca en críticas positivas que corrijen el problema.

—Te he traído un gato de mi colegio. Está algo enfermo pero nosotros le cuidamos. Yo soy el responsable de sanarlo.

—Es muy bonito —dice Eva, pues así se llama la hermana de Antonio.

Los niños a esta edad no tienen aún ninguna intención de género pero el pequeño Víctor siente que la niña no es una rival. Su amabilidad le relaja y se ha dado cuenta de que por mucho que presuma o diga tonterías algo vanidosas, la niña le admira. Es perfecto para completar su plan y recuperar el respeto en el barrio. Está entrenando con ella.

—Va a pensar que soy de nuevo un presumido —se dice así mismo en la cama antes de dormir.

Pero la verdad es que la niña siempre reacciona bien, cada día mejor y de repente Víctor se ha dado cuenta que no solo le sirve para su estrategia inicial. Ahora los otros niños le miran con cierta envidia, se dirigen a él como un conquistador. Semejante posición le permite cierta humildad.

—Solo somos amigos... —les explica.

La niña es Eva, la hermana de Antonio, y a él no le sienta bien. Es como si la estuviera conquistando. Eso le quita en el

grupo cierto respeto. Esto sí que no entraba en el plan político del pequeño Víctor pero sin embargo es un aliado muy interesante. Ahora quiere más de ella y se le ocurre incluso que debería darla un beso. Para él eso no tiene importancia, es cosa de chicas, incluso le da algo de repelús, pero sabe que para la niña puede ser importante. Entonces logrará una victoria más definitiva, una humillación mayor para Antonio. Se imagina que la niña en casa, durante la cena por ejemplo diría algo así como:

—El bisabuelo de Víctor era un médico de prestigio. Muy famoso en su día. Y el propio Víctor sabe mucho de eso. Yo si tuviera que operarme me pondría en sus manos.

Entonces se imagina la cara de perdedor de Antonio, mirando a su hermano muerto de celos.

—Yo también le admiro mucho —dice Antonio en la imaginación de Víctor—, pero no se lo digo a nadie. Él es mi héroe y siempre lo será.

Víctor antes de dormir disfruta saboreando las posibles consecuencias, tal vez demasiado optimista, de las impresiones que está lanzando. Muchas de ellas en la hermana de Antonio, pero también ha logrado otras estrategias con otros niños. Está orgulloso porque cree que ya nadie le llamará listillo. Aunque él se lo sigue creyendo, el colegio al que va le da una madurez en algunas cosas que sin duda supera a muchos niños del barrio. Pero tiene que controlarse si quiere encajar.

—Qué pena que el otro, el amiguito de Antonio no tenga hermanas—piensa antes de dormirse y contento con cómo van las cosas en el barrio. Lo cierto es que hace ya más de tres meses que escuchó aquellas críticas contra su persona y contra su abuelo paterno. Han pasado tres meses de complicadas estrategias políticas que le están volviendo a posicionar en un lugar de respeto.

Y ahora que el pequeño Víctor se ha dormido intentaremos entrar por la impresionante puerta de la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, allí veríamos que en lo más

alto se puede leer una inscripción que dice: “El Gran General en estrategia”.

Para que las impresiones errantes de la puerta nos dejaran entrar necesitaríamos traer un tema de interés para el Gran General en estrategia. Por ejemplo deberíamos caminar con seguridad y aplomo. Luego en una mano podríamos llevar un tablero de ajedrez indicando que somos conscientes de las competencias y juegos complicados hasta llegar al fin. Y en la otra mano podríamos sujetar con firmeza un almanaque de hojas en blanco repletas de los sueños de otros. Con esto indicaríamos que somos conscientes que el Gran General es en realidad un sirviente del grupo. Se presta a los demás. Es solamente un sirviente que toma la responsabilidad de coordinar en un momento dado. Pero coordina, no sus intereses sino los del grupo. Es el líder llamado por el grupo para que se entregue a sus sueños. Sus emociones son para comandar el resto, para guiarlos con carisma y fuerza. Todos siguen al líder que saben que vela hasta la muerte por sus sueños.

—Un momento —nos detiene una de las impresiones errantes de la puerta con un soberbio e imponente gesto.

—¿Hay algo que está mal?

—No es que esté mal algo, pero..., mira. Atento: aquí preferimos otra cosa que no sea el ajedrez. Trae muchos problemas el enfrentamiento directo. La mayor parte de las contiendas no son de un objetivo en la última frontera del enemigo. No se trata de matar a todos y ganar. Ni tampoco de clasismos o jerarquías de fichas.

—Nunca lo había pensado de esa forma.

—El ajedrez —insiste la impresión errante de la puerta— incita a la agresión, al odio contra el rival, a las clases y las castas, a los movimientos individuales y restricciones. Y es cierto que hay parte de eso en nuestras estrategias, si hay que ser agresivos no hay problemas pero para una visión más amplia e inteligente preferimos otros juegos.

—Bueno, perdón y puedo preguntar qué podría llevar en mis manos para que os agradara.

—Nada de disculpas Mira: prueba a alzar en una de tus manos el juego chino de Go (Weiqi), es a lo que jugamos casi todos aquí. Aunque como digo y quiero que se escuche con claridad, también sabemos de ajedrez y también lo usamos cuando es necesario ser directos y agresivos. Inténtalo y tal vez así seas mejor recibido en esta casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes.

—Disculpa, impresión errante pero no conozco ese juego.

—¡Te he dicho que sin disculparse! ¡Más respeto por ti mismo que tanta disculpa te da una imagen débil y torpe! Atención: en el juego del Go las fichas no tienen movimiento. No se desplazan y son todas iguales. No hay estratos sociales distintos, es un grupo de virtudes similares donde cada uno dicta su función sobre la base de su posición concreta dentro del orden grupal. Allí donde te asignen defiendes al grupo. El objetivo del juego no es matar al enemigo sino ganar la guerra, para lo cual has de tomar el mayor territorio posible. Es decir es una victoria económica y no bélica. El adversario no muere sino que se rinde para no seguir gastando más vidas ni más dinero. Entonces la función o destino de las nuevas fichas que se van introduciendo es la de defender las previas posiciones de sus compañeras. Así trabajamos en el hígado como un grupo cuyos miembros trabajan para compensar o reforzar las posiciones donde hay derrotas o donde hay que asegurar victorias. Solo tienes que fijarte en lo que necesita el grupo y esa será tu posición/destino. Desde allí has de mantener y ayudar a los tuyos, y así te ayudas a ti mismo protegido igualmente por el total. El Go además nos enseña que no tiene sentido lanzar ofensivas individuales contra individuos, sino que se respeta a las personas y se ataca a sus empresas o grupos (impresiones). Algo más abstracto y pacífico en cierto sentido. Más complejo pero sin duda más análogo a la propia naturaleza. Se respeta al oponente y el terreno, no hay daños

colaterales ni se incita al odio del enemigo, sino al respeto como ser inteligente que igualmente lucha por sobrevivir.

—Creo que lo he entendido. Voy a intentarlo de nuevo.

—Rectificar los planes es parte de nuestra existencia, no tengas miedo y muestra respeto por ti mismo.

Para que las impresiones errantes de la puerta nos dejaran entrar necesitaríamos traer un tema de interés para el Gran General en estrategia. Por ejemplo deberíamos intentar con seguridad y aplomo. Luego en una mano podríamos llevar un tablero del juego chino de Go indicando que nuestras estrategias no son individuales sino por el bien del colectivo. Además dejamos claro que estamos dispuestos a defender una posición que favorezca la fuerza del conjunto. Y en la otra mano podríamos sujetar con firmeza un almanaque de hojas en blanco repletas de los sueños de otros.

—Un momento —nos detiene una de las impresiones errantes de la puerta.

—¿Hay algo que está mal?

—No es que esté mal algo, pero si traes en juego el Go y el almanaque de hojas en blanco repleto de los sueños de otro en realidad estás trayendo dos herramientas muy similares.

—Es cierto. Ahora no encaja esta estrategia. ¿Qué puedo sujetar en la otra mano?

—¡Piensa! No eres tonto y piensa. Sencillamente sujeta con firmeza los sueños de otros para indicar que el Gran General es en realidad un sirviente del grupo. Se presta a los demás. Es solamente un sirviente que toma la responsabilidad de coordinar en un momento dado. Pero coordina, no sus intereses sino los del grupo. Es el líder llamado por el grupo para que se entregue a sus sueños. Sus emociones son para comandar el resto, para guiarlos con carisma y fuerza. Todos siguen al líder que saben que vela hasta la muerte por sus sueños.

Al cruzar la enorme puerta, con las dos manos en alto, veríamos no un palacio lujoso y elegante sino más bien un campamento muy activo y casi violento. Da la impresión que hay una guerra porque todas las impresiones errantes que allí viven se están chillando, se agreden y se destruyen, algunas alardean y otras se rinden, es un espectáculo fuerte..., y, se diría que incluso..., sangriento. Aquí se mezclan impresiones de todos los tiempos, las hay tan antiguas como el mundo y tan jóvenes como hoy mismo. Aquí, el tiempo no es el tiempo y todo está peleando en un presente constante. Hay que ser muy buen estratega para organizar todo esto. Lo cierto es que ante tal grandeza y mezcolanza tan imposible para nosotros de entender solo queda rendirse ante una admiración profunda. Si lográramos la velocidad suficiente para preguntar a alguna de las impresiones errantes que aquí se pelean tal vez nos respondería algo así como:

—¿El tiempo? Aquí no hay tiempo para andar con prejuicios, los elementos que son útiles se usan y los que no se desechan.

—Y con tanto caos, disculpa que lo vea así pero es alucinante la cantidad de impresiones que hay aquí. Con tanto caos ¿cómo es posible un orden?

—¡Estúpido! ¡No hay caos en ninguna parte! —aclarla la impresión errante y su voz llena todo el espacio.

—Perdón, yo...

—Nada de disculpas. Escucha: es una visión ignorante que se aprecia desde fuera. Si estuvieras dentro sabrías exactamente cuál es tu función. En realidad todo se divide por secciones. Atento: allí, esos que ves allí son los debates actuales. Los que nos pueden ser útiles para mañana. Y allí llega cualquiera de cualquier otro sector. Siempre mando la utilidad y las demandas de las circunstancias ahí fuera. Debemos ser muy rápidos y atentos. Una impresión aparentemente olvidada puede ser llamada a presencia repentinamente. Pero aquí nadie descansa, todo es útil. ¿Ves ese sector de ahí?

—Si, allí se mueven mucho más despacio...

—Efectivamente. ¿Ves como no es tan difícil? Ese sector es para impresiones errantes que no son urgentes pero que conviene reajustarlas. Allí se pasan los asuntos antiguos, las impresiones que interesan pulir despacio y con cuidado.

—¿Y esas otras que se mueven tanto? Esas parecen mucho más errantes que el resto

—¡Idiota! ¡Es evidente! Son impresiones que se mueven rápido porque son muy demandadas para ayudar a reajustar otras. Son por así decirlo, los pilares con las que edificamos la mayoría de las estrategias...

—Buenos días hijo —le dice su madre.

—Buenos días —responde.

—¿Has tenido dulces sueños hijos?

—No me acuerdo. Algo de un juego y un sirviente o algo así. Y alguien que quería impresionarme con fuerza para que aprendiera, no recuerdo ahora que...

HÍGADO

***La casa masculina del
Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes***

Intentemos ahora entrar por la impresionante puerta de la casa masculina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Allí veríamos que en lo más alto se puede leer una inscripción que dice: “El Gran General espada en mano”. Si la casa femenina se encarga de trazar las estrategias de acción, aquí en la casa masculina es donde se lleva a cabo la acción. Se trata del ejercicio de la lucha en sí misma, para el cual conviene tener una buena estrategia pero que no siempre se cumple lo esperado y hay que saber improvisar.

Al día siguiente en el parque las cosas no fueron como él había imaginado. Se le acercaron Antonio y su hermana, y fue ella quien dijo:

—Quiero que me dejes en paz.

—Eso —confirmó el propio Antonio— deja en paz a mi hermana que no te quiere ver más.

En aquel momento y dado que el pequeño Víctor había estado diseñando un plan donde entraba la ayuda de la niña, de repente se quedó sin saber qué decir, qué sentir ni que hacer.

—Claro —es todo lo que logró verbalizar y además titu-

beando. Sin embargo mientras Antonio le miraba amenazante su hermana lanzó un gesto cómplice con su mirada. Aquel gesto reactivaba de nuevo parte de su plan y por eso salto con buenos reflejos para decir:

—Me parece que eso es algo que no se puede imponer. Y tú y yo nos conocemos Antonio y eres muy dado a imponer cosas. ¿De quién es esta idea, tuya o suya?

—La idea es de quien sea la idea, a ti no te importa...

—A mí puede que no me importe, pero deberías pensar en tu hermana —las manos comenzaron a sudarle, pero su voz salía firme y segura. En realidad el primer impresionado con lo que estaba diciendo, y la forma tan adulta y tan bien dicha era el mismo y oírse le ponía nervioso.

—¿Tú qué quieres? —le preguntó Antonio a su hermana—. ¡Vamos, habla! ¿qué quieres? ¿O no sabes ahora hablar?

—Así no hay nadie que pueda hablar con libertad —dijo Víctor—. No sé si te das cuenta pero la estás presionando. Creo que tú tampoco hablarías si te presionaran tanto. ¿No ves que tiene otra opinión a la tuya y le da miedo decirlo?

—Ya está el listillo con sus ideas...

—Puede que sea más listo pero eso es tu problema y no el mío. Si solo quieres oír tonterías, vete con tus amigos. A mí me interesa lo interesante, como a mi abuelo... —aquello último le salió como el resto de las palabras por reflejo organizado. Pero en realidad no pegaba mucho en todo el discurso y le quitaba algo de fuerza. Aun así supo reaccionar y continuó:

—No tengo nada en contra tuya, pero parece que tú si lo tienes y es cada vez más evidente. ¿Recuerdas la pelea que tuve? —en ese momento Antonio disimula una emoción de miedo y Víctor la percibe. Su miedo le da confianza. No tenía pensado amenazarlo pero ahora que lo ha sentido, lo va a utilizar. Se siente con los reflejos de un Gran General de espada en mano y dice:

—A mí no me gusta pelearme con nadie pero tampoco le tengo miedo a nadie. Y si hay por lo que pelearse, me peleo. Seré

un listillo, si eso te gusta solo porque voy a un colegio donde hacen bien las cosas, pero te aseguro que me preocupo por todos. Y yo diría que aquí en el parque tú y tu amiguito sois un estorbo. Siempre criticando todo y a las espaldas. En realidad sobráis y como digo, a mí una pelea, no me da miedo. Si no sabes discutir con la palabra porque te sientes más torpe que yo, lo arreglamos con los puños.

Según hablaba podía percibir como Antonio sentía un bloqueo en su mente y una rigidez en sus músculos. Por eso según avanzaba su discurso él se iba soltando. Toda una adaptación rápida y espontánea que incluso se veía él mismo como espectador de la escena. No se lo podía creer pero tenía que aguantar el tipo. Pero le pilló de sorpresa y nadie hubiera imaginado que dada la tensión entre ambos, hecho que se apreciaba desde lejos por las posturas corporales y las formas de hablar, la soltura de Víctor y la rigidez de Antonio, se acercara el amigo íntimo de Antonio. No solo era más grande y fuerte sino que además ahora eran dos. Víctor tuvo que volver a improvisar, eso no entraba en las estrategias que llevaba semanas organizando. Creyó importante no dejarse impresionar por el hecho de ser ahora dos y continuó con sus palabras. Pero se puso nervioso al oír que su voz ahora salía algo temblorosa. Lo que más le ponía nervioso es que los demás se dieran cuenta porque él, nervioso ya estaba antes, no obstante lograba aparentar seguridad. Ahora no era así y su voz temblaba. No le impresionó tanto la presencia del amigo de Antonio sino la forma en la que se acercó. Llegó casi corriendo y se detuvo de golpe ante ellos. Podía haberle soltado un puñetazo y esa posibilidad que no ocurrió, le dejó nervioso sin poder ocultarlo. Además la niña se asustó y se marchó. Antonio y su amigo al sentir su voz vacilante y al verse arropados el uno por el otro, se fueron rápidamente creciendo.

—Dice que no le importa pelearse —le explica Antonio a su amigo con un claro gesto de invitación a la violencia.

—No he dicho que esa sea la solución —corrige Víctor

con voz aun más temblorosa e intentado que sus palabras sean valientes—. Solo he dicho que si os molesta que mi colegio sea alternativo, no tengo miedo...

No terminó la frase, ahora estaba su Gran General interno esperando la pelea y pensando cómo salir físicamente de esa situación. Su cuerpo ahora tenía una posición de huida y él intentaba mantenerla para no aparentar miedo y que los otros crecieran aún más. Pero no podía y se observó con una pierna claramente retrasada y la otra dispuesta a correr. En ese momento miró de reojo y vio que algunos adultos les estaban observando. Volvió a mirar tres veces para que Antonio y su amigo también se dieran cuenta. Fue una buena reacción porque observó como cambiaron su postura agresiva y él mismo recuperó el pie atrasado. Algo tenía que intentar para no salir de allí como un perdedor y que esto le causara problemas de prestigio en el barrio. Ya era conocedor de las consecuencias que pueden dejar una pelea y lo complicado que resulta a veces levantar impresiones. Por eso fue él quien empujó a Antonio con fuerza y lo tiró al suelo. En realidad esperaba que los adultos llegaran a verlo. Contaba con eso, sabía que los estaban mirando. Antonio sin embargo no cayó, se mantuvo firme y Víctor improvisó tirándose a sus piernas y derribándolo. Le oprimía el temor de que el amigo le diera un golpe, así que allí estaba seguro mientras esperaba la ayuda de los adultos. Se le hizo muy larga la espera hasta ser rescatado...

—¡Niños ya basta! —decía uno de los padres del parque cogiendo entre sus brazos a Víctor. El acto de cogerlo a él y no a Antonio le gusto mucho. Eso dejaría una impresión de que él había sido el agresor y al mismo tiempo el bueno. En brazos de aquel señor se descansaba protegido y por fin su voz no temblaría. Volvió a sentirse superior a ellos verbalmente y dijo:

—No es mi problema si os sentís más incapaces y como ya dije, si preferís comunicaros a vuestro estilo bárbaro, no hay problema. Yo me peleo cuando queráis.

Aquel día el pequeño Víctor tuvo que improvisar sus ataques y sus defensas muchas veces, y dejó claro a los demás y sobre todo a sí mismo, que iba bien preparado. Sus planes (elaborados en la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes) no salieron como esperaba pero sí tenía claro lo que era importante hacer para lograr buenas impresiones para el futuro. Se quedó muy orgulloso de lo ocurrido y de sus acciones. Ahora sentía la certeza de haber limpiado las impresiones negativas, y esa sensación de limpieza expansiva... era maravillosa. Sin querer se le escapaba la sonrisa. Además estaba ansioso por ver las consecuencias positivas que aquello traería en el futuro inmediato. Y otra cosa más le despertaba la felicidad, le encantaron sus propias reacciones, sus propias palabras y su inteligencia para tomar decisiones. Eso le llenaba de estima, de seguridad en sí mismo. Podía sentir como ahora quería más, quería que volviera a pasar, más batallas más retos, era capaz de todo y había que aprovechar. Caminaba hacia su casa con andares de guerrero, con la suficiencia de un vencedor implacable.

—¿Qué tal ha ido hoy en el parque? —le preguntó su madre al verlo entrar por la puerta.

—Bien. Pero ya te he dicho que no quiero esas croquetas. ¿Cómo te lo tengo que decir mamá? Tienes que escuchar...

—Te veo muy subidito. ¿Qué te ha pasado para que de repente te creas el dueño del mundo?

—Nada —musitó avergonzando y se fue a su habitación. Quería estar solo y que no le descubrieran para disfrutar una y otra vez de la sensación que le recorría todo su cuerpo.

Es tal vez un buen momento, ahora que está descansado para intentar entrar por la impresionante puerta de la casa masculina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Allí sigue la inscripción que dice: “El Gran General espada en mano”.

Para que las impresiones errantes de la puerta nos deja-

ran entrar necesitaríamos traer un tema de interés para el Gran General de espada en mano. Por ejemplo deberíamos caminar con seguridad y aplomo. Luego en una mano podríamos llevar una espada de doble filo para indicar que estamos dispuestos a pelear pero que somos conscientes de que también nos puede cortar a nosotros. Nuestra agresividad pasa factura y hay que estar dispuesto a aceptar o combatir las consecuencias. En la otra mano podríamos sujetar con firmeza una sorpresa constante de emociones acertadas. Con esto indicaríamos que somos los espectadores de nuestras propias emociones cuando se trata de acciones rápidas. Si todo está previamente bien preparado nos sentimos ágiles y certeros como los dedos de un músico en caliente, o como las piernas de un deportista, o como el brazo de un guerrero.

Con la espada de doble filo en una mano y una sorpresa constante de emociones acertadas en la otra mano, lograríamos que nuestras impresiones errantes llegaran lejos y nos trajeran el beneficio del respeto de los demás, de la escucha y la lealtad. Y con ese respeto se lo ofreceríamos a la casa femenina de este mismo Palacio para que organizara estrategias más concretas y útiles para el grupo. Todo es más sencillo y más amplio si se gana respeto, admiración y aprecio. Con buenos seguidores, nobles y leales, las estrategias se amplían y los resultados se multiplican.

Una vez dentro veríamos, no un palacio lujoso y elegante sino más bien, un campamento de guerra que duerme pero que guarda una fuerte tensión en potencia. En apariencia no está pasando nada, pero se ve a todas las impresiones errantes bien organizadas, armadas hasta los dientes y en forma. No pasa nada, pero se diría que al mínimo ruido todos saltarían con tal agresividad que la defensa sería complicada. Son guerreros pacientes pero agresivos, siempre en potencia o en su estado de acción. Por sus ojos bien abiertos y sus músculos vivos no cabe duda de que saben adaptarse a las inclemencias de la batalla, saben

improvisar y corregir, buscar recursos en el momento y salir victoriosos. Son capaces de gritar, o de guardar silencio, o pueden correr o pueden callar, son capaces de mentir y de volver a mentir, capaces de reír si hace falta y de llorar si con ello logra ventaja. Ahora duermen, pero siempre están despiertos. Si ahora nos acercamos con mucho cuidado a uno de ellos y lográramos la velocidad suficiente, tal vez podríamos preguntar algo así como:

—Disculpa la intromisión carismática impresión errante, pero acabo de venir de la casa femenina de este mismo palacio y allí todo parece un caos. Claro que aquí las cosas son bien distintas y están muy ordenadas. ¿Cómo lográis este orden meticuloso?

—Aquí las preguntas las hago yo —repuso la impresión errante con los ojos enrojecidos y bien abiertos—¿Me entiendes? Las preguntas las hago yo. Ahora dime, ¿qué quieres? ¿Sabes cómo lo logramos? Muy sencillo. Escucha: nosotros recibimos las órdenes de la casa femenina. Este orden aparente que ves es solo el resultado de sus estrategias. Luego en el ataque verías que no está todo tan ordenado. A veces, en la batalla se forman caos y nosotros estamos entrenados para salir de ese caos y recuperar el orden.

De repente algo debió pasar ahí fuera porque los guerreros en potencia comenzaron a moverse a gran velocidad. Como si de un remolino se tratara todos daban vueltas y algunas impresiones errantes salían disparadas hacia el exterior. Es todo una revolución que se enciende en cuestión de segundos, que produce emociones capaces de pensar a largo plazo sin que dicho pensamiento llegue a la consciencia. Es todo un espectáculo hermoso ver estos remolinos tan vivos y agresivos.

—Victor —le llama su madre—ha venido el padre de tu amigo Antonio, el del parque. Quiere hablar contigo.

Cuando Víctor escuchó eso sufrió un vuelco a sus emociones. No quería salir de su cuarto, pero sabía que tenía que hacerlo y sin tiempo para organizar una estrategia. ¿Qué quería?

¿Estaría también allí Antonio? ¿Y la hermana? Todo era demasiado rápido como para planificar, tenía que salir y ver cómo podía resolver todo sobre la marcha.

HÍGADO

***El tablero de emociones del
Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes***

También aquí en este Palacio existe un tablero donde el Gran General en estrategia y el Gran General espada en mano mueven sus fichas. Entre ambos deciden las emociones más adecuadas para producir impresiones interesantes que duren lo justo y que lleguen donde tienen que llegar. A veces lejos, extendidas por muchos y otras veces cerca, extendidas en poco o solo en uno. No es un juego sencillo, tal vez de los más complejos que tiene el cuerpo humano. Pero como buenos estrategas disponen de un truco excelente que simplifica todo. Ya sabemos que el hígado es capaz de generar muros invisibles en el exterior y dominar nuestro comportamiento. Pues bien, de eso se trata su truco, de erigir muros que separen conceptos abstractos. Por ejemplo ponen el límite entre el ellos y el yo, entre el aquí y el allí, entre el ahora y el luego. Estas diferencias que parecen sencillas son en realidad un truco preciso desarrollado sobre el tablero de emociones del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Intentemos ver cómo funciona. Si logramos la velocidad suficiente tal vez podamos preguntar a alguna de las impresiones errantes que trabajan ahora en el tablero de emociones.

—¿Cómo es posible producir emociones certeras aun cuando ni la conciencia sabe?

—No es tan complicado —responde la impresión errante y su voz atrapa de inmediato nuestra atención—. No es tan complicado, tenemos un buen truco.

—Por favor, ¿podrías explicarme cual es ese truco sencillo?

—¿Quién te ha dado permiso para pedir disculpas? ¡Más respeto por ti mismo!

—Para mí cuando observo todo esto es como gotas de lluvia en un estanque de tres dimensiones, haciendo mover ondas, círculos que se enredan los unos con los otros para terminar formando el movimiento del agua. ¿Ese movimiento es el resultado final de algo?

—Lo mismo que ves aquí —dijo la impresión errante y su voz lo llena todo—es lo que llevamos a fuera. Aunque no lo veas... Escucha, aunque no lo veas: rodeando al pequeño Víctor tenemos muros invisibles, parcelas diferenciadas como si fueran anillos que lo recubren a distancias distintas. Para producir las emociones necesarias sin necesidad de la consciencia solo tenemos que formar esos muros invisibles que son como anillos entrelazados y recoger información con ellos. Es muy similar al estanque de gotas de lluvia que mencionas, solo que sucede fuera del cuerpo y cubre cierta distancia en el exterior. De lo que suceda en esos anillos invisibles producimos las emociones de manera inmediata.

—Disculpa mi ignorancia al respecto, no resulta fácil entenderlo porque es la primera vez que escucho eso de anillos invisibles en el exterior. ¿Cómo se construyen y cómo pueden producir emociones inmediatas?

—La producción es algo más elaborada, lleva tiempo y se refina constantemente —afirmó la amable impresión errante con su gesto imponente y firme—. En esto trabaja la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verde, en establecer las

distancias y las selecciones de cada anillo invisible.

—¿Eso son anillos selectivos?

—Claro, ¿cómo iban a ser sino? Piensa un poco: no es lo mismo que se aproxime tu madre a que se aproxime un extraño. Te causa emociones distintas. ¿No es cierto? Y no es lo mismo acercarte tú a tu casa, que entrar en un sitio que desconoces. Las emociones son de nuevo distintas. ¿No es cierto? Son selectivos y de eso se encargan en la casa femenina a través de la experiencia; de los traumas o tóxicos que se viven día a día se van puliendo las selecciones. Puede que un niño le cause miedo, pero si dialogan, se abrazan y comparten, nosotros aquí cambiamos el anillo invisible para que sea en la próxima ocasión aceptado. Las emociones serían distintas en la siguiente vez.

—Sí, ya entiendo, tiene sentido y puede identificarlo. Entonces, según lo estoy entendiendo, esos anillos funcionan seleccionando eventos, cosas o personas en el exterior. Y además se trazan según el espacio más o menos amplio.

—Imagina —propuso con paciencia didáctica la impresión errante—. ¡Escucha bien! ¿Atento? Imagina que se acerca a ti tu madre a una velocidad normal. La ves venir a unos 30 metros y poco a poco está más cerca. Tus emociones entonces son normales, relativas eso sí a los asuntos actuales que hayas generado con ella. Imagina ahora que tu madre, a 30 metros se acerca a ti pero esta vez muy rápidamente. Entonces tus emociones son otras completamente distintas. Igualmente relativas a los asuntos actuales pero no tanto. Lo que despierta las emociones en la invasión del anillo invisible a una velocidad inusual. ¿Entendido?

—Entonces vuestro truco es sobre la base de construir anillos selectivos para cada cosa y específicos en cuanto a los movimientos en el espacio y el tiempo que allí se producen. ¡Es impresionante! ¡Es un truco muy bueno!

—¡Correcto! Lo tienes. Y como bien dices, lo es porque permite una gran velocidad a la hora de producir las emociones

concretas sin necesidad de llevarlas a la consciencia.

—Claro, una bala por ejemplo. Si cojo una bala en mis manos no me causa mucha emoción (solo las asociaciones y conceptos que tenga guardados al respecto). Pero si esa bala va a gran velocidad, mis emociones cambian.

—Sí, no es lo mismo —explica la impresión errante ahora con todo motivador— si la bala la ves lejos, que si cruza alguno de tus anillos invisibles. Si pasa cerca o pasa lejos. O si la dirección es contra ti o lejos de ti. Todo eso altera las emociones de manera inmediata para procurar una reacción adecuada de supervivencia y de mensaje al grupo. ¡Ves como puedes entenderlo todo! ¿Más preguntas?

—Sí. ¿Cómo construís esos anillos, si se puede saber? ¿Rodean a todo el cuerpo por delante y por detrás?

—No —dijo la impresión errante aun con un gesto de motivador—. Claro que no, los construimos a través de los ojos. Escucha: solo aquello que ves tiene anillos. ¡Solo lo que tus ojos ven! ¿Entiendes? ¡Claro que lo entiendes, si se te ve listo y rápido! Atento: al mirar, sin darte cuenta estás construyendo anillos conforme lo que ves. Si tu madre se acerca rápido pero no sabes que es tu madre porque tus ojos no lo han diferenciado, entonces tus emociones serían como si se acercara rápido un extraño. Al reconocerla todo cambia. Son los ojos los que emiten nuestros anillos invisibles.

—¡Son los ojos!

—Sí, los ojos, que trazan anillos según observan. Cada cosas que miras e identificas tiene su anillo. Si no lo tiene generamos curiosidad y los ojos se centran para analizar y así poder construir un anillo para la siguiente vez. Todo lo que miramos tiene que ser identificado. Aunque tenemos un rango amplio de cosas no identificadas pero reconocidas como no peligrosas o normales.

—¡Los ojos!

—¡Lo tienes! Eso es... Sí, los ojos emiten anillos selectivos

y con un rango específico en cuanto a velocidad de aproximación y retirada, altura...

—¿Altura? ¿Cómo qué altura?

—Claro —explica la impresión errante como si de un buen entrenador se tratara—. Si tu madre, ¡escucha!..., por seguir el mismo ejemplo. Si tu madre se aproxima a ti con algo en la mano que supera su altura natural, entonces las emociones cambian. O si viene subida en unos zancos. Todo eso lo tenemos registrado para causar la emoción adecuada.

—¡Es impresionante! Me dijiste que era un truco sencillo pero yo todo esto lo veo imposible, complejo, sumamente inteligente y grandioso...

Vayamos ahora fuera para mirar la vida del pequeño Víctor pero esta vez a través de esta nueva visión que nos ha regalado la amable impresión errante que trabaja en el tablero de emociones del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Justo ahora lo encontramos jugando al fútbol en el parque de al lado de su casa. De momento observa la pelota desde lejos, está caminando y descansando, sus ojos tienen trazado un anillo de distancia y la pelota se encuentra lejos. Sus emociones son neutras. Pero ahora la pelota se lanza al aire y la dirección que traza puede llegar donde él se encuentra. Sus emociones se disparan y sus músculos ganan tono y fuerza. Pero la pelota según cae se va saliendo de su rango y dirección así que vuelve a un estado neutro de emociones donde sus músculos descansan. Ahora sí viene la pelota claramente en su dirección y a gran velocidad cortando los anillos que dibujan sus ojos.

—¡Aquí! ¡Aquí! —le gritan sus compañeros incluso antes de que le llegue la bola. Pero están fuera de su visión periférica porque sus ojos se han reducido a la pelota que viene. La observa como si llegara por un tubo sin logra ver nada más a los lados. Solo existen los anillos que imitan el espacio y tiempo para la pelota. Víctor ya sabe lo que implica tener la pelota en su

posesión, ha jugado otras veces y tiene registrada la relevancia que los demás del grupo le dan a ese objeto en un momento así.

—¡Aquí! ¡Aquí!

La pelota rompe todos sus anillos visuales y llega a producir un contacto en el pie. El contacto físico ya no es solo cosa del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, una vez roto, los anillos visuales entran en juego el Gran Palacio Blanco y Gris (pulmón). Víctor controla bien la bola y levanta la cabeza para ahora abrir el foco de visión. No tiene mucho tiempo para decidir porque vienen por tres flancos distintos a por él. El del centro está más cerca y es más rápido, eso le causa una emoción al Gran General de espada en mano y decide evitar la tensión trazando un ángulo distinto. Pero hay otro que viene a por él en ese ángulo, es el momento de pasar la bola e instintivamente golpea calculando los anillos y la velocidad para alcanzar al siguiente niño. Lo ha hecho bien y ahora sin la pelota en sus pies las emociones se relajan un poco. Claro que no está lejos. Pita falta y todo se relaja. Ahora uno de los niños viene corriendo en su dirección, claramente enfadado, está gritando. Es de su equipo. Pero en la situación en la que se encuentra le resulta normal.

—¡Tenías que haberme pasado a mí, estaba solo en la portería...!

En un momento en el partido Víctor se encuentra cerca del área y un balón queda suelto, se ha colado sin darse cuenta por sus anillos visuales. Al no darse cuenta no ha anticipado ninguna emoción, pero allí está la bola y su reacción es golpearla en la dirección de la portería.

—¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol!...

Sus emociones ahora se han disparado y corre esperando la llegada de sus compañeros a abrazarlo. Al ver que se acercan rápido y chillando no se altera porque conoce el protocolo. Por segundos cierra los ojos y los anillos desaparecen, ahora espera el contacto de sus compañeros que le abrazan. Segundos después, el balón ya está en juego, pero está pensando en las consecuen-

cias que su gol puede llegar a tener en el grupo. Ahora le pasarán más la pelota, lo sabe y por eso la pide con más confianza. Todo esto se lo están diciendo desde la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. En un momento del partido, Víctor siente como un objeto desconocido se aproxima a él desde arriba rompiendo sus anillos y con una velocidad inusual. Se asusta y se agacha. Una reacción emocional que le prepara por si hay algo más que hacer. Es algo instintivo. Pero resulta que era la pelota de otros niños que jugaban no muy lejos. Todo sigue igual y el partido lleva su ritmo.

De camino a casa Víctor está satisfecho, va repasando los movimientos del gol que marcó. Ese registro le gusta, le hace aprender. Y piensa en las recompensas sociales que le ha traído y que le traerán a partir de ahora. Pero al llegar a casa se encuentra que su padre, Roberto, está muy enfadado con él.

—Te dije que no lo tocaras, no te imaginas lo caro que es esto.

Le está gritando y Víctor agacha la cabeza, pero sin perderlo de vista por si tiene que reaccionar. Le ha roto uno de sus relojes caros y sabe que es culpable porque se lo advirtieron. Su padre nunca le ha pegado, pero ahora levanta la mano y Víctor ve como sus emociones se alteran y le llevan a retroceder.

—No te voy a pegar —le explica su padre. Pero aunque lo sabe, su gesto ha sido inusual dentro de los anillos invisibles de distancia y dinámica de movimientos que tiene registrado para su padre. Jamás antes había articulado ese gesto tan rápido y rompiendo tantos anillos.

—No te voy a pegar pero te voy a castigar porque quiero que aprendas.

Mientras y sin darse cuenta su madre se acerca por detrás. Al hacerlo de manera silenciosa sus oídos no la captan (Gran Palacio Negro) y al no verla no tiene anillos invisibles para generar emociones. Le toca por la espalda y se asusta, salta porque sus ojos están muy centrados en su padre y cerrados en una visión

focal.

—Vete a cambiar que vamos a salir —le dice Amparo y Víctor obedece.

Esto de los anillos invisibles que generan emociones es algo muy curioso y extremadamente útil. Entender así el entorno ayuda a generar emociones y planificar estrategias. Víctor aún sigue pensando en su gol y repasa mentalmente una y otra vez sus éxitos durante el partido. Dos pases buenos que hizo y un corte de balón que iba dentro de la portería. Mientras va en el coche son su madre mira por la ventana y ve a Eva, la hermana de Antonio, hablando con otro niño. Se les ve muy felices riendo y eso le ha cambiado bruscamente sus emociones. ¿Celos? Es la primera vez que siente algo así y no sabe cómo controlarlo ni cómo entenderlo. Su corazón se ha acelerado y no puede parar de pensar en ello. Ya no le importa el partido, ni se acuerda de la regañina de su padre, ahora solo esto cobra importancia en sus emociones.

—¿Qué te pasa hijo? —le pregunta su madre al verlo visiblemente alterado.

—Nada, nada...

Para entenderlo nos vendría bien volver a entrar en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes y ver qué está pasando en el tablero del Gran General. Para ello, y como siempre, deberíamos ser capaces de alcanzar la velocidad adecuada, entonces podríamos ponernos a la par con alguna impresión errante y hacer preguntas. Por ejemplo, podríamos preguntar:

—Disculpe la intromisión, ¿qué está pasando aquí? ¿Qué es eso de los celos? ¿Es también un juego de anillos invisibles?

—¿Ya conoces los anillos invisibles? —pregunta sorprendida la impresión errante.

—Sí, me lo ha contado una de tus compañeras recientemente. Pero no sé cómo se generan cosas más complejas como los celos.

—¿No te han contado que los anillos dividen parcelas?

—Sí, eso sí...

—¿Parcelas abstractas?

—No, eso no. ¿Parcelas abstractas?

—Dentro de un anillo, construido por nosotros y proyectado por los ojos —explica la amable impresión errante— se diferencian parámetros abstractos como el yo y al otro lado el ellos. Pero también el nosotros cuando hay un grupo de unión, y el ellos.

—Sí, eso me suena, creo que sí me lo han contado. Sirven también para diferenciar el yo del ello. Lo que soy yo y lo que son los demás...

—También y no sé si te lo habrán contado, los anillos marcan diferencias de tiempo y espacio. Diferencian el ahora y el luego, y el aquí y el allí. Según se establezcan estos anillos abstractos y como se comporte, el entorno con ellos se generan distintas emociones útiles.

—¿Y los celos? Disculpa que insista pero creo que es el asunto en este momento que estáis tratando en el tablero.

—Así es. Este es el asunto ahora mismo —confirmó la impresión errante—. Víctor con esa niña ha formado un anillo donde el yo y el ellos se ha roto, es decir que siente que esa niña es parte de su yo.

—¿Hay una especie de posesión? ¿Eso es amor?

—En parte... sí, se parece. Siempre que algo que está dentro de un anillo de yo es arrastrado fuera, se siente literalmente dolor. Es como si te quitan un trozo de tu cuerpo. Al arrancarlo hay un sufrimiento. Cuando Víctor vio a la hermana de Antonio con otro, sintió como salía de su anillo del yo y se establecía fuera. En el “ellos”. Hay muchos “yoes” y muchos ellos, depende de cada anillo. Pero para el pequeño Víctor esa niña estaba más cerca de su yo de lo que él mismo creía y al moverse tan rápido fuera de él ha sufrido celos. Está también relacionado con el aquí y el allí. Antes estaba aquí y ahora está allí. Dentro y fuera. Cer-

ca y lejos. Todo ese desplazamiento genera emociones que intentan hacerle entender y luchar. Y está también relacionado con el ahora y luego, antes estaba dentro y ahora ya no. Combinando estos tres principios se generan la mayor parte de las emociones.

Al día siguiente, cuando Víctor volvió a jugar al fútbol en el parque, volvió a ver a Eva, la hermana de Antonio. Estaba de nuevo con el mismo niño y seguían con la misma actitud. Riéndose y pasándoselo bien. Sus emociones eran tan fuertes y necesitaba tanto llamar la atención que su hígado se las arregló para causar un accidente.

—¡Qué ha pasado!

Acudieron todos a mirar. Víctor en el suelo gritaba de dolor, era un dolor real pero esta vez ya no era emocional sino físico. El dolor emocional se había mitigado, en realidad internamente se sentía mejor ahora a pesar de que le dolía mucho la pierna y no podía ni pensar.

—Creo que se ha torcido un tobillo.

—Tiene muy mala pinta.

—Eso duele mucho.

El pequeño Víctor solo alcanzó a pensar que si entre aquellas voces que oía estaría la de Eva. ¿Se habrá acercado ella también? ¿Y de haberlo hecho sentirá pena por él? Solo deseaba que así fuera para volver a sentirla dentro de su anillo del yo más próximo. Uno de los padres le tomó en brazos y le subió a su coche. En el hospital se liaron con la medicación y le dieron por doble partida un antiinflamatorio.

—¿Te has tomado dos? —le preguntó su madre al llegar al hospital.

—Es lo que me han dado las enfermeras —dijo Víctor.

—Pero si eso es muy fuerte... ¿Cómo te encuentras?

—Mamá.

—Sí, hijo.

—Te quiero mucho. Y a papá también, y a todos... La pier-

na ya no me duele nada.

Víctor se encuentra drogado. Y semejante droga no pasa desapercibida. Está diseñada para no hacerlo. Concretamente llega al hígado y sube la temperatura. Así, las impresiones que siempre trabajan para establecer parcelas y sectores, se encuentran enredadas y confundidas entre sí. No es para tomárselo a broma aunque por una vez sí es gracioso; las barreras del yo y el ello están muy abiertas y por eso está tan cariñoso.

—Te quiero mucho, mamá. Y a papá también...

Además, las barreras del ahora y el luego también están muy abiertas y no recuerda qué día es ni lo que pasó.

—¿Qué le pasa al pie? ¡Está muy grande!...

Además, las barreras de el aquí y el allí tampoco las controla bien y de poder caminar se caería o ser tropezaría con algo. Un médico se le acerca y aunque lo tiene en su campo de visión no se da ni cuenta, lo entiende emocionalmente como parte de su yo y se lanza a abrazarlo.

—Víctor estate quieto —le dice Amparo con algo de vergüenza.

—No se preocupe señora —advierte el médico—creo que ha habido un error y se le ha administrado una dosis alta. Es por eso que se encuentra confundido.

—Parece que esté borracho —dice Amparo preocupada.

—Sí es normal, no se preocupe —le consuela el médico.

De repente el pequeño Víctor entra en pánico, ha calculado mal las distancias y creía que se le echaba encima una extraña señora. Al no tener los anillos invisibles bien formados, las velocidades no las controla. Se pensó que llegaba mucho más rápido y que no le daría tiempo a esquivarla.

—Tranquilo hijo —dice su madre preocupada.

Víctor se pone a llorar, no sabe que le está pasando y el dramatismo y descontrol de sus emociones agrava la situación.

—Hay mucha gente aquí que no me quiere.

- Pero si estamos en un hospital y nadie te conoce.
- No me quieren.
- Yo te quiero y con eso basta. Y no digas tonterías.
- ¿Qué está mirando ese de ahí?
- No mira nada, como siempre.
- Sí, va a venir a pegarme...
- Aquí nadie va a pegarte deja de llorar...

Su madre está muy asustada porque es la primera vez que ve a su hijo en este estado, sin los anillos naturales que emite el hígado. Cuando Víctor cierra los ojos las cosas empeoran, se marea, pierde las nociones espaciales y temporales. Siente que va a estar ahí toda la eternidad, no concibe que aquello en algún momento, se va a terminar. Cuando cierra los ojos y por eso no lo hace y los mantiene bien abiertos, ve en la oscuridad de su retina anillos verdes a tanta velocidad que asustan, dan vértigo.

—Creo que tiene ganas de vomitar.

—Mejor —le dice la enfermera a Amparo— así suelta parte de la medicación.

Lo cierto es que da pena verlo así pero nos ha servido de ejemplo para entender cómo se generan las emociones sobre el tablero del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Una hora más tarde, ya en casa y algo más tranquilo aunque aún bajo los efectos de la droga, Víctor le dice a su madre:

—Creo que estoy enamorado.

Amparo se ríe, le gusta ver a su hijo mejor después del susto que se han llevado. Y claro, no le toma en serio, es muy pequeño para sentir algo así. Ni siquiera sabe bien qué significa eso de estar enamorado.

—No te rías mamá, es verdad. Estoy enamorado de Eva, la hermana de Antonio.

—Y cómo lo sabes.

—Esas cosas se saben mamá.

—Es mejor que descanses y mañana hablamos.

Víctor se quedó dormido en los brazos de su madre. La droga le había conducido a un estado de confusión similar al sueño; cuando las impresiones errantes del hígado se mueven rápido para reestructurar lo aprendido. Al día siguiente, su madre, al verlo despierto le preguntó cómo se encontraba. Claramente aun seguía aturdido pero ya disponía de sus anillos invisibles más o menos bien ubicados.

—¿Aun sigues enamorado? —le preguntó Amparo en tono burlesco.

—Yo nunca he dicho nada de eso. ¿Enamorado? ¿De quién?

—¿No te acuerdas? Ayer me dijiste que te gusta esa tal Eva, la hermana de tu amigo Antonio.

—¡No es mi amigo! ¡Y yo no te he dicho nada de esa niña horrible! ¡Te lo estas inventado! ¡Ella y su hermano son unos idiotas!

—No te pongas así que te has despertado de muy mal humor.

Después de la droga sus emociones son ásperas, de enfado rápido y eso también obedece al Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Tiene que reorganizar todo de nuevo, es mucho trabajo y a todos nos molestan los dobles esfuerzos. Además hay cosas que se han perdido y otras que no se sabe dónde iban. Es un caos y una pérdida de energía. Mejor será no entrar de nuevo porque las impresiones errantes estarán muy atareadas y de mal humor.

HÍGADO

***La Virtud del
Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes***

—¿Qué estás haciendo cariño? —le pregunta Amparo a su hijo. Lleva un buen rato sentado con un bolígrafo en la mano apuntando nombres. Parece todo un hombre cuando pone esa cara y se concentra tanto.

—Nada mamá —responde sin levantar la cabeza de su idea. Se le ve creativo y creador. Alto está preparando...

Como ya sabemos, en este gran imperio que es el cuerpo humano, cada casa y cada palacio procuran realizar su trabajo de la mejor manera. Todos los ciudadanos del imperio desean alcanzar la excelencia en su trabajo. Sin embargo hay veces que todo es tan complejo, con tantas nuevas circunstancias, interferencias o guerras de intereses, que resulta muy difícil elaborar lo que se espera. No hacemos lo que queremos sino más bien lo que podemos, lo que nos dejan las siempre cambiantes circunstancias de la vida, lo que nos permite alcanzar el choque con los demás intereses de otros ciudadanos. La mayoría de las veces nos tenemos que conformar con resoluciones que se quedan a la mitad o menos de lo que soñamos. Por eso la Virtud es algo que

no está siempre, solo aparece cuando el estado de equilibrio y sabiduría es alto y fuerte. De lo contrario se vive sin Virtudes en el Cielo y sin Virtudes en los órganos o Palacios. Es así que el objetivo de todo ser humano es desempeñar su tarea de manera más amplia, para lo cual necesita sentir fuertes todas sus Virtudes. Tenemos, a parte de las Virtudes del Cielo, otras cinco grandes Virtudes potenciales en cada Palacio. Y digo potenciales insistiendo en el hecho de que rara vez toman forma y fuerza para coordinar nuestro comportamiento. Hay veces que acertamos durante unos segundos, o puede que con suerte unas horas y luego un error sutil las hace desaparecer. Todos tenemos coletazos virtuosos donde nos quedamos plenamente satisfechos (y esto dura en el tiempo) de la resolución de la situación y de cómo la solventamos. Pero estas pinceladas de color que logramos en la vida son por lo general escasas y enseguida perdemos la sabiduría suficiente para sostenerlas. Las Virtudes se desvanecen con facilidad, les cuesta reaparecer para guiarnos con certeza. Hay que ser un gran maestro para mantener las Virtudes de los Grandes Palacios siempre visibles y en activo. No son muchos los seres humanos que logran algo así, pero sí es para todos el fin último de nuestro paso por la existencia.

Por suerte ahora Víctor es muy pequeño y la naturaleza le concede el favor de sujetar las Virtudes en todos sus palacios. Más tarde será suya la responsabilidad, pero de momento sí las podemos ver. Debemos darnos prisa porque es muy probable, como la mayoría de los seres humanos de nuestro tiempo moderno, que luego jamás se vuelvan a mostrar en toda la vida salvo esas pinceladas cortas que salen casi azarosamente. Si nos fijamos en la hoja que está utilizando veremos que hay nombres. Son los nombres de todos los niños que suelen ir a jugar al fútbol después del colegio. El pequeño Víctor se ha percatado de un problema y es que hay muchos que se quedan a veces sin jugar, o que juegan pero solo unos pocos minutos. Hoy siente la Virtud del Gran General fuerte en su interior y ha pensado

en algo novedoso, algo que se levanta en contra de la gravedad como hace la propia vida, como hacen las plantas al crecer. Él está pensando en un acto rebelde que sin embargo ayude a todo el grupo a mejorar y progresar como grupo.

El pequeño Víctor alcanzó la Virtud del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes gracias al gol fantástico que metió esa misma tarde. Estaba realmente agradecido al que le dio el pase. No importa su nombre, era un ser humano que le había facilitado la gloria. Aquello le hizo pensar en los demás, sintió que le gustaría que todo ser humano pudiera disfrutar alguna vez de semejante sensación. Planea una idea revolucionaria para introducirla al parque y que todos puedan meter goles.

Entremos ahora que está concentrado para ver ese majestuoso arcoíris de mil colores que aparece discreto en su sangre. Allí veríamos unas letras en el cielo sanguíneo que dicen: “el sirviente que toma la responsabilidad de coordinar”. Si pudiéramos alcanzar ahora la velocidad suficiente para preguntar a alguno de los ecos de mil colores tal vez nos respondería algo así como:

—Se entiende con toda claridad —dijo el eco de mil colores y desapareció.

Hay que asumirlo, las Virtudes son así, efímeras como un vapor de agua y de muy frágil presencia como el arcoíris. A veces parecen antipáticas porque a la mínima que la decisión es mala o la pregunta incorrecta, desaparecen del cielo. Por suerte Víctor es aún muy pequeño y la naturaleza sostiene sus Virtudes, así que podemos volver a intentar la velocidad suficiente y la visión amplia para preguntar de nuevo. Siempre con humildad, ya que de lo contrario se desvanece, siempre con una visión colectiva y global ya que de lo contrario desaparecen, y siempre con la quietud de la paciencia que no exige ni demanda. Si esperas y las llamas las Virtudes nunca llegan, porque la tensión del acto mismo de espera lo estropea todo. Solo si logras no esperar las cosas y abrir los abrazos trabajando para los demás a ojos cerrados,

entonces al abrirlos todo está en su sitio. Por eso si sueñas con lo que aún no tienes, pierdes rápidamente la fuerza de conseguirlo. Las Virtudes son de mil colores pero trabajan en la sombra y no les gusta ser vistas ni presumir de fuerza. Insistamos otra vez, a ver si ahora con una actitud más sabia hay suerte:

—Grácil eco de mil colores, disculpa mi ignorancia y la intromisión de mis palabras, eso de “el sirviente que toma la responsabilidad de coordinar” ¿Qué significa realmente? Estoy dispuesto a esperar sin esperar nada para oír de su eco lo que por bien quiera traerme.

—Ya lo sabes —soltó por fin el eco de mil colores sin esfumarse—es solo una inmensa invasión de inteligencia y belleza que nos lleva a ser el héroe sacrificado por el fin de los fines del grupo. Sin importar tu nombre, ni el nombre del grupo, tan solo el amor incondicional a la raza humana y a sacrificarse aun de forma anónima por ella.

—Sí, creo que lo he sentido en alguna ocasión, pero en periodos muy cortos, casi instantes, fracciones de segundo yo creo... Entonces, ¿es la filantropía la Virtud del hígado?

El eco de mil colores aceleró y se esfumó. No es sencillo acertar con las preguntas y sostener las virtudes. Es el preguntar en sí mismo lo que hace que desaparezcan. Para entender las virtudes no hay que labrar preguntas. No sirve el “por qué” y el “qué”, tan solo se sostienen si la pregunta es “cómo”. El “cómo” sin ninguna otra pregunta es capaz de lograr la estabilidad para que aparezcan.

—¿Esos son los nombres de los niños del parque con los que juegas al fútbol?

—Sí —responde el pequeño Víctor aún concentrado.

—¿Y para qué estás haciendo eso? —insiste Amparo.

—Hay algunos niños que llegan tarde, o no son tan buenos y entonces juegan muy pocos. Muchos de ellos no saben ni lo que es meter un gol.

—¿Entonces eso que estás haciendo es como una cuadrilla

para ordenar el juego de cada uno, los tiempos que juegan y las posiciones?

—Sí, algo así. Pero mucho mejor. Mañana iré a imponerlo y les va a encantar a todos...

—Pero si tú eres de los que más juega. Si haces esos tendrás menos opciones de jugar y marcar goles.

—Yo lo sé mamá —responde Víctor sin darle la más mínima importancia. Está metido en su trabajo heroico y no es momento para pensar en él mismo.

CORAZÓN

El Gran Palacio Rojo

—Hagamos un trato —así, con esta frase, entró el pequeño Víctor a cumplir los ocho años de edad.

—¿Qué trato? —le preguntó su abuelo Juan.

—Tú no le digas nada a la abuela, me ayudas a terminar la tarea, le decimos que he sido yo y así me compra las zapatillas.

—Me quieres liar para irte tú a jugar y quedarme yo aquí haciendo todo. Eres muy listillo.

—¡Abuelo!

—No me vas a convencer poniendo caritas de bueno y una voz dulce.

—¡Pero abuelo! ¿Qué más te da a ti si la abuela no se va a enterar?

—Ya —le responde su abuelo—. ¿Y qué saco yo de beneficios con este trato? Yo aquí solo veo beneficios para ti, nos quieres engañar a todos para salirte con la tuya.

—Abuelo, tú sacas de beneficio que yo te quiera más.

El abuelo se ríe. En pequeño Víctor ya no parece tan pequeño, ha crecido y se ha vuelto muy espabilado. Ahora sabe manejar las emociones y no para de buscar tratos, muchos de ellos mentirosos para lograr sus objetivos. En realidad es una etapa donde miente más de la cuenta solo para comprobar hasta

dónde saben los otros.

—Pero Víctor —le dice su abuela— que yo no soy tonta. Esta letra no es tuya. Esto te lo ha hecho el abuelo.

—¡Qué no! ¡De verdad! Bueno, un poco, pero yo he hecho casi todo, el abuelo solo me ha ayudado un poquito. ¿Me vas a comprar las zapatillas? —pregunta Víctor poniendo carita de niño bueno y una sonrisa pícara.

Las cosas han cambiado y evolutivamente le ha entrado la línea recta. Hasta ahora era un niño que se manejaba con la percepción del tiempo de los riñones, del bazo/páncreas, del pulmón y del hígado. Todos estos órganos causan, como ya sabemos, una percepción del tiempo abstracta, a veces circular y otras en espiral, a veces sin tiempo y con cambios y otras con tiempos y sin cambios. Pero todas ellas muy emocionales para dirigir su conducta. Ahora al cumplir los ocho años aparece otra forma de percibir y sentir el tiempo: la línea recta (que ya estaba antes pero ahora se acentúa).

—Mamá, si me dicen cómo solucionar esto te prometo que recogeré mi cuarto.

—Lo tienes que recoger igual, además tienes que aprender, yo no puedo decírtelo.

—Pero, y si recojo mi cuarto, luego te doy un beso y me porto bien todo la tarde. Si es verdad que no sé hacerlo, soy un niño, no puedo con todo y no creas, que lo he intentado pero me voy a traumar...

Su madre se ríe, ciertamente está muy pícaro y manipulador. Ahora con la percepción del tiempo que le viene del Gran Palacio Rojo atiende a causa/efecto, acción/consecuencia. Está practicando esto de la línea recta que además y a diferencia de sus anteriores formas de ver el mundo, ahora es algo que siempre funciona igual si se aplica bien. Siempre hay una causa a un efecto y una consecuencia a una acción. Es muy divertido jugar con esto. Siempre que haces esto, pasa esto otro y luego lo

siguiente. Una línea recta de causa y efectos. Víctor que ya no es tan pequeño, se entretiene haciendo demostraciones con el mundo. “Mira siempre que le rascas aquí al perro sube la pierna”. “Mira siempre que el vaso se llena, se desborda y cae el agua al suelo”. “Mira cada vez que cierro los ojos y doy vueltas, me mareo”. “Mira siempre que salto a la piscina, salpico el muro”. De esta forma comenzaron los experimentos. “¿Y si ahora salto más fuerte, hasta donde llegaré a salpicar?”. “¿Y si ahora doy vueltas pero sin cerrar los ojos?”. “¿Y si ahora hago un agujero en el vaso cuánto tardará en desbordarse?”. “¿Y si al perro le rasco en otro lugar?”. “¿Y los gatos también levantan la pierna cuando les rascas?”. Todo eran experimentos lineales para entrenar su entendimiento del tiempo en línea recta. Pero dado que ya no es tan pequeño y que tiene más o menos bien desarrollado los otros grandes palacios del interior, lo que más le gusta es experimentar con los seres humanos. Es curioso pero ahí no todo es metódico y sistemático, no siempre las consecuencias son las mismas, ni los efectos siguen igual a las causas. “Para convencer al abuelo es mejor poner cara de inteligente y decirle que estoy aprendiendo. Pero eso no funciona con la abuela María Aurelia, ella para lograr que acepte un trato es mejor ponerse sensible, incluso llorar como si fuera aún un niño pequeño”. “La abuela Soledad es distinta, con ella es muy sencillo lograr cualquier cosa, no hay ni que esforzarse mucho, solo con poner cara de desvalido y voz triste, todo me lo da”. “Para manejar a mamá es mejor hacerme el enfadado hasta que ella venga a preguntarme qué me pasa. Entonces ahí es el momento de lograrlo. Y para lograr beneficios de papá es mejor hablarle con sinceridad, como más adulto, y luego cuando se pone muy serio decirle algo sensible”. Son leyes lineales que siempre se repiten con ciertas variantes porque las condiciones nunca son del todo iguales. El pequeño Víctor, que ya no es tan pequeño, va trazando con sus experimentos líneas de comportamiento que obtienen con cierta facilidad logros.

—Profesor —dice en el colegio—, estoy intentando cooperar pero ese niño no para de destruir el trabajo del grupo. Si quieres yo le puedo decir algo pero tienes que darme el permiso y que todos lo sepan. No tienes que venir si no quieres...

En el colegio las leyes lineales del manejo psicológico son distintas que en casa. Víctor está organizándose parcelas de comportamiento distinto según esté en un entorno o en otro. Antes, cuando era niño, es decir aún más niño, se comportaba igual en todas partes. Pero ahora ya no, ahora con sus experimentos lineales sabe qué formas obtienen más beneficios en distintos entornos. Con la aparición del Gran Palacio Rojo se inician las neurosis o los distintos “yoes” para lograr beneficios según las situaciones.

—Ahora no te hagas el niño pequeño —le pide su abuela—, eso ya no hay quien se lo crea.

—Pero sí es verdad abuela que estoy muy triste...

—Pues antes en el colegio te he visto y parecías todo un adulto. No ve vengas con cuentos.

—Pero abuela si aún son un niño y necesito a mi abuela linda...

En realidad no está manipulando o mintiendo, de momento solo juega con la línea recta y sus posibilidades. Y en esta línea recta entran el presente en movimiento incesante como el tic—tac del reloj, y entra el pasado que quedó atrás de la línea y el futuro que es lo que está por llegar de esa línea.

—Mamá, yo no te dije eso, lo que yo hice fue sacar la basura y luego me fui a mi cuarto. Sabía que me esperabas allí.

Pasados, presentes, futuros... todo un juego en cierto modo sencillo, un juego de niños y experimentos que, por otro lado es muy eficaz para obtener beneficios concretos y tangibles.

—No me mientas porque sé que no estabas allí.

—¿Y cómo los sabes si tú no podías verme? —pregunta el niño en uno de sus experimentos.

—Lo sé porque si hubieras estado no traerías el pantalón

tan limpio.

Claro que se cree muy listo pero esta también empezando a entender que en este juego de la línea recta no es el único que la usa. Los otros también saben cómo defenderse. Mentir no es tan sencillo cuando todos usamos el mismo truco con los tiempos. “¿Quién te lo ha dicho?” “¿Cómo lo sabes?”. Y no siempre lo aciertan porque lo hayan visto, o hayan escuchado de alguien, también aciertan por razonamiento. Y eso genera una sensación de pensar.

—Un momento que estoy pensando —dice el niño—. No puede ser, si tú cogiste las tijeras para cortar las sábanas y luego las dejaste en su sitio, nadie más había en la casa. Papá no llega hasta las ocho. Estabas sola. ¿O acaso entró alguien en esas horas? Las tienes que haber puesto en otro sitio. Piensa mamá, piensa...

Aquí en el Gran Palacio Rojo vive el Comerciante. Y es un comerciante de relaciones internacionales pues sale al exterior a buscar acuerdos. Sabe lo que necesita porque le llegan todas las señales del cuerpo y con ese conocimiento filtrado busca pactos ahí fuera para lograr beneficios. Pero el Comerciante no solo sale ahí fuera a través de la boca y los acuerdos, también es el único que tiene un acceso directo con el Emperador (cerebro). La razón es muy sencilla y es que para gobernar un país tan complejo como el cuerpo humano, es importante que el Emperador no sepa todo. Se volvería loco y soltaría decretos sin sentido. Alguien tiene que seleccionar la información realmente relevante para pasársela. El Comerciante también es el encargado de hablar con el Emperador y juzgar por él mismo lo que es importante que sepa el pueblo y lo que no, y sobre todo cómo contarlo. A veces hay que exagerar y otras minimizar los dramas. El uso de las palabras o pensamientos es todo un arte y si se hace mal, el Emperador se puede preocupar por tonterías o no reaccionar bien a lo importante. Resulta crucial que el Comerciante sea un

buen filtro de lo que pasa en el país y por eso sabe elaborar tratos, pactos o acuerdos que interesen a distintas partes.

—Mamá, he pensado —dice ahora Víctor— que para que tú estés tranquila y papá también, pero yo al mismo tiempo pueda seguir desarrollando lo que me hace bien, que me compres una buenas zapatillas. Así tendré el pie protegido y tú puedes estar tranquila.

El Comerciante (corazón) sabe muy bien las cosas que le interesan al Emperador y las cosas que podrían causar una revolución. Básicamente de lo que se encarga el Emperador es de las emergencias. Solo si las cosas no van bien en todas partes es cuando tiene que pensar en un decreto que solucione el problema. Si todo va bien, entonces lo que necesita el Emperador es entretenimiento. Llevar diversiones a la Casa Imperial para que no se aburra pues si se aburre es capaz de lanzar una guerra (interna, o contra algún otro país extranjero) o cualquier otra cosa absurda que haga sufrir al pueblo.

—Abuela ¿por qué te pasas el día cosiendo? —pregunta Víctor a su abuela Soledad.

—Me distrae —responde ésta.

—¿De qué?

—De mis dolores cariño... me distrae de mis problemas.

La abuela Soledad tiene razón, cuando cose, los nobles espíritus del trabajo del Palacio Amarillo y Ocre toman el control y el Emperador solo observa sin dar órdenes o pensamientos contrapuestos.

—¿Y qué te duele abuela?

—Me duele todo. Si me paro a pensar me duele todo. Soy ya muy mayor...

—No te pares a pensar —le aconseja su nieto y la abuela se ríe.

—Claro, por eso me gusta coser, ver novelas y estar contigo.

Cuando el pequeño Víctor, que ya no es tan pequeño, le

hizo la misma pregunta a su padre, la respuesta fue similar pero con ciertos matices.

—Yo para distraerme hijo mío me gustan las películas de acción. Y otras cosas que son de adultos y tú no entiendes.

Su padre está en lo cierto, lo que llama la atención del Emperador son básicamente tres cosas. Le interesa la supervivencia, los peligros potenciales, analizar formas de salir de una situación concreta o la forma de cazar o lograr algo concreto. Es decir, que no te maten y matar. Eso es lo que al cerebro, sobre todo el masculino por diseño evolutivo, le despierta sus alertas. Luego también le interesa, y esto entra dentro de la supervivencia, la alimentación. Le gusta comer, pensar en comida, buscarla y prepararla, disfrutarla. Eso entretiene mucho al Emperador: comer y beber. Y lo otro es la reproducción. Que de otra forma es también supervivencia del gen en este caso. De estas tres cosas es de lo único que el Emperador jamás se cansa. La muerte, el sexo y la comida.

—¿Y tú mamá, con qué te entretienes para que no te duelan las cosas?

—A mí no me duele nada hijo mío —responde Amparo.

—¿Pero cómo te distraes? —insiste Víctor.

—Haciendo cosas útiles por vosotros, esa es la mejor forma para que el pensamiento no se vuelva como un mono saltarín.

Su madre tiene también razón, para que el Emperador no moleste al cuerpo con decretos absurdos, la acción es otra buena idea. Mientras estamos haciendo cosas, los palacios del interior toman el control. La acción entretiene mucho al Emperador que observa distraído el funcionamiento de su pueblo. Y le gusta intervenir pero solo para pequeños arreglos o reflexiones que le llegan prácticamente dadas del Gran Palacio Rojo. El Comerciante le susurra lo que conviene en todo momento y el Emperador lo pone todo en la línea recta para ver por sí mismo los posibles efectos de las causas, o las posibles resoluciones de un acto. Si las cosas van bien se entretiene y no interviene, si las co-

sas van mal y hay emergencias sueltas, decretos a veces buenos y otros peligrosos porque entorpecen a los palacios del interior.

—Hagamos un trato —le propuso Víctor a su Emperador—, me voy a ir a jugar al fútbol para que estés entretenido, y luego a comer. Así al llegar las horas de descanso tú no me molestas con ideas absurdas o decretos caprichosos.

PERICARDIO

***El Gran Centro de Reuniones:
la Sangre***

Dentro del Gran Palacio Rojo se encuentra el Gran Centro de Reuniones, así que es una parada obligatoria para entender en su totalidad el funcionamiento de este gran palacio rojo. Funcionan entre ellos de manera muy coordinada y paralela. No obstante el pericardio es una membrana que recubre al corazón. Tiene dos partes, una primera que es fibrosa y la otra interna llena de líquidos a la que se le dice pericardio seroso. Pero nuestro punto de vista incluye además otros matices:

Antes hablamos de las casas ministeriales de paredes de viento. Sabemos que el cuerpo, al igual que hacemos nosotros en nuestra sociedad, no toma un solo mensaje como cierto. Necesita reconfirmar varias veces para tomar una decisión importante. Si las informaciones se llevan la contraria, entonces no hay decisión. Solo cuando al menos unos pocos millones de deidades, ánimas, espíritus, ecos o impresiones errantes traen la misma señal, se procede a una acción. Esto de reconfirmar una y otra vez es esencial para que todo mantenga un orden. Para ello también hay trabajadores en nuestro interior. Tenemos varias casas ministeriales donde se envía la información para ser contrastada y

tomar decisiones. Lo curioso de estas casas ministeriales es que no tienen paredes ni soporte físico alguno. Son casas de viento, imaginativas como el eje de la Tierra que aunque no se ve es responsable de las estaciones, del equilibrio total y permite la vida en la Tierra. Es de interés aquí aclarar que la casa más importante de todas las casas ministeriales, sí tienen paredes concretas y sólidas, paredes inteligentes y bien definidas. Todo lo que se procesa, absolutamente todo, tiene que pasar en última instancia por el Gran Centro de Reuniones (pericardio). Bueno, en realidad no todo, pero sí al menos lo más importante, o mejor dicho lo que quiere y interesa que pertenezca al ser, a la memoria y a la personalidad. Aquí en este Gran Centro de Reuniones donde todo llega para ser filtrado y puesto a análisis, las resoluciones se sueltan a la Sangre y es allí donde se vive el “yo”, el ser, la persona y sus recuerdos. Lo que no llegue a este centro, o lo que sea rechazado o quemado, jamás alcanzará el recuerdo, o formará parte del “yo”.

Es por eso de vital importancia y se traduce rápidamente en comportamiento, formas de ser y de expresarse. Para entenderlo mejor no sería mala idea hacer un viaje completo a ver si logramos llegar al “ser”. Por ejemplo, vamos a ver a alguna de esas impresiones errantes del hígado a ver si nos dejan acompañarla en su camino al pericardio. Podría ser, no solo una impresión errante sino también una deidad de los riñones, o una alegre ánima del pulmón, o puede que un fuerte espíritu de trabajo del bazo/páncreas. O incluso un eco multicolor de los distintos ministerios. Cualquier paquete de información. Pero sigamos, si os parece bien, a una de esas impresiones errantes del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes.

—Disculpe, con todo respeto y admiración ¿hacia dónde se dirige?

—Voy de camino al Gran Centro de Reuniones —responde la impresión errante—. Me envía allí porque tal vez interese lo que tengo que llevar.

—¿Y qué es lo que tiene que llevar?

—En realidad me han llamado precisamente de allí. Estoy muy ilusionado. Hay un debate ahora mismo sobre un asunto y creo que yo puedo ayudar. Me han dicho que vaya yo y otros miles como yo que se dirigen allí también.

—¿Y de qué se trata dicho debate?

—Es algo sencillo —responde la impresión errante con ademanes cotidianos—, el pequeño Víctor que ya no es tan pequeño está intentando entender sobre la lógica y la causa/efecto de las cosas. Voy para ver si me dejan pasar y ayudar a este respecto. Principalmente lo que traigo es un recuerdo de causa. Pero como digo, somos miles los que llevamos lo mismo. Voy a reforzar y a ver si entre todos llevamos a la Sangre. Ese es el último objetivo. Y si no nos dejan pasar o nos dejan no importa, solo somos los sirvientes del grupo.

La impresión errante se mueve a una velocidad impresionante, de su velocidad depende justo el mensaje y la información. Si rompe su dinámica, ya sería otro mensaje. Va muy rápido, casi le da tiempo a llegar en segundos y luego luchar por entrar, y lograrlo... en menos de dos o tres pulsos cardiacos puede estar en Sangre. Pero vayamos poco a poco a ver con qué se encuentra.

—Si no es un inconveniente, y pretendo no serlo... ¿puedo si me dan permiso seguirte para observar todo el proceso?

—Como quieras, si sigues mi ritmo... —aprobó la amable impresión errante y partió a gran velocidad.

En realidad, y aunque es cuestión de segundos, el viaje hasta alcanzar el pericardio fue algo tremendo, toda una aventura que ni en las más intrépidas películas podemos imaginar. En el camino, se iba encontrando a otros paquetes de información con los que tenía que pelear. Algunos muy agresivos y otros amigables, pero en cada encuentro ya se producía un cambio, un re-

finamiento muy preciso y meticuloso. Es en la aventura cuando se va madurando, en el viaje en sí mismo y sus devenires. La intentaran matar más de mil veces y sobrevivió a duras penas, y pasó frío y calor, humedad y sequedad, viento y otras penurias difíciles de entender. Y lo curioso es que la impresión errante pasó por Sangre y por las vías linfáticas. Sin embargo allí, en ese imperio, tiene muy claro los que pertenecen y los que no, los que llegan de otros muchos lugares y los que han sido aprobados y registrados por el pericardio.

—Con esa idea tuya no te dejarán entrar en el Gran Centro de Reuniones —le decía uno de los registrados en Sangre.

—¿Y cómo lo lograré?

—No lleves solo una confirmación porque hay muchos más que la llevan. Las cosas cambian muy rápido, si no aprendes, tal vez para cuando llegues ya no interesa.

—¿Y qué consejo me das tú que estás registrado y aceptado? Es para mí todo un honor recibir tus enseñanzas...

—El consejo es sencillo, no te apegues demasiado a tu propia vida, has de estar dispuesto a morir y cambiar, siempre morir mil veces y cambiar tras la muerte. Escucha y aprende porque solo a las confirmaciones maduras las dejan pasar. Y créeme que el guardián fronterizo del pericardio lo sabrá ver con suma facilidad. Y otro consejo, escucha sobre todo a la Esencia porque una vez que cruces, si te dejan pasar, allí están las deidades de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha. Con suma facilidad te pueden quemar y morirás sin posibilidad de cambio. Morirás para siempre. Escucha en tu camino a la Esencia e intenta aprender todo lo posible.

—Disculpa mi ignorancia pero ¿dónde está la Esencia?

—La tienes encima ahora mismo, está por todas partes, son esos paquetes de información que van y vienen por los líquidos. Viajan por el sistema linfático para aprender más y no tanto por la sangre. Las deidades allí son más fuertes y claras. Pero recuerda, y abre bien los ojos aquí, no te apegues demasiado a tu

propia vida y cambia. Siempre, cambia...

Estamos aquí hablando como si nada pero para no perder la perspectiva no sería descabellado ver la diferencia de los tiempos. Si lo medimos con nuestros relojes, el viaje no ocupa más de unas fracciones de segundo, a lo sumo, pero desde la perspectiva de la impresión errante, yo diría sin mucho rango de error que es equivalente a un largo viaje tal vez de más de 15 años. Imaginemos lo que se puede llegar a cambiar y a aprender después de 15 años en los caminos. Al llegar a las puertas del Gran Centro de Reuniones se encontraba viejo, lleno de polvo esencial y curtido por tanta lucha y tanta aventura extravagante. Allí, antes de entrar, habría por lo menos y sin exagerar, más de un billón de paquetes de información haciendo lo indecible por entrar.

—Va a ser imposible, somos demasiado... —pensó algo agotado. Pero no era el momento después de tan duro viaje, ahora es cuando el momento exigía quitarse el polvo esencial del camino y hacer relucir con fuerza lo que traía. La experiencia adquirida en el camino, y los sabios consejos que recibió de muy distintas fuentes, le ayudaron a levantarse con fuerza y luchar entre las masas con más energía que nunca. Así logró ver el muro.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó.

—No hay puerta, son las propias fibras del muro. Se van abriendo y van dejando pasar. Tienes que acercarte al muro todo lo posible y allí contarle a las fibras tu propósito.

Así lo hizo, pero mientras se acercaba escuchabas voces incomprensibles para él que salían del muro. Era complicado saber exactamente la procedencia porque el muro no tenía puertas, ni ventanas. Parecía a primera vista muy sólido e infranqueable. Pero se movía con cierta flexibilidad y en su movimiento es cuando se producían las aperturas en las fibras y las voces. Estas voces como en distintos idiomas debían ser peticiones pues cada

vez que se producían, todos los que allí esperaban se revolucionaban, cambiaban sus posiciones.

—Que se acerquen los que tengan algo relacionado con el dibujo a acuarelas, o los colores.

Entonces muchos se acercaban a hablar al muro para ver si les dejaban pasar. Algunos los conseguían y otros no.

—Que se acerquen al muro los que tengan algo relacionado con manzanas.

—¿También hay cosas de alimentación? —preguntó nuestra impresión errante algo abrumada por tan insólito panorama.

—Sí —le dijeron—, claro que hay debates mentales que llegan del Emperador y los pide el Comerciante, y otros que son para el intestino.

—¿El Emperador? ¿El Comerciante?

—Sí —le dijeron—, llamamos Comerciante al corazón, él es quien juzga lo que ha de enviarse al Emperador (el cerebro). Lo que él cree que se necesita es lo que pide el muro. Y por otro lado debe estar oliendo, o tal vez ya masticando una manzana según mantiene dicha conversación.

—¿Por eso pide paquetes de información relacionados con manzanas?

—Exacto. El muro es muy selectivo, sabe lo que quiere en todo momento. Le viene de dentro la información.

—¿Y qué hay dentro? —preguntó con voz asustada nuestra impresión errante.

—Allí está la Nube de Resonancias, pero primero es mejor que te acerques al muro e intentes entrar.

—Pero yo no traigo nada relacionado con manzanas o acuarelas o colores.

—No importa, aunque no te llamen, tú cuenta lo tuyo al muro y espera.

Al acercarse aun más, pudo ver que entre las fibras del muro lucía un inmenso cartel que decía: “El filtro”. Supuso que

era el nombre del muro del Gran Centro de Reuniones. Entonces se apoyó en el muro fibroso y sintió su flexibilidad, sus movimientos en olas como si en su interior hubiera un mar inmenso. Tenía que sujetarse con mucha fuerza porque los movimientos ondulados lo expulsaban fuera. De nuevo, sintió que la madurez adquirida durante el camino le ayudaba a controlar el miedo y a sentirse distinto al resto, capaz de lograrlo y con una fuerte determinación para no dejarse expulsar. Nadie la preguntaba, allí no se oía más que murmullos y un gran bum- bum que sin duda venía del latido del corazón. Aun así se decidió a contar lo que traía, en espera de que lo encontraran interesante.

—Soy una impresión errante que viene del hígado, del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes —explicó al muro—. Y aunque salí con ideas para el desarrollo de la lógica, ahora creo que traigo además números ordenados de tres en tres. Y todo esto es parte de la lógica que según me han dicho está ahora el pequeño Víctor, que ya no es tan pequeño, intentando aprender y adquirir. Es su momento evolutivo, según me han contado, porque ya ha cumplido los nueve años (diez si contamos con el año antes de nacer).

En ese momento y sin previo aviso, el muro se lo tragó y lo expulsó a un océano inmenso. Fue todo muy rápido pero ya estaba acostumbrado a las distintas velocidades y a los eventos que giran de repente. Así al pasar, para su sorpresa, se dio cuenta de qué forma ya no era lo mismo; su cuerpo, su velocidad y su dinámica eran muy distintas. Ahora era otro ser y sin embargo mantenía el mismo mensaje. Le dio mucha alegría saber que no había sido rechazado ni destruido en esencia. Logró entrar aunque imaginaba que los peligros estaban por llegar. En ese momento es cuando recordó la advertencia de que ese océano (la Nube de Resonancias) con suma facilidad podrían quemarlo y morir para siempre. Lo cierto es que allí en ese océano profundo e inmenso, las mareas eran muy fuertes, agresivas y de muy distintas direcciones. Y esa agresividad se la daba en parte el bum-

bum del corazón que obliga, como una batidora imponente, a que todo se mezcle. Aquí tenemos que reducir más la velocidad si queremos contar algo, porque aumenta considerablemente. En cuestión de fracciones de segundo todo está resuelto. Pero para entenderlo es mejor ralentizar mucho y un poco más. Tal vez estas fracciones de segundo son el equivalente a una semana de locos cambios. De momento, nuestra impresión errante ahora con otra forma y cuerpo meneado con fuerza y velocidad por las mareas del océano inmenso, logró preguntar.

—Estoy muy contento, me siento alegre por haber logrado pasar tan pronto. ¿Qué va a acontecer ahora?

—No estés tan seguro aún —le dijeron—. ¿No vistes que del muro también salían algunos despedidos?

—Sí, cierto. Lo vi.

—Muchos, no era que no los dejaran pasar sino que los expulsaban de aquí dentro. Siento advertirte pero aún hay opciones de que vuelvas al otro lado del muro fibroso.

—¿Y qué les pasa a los que son rechazados?

—Son destinados a la defensa. Se envían al pulmón y de allí el Gran Palacio Blanco y Gris, se los llevan a la piel para salir al exterior como defensa.

En este profundo e inmenso océano de ondas agresivas donde todo gira muy rápido se puede ver que..., efectivamente, la base del propio líquido, es la Esencia procedente de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha. Si recordamos, esa casa tiene el nombre de “La imagen amplia del grupo” y se encarga de unir las distintas formas para lograr una imagen de conjunto. Por eso los líquidos que dan la base a este océano llegan desde allí y sus ondas son integradoras, pero selectivas para que se logre la unidad. El resto son millones de paquetes de información que han sido filtrados por el muro. Y no son todos distintos sino que muchos se repiten, hay infinidad de confirmaciones de cosas casi idénticas. ¡Qué hermoso e inconmensurable

en sus expresión es el cuerpo humano!

Nuestra impresión errante, a la que estamos siguiendo, y que salió hace relativamente mucho tiempo, no se encuentra sola. Tiene semejantes y eso es tranquilizador. Muy tranquilizador. Mientras que hay otras ondas en esta Nube de Resonancias que no parecen haber cruzado el muro, ni son parte de la Esencia. Son de allí dentro, viven allí...

—¿Quiénes son esos que allí flotan? —preguntó nuestra impresión errante.

—Esos —le dijeron— vienen del corazón, son ya registrados, parte de la Sangre.

—¿Y qué hacen aquí?

—Están para pelear, para asegurarse que lo que es seleccionado, resulta útil. Si es demasiado similar a lo que ya tienen, lo queman. Si es muy distinto también. Están normalmente buscando cosas que refuerce, que aporten pero lo justo, cosas en la misma línea.

—¿Nos va a quemar?

—Es posible.

—¿Y cómo?

Nuestra impresión errante, aún no lo sabe, pero su cuerpo y su forma son ahora ondas con una frecuencia (longitud y amplitud) determinada, con picos y valles como todas las ondas. Desconoce un principio esencial de la energía y es que cuando las ondas se encuentran, pueden aniquilarse o amplificarse. Está a punto de ser expuesta a todo un arsenal de distintas ondas que pululan por ese océano profundo e inmenso. Si las ondas con las que se va a enfrentar son exactamente iguales entonces se producirá una explosión y ambas desaparecerán. Se quedan dejando un rastro de calor que ayuda a las supervivientes a ganar fuerza. Y si las ondas con las que se va a enfrentar son exactamente opuestas, entonces también se producirá una explosión y ambas desaparecerán. Se quedan dejando un rastro de calor que ayuda

a las supervivientes a ganar fuerza. La única forma de sobrevivir es que las ondas con las que se encuentre sean similares pero no idénticas, opuestas pero no idénticamente opuestas.

De momento, y ahora le están llegando un arsenal de ondas que la ponen a prueba (en realidad ya le llegaron nada más entrar) todas las que se encuentra no son idénticas así que sobrevive por ahora. Pero el corazón sigue bombeando y el océano es muy agresivo y revuelto. Se queman las que son idénticas porque no interesan, y se queman las que son totalmente opuestas porque son defensivas y están ahí para evitar posibles intrusos. El cuerpo, como veremos, siempre está elaborando ondas defensivas que aniquilen a los intrusos. Le interesa mucho todo lo que no gusta, lo que se rechaza, pues de ahí sale la defensa perfecta. Pero ninguna de esas ondas defensivas es similar a nuestra impresión errante, así que por fortuna no le hacen nada.

—De momento sigo con vida —piensa mientras siente el calor que dejan las que se van quemando a su lado.

Pero lo importante no es solo resistir a la quema. Si pasa un tiempo sin quemarse pero sin amplificarse, entonces será expulsada al otro lado del muro. Y terminará, si se confirma su expulsión (ya que podría volver a entrar) destinada al pulmón y de ahí a la piel. No basta con resistir, tiene que ser ampliificada si quiere llegar a formar parte de la Sangre como información registrada. Amplificarse no es tan sencillo porque tiene que coincidir con frecuencias similares. Si las frecuencias son otras, entonces no se afectan en absoluto. Son como las ondas de la radio que pueden coexistir sin molestarse siempre que sus frecuencias de ondas sean distintas. Por eso para amplificarse tiene que haber frecuencias similares (pero no idénticas) y entonces como los músicos de una gran orquesta, el volumen aumentará.

—¿Tú también traes información relacionada con la lógica y la línea recta?

—Sí, yo también —contestó nuestra impresión errante.

—Ven a sumarte a nuestra orquesta que estamos amplificando el sonido.

Por fortuna sí fue encontrando miles de otras ondas con frecuencias similares ligeramente distintas. Al sumarse a la ola de amplificación, el volumen de la vibración comenzó a aumentar considerablemente. Y aun más y más. Si lo ponemos en perspectiva podríamos compararlo con un ruido ensordecedor de más de un millón de trompetas sonando a la vez. Y seguían encontrando más y más confirmaciones y el volumen ganando fuerza. Y aun más confirmación y aun más fuerza. Según ganaban amplificación y volumen, se internaban más en las profundidades del océano.

—No sé si voy a poder resistir tanta tensión —le gritaba a la que tenía justo al lado.

—Aguanta, esto no va a durar mucho, pronto seremos electricidad.

—¿Electricidad? —preguntó nuestra impresión errante.

Y efectivamente, al amplificarse todas juntas llegaron a lo más profundo del océano donde se convirtieron en chispazo eléctrico. Y este chispazo, inteligente y único en cada ocasión, se extendió rápidamente por las fibras del corazón para producir un latido cardíaco. Ahora nuestra impresión errante que salió, hace relativamente mucho (fracciones de segundo,) se ha convertido junto a sus amigas en un latido cardíaco. Y toda esa impresionante descarga eléctrica que supone un latido cardíaco cae bruscamente sobre la sangre que se ha recogido en las cámaras. Y al hacerlo cambia el contenido sanguíneo. Ahora, nuestra impresión errante ya está registrada, ya forma parte de la Sangre. Es un contribuyente del ser, de la memoria y el recuerdo.

—Todo ha sido muy rápido —piensa mientras se siente orgullosa con su condición de registrada, oficial y legal—. Durante el proceso he sentido dos golpes. ¿Son las dos cámaras

cardiacas?

—Es posible —le explican sus compañeras también registradas—. Pero yo creo que lo que has sentido era la réplica.

—¿Qué réplica?

—La que sube al Emperador, al cerebro.

—El chispazo cardíaco también sube al cerebro.

—Claro, se repite exactamente igual (con algo menos de intensidad) en el Palacio Imperial. Es el diálogo del Comerciante con el Emperador. El pequeño Víctor, que ya no es tan pequeño, está teniendo una conversación y necesita dicha información consciente.

Toda la aventura ha sido impresionante, un largo y duro viaje en muy pocos segundos. Bastan unos pocos de latidos cardíacos para encontrar la memoria a largo plazo y la conversación del momento, y las emociones conscientes y el pensamiento. Sin embargo a nuestra impresión errante que un día salió del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes y que se vio transformada muchas veces hasta llegar a la sangre, no se le han acabado las aventuras. Aun puede ser aniquilada, o puede ser ayuda para muchas otras, y lo que es seguro es que pronto volverá a pasar por las cámaras cardíacas para recibir ella un chispazo y actualizarse. En ese chispazo puede morir y puede no sufrir muchos cambios. Lo natural es que si cambia, que aprenda y se renueve su información.

PERICARDIO

***El Gran Centro de Reuniones:
La comida***

El pequeño Víctor, que ya no es tan pequeño, está teniendo una conversación que le ayuda a mejorar su lógica y la línea recta. Le están subiendo a conciencia los pensamientos, recuerdos y palabras que tiene registrados en su organismo. Es un trabajo impecable y muy rápido donde no nos queda otra que admirar el trabajo realizado por el Gran Centro de Reuniones. Pero al mismo tiempo, según sucede la conversación, Víctor se está comiendo una manzana. Esto es también de la competencia del pericardio que realiza varias misiones al mismo tiempo. Es un centro complejo y de muy buena organización. Por eso en paralelo con la conversación tiene que encargarse de esa manzana. Sería interesante si pudiéramos seguir a alguno de los nutrientes de dicha manzana por el interior del cuerpo de Víctor y ver la trepidante aventura a la que se somete.

—Disculpa, ¿puedo seguirte para observar todo el proceso?

—No entiendo la pregunta, ¿qué proceso? ¿De qué me hablas?

Claro, le hemos preguntado a un nutriente de la manzana

pero él aún no sabe que va a ser ingerido.

—Solo quería acompañarte para lo que pueda pasar.

—Bueno, me parece bien —afirma el nutriente.

Aún no lo sabe pero está a punto de comenzar un viaje que durará en su totalidad algunas horas e incluso más de un día. Si supiera nuestro nutriente lo que le espera, no hablaría con semejante inocencia. Nuestro protagonista de hoy no está solo, forma parte de muchos otros nutrientes similares. Entre todos producen una resonancia, una vibración amplificada que salta como una música alrededor de la manzana. Y esa música o resonancia es la que ahora mismo le está llegando a la mano de Víctor, el cual sujeta la manzana con su mano izquierda. El viaje de nuestro nutriente por el cuerpo de Víctor en realidad no es solo personal sino que es colectivo y no solo es su cuerpo como materia, los que van a viajar. También viajarán por el cuerpo de Víctor su música, la vibración o resonancia que le es propia y que entre todos amplifican como una orquesta bien sincronizada. Por eso este viaje comienza en la mano izquierda de Víctor por donde se están recogiendo la música de dicha manzana. Tenemos que seguir, no solo al nutriente, sino a su vibración. Aquí en esta aventura es importante separarlos porque es lo que va a desempeñar en todo momento el cuerpo de Víctor. El nutriente, como entidad física y sólida, y su música como entidad vibratoria y sin soporte físico.

Sigamos para comenzar este trepidante viaje a la música de la manzana que avanza por las vías linfáticas y la sangre del brazo de Víctor.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta la vibración del nutriente.

—De momento —le explican—estamos viendo si todo está bien.

—¿Cómo qué si todo está bien? —pregunta algo asustada—¿Acaso pasa algo malo?

—Nada, es solo que nosotros comprobamos que la música que nos traen, esté en sintonía con la que nosotros tenemos. Por eso la exponemos a nuestra Esencia a ver si hay armonía y sale algo bonito. Eso nos ayuda a emitir mensajes al Emperador.

—¿Y todo está bien? —pregunta más relajada ahora la vibración del nutriente—Yo soy la música de una manzana normal, sin problemas que yo sepa.

—Sí, ya nos estamos dando cuenta.

—¿Qué pasaría si hubiera problemas? Es decir, que yo no traigo nada malo pero es solo por saberlo.

—Si algo no encaja con la música interna de Víctor, o si hay distorsiones fuertes, entonces igualmente enviamos todo al Gran Centro de Reuniones para que avisen al Emperador. Sin darse cuenta el niño comenzaría a examinar la manzana. O incluso sin saberlo la dejaría sin comérsela. De eso nos encargamos nosotros.

—¿Y dónde vamos ahora?

—Al muro del Gran Centro de Reuniones. Allí os darán el visto bueno para entrar en Sangre como registrados.

—Muy amable —dijo la vibración del nutriente—la verdad es que me siento cómoda aquí.

Efectivamente llegó al muro y rápidamente la llamaron y la dejaron pasar. En poco tiempo esta primera vibración del nutriente ya estaba registrada y en Sangre. Aunque no es muy fuerte ni goza de gran volumen, ya que es la primera y solo viene de la mano.

—Todo el mundo se porta muy bien conmigo —observó—. A mi paso se van preparando celebraciones o algo similar.

Como sabemos al Gran Centro de Reuniones le interesan las confirmaciones. No va a tomar decisiones importantes con una sola música que llega de una sola fuente. Necesita ir sumando más confirmaciones. La siguiente es también musical, sola

la vibración y no el nutriente que, en este caso, no entra por la mano sino por el olfato de Víctor. Es al olerlo a cierta distancia y sin ser muy consciente de ello, cuando por su cuerpo entra la segunda vibración del nutriente. Si todo va bien, no llamarán al Emperador. Esta segunda vibración llega por la nariz y pasa igualmente al pericardio.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta la segunda vibración del nutriente.

—De momento —le explican—estamos viendo si todo está bien.

—¿Cómo qué si todo está bien? —pregunta algo asustada—¿Acaso pasa algo malo?

—Solo estamos comprobando que la música que nos traen esté en sintonía con la que nosotros tenemos. Por eso la exponemos a nuestra Esencia a ver si hay armonía y sale algo bonito. Eso nos ayuda a emitir mensajes al Emperador.

—¿Y todo está bien? —pregunta más relajada la segunda vibración del nutriente.

—Todo bien de momento.

—¿Y dónde vamos ahora?

—Al muro del Gran Centro de Reuniones. Allí os darán el visto bueno para entrar en Sangre como registrados.

—Muy amable —dijo la vibración del nutriente—la verdad es que me siento cómoda aquí.

Efectivamente llegó al muro y rápidamente la llamaron y la dejaron pasar. En poco tiempo esta segunda vibración del nutriente ya estaba registrada y en Sangre donde se encontró con la primera.

—Qué alegría oírte —le dijo la primera vibración del nutriente a la segunda—. ¿Cómo has entrado?

—A través de la nariz ¿y tú?

—Yo a través de la mano. Me alegra mucho que estés ya dentro, con tu presencia nuestra música tomará fuerza y volumen en Sangre.

—También yo me alegro de verte, aquí de momento todo el mundo se porta muy bien conmigo. A mi paso se van preparando celebraciones o algo similar.

Vayamos ahora a por la tercera confirmación. En este caso va a entrar por la boca. Ahora Víctor muerde la manzana y comienza a masticar. La música que ahora suena es mil veces más potente que la registrada por la mano o por la nariz. Esta tercera confirmación es sin duda importante y de gran volumen. Resuena como una gran orquesta de inmensa melódica en el cielo del paladar y en las paredes de la boca, y en la lengua... Toda esa música de gran volumen viaja rápidamente por el cuello hasta el Gran Centro de Reuniones.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta la tercera vibración del nutriente.

—De momento —le explican—estamos viendo si todo está bien.

—¿Cómo qué si todo está bien? —pregunta algo asustada—¿Acaso pasa algo malo?

—Solo estamos comprobando que la música que nos traen esté en sintonía con la que nosotros tenemos. Por eso la expone-mos a nuestra Esencia a ver si hay armonía y sale algo bonito. Eso nos ayuda a emitir mensajes al Emperador.

—¿Y todo está bien? —pregunta más relajada la tercera vibración del nutriente.

—Todo bien de momento, fácil y sencillo porque contamos con otras dos vibraciones similares ya registradas en Sangre. Todo bien.

—¿Y dónde vamos ahora?

—En su caso, al ser la confirmación de la boca y dada la importancia y la fuerza de su música, irán directamente al Palacio Imperial donde está el Emperador y también la llevaremos al muro del Gran Centro de Reuniones. Allí os darán el visto bueno para entrar en Sangre como registrados.

—¿Al Emperador? —dijo la tercera vibración del nutriente con una clara voz de entusiasmo.

—Si, al Emperador le entretiene vuestra música, le gusta oírla. Pero además igualmente dará el visto bueno para que todo siga su camino. Si no le gusta vuestra música, os escupirá.

Efectivamente llegó al Palacio Imperial y cantaron para el deleite del exigente Emperador. Y también esta tercera vibración del nutriente llegó al muro donde la esperaban y rápidamente la dejaron pasar. En poco tiempo esta tercera vibración del nutriente ya estaba registrada y en Sangre donde se encontró con la primera.

—Qué alegría oírte tan fuerte y con ese esplendor —le dijo la primera y segunda vibración del nutriente—. ¿Cómo has entrado?

—A través de la boca —añadió y las otras dos quedaron impresionadas.

Pero ahora nuestra intrépida aventura tiene que tomar otro camino porque no solo es la música del nutriente sino el nutriente en sí. De momento, al nutriente lo han salido a recibir las enzimas.

—Muy amables estas enzimas, son como parejas de baile —observa nuestro nutriente. Además se da cuenta de que estas enzimas que les van a acompañar además, logran que su música interna aumente. Son como un altavoz para que la vibración intrínseca tome volumen. Es por esto en parte que la tercera vibración del alimento es tan hermosa (sin descuidar que la propia bóveda de la boca tiene una acústica excelente para amplificar). Pero sigamos con el nutriente.

¿Hacia dónde vamos? —pregunta el nutriente a la enzima que lo ha ido a recibir.

—De momento —le explican las enzimas—estamos viendo si todo está bien. Comprobamos que la música que nos traen

esté en sintonía con la que nosotros tenemos. Por eso la expone-mos a nuestra Esencia a ver si hay armonía y sale algo bonito. .

—Claro ¿por eso sois como un altavoz que amplifica nues-tra música interna?

—Sí, en parte es por eso —responde la amable enzima.

—¿Y a dónde vamos ahora?

—Vamos a bajar camino al estómago. Por favor, si es tan amable de seguirme.

—Claro, es un placer.

Entonces el nutriente bajó hasta el estómago junto a la amable enzima y en el camino pudo escuchar sorprendida, como la música que sale de su interior está sonando por todas partes como un fondo melódico. Era sin duda una bienvenida extraor-dinaria, muy bonita y bien coordinada.

—¿Cómo habéis logrado semejante música? ¡Soy yo mis-mo! ¡Es mi sonido interno!

—Hacemos un trabajo serio —respondió la enzima que lo acompañaba— Hemos logrado previamente tres distintas confir-maciones de su vibración personal.

—Es muy agradable oírse.

—La amplificamos como una defensa. En el Gran Centro de Reuniones están siempre pidiendo confirmación.

—¿Voy yo a ir a ese lugar tan importante? —preguntó el nutriente según caía por el esófago.

—No, disculpa pero nuestro camino es otro. El Gran Cen-tro de Reuniones es solo para vibraciones. Tú eres un nutriente con soporte físico, eres materia. Así que no iremos allí. En su lugar vamos al estómago.

Una vez llegaron al estómago comenzó la lluvia ácida. Esta lluvia tremendamente agresiva incomodó algo a nuestro nutriente.

—¿Es esta otra forma de defensa? —preguntó.

—Sí —le respondieron—. Pero además seguimos sacando

su música interna. El ácido genera explosiones para separaros a todos y al hacerlo aumenta el volumen de nuestra vibración.

—¡Perdona no puedo oírte! —gritó el nutriente.

—¡El ácido genera explosiones para separaros a todos y al hacerlo aumenta el volumen de nuestra vibración!

—¡No hace falta que lo jures, aquí el volumen es inmenso!

—¡Pero no te preocupes por los ácidos! —exclamó la enzima a voces—¡A ti no te harán nada porque tu música ya estaba registrada en Sangre! Se han estado preparando precisamente para no dañarte.

—¡Sí, yo me siento bien! Supongo que hay otros que no tanto.

—¡Algunos intrusos morirán aquí! Para los que no hay música registrada previamente, se destruyen. Pero también dejan una música que nos interesa estudiar y recopilar para la defensa.

El nutriente sigue con su baño ácido y lo encuentra agradable. Todo ese estruendo ensordecedor sube a las paredes del estómago que igualmente es como la bóveda de un gran palacio de la música. Allí en el techo hay una serie de células que recogen esta música que supone la cuarta confirmación de la vibración del nutriente. Dejemos de momento a nuestro nutriente en su baño ácido y vamos a seguir a esta cuarta confirmación. De momento vemos que al llegar a la bóveda del estómago, se mete por unos conductos como un gran órgano de tubos.

—¿A dónde nos llevan? —pregunta la cuarta vibración del nutriente.

—Vamos al Gran Palacio Amarillo y Ocre. Este palacio está compuesto a su vez por dos grandes palacios. El bazo y el páncreas.

—¿Y a cual vamos primero?

—Primero al bazo.

La cuarta vibración del nutriente, viajando por los tubos

llegó efectivamente al Gran Palacio Amarillo y Ocre en el subpalacio del bazo. Pudo entonces leer en la puerta una inscripción que decía “La administradora”, y en otra que ponía: “El pueblo”.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó la cuarta vibración del nutriente.

—Aquí necesitan oír tu música porque es donde se entrena a los soldados.

—¿Mi música? ¿Con ella entrenan a los soldados?

—Sí —le explicaron— tienen que madurar, acostumbrarse y prepararse para todo tipo de músicas. Aquí llegan las buenas y las malas y el que no esté preparado, se reemplaza.

—Yo soy de las buenas vengo de una manzana —quiso explicar por si acaso la cuarta vibración del nutriente.

—Sí, lo sabemos. Nos ayudarás a enseñar a nuestros soldados. También te vendrá bien ti entender como van las cosas por aquí. Escucha y aprende.

Ahora la cuarta vibración del nutriente, después de madurar con los soldados, se dividió en dos caminos. Con la misma música fue enviada al Gran Centro de Reuniones. Y también fue enviada, dentro de este mismo palacio, al páncreas. Allí en el muro del Gran Centro de Reuniones la estaban esperando, fue llamada y la dejaron pasar. En poco tiempo esta cuarta vibración del nutriente ya estaba registrada y en Sangre donde se encontró con las otras tres anteriores.

—Qué alegría oírte, y tan fuerte y reluciente —le dijeron las otras confirmaciones que estaban ya en Sangre—. ¿Cómo has entrado?

—A través del estómago y el Gran Palacio Amarillo y Ocre —respondió y las demás quedaron impresionadas—. ¿Y vosotras?

—Yo a través de la mano —respondió la primera.

—Yo a través de la nariz —respondió la segunda.

—Yo a través de la boca —respondió la tercera.

—Me alegra mucho que estemos todas juntas en Sangre formando este equipo registrado que cada vez suena más sólido y firme.

Sigamos con nuestra trepidante aventura y vayamos a ver cómo se encuentra en nutriente. Lo dejamos en el estómago con un baño ácido muy agradable diseñado para él.

—¿A dónde nos llevan ahora? —pregunta el nutriente.

—Ahora que estáis todos muy disgregados y conocemos la música de cada uno de vosotros (para que no se cuelen intrusos) os llevamos al duodeno. Es un lugar muy agresivo pero para los nutrientes buenos, no hay nada que temer.

—Yo soy bueno vengo de una manzana —quiso explicar por si acaso el nutriente.

En el duodeno, al llegar, pudo ver que se erguían dos cámaras una delante de la otra. Al entrar en la primera un gran cartel decía: bilis. Y al fondo en el segundo se podía ver otro cartel que decía: jugo pancreático.

—¿Esto de la bilis que nos van a rociar qué es? ¿De dónde viene? —quiso preguntar el nutriente.

—La bilis —le explicaron—viene del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Allí es donde se forma y es de lo más complejo y bien elaborado como todo lo que sale de ese palacio. Está muy estudiado, muy inteligente y contrastado a lo largo de los años. Todo lo que alguna vez el pequeño Víctor, que ya no es tan pequeño, se llevó a la boca está registrado allí. Sobre todo los tóxicos.

—¿Los tóxicos de todos los tiempos están en ese palacio? —preguntó el nutriente.

—Bueno, mejor dicho está la música de dichos tóxicos, no el tóxico en sí como materia física. Solo se guarda durante un tiempo hasta que se les copia su música y luego se les expulsa.

—¿Y qué hacen con esa música que recopilan desde los

comienzos? Será muy elaborada y con sonidos exquisitos.

—Con esa música de todos los tiempos impregnan el líquido que ahora te vamos a rociar.

—¿La bilis?

—Correcto. En la bilis está la información musical de cualquier tóxico que alguna vez haya tomado Víctor. Todo está ahí y se repite constantemente. Si acaso no fueras un nutriente bueno, por ejemplo una bacteria peligrosa o un tóxico, al rociar-te este líquido, su música encajaría perfectamente con la tuya hasta el punto de aniquilarse ambas. Es una defensa, sabiendo lo malo, se recoge y se repite siempre, así cancelamos sus ondas.

—La verdad —confesó el nutriente—, es muy inteligente. Una idea perfecta para mantener la defensa y el orden. Estoy deseando someterme a esa profunda limpieza que viene desde el comienzo de los tiempos. Va a ser una ducha interesante.

—Te advierto —le explicaron—, y no te asuste, que te va a dejar algo mareado. Tal vez incluso ni te reconozcas luego a ti mismo.

—¿En serio? —añadió el nutriente con voz de miedo.

—Pero tranquilo porque en la siguiente cámara el jugo pancreático tiene el registro (enviado desde el bazo cuando todo se sacó del estómago) de lo que eras antes. Por eso te ayudará a quitarte el mareo y devolverte la identidad. Serás de nuevo tú mismo pero totalmente limpio. Es un proceso duro lo de estas dos cámaras pero son esenciales para nuestra defensa.

—Gracias por avisar. Y no te preocupes yo soy un nutriente bueno, vengo de una manzana. No creo que el hígado tenga ningún registro malo mío. Sobreviviré y luego me quitarán el mareo. Estoy preparado.

Cuando al nutriente le cayó encima la bilis, con todo el registro histórico de todos los tóxicos y traumas, lo físico y lo emocional, los problemas que había tenido Víctor en toda su vida ya sean nutricionales o emocionales. La experiencia fue de

lo más intensa, un revuelo de emociones, sabores, olores, sentimientos... todo junto como una bomba atómica que te traslada al pasado más remoto. Incluso cuando Víctor era bebé y más allá, cuando era embrión en el vientre de su madre. Y todavía más allá porque hay registros de la Sangre de Amparo que llegan de otros ancestros. Si alguno, en la cadena de ancestro, se intoxicó con algo y tuvo un trauma fuerte, también está su música allí en la bilis producida y repetida una y otra vez por las impresiones errantes del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Como le avisaron, nuestro nutriente terminó de recibir el baño y pasó a la siguiente cámara totalmente mareado, fuera de sí mismo, sin reconocerse internamente. Entonces el jugo pancreático le fue devolviendo poco a poco su persona. Como una medicina milagrosa, el mareo se le quitó y se volvió a sentir él mismo. Nuestro nutriente ahora está limpio y su música suena como siempre pero sin interferencias, suena como siempre pero más nítida, más depurada y más pura.

—Me siento como nunca —agregó el nutriente después del baño pancreático.

—Nos alegramos por ello —le dijeron en la puerta del intestino delgado.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. ¿Y para qué es todo este moco blanco y viscoso?

—Estás entrando en el intestino delgado. Ese moco como tú le llamas, te ayuda a mantenerte limpio. Al ser tan viscoso no hay interferencias de músicas con otros. Estás aislado acústicamente. Por eso lo usamos.

—Sí, la verdad es la primera vez que escucho silencio desde que entré aquí.

—El silencio que logra este aislante no es solo para mantenerte limpio después de tus baños, es también para que puedas oír mejor.

—¿Oír mejor el qué, si no se oye nada en absoluto con tanta densidad?

—¿Ves esas vellosidades por las paredes? —le explicaron.

—Sí, ¿qué son?

—Tienes que acercarte a ellas y poner ahí tu oído. Entonces escucharás la música que hay al otro lado. Y al otro lado está la Sangre. Si tú música está en Sangre entonces te dejarán pasar. No es sencillo porque oirás muy distintas músicas.

—¿Es así como selecciona la pared del intestino delgado las distintas entradas de nutrientes?

—Sí, por resonancia. Si lo que suena en Sangre y la música propia que llevas tú en tu cuerpo son iguales, las células de la pared te dejarán pasar.

—Es muy inteligente. Creo que lo conseguiré porque al otro lado tengo al menos cuatro confirmaciones que demuestran presencia aquí y mi pureza.

Nuestro nutriente, en el silencio viscoso del intestino delgado logró, empujado por las mareas, llegar a las vellosidades. Allí puso el oído y efectivamente se oían las músicas del otro lado. Las músicas de la Sangre. Ahora tenía que lograr mantenerse allí y encontrar a sus compañeras del otro lado. La marea le arrastraba de un lado a otro, no siempre se encontraba cerca de las vellosidades pero en realidad el pasillo era muy largo, tenía mucho tiempo para lograrlo. Fue después de unos diez largos minutos cuando encontró a la primera vibración de sí misma.

—¡Qué alegría me da oírte! —le dijo desde el otro lado.

—A mí también. Yo soy la tercera confirmación. ¿Quién eres tú? No puedo verte.

—Yo soy el nutriente. ¿Puedes oír que somos iguales en vibración?

—Sí, lo oigo.

—Necesito entrar. Estoy en el intestino delgado y tengo que pasar a la Sangre. De momento te he encontrado a ti, pero hasta que no tenga más confirmaciones no me dejarán pasar. Al menos ya te tengo a ti, no te perderé el sonido.

El nutriente siguió viajando por el intestino delgado ahora sabiendo como localizar a la tercera confirmación. Fue a los tres minutos cuando apostado en otra vellosidad logró oír al otro lado a la segunda y cuarta vibración de sí misma.

—¡Qué alegría me da oíros! —les dijo desde el otro lado.

—A nosotras también.

En ese momento el muro de las vellosidades se abrió y bruscamente lanzó al nutriente a la Sangre donde se encontró con las vibraciones musicales de sí misma.

—Has logrado entrar —le dijeron.

—Gracias a vosotras. Habéis hecho un gran trabajo.

—Yo llevo aquí en Sangre mucho tiempo —dijo la primera confirmación que venía de las manos—. Y ahora entiendo cual era mi misión. Ahora que estamos juntos no nos separaremos.

—Ha sido una gran aventura, muy curiosa y hermosa.

—Fascinante.

El nutriente ahora unido a sus vibraciones viajaba por la sangre donde ya tenía destino pues algunas células contrataron sus servicios. Fue llegar y no tardó mucho en comenzar a trabajar con las células que lo reclamaron.

—Llevamos esperándote hace tiempo —le dijeron las células—. Nos alegra mucho vuestra entrada. En realidad es gracias a nuestro previo reclamo que te dejaron pasar en la pared del intestino delgado.

—Pero yo vengo de una manzana, soy un nutriente puro.

—Pero aun así, sin nuestro reclamo tal vez le hubieran dado prioridad a otros. Incluso sin nuestro previo reclamo las vibraciones o músicas hubieran sido quemadas.

—Gracias entonces por vuestra solicitud.

—Gracias a ti por haber llegado sano y a salvo.

Aquí concluye esta aventura trepidante que comenzó en la propia manzana y ha terminado en las células de nuestro querido Víctor. Ha sido un largo y duro viaje, curioso sobre todo por semejante diferenciación entre el nutriente físico y sus músicas. Es impresionante como nuestro organismo toma las decisiones haciendo resonar vibraciones. Si el Gran Centro de Reuniones no estuviera bien no llegarían las confirmaciones musicales a la Sangre y los nutrientes tendría que seguir hasta ser eliminados sin uso.

—¿Está rica?

—Perdona, no te he ofrecido —dice Víctor—. ¿Quieres un poco de manzana?

PERICARDIO

***El Gran Centro de Reuniones:
La defensa en el exterior***

No podemos dejar escapar esta ocasión porque tenemos frescos los viajes donde el Gran Centro de Reuniones es principal. Hay muchas más historias, miles de millones a cada segundo. No podemos seguirlas todas. Pero sí sería buen momento para ver qué hace nuestro organismo con esas resonancias o músicas que son rechazadas por el muro. ¿A dónde van? ¿Para qué se usan? Es el momento de buscar otra nueva aventura y seguir de cerca alguna de estas resonancias de desecho. Vayamos de vuelta al muro, allí donde se encuentran al menos más de un billón de paquetes de información intentando entrar. El muro como sabemos, va llamando y va tragando pero también rechaza. Algunos que intentan entrar no son aceptados. Entonces se quedan por allí un tiempo y lo vuelven a intentar. Cuando llevan ya muchos rechazos su historia es otra totalmente distinta y es la que aquí queremos ahora seguir.

Pero antes debemos saber que no solo son los rechazados por el muro, sino que también el muro suelta desde su interior. Hay desterrados que son expulsados desde la Nube de Resonancia y hay rechazados. En esta historia encontramos dos perso-

najes.

—Das asco —le dice a gritos el rechazado.

—Tú también hueles mal —le responde el desterrado—. Aléjate de mí, nadie te quiere. Eres un idiota, un indeseable.

—Huelo igual de mal que tú, los dos olemos a muerte. Y no seas tan engreído porque a ti también te rechaza todo el mundo.

—Déjame en paz —grita el desterrado.

Ambos tienen el carácter algo roto después de tantos rechazos e ilusiones sin cumplir. Se sienten inútiles sin saber que van a formar parte de algo muy importante. Sin embargo es bueno que mantengan ese carácter agresivo y antipático.

—Te he dicho que no me sigas. Das asco.

—Eres tú el que me estás siguiendo. ¡Déjame en paz!

—¿De verdad quieres que te deje? ¿De verdad? Si no hay nadie que te aguante. ¿Quieres que te deje en paz?

No son los únicos, hay miles de millones iguales que han sido, o bien rechazados por el muro y bien expulsados del interior. Y algunos, no muchos, pertenecían incluso a la nobleza pues estaban en Sangre registrados y bien posicionados. Pero sigamos a estos dos que ya les hemos cogido cariño, A ver como avanza su historia.

—¿Dónde nos llevan? —pregunta el desterrado.

—Calla, no preguntes. A ti no te van a decir nada, no te das cuenta que no nos quieren. Ni se acercan a nosotros. ¡Idiota!

Del pericardio han sido trasladados al Gran Palacio Blanco y Gris (pulmón).

—¿A qué esperamos? —se pregunta el rechazado.

—Esto es muy bonito. Se parece a un árbol inmenso de luces.

—Será muy bonito pero estamos encerrados, nos tienen prisioneros. ¡Eres tan tonto que no te das cuenta!

—¡Ya lo sé!

Como venimos diciendo, el cuerpo siempre trabaja con confirmaciones. Aunque en este caso, cuando se trata de rechazados y desterrados no es tan importante. Si las hay, recibirán otro trato, pero si no las hay, su destino sigue siendo el mismo. Ahora están en el Gran Palacio Blanco y Gris esperando a ver si llegan más confirmaciones de otras partes para amplificarlos.

—¿Quiénes son esos? —observa el rechazado.

—No tengo ni idea pero son igual de asquerosos que tú —le responde el desterrado.

—¡Y tú qué! —le chilla de vuelta.

—¿De dónde venís? —le preguntó el rechazado a uno de los recién llegados.

—Somos desechos de los bajos fondos. Nos han enviado aquí y no sabemos para qué.

—Apestáis —le dicho el desterrado

—No más que tú —le responde de vuelta con igual mal genio el desecho de los bajos fondos.

En realidad viene del intestino grueso. Es una resonancia de desecho que intentó cruzar la pared del intestino delgado, pegándose a las vellosidades en busca de la música de sí mismo. Pero después de muchos intentos no logró encontrarla. La habían cancelado al otro lado, allí en Sangre.

—¿Dónde está mi música? —se preguntaba una y otra vez sin oírla—Pero si estoy convencido de que había confirmaciones.

No sabe que fue cancelada a petición de las células y por decreto del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, quien las llegó a considerar traumáticas. Al cancelarlas, dejó al nutriente en el interior del intestino sin posibilidad de pasar. Entonces continuó al intestino grueso. Una vez allí, el nutriente rechazado de los bajos fondos fue devorado por bacterias y excretado. Se convirtió en un excremento de bacteria traumatizado y sin orgullo propio, desposeído de la estima y la cordura. Él continuó hasta ser eliminado por el ano pero su música horrible fue capturada

por la pared del intestino grueso y enviada al Palacio Blanco y Gris donde se encontró con los de su misma suerte.

—¿Por qué nadie nos habla? ¡Nadie se dirige a nosotros! ¡No nos consuelan!

—¡Cómo puedes ser tan idiota! —respondió el desterrado—¿No te das cuenta? No nos consuelan porque quieren que seamos así.

—¿Así cómo?

—¡Así cómo! Así de idiotas, así de agresivos y malhumorados.

—¿Para qué? —preguntó el desecho de los bajos fondos.

—Vamos, piensa un poco. No es tan difícil. ¡Piensa, estúpido! Es muy sencillo, quieren que seamos agresivos y por eso nos han traumatado. ¿O acaso a ti te han rechazado con amabilidad? No. Claro que no, te han rechazado con desprecio para traumarte y que te conviertas en lo que eres ahora. ¡Un idiota con ganas de morir!

—Deja de insultarme, tú no eres mejor que yo.

—Claro que no, yo soy otro idiota con ganas de morir. ¿Y sabes para qué nos han convertido en idiotas con ganas de morir?

—¿Para qué? —preguntó enfurecido el desecho de los bajos fondos.

—¡Piensa un poco! Los idiotas con ganas de morir son ideales para ir al frente de batalla. Luchan con más ferocidad, por su carácter agresivo y por el desprecio que sienten de sí mismo. Luchan con fuerza porque necesitan recuperar su orgullo y luchan con fuerza porque no les importa morir. ¿Te das cuenta? ¡Nos han educado para ser el blanco perfecto!

—Creo que tienes razón —concluyó el rechazado—. Sinceramente creo que tienes razón. Yo por dentro siento falta de orgullo y me encantaría pelearme para recuperarlo. Y siento también odio hacia mi mismo por lo que morir no es algo que me preocupe. Al menos morir luchando es más noble que vivir

así o caer muertos como perros sin uso alguno.

Los tres se quedaron en silencio. Y el silencio continuó sin atreverse ninguno a romperlo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó por fin el desecho de los bajos fondos.

—¿No lo hueles? —respondió el rechazado del pericardio.

—Sí, yo si lo huelo —repuso el desterrado—, es dióxido de carbono, nos están rociando con dióxido de carbono. ¡Por eso estamos en el pulmón! ¡Por eso! ¡Para aumentar nuestra fuerza como escoria! A propósito, nos tratan mal para prepararnos.

—Sí, ahora lo huelo, es cierto... es dióxido de carbono. Los nuevos, éramos pocos y ahora ellos.

—Es una música horrible —observó el desterrado.

—Si lo es —confirmó el desecho de los bajos fondos.

—¿A dónde nos terminarán soltando a todos? —preguntó el rechazado.

—No lo dudes, a la guerra, al frente de batalla a morir matando.

Efectivamente cuando todos habían sido amplificadas lo suficiente, mezclados en su miseria y la música que desprendían entre todos era agresiva y repugnante, fueron enviados a las trincheras de la piel. Allí los amontonaron de mala manera en unas bolsas enormes llamadas colágenos.

—Lo que faltaba —decía enfadado el desterrado—ahora nos amontonan aquí como si fuéramos basura...

—¡Basta ya idiota! —le grita el rechazado—¿Pero no te das cuenta que es lo que somos? En todo momento nos tratan así porque es lo que somos y porque quieren que lo seamos más y más. Nuestra rabia les es útil, les ayudará a terminar con lo malo.

Las células colágenos se pusieron de moda hace unos años porque son bolsas grandes que cuando están llenas se inflan mu-

cho. Al inflarse y por el hecho de estar justo debajo de la piel, en la tercera capa, lograr estirar la piel y nos da cierto lustre y juventud. Obviamente a nuestro Víctor que tiene nueve años no le hace falta, su piel es tersa de manera natural. Es aquí en estas bolsas donde nuestro cuerpo acumula toda la música de desecho cuyo ruido es horrible y asqueroso.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó el desecho de los bajos fondos—. Yo ya tengo ganas de salir y acabar con todo esto, mataría al que se me pusiera por delante. ¡Les odio a todos! ¡A todos!

—¡Calla idiota! No lo digas muy alto que es lo que quieren. En cuanto cometes un error te envían para fuera.

—¿Para fuera? Te refieres al frente a morir.

—Eso es —explicaba el desterrado.

—¿Y tú qué haces aquí entre la basura si eres tan listo? Además hueles mal como todos pero tus maneras son refinadas. Se nota que estás educado. ¿Qué haces aquí? no nos mientas.

—Tenéis razón, yo estaba registrado en Sangre y gozaba de cierta reputación.

—¡Ahórrate las historias patéticas!

—Pero hay mucha competencia y aunque fui muy útil durante un tiempo, me desbancaron. Me desposeyeron de mi registro y al pasar por el corazón, el chispazo cardíaco me envió al pericardio y de allí fui expulsado a través del muro. Todo sucedió muy rápido. Desde entonces siento una rabia interna que me hace estar a gusto entre vosotros.

—Se parece a mi historia —interrumpió un dióxido de carbono que por casualidad estaba escuchando.

—A nadie le interesa su estúpida historia —le dije el desecho de los bajos fondos.

—Igualmente yo estaba registrado en Sangre. Y pasé a formar parte de las células. Trabaje con ellas, me dieron reputación y privilegios. Y luego cuando me hice viejo me soltaron de nuevo a Sangre y a partir de ahí nadie se dirigía a mí. Me insul-

taban. Me traumaron a propósito para volverme loco y agresivo. Pero yo no pasé por el pericardio después del chispazo cardiaco, yo seguí en Sangre hasta que fui succionado por las ánimas del Gran Palacio Blanco y Gris que me llevaron a los alveolos. Entonces terminé aquí con vosotros.

—¿Ves? Lo que yo te dije, otra historia estúpida que no interesa a nadie.

—No me hables así —le gritó el dióxido de carbono—. Tú eres igual de despreciable que todos los que estamos aquí.

En ese momento comenzaron a pelearse, no pudieron soportar más la presión, el olor, la miseria, el desconsuelo, los desprecios y la pobreza. Les entró la desesperación como era de esperar y se pusieron agresivos entre ellos, atacándose los unos a los otros con mucha rabia. En ese momento, en el momento donde la pelea era más salvaje fueron bombeados hacia la superficie. Billones cada segundo son bombeados desde las bolsas de colágenos a través de los poros de la piel al exterior. Todos esos billones que allí se concentran forman un frente de batalla perfecto, muy agresivo y con el conocimiento exacto de todo lo malo del cuerpo. Ellos mejor que nadie saben lo malo porque lo han vivido. Precisamente con ese conocimiento y la agresión que supone, resultan los guerreros idóneos para defender al cuerpo de intrusos. Ese frente cubre toda la piel y sobresale a unos dos o tres milímetros. El carácter de estos soldados procura ser idéntico al de las bacterias potencialmente peligrosas. Así cuando una de estas bacterias pasa cerca de la piel o incluso llega a apoyarse, se encuentra muy incómoda porque literalmente su música es cancelada. O se aleja o muere. Cualquier invasor potencial, según los registros del cuerpo que se sacan de todos los grandes palacios (especialmente del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes y el Gran Palacio Amarillo y Ocre. Pero sin olvidarnos del Gran Palacio Blanco y Gris y el propio trabajo de cada célula). En todos ellos, palacios y casas particulares, se

registra y se conserva lo malo, y se producen a propósito malvados que son ciudadanos normales que se les educa como tales, usando los conocimientos que se tienen del enemigo. Entonces son enviados, como bien recoge esta historia, a pelear y morir en el frente del exterior.

PERICARDIO

***El Gran Centro de Reuniones:
Entradas del exterior***

—¿Qué tal tu día hoy en el colegio? —le pregunta Amparo a su hijo mientras van en el coche camino a casa.

—Bien.

—¿Qué habéis hecho? —insiste.

—Hoy casi todo el día en el Laboratorio de Humanidades.

—¿Hoy también?

—Sí, es la semana completa. Pero no descuidamos la tienda, el restaurante y los animales.

—¿Y qué habéis hecho hoy en humanidades?

—Nos hemos expuesto a distintos insultos entre nosotros. Quieren que aprendamos desde muy pequeños a manejar emociones. Saber qué hacer con ellas y controlarlas si es necesario. Está muy bien. Mira, hay un niño —le explica Víctor a su madre— que nos ha sorprendido a todos.

—¿Qué le pasa?

—Sus reacciones. Él sabía como todos que los insultos son parte del experimento. A mí también me han insultado pero yo sé que no lo piensan. Además para que no haya luego problemas, los hacemos anónimos.

—¿Cómo se hace eso?

—Es sencillo mamá, cada uno escribe en un papel y luego uno al azar, se los lee a otro como si fueran para él. Luego hablamos de las emociones que producen. Cómo te decía este niño, Rafael se le llama, algo le pasa. Aun sabiendo que los insultos eran parte del experimento, se afectaba mucho al oírlos. Una y otra vez, al final nos hemos reído todos porque no aprendía. Se lo explicábamos. “Rafael, si no es para ti, nadie piensa eso, ha sido al azar” “Ya lo sé —respondía él—pero no sé porque no puedo evitarlo. Me afecta si los dirigís hacia mí”.

—Algo le pasará.

—Sí, lo estamos investigando. Yo creo... porque además otra cosa que le pasaba es que no sabía diferenciar la fuente de información.

—¿El qué?

—Que se cree lo que le dicen venga de quien venga. Normalmente todos damos más credibilidad a una fuente de información que a otra. Por ejemplo si a ti mamá, alguien en una tienda te dice que estás muy pálida, no es lo mismo que si te lo dice el médico. Tú sabes que él médico es una fuente de información más a tener en cuenta porque sabe del tema. Todos juzgamos la fuente de información para prestarle más o menos atención.

—Sí, es verdad —responde Amparo que había sido entrenada por el colegio, Mi Colegio Laboratorio, para motivar y dialogar con su hijo—. Y este niño, Rafael, ¿no diferencia la fuente de información? ¿A todos les hace el mismo caso sea quien sea?

—Aunque se lo diga un perro mamá y hemos hecho hoy la prueba para que él mismo viera reflejado su problema. Es como un niño pequeño, no madura por eso. Siempre está pidiendo consejos y parece que escucha.

—¿Y escucha?

—Sí que escucha pero el problema es que escucha demasiado y a todos. Así le duran los consejos nada, cambia todo el rato de decisión.

—¡Pobrecito! —concluye la madre.

—¡No digas eso! Nos han enseñado a que no hay que sentirse superiores a nadie. Tener compasión de él es una forma de superioridad. Lo que hay que hacer es ayudarlo y no reducirlo con compasión o pena. Eso no ayuda.

—Sí, cierto, hijo perdona, ya me lo explicaron a mí también. Sigue con tu historia que no te interrumpo. ¿Qué más le pasa a Rafael?

—Le falla el pericardio, lo tiene demasiado abierto. Caliente. Por eso las emociones se le cuelan sin filtro y sin juicio y además tiene problemas de piel y estomacales. Pero le estamos ayudando. Ya al menos se da cuenta y lo reconoce. Le estamos exponiendo a distintas situaciones para que logre internamente controlarse. Pero no es fácil porque, justo su problema es que no aprende. No retiene...

—Paciencia con él. No es bueno que le afecte todo cuando además no sabe filtrar las fuentes de información.

El pequeño Víctor, que ya no es tan pequeño, en el Laboratorio de Humanidades aprende muchas cosas útiles para el resto de su vida. Nosotros que viajamos por su cuerpo también sabemos que el Gran Centro de Reuniones ha de estar en perfecto estado para que todo vaya bien. Si el muro se encuentra, como bien explica Víctor a su madre, demasiado caliente, se cuelan paquetes de información sin un filtrado apropiado. Veamos una representación. Vamos si os parece bien a disfrazarnos de onda con una frecuencia cualquiera a ver si nos dejan entrar por el muro del pericardio de ese tal Rafael.

Al llegar nos encontramos con un panorama algo distinto a lo que hemos estado definiendo. En las otras ocasiones en el muro se amontonaban distintos paquetes de información y el muro los iba llamando, o había que acercarse a contar lo que uno traía. En esta ocasión, en el muro del tal Rafael amigo de Víctor, y debe ser a causa del calor, todos se encuentran demasiado rá-

pidos. Hay mucho movimiento y algo de caos.

—¿Qué está pasando? —podríamos preguntar. —¿Por qué hay tanto movimiento?

—No lo sé, es un follón que no hay quien se aclare. El muro no para de recibir a todo el mundo y luego suelta constantemente desterrados que sin embargo vuelven a entrar.

—¿Cómo puedo yo entrar? Yo vengo de fuera, del exterior...

—¿Qué traes? Aunque la verdad no importa, no te van a preguntar mucho. Solo acércate y casi seguro que te dejan pasar.

—¿No preguntan por mi procedencia? ¿Quién me envía? ¿Si vengo del exterior o del interior?

—Te piden muy pocos requisitos.

—¿Y una vez dentro?

—Una vez cruzado el muro, en la Nube de Resonancias, dicen que hay tantos y hace tanto calor que todo, se destruye. No logra pasar nadie a Sangre. O muy pocos.

Con un panorama así es fácil entender porque Rafael, el amigo de Víctor, no logra madurar. Y ahora que conocemos mejor el pericardio, también imaginamos a qué obedecen sus problemas digestivos. Si no hay criterio a la hora de cruzar el muro, cuando el niño se coma una manzana o cualquier otro alimento, le va a costar que entren a Sangre las vibraciones musicales del alimento. Entonces, claro, una vez el nutriente en el intestino delgado buscando sus resonancias, al no encontrarlas, terminará siendo expulsado. Suponemos que este niño, Rafael, ha de tener anemia. A las células no les llega lo que piden. Vamos a seguir con nuestro disfraz a ver si llegamos a la piel, a esas bolsas de colágeno donde se amontona a los desterrados y los desechos.

—¿Quién eres tú? —le preguntamos a un supuesto desecho allí en la bolsa—. No pareces un desecho, ni pareces viejo y desterrado.

—Se han equivocado. No debería estar aquí. Como ves ni

siquiera tengo agresividad, ni rabia contra nada. No soy un buen guerrero. No me odio ni quiero matar.

—¿Y cómo se han equivocado?

—Mira bien, no soy el único...

—Sí, la verdad es que encuentro la bolsa muy pacífica. He estado en otras y la agresividad era mucho más alta. ¿Os van a sacar fuera?

—Salen muy pocos porque los poros se abren cuando hay agresividad. Y como tú bien has dicho, no la tenemos, así que salen pocos.

Con una situación así imaginamos que el bueno de Rafael tiene que tener problemas en sus defensas. Es de suponer que será de los que antes se resfría, algo débil y siempre con problemas de salud no muy graves pero sí molestos.

—Además le duele la cabeza —le explica Víctor a su madre de camino a casa en el coche.

—¿A quién?

—A mi amigo Rafael. No solo tiene algo de anemia (está muy flaquito y es nervioso), sufre diarreas según nos contó su padre. Y le duele a veces la cabeza.

—Claro —responde Amparo.

No es de extrañar. Amparo no lo sabe pero el pericardio envía sus señales con el latido cardíaco al Emperador. Allí en el Palacio Imperial han de tener demasiados paquetes de información desordenados. El caos la causará al niño los dolores de cabeza.

—Luego jugando es de los más divertidos. Se lo pasa bien enseguida y se ríe mucho —le explica Víctor a su madre.

Veamos ahora otro caso. El caso opuesto. También en el Laboratorio de Humanidades vieron a un compañero algo re-

activo y muy meticuloso. Casi siempre serio y exigente con lo que le rodea.

—Ese niño tiene que verlo todo siempre limpio, si no se pone pesado o le da a él por ordenarlo.

—¿Cómo se llama ese? —le pregunta Amparo a su hijo, ahora ambos en la cocina de casa. Están los dos preparando la merienda.

—Ese se llama Antonio, pero no Antonio el del parque, el hermano de Eva. Este es del colegio.

—¿Y a ese qué le pasa?

—Que tiene el pericardio frío.

—Al revés que Rafael que lo tenía caliente ¿cierto?

—Sí, a este le pasa lo contrario. Ni se ríe ni participa mucho, no le gustan los juegos a menos que sean ordenados e inteligentes. Lo que hemos aprendido es que en realidad sufre algo así como una sensibilidad de espejo con el exterior. Todo lo que hay fuera es lo que él siente dentro.

—¿Y lo de dentro?

—Eso no se lo escucha mucho. Él depende más de lo que le ofrezca el exterior. Pero como no sabe adaptarse porque su pericardio es rígido, entonces necesita que todo ahí fuera esté bien. Y es un pesado, limpiando, exigiendo que las cosas sean ordenadas.

—Para jugar es mucho mejor Rafael —apunta la madre.

—Claro, mucho mejor.

—¿Y ese tal Antonio también tiene problemas para aprender?

—No. Es muy listo. Sobre todo con las matemáticas y cosas así. Le encantan porque como te decía, necesita orden fuera porque él refleja todo tal cual. Se siente como lo que recibe. Sensibilidad de espejo...

—Sí, me acuerdo.

—Sus problemas son de aprendizaje pero emocional. Todo lo que sea lógico y numérico y lineal, eso muy bien lo reproduce

con velocidad como un espejo que refleja casi en el acto. Entonces él se siente listo. Se le ve a gusto y satisfecho. Pero si cambia la situación, entonces él cambia como un camaleón.

—Claro, tenéis que tener cuidado con él y ofrecerle cosas limpias y ordenadas.

—Estamos intentando ayudarle así que no le damos eso. Pero se pone muy nervioso y aunque siempre aparenta calma, cuando salta es muy agresivo.

—¿Agresivo? —pregunta Amparo.

—Bueno, más bien irónico, o sarcástico. Se pone reactivo, atacando con mucha velocidad pero sin saber lo que dice. Lo rebota todo. Si le insultas con inteligencia, te responde con inteligencia, pero si le insulta como un salvaje, te responde salvaje. Hemos estado haciendo la prueba y él mismo se ha podido ver reflejado.

—¿Y ese tal Antonio tiene problemas de piel?

—Sí, le salen como quemaduras y le pica todo el rato. Muy sensible, se daña solo...

El pequeño Víctor, que ya no es tan pequeño, en el Laboratorio de Humanidades aprende muchas cosas útiles para el resto de su vida. Nosotros que viajamos por su cuerpo, también sabemos que el Gran Centro de Reuniones ha de estar en perfecto estado para que todo vaya bien. Si el muro se encuentra, como bien explica Víctor a su madre, demasiado frío, los paquetes de información son rechazados por un exceso de rigidez en dicho muro. Veamos una representación. Vamos, si os parece bien, a disfrazarnos de onda con una frecuencia cualquiera a ver si nos dejan entrar por el muro del pericardio de ese tal Antonio.

Al llegar nos encontramos con un panorama algo distinto a lo que hemos estado definiendo. En las otras ocasiones en el muro se amontonaban distintos paquetes de información y el muro los iba llamando, o recomendaba acercarse a contar lo que uno traía. En esta ocasión, en el muro de ese tal Antonio, amigo

de Víctor, y debe ser a causa del frío, todos se encuentran rendidos. Ni siquiera hay muchos paquetes de información, con tal rigidez a la hora de entrar enseguida desisten y se marchan.

—¿Qué tengo que hacer para intentar entrar? —podríamos preguntar.

—Es complicado, te van a lanzar demasiadas preguntas. Son muy intolerantes, como no traigas algo que encaje perfectamente te dirán que no.

—Yo vengo del exterior.

—Ahí tienes algo más de posibilidades, acércate y lo intentas. Los que llegan del interior son casi siempre rechazados. Hay muy pocos que lleguen a Sangre.

—Está reluciente, el muro normalmente no es así. Se le ve como un espejo, muy frío, muy metálico. Me da miedo, seguro que me rebota algo. Vengo de uno que era justo lo opuesto, parecía una fiesta constante donde todo valía.

—Aquí no vale todo, anda con cuidado y no digas tonterías que se ofenden rápido. Cuida tus modales, tus formas y mide bien tus palabras.

—¡Qué tensión!

—No pierdas la tensión si quieres ser aceptado.

—¿Y si logro entrar qué me pasará?

—Dicen que los que logran entrar se quedan mucho tiempo en el océano (Nube de Resonancias).

—¿Se quedan allí atascados? ¿Cómo flemas?

—Sí, hace mucho frío en el océano y no todos salen inmediatamente. Se quedan allí y puede que te descongelen a Sangre en un momento cualquiera.

Con un panorama así, es fácil entender porqué Antonio, el amigo de Víctor, no logra madurar con ese comportamiento reactivo. Si no recibe del interior, así no hay forma de que aprenda de sí mismo. Será serio pero infantil. Muy bueno con los datos rápidos del exterior pero será poco creativo, siempre dando lo

que le piden.

—Es como un buen robot en cierto modo —dice Amparo a su hijo.

—Sí, algo parecido. Pero le estamos ayudando a escucharse a sí mismo, a que de valor a las emociones que le suben de su interior.

—Y funciona

—Cuesta mucho, es muy rígido y lo entiende todo literal. Es difícil porque si le molesta algo de los experimentos, se cierra aun más. Tiene que ser muy poco a poco y cuando se suelta, se pasa, se le ve infantil y luego se arrepiente y se vuelve a poner rígido. Le cuesta mucho divertirse por eso, se tiene miedo a sí mismo cuando se deja llevar. Y luego le suben recuerdos, memorias que dice que no le gustan y le incomodan. Por eso tiene miedo a dejarse llevar y disfrutar. Cree que está mejor así contenido y viviendo del exterior.

—Pero eso es terrible —observa Amparo—. ¿Y este qué problemas tiene a parte de los emociones? ¿Le duele también la cabeza? ¿Algo en la piel?

—A él no le duele la cabeza pero su padre, que le hemos conocido, es aún peor, tiene migraña desde hace mucho tiempo. El padre parece más simpático y flexible pero es porque es adulto y ha aprendido a disimularlo con educación.

—Qué gracioso —Amparo se ríe.

—Mira mamá, nos han explicado que tenemos tres tipos básicos de memoria. Antonio con el pericardio frío es demasiado bueno con la Memoria de Trabajo (MT) y la Memoria a Corto Plazo (MCP). Para estas dos no hacen falta emociones, se puede usar expulsando o reflejando lo que da el exterior. Si le pides que recuerde números de teléfono es el mejor del laboratorio. Y luego también se acuerda mejor que nadie de las tareas que dejamos pendientes de un día para otro y como desempeñarlas, el orden de acción. En eso también es el mejor. Lo hemos comprobado.

—Claro se proyecta como un robot —concluye Amparo.

—Sí. Pero luego la otra memoria, la Memoria a Largo Plazo, en esa solo se acuerdan cosas ordenadas. No de emociones o sentimientos. Esos le saltan al azar pero no logra recuperarlos cuando él quiere.

—Muy interesante.

Ahora que conocemos mejor el pericardio volvamos a entrar con nuestro disfraz a ver si llegamos a la piel, a esas bolsas de colágeno donde se amontona a los desterrados y los desechos. Allí tal vez, entenderemos porqué Antonio tiene la piel tan sensible y con facilidad le salen sarpullidos.

—¿Quién eres tú? —le preguntamos a un supuesto desecho allí en la bolsa—.No pareces un desecho, ni pareces viejo y desterrado.

—¡Eres idiota! ¡Acaso no se me ve!

—Veo que agresividad sí tienes a pesar de ser elegante.

—¿Cómo quieres que esté en esta pocilga? ¿Acaso alguien puede sentirse digno en un lugar así? ¡No ves que somos muchos y todos asquerosos!

—Se han equivocado contigo, yo creo.

—Sin duda ese muro estúpido, se han equivocado por completo.

—Bueno, en la agresividad no se ha equivocado.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso te crees mejor que yo? ¿Qué se supone que tengo que hacer, como si no pasara nada, sonreír a toda esta escoria? ¡Buenos días le veo muy bien hoy! ¡Estoy muy feliz de estar hacinado con toda la basura! ¡Qué sitio tan agradable!

Con una situación donde las bolsas de colágeno están sobrecargadas, irónicas y punzantes, imaginamos al bueno de Antonio con una piel que se agrede a sí misma. Sus problemas de piel le vienen del interior de su propia piel (autoinmune).

Además sus defensas deben ser tan agresivas que resultarán demasiado eficaces.

—Sí, nunca se resfría —le explica Víctor a su madre en la cocina—. Pero nos ha dicho su madre que cuando hacen algo fuera de la rutina diaria, entonces sí que le afecta todo. Si salen de viaje, se pasa todo el rato mal. La piel le empeora, problemas digestivos y se resfría con nada. Pero si siguen sus rutinas, jamás le pasa nada.

—Creo que se quién es. ¿Ese muy blanquito algo tímido y serio?

—Sí. Ese.

—¿Solo hay estos dos casos extremos de calor y frío? —pregunta Amparo a su hijo.

—Luego hay combinaciones. El muro puede estar frío y el océano caliente o el revés. Pero parece que esas cosas nos dan problemas solo de personalidad.

—¿Y cómo se sabe si el pericardio está sano porque, yo escuchándote creo que tengo de los dos? —se reía Amparo para disimular su miedo.

—Claro que todos tenemos de todo, un pericardio sano es el que se sabe adaptar a las situaciones. Si vas cambiando es porque está sano. Cuando no lo está nos comportamos igual en cualquier situación.

—Muy bien —afirma la madre de Víctor orgullosa pues además sabe que estos temas de salud ya los trae su hijo del Cielo Anterior. Le tira de la lengua y pone más interés para motivarlo a seguir su Esencia. Pero no se lo dice y a veces ni siquiera es consciente de ello.

CORAZÓN

***La casa femenina del
Gran Palacio Rojo***

—**M**e he despertado un poco triste hoy —le dice Amparo a su hijo.

—¿Y qué te pasa? —le pregunta su hijo.

—No lo sé, ayer estaba bien.

—Piensa un poco mamá algo sabrás, ¿no será porque papá está muy poco en casa últimamente?

—No, eso ya estoy acostumbrada. Tiene que trabajar...

—¿Y qué otra cosa puede ser? ¿No será porque yo hago algo mal?

—Estoy pensando —afirma Amparo.

—¿Qué hiciste ayer? Tiene que haber una razón. Cuéntame desde el principio el día de ayer —le pide Víctor con buen criterio esperando que su madre organice sus emociones poniéndoles en la línea recta que se construye en el Gran Palacio Rojo.

—No estoy segura —dice Amparo mientras reordena sus emociones para lograr una historia—. Es posible que me haya despertado algo triste hoy porque... veras..., puede ser porque hace más de tres meses que estoy haciendo mis trabajos para el grupo de teatro. Y ayer hicimos de nuevo uno de los ensa-

yos. ¿Recuerdas? Tú viniste a verme. Cuando terminé el director felicitó a todos, pero a mí no. No me felicitó. Ahora me estoy dando cuenta. Y fue uno a uno a felicitar al resto. ¿Por qué no me felicitó a mí?

—Tal vez se le olvidara mamá.

—Sí, pero se nos olvidan justo las cosas por algo. La memoria es muy selectiva y elige lo que le interesa. Yo creo, ahora que lo estoy pensando, que no me felicitó porque tuve varios errores.

—Yo te vi como siempre —intenta consolar Víctor.

—Tuve algunos fallos en los textos. No me acordaba exactamente y utilicé otras palabras. Tú no te das cuenta porque no sabes los pasos que lleva la obra en cada momento, las secuencias y el orden de cada frase. Pero el director lleva todo eso registrado, el correr de cada cosa y se dio cuenta.

—No te puede sacar de la obra, ya habéis ensayado mucho.

—No es eso lo que me pone triste, creo que es... en realidad tienes razón, llevamos mucho tiempo con esto como para que a mí ahora se me olviden algunos textos.

—Eso no es tristeza, será otra cosa. ¿Cómo te vas a poner triste porque te se olviden los textos?

—Bueno, hijo, tristeza... es más decepción, o mejor dicho, orgullo tocado o algo así.

—¿No será también que te afecta todo el lío de la nueva casa, las compras, el dinero y lo de abuela que no para de quejarse de sus dolores...?

—Claro, todo suma, supongo que me siento así porque se me acumulan las cosas. No sé explicarlo bien... pero ya me siento mejor. Me hace bien hablar contigo y ordenar las emociones. Gracias hijo.

La organización de la memoria es algo muy interesante. Ya sabemos que en el Gran Centro de Reuniones trabajan la Memoria de Trabajo (MT) y la Memoria a Corto Plazo (MCP). Pero

hay otro tipo de memoria que también se maneja en parte, en la casa femenina del Gran Palacio Rojo. Se trata de la Memoria a Largo Plazo (MLP), la que está relacionada con las emociones. En realidad esta memoria vive en Sangre y en otros grandes palacios, en las células, etc. Está por todas partes. Pero para que llegue a la conciencia, para que se haga útil al pensamiento, tiene que pasar el filtro. No obstante, la mayoría de las veces esta memoria MLP es la persona misma, sus experiencias que las tiene dentro y condicionan todo su comportamiento, su forma de sentir y pensar. Todo lo que vivimos y pasa a Sangre no deja de influenciar como parte de una globalidad. Otra cosa, como decimos, es querer hacerla consciente, para acordarse y usarla más concretamente. Para eso sí tiene que pasar el filtro, tiene que llegar al muro y de ahí saltar al Emperador. Por eso esta casa femenina del corazón y el muro del pericardio, trabajan codo con codo. Digamos que las voces del muro (que ya sabemos que llama) vienen en parte producidas por la casa femenina del Gran Palacio Rojo. Si ahora pudiéramos alcanzar la velocidad suficiente, tal vez podríamos preguntar a alguno de los seres que viven allí:

—Perdón, no sé cómo dirigirme a vosotros. ¿Sois ánimas, espíritus, deidades, impresiones...?

—Somos ruiseñores.

—¿Ruisseñores?

—No, que es una broma. Te puedes dirigir a nosotras como *palabras de humo y eco*. Eso es lo que somos.

—Por lo que veo os gusta bromear y contar mentiras.

—Yo no lo llamaría mentiras —dijeron las *palabras de humo y eco* utilizando mucho los gestos faciales—. Cuando pones algo en una línea recta es fácil ver lo que va a venir, así que jugamos con lo que se espera. Esos es todo.

—Pero con esta habilidad es posible y muy fácil mentir.

—Si interesa... es posible, no voy yo a mentir ahora.

—¿Y cuál es vuestro trabajo, si se puede saber?

—¿Nuestro trabajo? —repitieron las *palabras de humo y eco* con cara sonriente—Imagínate nosotras ponemos el verbo con todo lo que eso implica. ¿Lo entiendes?

—Creo que no del todo, ¿es otra broma o una mentira de las vuestras?

—No, es en serio... Piensa ¿qué poder tiene el que pone el verbo?

—No lo sé, supongo que el que pone el verbo indica dónde va la acción.

—¡Todo lo contrario! Bueno, sí, era broma. Tienes razón veo que no somos las únicas que sabemos pensar. Muy bien. El que pone el verbo tiene el poder de armar la historia. Ahí tienes tu respuesta.

—Entonces, ¿os encargáis de construir la historia? ¿Según os da la gana? ¿A vuestro criterio y placer?

—Sí.

—Qué peligroso viendo cómo sois. Y no te ofendas pero con tanta broma y mentiras no es para fiarse mucho de lo que contáis.

—Ese es tu problema, si no te gusta jugar, no preguntes a las *palabras de humo y eco*. ¿Quieres un acertijo?

—No. Ahora no. Explícame más porque no me entero bien. Construís las historias ¿a partir de qué?, ¿de dónde sacáis el material para el guión? ¿Y en qué os basáis para dar un orden secuencial a las historias?

—Son muchas preguntas. Me da pereza pensar, ¿te cuento mejor un chiste antes?

—No, no intentes distraerme o desviarme.

—¡Qué poco te gusta la alegría! Si es bueno...

—Por favor, céntrate un poco, ¿de dónde sacáis el material para el guión? ¿Y en qué os basáis para dar un orden secuencial a las historias?

—Vayamos por partes. Primero: lo hacemos todo sobre la base de la línea recta. Nuestra habilidad es construir historias

que encajen en secuencias. Le buscamos la lógica para que las piezas encajen. ¿Has oído hablar de la causa/efecto? Es muy sencillo. Pero hay cientos de historias y hay que encajarlas todas dentro de una línea recta. ¿Lo entiendes? No te estoy mintiendo. Segundo: sacamos el material para nuestras películas del fondo de las emociones. Los palacios que se dedican a producir. Los productores de nuestras películas.

—Que son...

—Los ruiseñores de los que te hablé antes.

—Por favor, sin bromas. ¿Quién son los productores?

—¿Aún no lo sabes? Es el Gran Palacio Negro que produce información ancestral, familiar, etc. Tú ya sabes de todo eso. Y el otro es el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, sin olvidarnos del Gran Palacio Amarillo y Ocre. Esos tres son los principales productores de nuestras historias. Pero si bajas ahí para ver qué traer, no entenderás nada, su forma de trabajo es parecida a un sueño loco y confuso. Por eso nuestro trabajo y no te miento, si digo que no es fácil, es ordenar todo ese lío y colocarlo secuencialmente. Así se cuentan las historias ¿no crees? Del barullo de las emociones, a la lógica del Emperador.

—Ahora lo entiendo, por eso sois la voz del muro del pericardio fibroso.

—Eres muy listo —confirmaron las *palabras de humo y eco*—. Necesitamos llamar a todos esos locos de manera ordenada. Y lo que nos sobra para completar la historia, lo rechazamos y lo desterramos.

—Entonces la verdad...

—¿La verdad? —se rieron las *palabras de humo y eco* con un gesto facial algo falso—. ¿Qué es eso de la verdad? ¿Tú lo sabes? Aquí no interesa la verdad porque es relativa. ¿Lo entiendes? Es relativa porque hay tantas historias como quieres ordenar. ¡Si solo con cambiar un sencillo verbo ya sale otro cuento! Aquí lo que nos interesa es la paz de la razón, la lógica, que las cosas cuadren aunque para ello haya que añadir, borrar o

inventar. ¿Lo entiendes? Es el acuerdo, si todo el mundo está de acuerdo hay trato y esa es la verdad. No hay otra. ¿Tienes más preguntas? Si no entiendes bien esto corres peligro, te dejaremos de hablar...

—Un segundo, una cosa más...

—Te doy tres.

—Sin bromas. Por favor. Si vosotras, las *palabras de humo y eco* sois la voz del muro..., no entiendo. ¿Quién sube al Emperador?

—Si que eres lento, y no demasiado listo. Es muy sencillo. ¡Piensa! La respuesta se desprende de lo anterior solo hay que aplicar la lógica. Somos nosotras mismas. ¿Lo entiendes? Nosotras subimos a adornar el pensamiento.

—¿Mintiendo también? Eso es corrupción porque lo hacéis por intereses personales.

—¿Pero quién ha dicho que mintamos? ¡Eres muy desagradable y un poquito corto! Aquí nadie miente, solo filtramos a los productores y colocamos los verbos para dar sentido a todas esas locuras que se producen en el interior.

—Perdón, no quería ofender...

—Ya lo estás haciendo, tienes que aprender... A las *palabras de humo y eco* hay que tratarlas disimulando y con buena cara si es preciso. O estás de nuestra parte o estás fuera. Recuerda que lo importante es solo el trato. Si hay trato, todo es verdad. Si no hay trato, se te acabaron las preguntas y los favores.

—Sí, perdón, por mi parte hay trato. Me lo creo, me interesa.

—Aquí en el Gran Palacio Rojo sabemos exactamente lo que el Emperador necesita oír. Lo demás no le interesa, le preocuparía, le causarían paranoias y pensamientos absurdos. Nosotras filtramos lo justo para que esté tranquilo y relajado. No quiero oír tonterías ni nada que no vaya con sus intereses.

—Lo entiendo. Solo una pregunta más.

—Espero que esté ordenada lógicamente y siga la línea de

nuestra conversación...

—He estado en el muro del pericardio fibroso...

—Ya nos lo has dicho. Bonito ¿verdad?

—Claro, es cierto, ya te lo he dicho..., vuestra memoria de trabajo es excelente. Sí. Perdón. Bueno, allí pude ver solo se mencionaban números no más altos de tres. A veces dos, otras veces tres o como mucho, cinco.

—¿Y cuál es tu pregunta? Yo no veo ahí ninguna pregunta...

—¿Cómo se puede organizar una historia, sea verdad o no, con tan pocas casillas? Quiero decir que los cuentos normalmente tiene muchos más eventos que solo dos, tres o cuatro.

—Eres muy observador —dijeron las *palabras de humo y eco*—. ¿Y qué respuesta quieres ahora?

—No sé, supongo que la verdad.

—¿Cuál? O no me digas que no has entendido nada todavía.

—No sé, la que interesa a ambas partes. Quiero decir a vosotras y al Emperador. Estoy de vuestro lado.

—Muy bien. Te lo contaremos... Escucha con atención. No te lo vamos a repetir dos veces.

—De acuerdo.

—La línea recta con la que trabajamos —dijeron las *palabras de humo y eco* de la casa femenina del gran Palacio Rojo—, es en realidad una parte diminuta de una gran circunferencia. Esta línea para que sea línea tiene que ser corta. Si la alargamos ya se curva y se sale de nuestros dominios. Las curvas y los círculos son de los Productores. Por eso para lograr mantener la lógica, usamos solo dígitos pequeños.

—¿Pero cómo puede contarse una historia con no más de tres o cuatro apartados?

—Sencillo, piensa: cada vez que logramos ordenar tres, cuatro o cinco apartados los juntamos para contarlos como si fueran uno. Un, dos y tres se agrupan para formar un uno. Un,

dos y tres de nuevo se agrupan para formar un uno. Y ese uno ya tiene un dos y se agrupan de nuevo para formar otro uno. Así vamos dando lógica a la historia sin pasar nunca del cinco.

—Realmente es muy limitado pero muy inteligente. Más sencillo con número pequeños.

—Claro. ¿Acaso creías que éramos tontas?

—Además si vais agrupando y formando líneas paralelas, os queda una estructura piramidal.

—Más bien un churro. Bueno, no, es broma. Efectivamente. Lo vas entendiendo, una estructura piramidal. Por ejemplo, ahora sin mentiras: te levantas por la mañana y apagas el despertador (uno), luego te levantas (dos) y vas al baño (tres). Ya tenemos tres acciones para formar una pequeña historia. Ahora agrupamos esas tres acciones en una y la llamamos: recién levantado. Luego seguimos y haces pis (uno), te lavas los dientes (dos) y te duchas (tres). De nuevo ya tenemos que agrupar y logramos el dos. El uno y el dos pasan arriba (y se dividen a su vez en tres apartados). Y luego seguimos, desayunas (uno), ordenas la casa (dos) y sales por la puerta (tres). Eso ya es un tres para subirlo arriba. Arriba, formando la pirámide tenemos uno, dos y tres. Y abajo tenemos uno, dos, y tres, uno, dos y tres, y uno, dos y tres. Así se va organizando la lógica de la historia. Eso es lo que le gusta que le ofrezcan al Emperador y ese es nuestro trabajo aquí en la casa femenina del Gran Palacio Rojo. ¿Lo entiendes?

—Una estructura lineal que va subiendo líneas para formar una pirámide de líneas paralelas. Muy inteligente...

—Luego es muy sencillo recuperar la información cuando nos la piden.

—Claro, perfecto para la memoria de trabajo (MT) y la memoria a corto plazo (MCP). ¡Perfecto! Muy rápido encontrar las cosas así. Todo depende de la línea de conversación, del raíl dentro de la pirámide del que se está hablando sacando de cuando en cuando números de líneas paralelas cercanas. Muy inteligente.

—Gracias ¿Ahora nos darás un premio?—dijeron las *palabras de humo y eco*—. Estamos muy orgullosas de nuestro trabajo tan bien organizado y efectivo. Y ten en cuenta además, que lo hacemos con lo que viene de dentro y lo que viene de fuera. No aportamos pero sí ordenamos todo. Sin nosotras, el caos será un desastre. Como esos círculos locos de los Productores que son más un sueño que una realidad. ¿Ves? Nos merecemos un premio o mejor uno detrás de otro...

—Bueno, pero de ahí sacáis el material.

—Sí, claro, pero nosotras somos dueñas de la verdad.

—Sí, seguro, a vuestro modo claro. La verdad que interesa en cada momento y en cada parcela. Un acuerdo...

—¡Tú no vas a llegar muy lejos con nosotras! —gritaron y se esfumaron dejando un gesto facial fuerte y carismático difícil de identificar, como burlesco o realmente de enfado.

Con las *palabras de humo y eco* se puede hablar tanto fuera como dentro. Pero intentemos ahora entrar a ver que nos encontramos. Lo primero es que en su impresionante puerta veríamos que en lo más alto se puede leer una inscripción que dice: “El Intérprete”. La inscripción se refiere precisamente a estos que nos contaban como decidir la historia entre lo que viene de fuera y lo que llega desde entro. La interpretan. Pero lo curioso es que esta inscripción está puesta en el muro del pericardio que si nos acordamos, también tenía una inscripción que decía: “El filtro”. Efectivamente ambos elaboran un trabajo conjunto que no se puede separar. Interpretar es filtrar y viceversa. Lo que el muro pide lo eligen las *palabras de humo y eco* de la casa femenina del Gran Palacio Rojo.

Para que las *palabras de humo y eco* de la puerta nos dejaran entrar necesitaríamos traer un tema de interés para su trabajo o para el Emperador. Por ejemplo, en una mano podrías sujetar una gran pirámide de líneas cortas y en la otra mano, una fuerte verdad a medias. Con la gran pirámide de líneas cortas indica-

ríamos que entendemos la forma de pensar, la forma de organizar recuerdos cortos y pensamientos lógicos. Además indicamos que respetamos las órdenes jerárquicas, las de arriba y las de abajo. Y con la fuerte verdad a medias alzada en la otra mano, indicariamos que entendemos los partidismos. Que las cosas hay que contarlas de una forma para que se sellen acuerdos generales. Y no todo entra en los acuerdos, lo que se queda fuera tiene su propia verdad también a medias y no le queda más remedio que respetar su parte, aunque sea desfavorable. Los favores caen dentro para sostener la verdad a medias acordada y los que están fuera con otra verdad a media, no reciben favores. Así las verdades a medias van tomando fuerza a pesar de no ser del todo ciertas ya que eso es lo de menos en este palacio.

Una vez dentro veríamos el fuego donde todo se cocina. Un fuego que al acercarte, puede ser agradable y calentito o al acercarte, puede molestar y terminar quemándote. De nuevo depende del lado de la historia del que te encuentres. Este fuego está dentro del muro del pericardio y lo sostiene el propio latir del corazón.

—Hoy te vas más alegre mamá —observa el pequeño Víctor que ya no es tan pequeño—. ¿Qué te ha pasado? ¿Lo sabes o estás alegre sin saberlo?

—Esta vez sí lo sé. ¿Recuerdas que te conté que el director de la obra no se dignó a felicitarme pero a los demás sí?

—Sí, me acuerdo.

—Hoy sí me ha felicitado. ¡Estoy en la obra! ¡Estoy dentro como intérprete del personaje!

—Le alegra mucho mamá —dice Víctor compartiendo en profundidad la felicidad con su madre.

CORAZÓN

***La casa masculina
del Gran Palacio Rojo***

Si ahora intentamos entrar en la casa masculina del Gran Palacio Rojo, veríamos que en su impresionante puerta hay una inscripción que dice: “El comunicador mental”. Ahí deja claro que en esta casa son los principales para ascender al Palacio Imperial donde se encuentra el Emperador.

—¿En qué estás pensando? —le pregunta Víctor a su padre.

—Nada, que me esperaba que el proyector este se encendiera solo para parecer que hay que arreglar algo.

—¿Qué vamos a ver?

—Quiero enseñarte un video del año pasado. Veras, hijo, me sorprende tanto que ahora cuando hablas lo cuentas todo tan bien y ordenado. Por eso quiero que veas cómo hablabas el año pasado.

—¿Y ahora qué pasa? ¿No funciona? —le pregunta Víctor a Roberto.

—Parece que no, esperaba que con este botón y luego apretando aquí al mismo tiempo se conectara. No sé qué hacer. A ver si apretando los tres a la vez...

En el video, efectivamente aparecía Víctor cuando tenía nueve años recién cumplidos. Y se confirmó que lo recordaba su padre, la forma de explicarse era muy graciosa y de comprensión difícil. Decía: “en la casa, yo no era sino que aquí todo nos gusta mucho”. “Ella es la que trajo y no hay mucho pero viene”. Tanto Víctor como su padre se reían mucho con el video que están proyectado. No se le entiende bien. Está muy gracioso y comparado con hoy, solo un año después, parece un niño pequeño.

—Te hacías entender de otra forma —le explica Roberto.

—Sí que parezco un bebé.

Víctor el año pasado no tenía la línea recta para organizar historias. No es solo que se liara con los verbos, los pronombres y los nombres, sino que es que no disponía de la estructura lineal piramidal que ofrece el Gran Palacio Rojo. Evolutivamente a los nueve años, con ciertas diferencias en cada niño (las niñas llegan antes), es cuando toma presencia y control el Gran Palacio Rojo. Hasta entonces se vive como en un sueño con la organización de los Productores (riñones, bazo/páncreas e hígado). Se vive del círculo y las emociones, y de la intuición del pulmón como animal espontáneo. Por suerte durante el resto de la vida el Gran Palacio Rojo no trabaja de manera continua. Solo en ocasiones, es bueno que lo haga solo en ocasiones contadas. Y menos mal que tenemos muchas horas de sueño donde todo vuelve a esa etapa inicial y los Productores pueden reorganizar su información libremente. Durante el sueño el único palacio que descansa es el Gran Palacio Rojo y funcionando a medio aire el Gran Palacio Blanco y Gris, los otros cobran fuerza y aprovechan para una mayor actividad.

—¿Te ha sorprendido el vídeo? —le pregunta Amparo a su hijo que también logró verlo de reojo mientras ordenaba sus papeles.

—Sí, la verdad es que no me esperaba que tan solo hace un año fuera yo tan bebé.

—¿Y a ti papá? ¿Te ha sorprendido?

—A mí no —respondió Roberto—yo sí me lo esperaba porque me acuerdo y porque he visto este vídeo algunas veces a lo largo del año.

El que emite expectativas es el Emperador, sin embargo lo hace a raíz de lo que recibe de las *palabras de humo y eco* de la casa masculina del Gran Palacio Rojo. Esto de las expectativas, son como adivinaciones. El Emperador que siempre le gusta divertirse y todo lo que hace es entretenido, disfruta jugando a las probabilidades. Juega y apuesta a que las cosas serán de una forma u otra. Si todo es como él espera ni se inmuta, pero si algo es como él no se espera, entonces se levanta y examina.

—¿Lograrás que funcione? —le pregunta Víctor a su padre que aún sigue con el proyector.

—Parece que no, esperaba que con este botón y luego apretando aquí al mismo tiempo se conectara. No sé qué hacer. A ver si apretando los tres a la vez...

Una vez que sucede algo que el Emperador no esperaba (se rompe una expectativa) entonces se levanta y aplica, para intentar solucionarlo, una línea recta de corto alcance.

—Déjame pensar —dice Roberto en voz alta—. Si, esta pieza va aquí y antes se ha encendido la luz. Apretando aquí debería dejarme abrir la tapa. ¡Ah, muy bien, se ha abierto! Ahora, este botón por probabilidad tiene que ser el que...

Roberto suelta y vuelve a coger el destornillador. Lo deja en la mesa sin mirar y su Emperador ni se entera porque es algo que se espera. Sin embargo en una de esas, rueda por la mesa y cae al suelo pero no produce sonido alguno porque cae en un cojín. Roberto alza su mano con la expectativa de encontrarlo pero esta vez no está ahí. Su Emperador se levanta y aplica una línea recta corta para solucionar el problema. Lo primero que piensa es en construir la historia: “¿dónde puede haber ido? Es posible que alguien lo haya cogido, los destornilladores no se

van solos”.

—¿Alguno ha cogido el destornillador que tenía aquí en la mesa?

—No —responden al unísono Víctor y Amparo.

El Emperador sigue pensando con su línea recta corta, la historia tiene que encajar: “y si lo he puesto yo en otro lugar sin darme cuenta. A ver, he ido al baño, pero después de ir lo he vuelto a usar. A ver si no me están cuadrando las viñetas y lo he dejado en el baño”. Se levanta y busca en el baño pero allí no está. El Emperador sigue soltando expectativas: “no se habrá caído, los destornilladores a veces ruedan”. Cuando lo encontró volvió a su trabajo y asunto resuelto. Sigue buscando el orden de las viñetas para dejar arreglado el ordenador. Usa su memoria de trabajo y usa la lógica o línea corta, y usa los conceptos de los que dispone al respecto. Para ello, como ya sabemos, se utilizan las voces del muro. Escuchamos:

—¡Que se acerquen todos los que traigan algo relacionado con proyectores! ¿Alguna idea previa? Por favor que se avise al hígado y el bazo para que envíe conceptos al respecto. Serán recibidos inmediatamente.

La voz del muro, producida por la casa femenina del Gran Palacio Rojo (en esta ocasión y al venir del Emperador, se ha hecho a petición de la casa masculina), revoluciona los paquetes de información.

—¿Tú qué traes? —pregunta el muro.

—Yo soy información sobre el baño.

—Muy tarde, por favor apártate que estamos con prisas. ¿Alguien de proyectores? ¿Cualquier otro aparato similar?

—Sí —responde un paquete de información recién llegado del hígado.

—Rápido adelante. Espero que no vengas solo.

—No, somos muchos están llegando.

—Rápido que vais a ser enviados al Palacio Imperial.

Poco a poco a Roberto se le van ocurriendo cosas. Se acuerda no solo de lo que está haciendo (memoria de trabajo) sino que ahora le llegan conceptos antiguos de otras veces (memoria a largo plazo).

—A ver esto, si primero va esta pieza —piensa—, igual que la vez que arreglé la radio. Siempre estas cosas se parecen. Aquella vez puse esto aquí y lo otro luego en este lado...

—¿Lo arreglas papá? —le pregunta Víctor dispuesto a ayudarlo—. ¿Esto no iba aquí antes? Primero hay que apretar aquí y luego poner esto. Te lo he visto hacer antes.

Víctor tiene algunos conceptos relacionados con reparación. En su colegio alternativo. En su muro, allí en el pericardio están ahora llamando a todos los conceptos a este respecto.

—Papá, eso no puede ir así. En el colegio lo hacemos por este otro orden...

Ahora entre los dos conversan compartiendo la memoria de trabajo del ensayo/error y la causa/efecto, la lógica y el orden lineal corto. Lo comparten con lo que cada uno logra recuperar de su memoria a largo plazo asociando experiencias similares previas y almacenadas.

—¿Lo conseguís? —repunta desde la cocina Amparo.

Intentemos ahora entrar a ver si podemos sacar algunas respuestas a las *palabras de humo y eco* de la casa masculina del Gran Palacio Rojo. Si lográramos alcanzar la velocidad adecuada tal vez podría preguntar algo así como:

—¿Vosotras por orden del Emperador pedís que avisen al muro para que os lleguen conceptos?

—Veo que sabes ya mucho sobre nosotras. ¿Quién te lo ha dicho? ¿De parte de quién estas?

—Llevo leyendo este libro hace ya un tiempo y estoy aprendiendo ciertas cosas. Solo es eso.

—¿Y te gusta el libro o has leído otros mejores?

—Por favor, sin bromas. Me interesa saber la verdad. Bue-

no, ya sé, la verdad que sea...

—¡No vas a llegar muy lejos con nosotras si no cambias de actitud! Y por favor muestra tu respeto al hablar con nosotras que somos del Palacio Imperial.

—¿Y cómo debería dirigirme a vosotras?

—Llámanos excelencia. Su excelencia las *palabras de humo y eco*.

—Pero si no sois excelentes y os inventáis la verdad.

—¡Escucha listillo! ¡Es una orden del Emperador! ¡Nos tienes que tratar de excelencias!

—¿Para disimular que sois los que más fallos cometéis hay que usar formalismos? No es justo, intentáis engañar a todos.

—Por lo que sea es un decreto del Emperador. Si no pensáis guardar respeto absoluto no os dejaremos realizar preguntas. ¿Hay trato?

—Está bien. Está bien su excelencia. ¿Es entonces cierto? ¿Confirmas que vosotras, por orden del Emperador pedís que avisen al muro para que os lleguen conceptos?

—Por supuesto, tenemos que trazar la historia para el Emperador. Tiene que haber un orden lógico. Así nos lo exigen en el Palacio Imperial. Le llevamos la historia elaborada con verbo y todo, con palabras concretas, como una voz interna cerebral. Pero no es solo eso...

—¿Hay algo más?

—Los formalismo...

—Cierto, perdón. ¿Hay algo más sus excelencias?

—Claro que hay algo más, algo muy importante. Nosotras las *palabras de humo y eco* de la casa masculina realizamos cosas importantísimas.

—¿Y de qué se trata? Si son tan amables sus excelencias.

—Sencillo querido lacayo. Cuando suben los conceptos al Palacio Imperial se exponen a experiencias en el exterior. Así que luego los devolvemos cambiados al lugar de donde vienen. Así para la próxima serán más útiles y más lógicos.

—Pero eso es terrible...

—¡Los formalismos!

—Es terrible sus excelencias.

—Es posible pero es la mejor forma de lograr que el Emperador tenga a su disposición al pueblo.

—Pero sus excelencias, haciendo eso manipulan al pueblo, lo construyen sobre la base de su interés.

—Exacto. De eso se trata, de servir al Emperador.

—Pero el Emperador, disculpa que lo diga sus excelencias, realiza un trabajo muy limitado y muy egoísta. Es peligroso que se alteren así los conceptos de los grandes palacios. Los criterios de aquí solo usan una línea recta corta, con eso no se ve la totalidad, no se puede cambiar algo valioso por un simple análisis con la perspectiva reducida y lineal.

—Si no quieres entenderlo deberás marcharte de aquí y dejar de preguntar.

—Sus excelencias las *palabras de humo y eco* de la casa masculina del Gran Palacio Rojo. Es para mí un gran honor poder conversar con vosotras que tanto juicio tenéis y tan inteligentes sois. Pero si se me deja expresarme con sinceridad y libertad...

—No. Eso aquí no importa, ni la sinceridad ni la libertad. Aquí es la obediencia a los caprichos del Emperador.

—Ya pero que esos caprichos cambien conceptos profundos y ordenados por el hígado, el bazo y los mismos riñones...

—¡Los formalismos!

—No me importan los formalismos ahora. Me parece una aberración muy peligrosa. El individuo puede convertirse en un idiota como su Emperador. Un ser de mirada reducida y lógica, de líneas rectas y cortas, de análisis partidistas y pensamientos de entretenimiento...

—¡Por favor modera tus palabras!

—Un ser que no sabe qué es el tiempo, ni cómo manejarlo, que mira su reloj a cada rato y solo cree en lo que entiende por

razonamiento. Un ser absurdo y prisionero de sí mismo.

—¡Quedas arrestado y oficialmente expulsado de aquí!

—No me importa me marchó. Es en el único sitio donde no se puede hablar claro, donde no interesa la verdad. ¡Me marchó porque sois como monos idiotas camuflados con lujos y formalismos!

Amparo se acerca a la habitación donde están su marido y su hijo y los encuentra viendo la tele.

—¿No estabais arreglando el proyector?

—Sí, pero esto está muy divertido —dice Roberto—. Tienes que ver este programa, lo que les hacen a los osos. Y yo que creía que eran peligrosos.

—¿Pero lo habéis arreglado o no?

—Mañana llamo a un técnico. Le he cogido manía a esto de las máquinas. No las entiendo. Siéntate mira los osos que graciosos...

—Qué poca paciencia —sentencia Amparo—. Pero que sepáis que las cosas se terminan porque si no, dejan mal sabor de boca para la siguiente ocasión.

Efectivamente tiene razón. Roberto ha cambiado su concepto sobre las máquinas y su capacidad de repararlas, y también lo ha hecho un poco el pequeño Víctor que ya no es tan pequeño. Cuando un concepto cruza el pericardio y es enviado al Palacio Imperial en la casa masculina del Palacio Rojo, le marcan con una barra para ver su altura. Quizás podamos entrar sin que nos vean y espiar desde lejos a ver cómo lo hacen.

—¿De dónde venís?

—Sus excelencias, venimos del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Somos una serie de conceptos ordenados sobre los osos. Nos han llamado.

—Poneros aquí que os vamos a medir y a ordenar. Son cuestiones de seguridad.

Mientras espiamos, para no ser vistos, podemos observar

cómo van amontonando conceptos, los miden para ver su fuerza de enlace. Los que están muy enlazados con más conceptos, los consideran fuertes. Los que están con menos enlaces, débiles. Aun así ordenan todos según las demandas actuales del Emperador. Parece que este orden, por fuerza de enlace sumado al orden secuencial que le den en cada momento, se lo presentan al Emperador. Pero sigamos espiando:

—Por favor, todos en orden según os hemos ido numerando —ordenan las *palabras de humo y eco* a los conceptos recién llegados.

—¿Para qué nos llevan frente al Emperador? —preguntó uno de los conceptos a su compañero (más enlazado y experto).

—Creo que para que seamos su conocimiento. Necesita entender lo que está analizando.

—¿Por eso nos ponen en fila?

—Sí, al Emperador, para que se sienta a gusto hay que ofrecerle las cosas de una en una, con un orden secuencial.

—¡Silencio! —gritan las *palabras de humo y eco*—. ¡Atención! Oírme todos muy bien. Vais a conocer al Emperador, el cual está viendo un programa relacionado con osos. Tenéis que entrar uno por uno según estáis numerados y a la velocidad que os vayamos indicando. El orden y los tiempos son cruciales en el Palacio Imperial. Si alguno se desordena, el Emperador sufrirá y os castigaremos. ¿Entendido? Hay que estar muy atentos porque podemos reorganizar el orden en cualquier momento. El Emperador tiene sus caprichos y si algo le interesa, todos tenemos que reajustarnos a sus demandas. Queremos agilidad y máximo respeto en todo el proceso. No le miréis jamás a los ojos, siempre con la cabeza agachada y sin hacer preguntas. Una vez el Emperador os haya visto y no censure vuestra presencia, seréis rápidamente enviados al exterior a modo de expectativa. ¡Para eso estáis aquí! Sois conceptos de su interés así que servís al Emperador para entretener su curiosidad. Le gusta entender de manera lineal y lógica. Nada de cosas raras o circulares, aquí

siempre en fila y respetando el orden que os indiquemos. ¿Entendido? Una vez en el exterior a modo de expectativas tenéis que comprobar que lo que sabéis se cumpla. Y luego rápidamente regresar. ¿Entendido? Con agilidad y prontitud. ¿Entendido? ¡Todo claro! ¿Alguna pregunta?

—Disculpen sus excelencias, me gustaría saber —dijo uno de los conceptos alineados—. ¿Qué tenemos que hacer si una vez en el exterior no se cumple lo que sabemos? ¿Y si no encontramos unión con lo que sabemos?

—¡Escuchar todos atentamente! Una vez enviados por el Emperador al exterior: si donde sois enviados, no encontráis lo que sabéis, no regreséis jamás. Tenéis que morir allí mismo. ¡No queremos nadie de vuelta que no sea para confirmar! ¿Está claro? De lo contrario si regresáis seréis proscritos y el Emperador se enfadará confundido. ¿Entendido? Si no encontráis lo que esperáis encontrar, tenéis que morir y no regresar al Palacio Imperial.

—Disculpen sus excelencias, me gustaría saber —preguntó otro de los conceptos alineados—. ¿Qué nos sucederá en el Palacio Imperial a nuestro regreso del exterior? ,

—¡Atención! Si las tropas de conceptos regresan recibiréis una atención nula del Emperador. Las expectativas confirmadas no suponen ningún cambio o atención imperial. Para las tropas de conceptos que no regresen, vuestra ausencia será motivo de alerta y entretenimiento para el Emperador. Solo presta atención a las bajas. Las pérdidas son su entretenimiento y nos obliga a todos a reajustar el orden o llamar a nuevos conceptos. ¿Entendido?

—¿Para los que regresemos?

—¡Los formalismos!

—Disculpen sus excelencias, ¿y para los que regresemos?

—Seréis reasignados según el éxito o el fracaso. Obtendréis nuestras conexiones para la siguiente vez que os llamemos. Los conceptos cambian sobre todo si las tropas no regresan, y el

Emperador se alerta y pide un nuevo orden.

—Entonces, sus excelencias, cuando se termine la guerra regresamos todos a nuestras casas pero con un nuevo mensaje. Cambiadas según los caprichos del Emperador.

—Eso es. ¡Y ahora! ¡Atentos! ¡No le miréis a los ojos y luchar con ferocidad! ¡No quiero desertores, tenéis que morir si no se cumple la expectativa! ¡Adelante! ¡Adelante!

Las tropas de conceptos fueron enviadas al Palacio Imperial por orden secuencial, según el criterio selectivo de las *palabras de humo y eco* de la casa masculina del Gran Palacio Rojo. Mientras Víctor veía el programa de osos en la tele, sus conceptos previos al respecto salían para lograr entender lo que observaba. Muchos no regresaban y el Emperador se mantenía gracias a ellos entretenido, jugando a reajustar y a colocar secuencias. Las numerosas bajas ocasionadas por el programa hicieron que muchos conceptos regresaran a casa con ideas nuevas. Ideas del juego imperial que no siempre se encajan con la realidad.

—¿Ya habéis vuelto? —le preguntaba una impresión errante a su compañera allá en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes.

—Sí, ya estamos aquí. Cada uno ha regresado a casa. Pero ha sido una guerra dura y relativamente larga con innumerables bajas.

—Te veo distinto —le preguntó su compañera.

—Sí, según los juegos de diversión del Emperador, ahora debemos aquí cambiar nuestro concepto sobre los osos.

—¿Cambiarlo? ¿Sobre la base de qué experiencia?

—Eso es aparte —le explicaba cansada la impresión errante—. No hay experiencia, solo decisión del Emperador, según un programa que ha visto de osos en la tele. Tenemos que estar preparados para la siguiente vez. Ahora el orden es otro.

—¿Y cómo nos conectamos ahora?

—No lo sé, tendremos que ir encajando según los que es-

táis aquí dentro y los que llegamos de la guerra. Ya encontraremos una solución a ver qué logramos entre todos. Algunas de las cosas que traemos parecen ser válidas.

—Ya, pero la fuente de información no es de fiar.

—Aún así haremos lo posible por volver a integrarnos todos. Ya sabes que debemos nuestros servicios y nuestra vida al Emperador.

—Cierto. Pero desde aquí debemos ser inteligentes y servirle de verdad y no solo para cumplir sus caprichos. Ya veremos lo que nos quedamos y lo que no. No tiene porqué enterarse pero nuestra función es ordenar algo práctico y útil de verdad para situaciones reales.

Por todo el cuerpo están regresando millones de conceptos después de la guerra. Cada uno llega a su casa. Algunos al hígado, otros al bazo/páncreas o directamente a Sangre o incluso a los riñones. Vuelven cambiados por orden imperial pero el país sabe que a pesar de respetar las órdenes, han de seguir su trabajo. El día a día es una realidad que no siempre se ajusta con los caprichos del Emperador.

—¿Ya ha terminado el programa de los osos? —pregunta Amparo a su marido y a su hijo.

—Sí —responde Roberto—, ya es tarde. Mejor irnos a dormir.

—¿Qué habéis aprendido? ¿Os ha gustado? —pregunta Amparo dirigiéndose a su hijo.

—Ha sido divertido mamá —responde Víctor—, esos oso podrían ir a un circo. Hacen de todo. Yo cuando sea mayor quiero comprarme un oso y tenerlo en mi casa.

—Buena idea —se ríen sus padres—.

—Tendrás que tener una casa grande —le dice Roberto—. Además esos osos comen mucho así que necesitarás mucho dinero todos los días.

—No importa, trabajaré mucho —afirma entusiasmado el

pequeño Víctor que ya no es tan pequeño.

—Bueno, bueno... —concluye Amparo—. Ahora vamos a la cama. El programa de la tele hijo mío, era de entretenimiento. En realidad esos osos son agresivos y pueden matar a una persona. Además si quieres que sean felices, a ellos les gusta estar en libertad y no en una casa por muy grande que sea. Mejor dejarlos en paz.

Mientras duerme Víctor va reorganizando las historias, pero esta vez sin orden lineal sino con círculos que se conecta según atracción y similitud. Cuando se despierte volverá a querer comprar un oso cuando sea mayor, pero poco a poco se le irá pasando gracias al trabajo realista de los grandes palacios del interior.

CORAZÓN

***La Virtud del
Gran Palacio Rojo***

El pequeño Víctor se encuentra ahora jugando con un vaso de agua. Como si de un experto experimentador se tratara, lo mira y lo vuelve a mirar. Está fascinado con el agua. Es algo muy común que ha visto durante toda su vida. Siempre ha estado ahí el agua y jamás pensó en ello. Pero el agua tiene una virtud maravillosa y es que es capaz de adaptarse a todas las formas. Víctor pone en agua en un vaso más grande, y ahora en una cuchara. Luego en una jara. Y ahora lo derrama encima del plato.

—El agua —concluye mientras lo analiza— se adapta a cualquier cosa. Es algo que jamás pelea y por eso es imposible de vender. ¿Quién puede romper al agua? Es imposible. Ni con mil puñetazos, ni con la espada más afilada o la pistola más potente, el agua se adapta y luego recupera en muy poco su estado anterior, como si nada hubiera pasado. ¿Podría yo ser así? ¿Puede ser un ser humano tan adaptable que se convierte en invencible?

Como ya sabemos, y conviene insistir mucho aun a riesgos de ser pesados, en este gran imperio que es el cuerpo humano, cada casa y cada palacio procuran realizar su trabajo de la mejor

manera. Todos los ciudadanos del imperio desean alcanzar la excelencia en su trabajo. Sin embargo, hay veces que todo es tan complejo, con tantas nuevas circunstancias, interferencias o guerras de intereses, que resulta muy difícil hacer lo que se espera. No hacemos lo que queremos, sino más bien lo que podemos, lo que nos dejan las siempre cambiantes circunstancias de la vida, lo que nos permite alcanzar el choque con los demás intereses de otros ciudadanos. La mayoría de las veces nos tenemos que conformar con resoluciones que se quedan a la mitad o menos de lo que soñamos. Por eso la Virtud es algo que no está siempre, solo aparece cuando el estado de equilibrio y sabiduría es alto y fuerte. De lo contrario se vive sin Virtudes en el Cielo y sin Virtudes en los órganos o Palacios. Es así que el objetivo de todo ser humano es desempeñar su tarea de manera más amplia, para lo cual necesita sentir fuertes todas sus Virtudes. Tenemos, a parte de las Virtudes del Cielo, otras cinco grandes Virtudes potenciales en cada Palacio. Y digo potenciales insistiendo en el hecho de que rara vez toman forma y fuerza para coordinar nuestro comportamiento. Hay veces que acertamos durante unos segundos, o puede que con suerte unas horas y luego un error sutil las hace desaparecer. Todos tenemos coletazos virtuosos donde nos quedamos plenamente satisfechos (y esto dura en el tiempo) de la resolución de la situación y de cómo la solventamos. Pero estas pinceladas de color que logramos en la vida, son por lo general escasas y enseguida perdemos la sabiduría suficiente para sostenerlas. Las Virtudes se desvanecen con facilidad, les cuesta reaparecer para guiarnos con certeza. Hay que ser un gran maestro para mantener las Virtudes de los Grandes Palacios siempre visibles y en activo. No son muchos los seres humanos que logran algo así, pero sí es para todos el fin último de nuestro paso por la existencia.

Por suerte ahora Víctor es muy pequeño, menos que antes pero aun sigue siendo pequeño, y la naturaleza le concede el favor de sujetar las Virtudes en todos sus palacios. Más tarde será

suya la responsabilidad, pero de momento sí las podemos ver. Debemos darnos prisa porque es muy probable, como la mayoría de los seres humanos de nuestro tiempo moderno, que luego jamás se vuelvan a mostrar en toda la vida salvo esas pinceladas cortas que salen casi azarosamente.

—¿Qué haces con el agua? —le pregunta su padre al verlo.

—Parece blanda, indefensa y nadie se enfada o intenta competir con el agua. Pero en realidad es indestructible. Es lo más fuerte que hay. Mucho más que el acero y que cualquier otra cosa. Lo más fuerte es siempre la flexibilidad, la capacidad de adaptación.

—Tienes razón —añadió Roberto y no dijo más. No quiso presumir como un adulto que lo sabe todo. No quiso robar a su hijo su descubrimiento porque de haberlo hecho, le hubiera también robado su profundo aprendizaje.

—¿Qué tengo que hacer para ser como el agua papá?

—No lo sé —explicó Roberto—pero no pares de insistir con semejante pregunta y un día descubrirás que ya lo eres.

El pequeño Víctor alcanzó la Virtud Roja gracias a su entendimiento con las propiedades mágicas del agua. Se propuso llevarlo a la práctica y tratar de ser absolutamente flexible y adaptable. Se prometió a sí mismo que si alguien lo insultaba, no produciría ningún juicio, ninguna reacción o pensamiento. Solo se limitaría a moverse con el insulto y a aprender de él, a dejarse doblar pero recuperar pronto su estado inicial. Entendió entonces que no solo para las cosas malas sino para las buenas también. Y de este modo se prometió a sí mismo que si alguien lo piropeaba no produciría ningún juicio, ninguna reacción o pensamiento. Solo se limitaría a moverse con el piropo y a aprender de él, a dejarse doblar pero recuperar pronto su estado inicial.

Entremos ahora que está en este proceso de aprendizaje y tan motivado a ser como el agua para ver ese majestuoso arcoíris

de mil colores que aparece discreto en su sangre. Allí veríamos unas letras en el cielo sanguíneo que dicen: “En el calor de la ceremonia”. Lo cierto es que no se entiende muy bien después de haber estado hablando del agua. Si pudiéramos alcanzar ahora la velocidad suficiente para preguntar a alguno de los ecos de mil colores, tal vez nos respondería algo así como:

—Es el fuego y el tan-tan del tambor, los bailes alrededor del fuego durante la ceremonia, los que unen el ritmo de la celebración y la alegría —dijo el eco de mil colores y desapareció.

Ya lo sabemos, casi lo esperábamos, las Virtudes son así, efímeras como un vapor de agua y de muy frágil presencia como el arcoíris. A veces parecen antipáticas porque a la mínima que la decisión es mala o la pregunta incorrecta desaparecen del cielo. Por suerte Víctor es aún muy pequeño y la naturaleza sostiene sus Virtudes, así que podemos volver a intentar la velocidad suficiente y la visión amplia para preguntar de nuevo. Siempre con humildad, ya que de lo contrario se desvanece, siempre con una visión colectiva y global, ya que de lo contrario desaparecen, y siempre con la quietud de la paciencia que no exige ni demanda. Si esperas y las llamas las Virtudes nunca llegan, porque la tensión del acto mismo de espera lo estropea todo. Solo si logras no esperar las cosas y abrir los abrazos trabajando para los demás a ojos cerrados, entonces al abrirlos todo está en su sitio. Por eso si sueñas con lo que aún no tienes, pierdes rápidamente la fuerza de conseguirlo. Las Virtudes son de mil colores pero trabajan en la sombra y no les gusta ser vistas ni presumir de fuerza. Insistamos otra vez, a ver si ahora con una actitud más sabia hay suerte:

—Grácil eco de mil colores, disculpa mi ignorancia y la intromisión de mis palabras, eso de “En el calor de la ceremonia” ¿Qué significa realmente? Estoy dispuesto a esperar sin esperar nada para oír de su eco lo que por bien quiera traerme.

—Para que todos se vuelvan igualmente flexibles y adaptables —habló por fin el eco de mil colores sin esfumarse— han de ser movidos por el mismo compás y la misma alegría, la mis-

ma celebración. Entonces no se producen juicios, ni pensamientos o reacciones aisladas sino conjuntas. Entre todos fusionados en una misma ceremonia, por el calor de la alegría y el ritmo de un único compás.

—Sí, creo que lo he sentido en alguna ocasión, pero en periodos muy cortos, casi instantes, fracciones de segundo, yo creo en momentos donde hay mucha gente y todos celebran alegres. Pero entonces, ¿es la alegría la Virtud del corazón? ¿Sin pensamiento? ¿Sin juicios más que el colectivo? ¿Sin reacciones más que la propia alegría?

El eco de mil colores aceleró y se esfumó. No es sencillo acertar con las preguntas y sostener las virtudes. Es el preguntar en sí mismo lo que hace que desaparezcan. Para entender las virtudes no hay que labrar preguntas. No sirve el “por qué” y el “qué”, tan solo se sostienen si la pregunta es “cómo”. El “cómo” sin ninguna otra pregunta es capaz de lograr la estabilidad para que aparezcan.

—¿Quieres venir conmigo a un estadio de fútbol? —le propuso Roberto a su hijo y éste se quedó tan entusiasmado que contaba los segundos para que llegara el día. Y el día llegó. Era un partido muy importante porque era la final y todo el país estaba atento. En las gradas todos eran seguidores del mismo equipo, todos compartía una misma ilusión y una misma esperanza. El ambiente que se respiraba al entrar dejó cautivado al pequeño Víctor. Cuando comenzaron los cánticos era como estar dentro de una hoguera cuyas llamas eran ellos mismos danzando al unísono. Todos los corazones parecían unidos, sin diferencias los unos con los otros, sumamente coordinados. Víctor creyó ser capaz de sentir lo que estaban sintiendo cualquiera de los allí presentes.

—¿Te gusta hijo mío? —le preguntó su padre. Pero Víctor solo afirmó con la cabeza pues estaba mudo. Claro que al ver a su padre también cantando aquellos himnos junto con todo el estadio, el pequeño Víctor se fue animando. Primero casi mur-

murando, luego aumentó su voz poco a poco y terminó chillando con los ojos cerrados hasta lo máximo que daba su garganta. En ese momento es cuando alcanzó por primera vez la Virtud del Gran Palacio Rojo. Hasta ahora solo lo habían podido imaginar o entender usando la lógica pero ahora era parte íntegra de las llamas de todo el estadio. El pequeño Víctor, cuando salió del estado de éxtasis de su Virtud de corazón se acordó de su abuelo paterno, el soldado que murió en la ambulancia. Y se acordó de él porque se dio cuenta de que las guerras deben ser muy similares. Peleas que no siempre son justas y la suerte decide, los tuyos y los contrarios, la identificación y la potencial recompensa compartida; hermanos que celebran juntos y se abrazan porque aún siguen vivos. El fútbol cubre el anhelo de guerra de los hombres. Y la religión igualmente el anhelo de alcanzar constantes sensaciones “en el calor de la ceremonia”. Sentirnos por fin pertenecer a algo mayor, y no tanto individualismo interno, emocional y existencial. Es hermoso por momentos poder saber que somos todos.

Y entonces sucedió: cuando ambos contrincantes iban igualados, ya casi justo al final, el equipo local (el de todos ellos) marcó un gol sin duda injusto pero definitivo y fin del partido. El clamor subió su temperatura y todos se abrazaban entre sí. Víctor volvió a sentir por segunda vez la Virtud del Gran Palacio Rojo mientras se sentía fusionado en cada abrazo con supuestos extraños que eran, sin embargo y en ese momento, como sus hermanos. Su mente en aquel éxtasis no juzgaba, no producía una reacción propia sino unificada, y no lanzaba pensamiento alguno. Su corazón en el calor de la ceremonia es como el agua que se adapta a todo lo que le toca, que no juzga ni emite reacciones propias. Era todo una sensación grandiosa de colectivo como si se hubiera convertido en un ser comunal y amplio; tan amplio como el estadio, o..., tal vez, tan amplio como toda la nación o el mismo universo. Todos a un solo ritmo, a un único compás...

CEREBRO

El Palacio Imperial

Ahora Víctor tiene diez años (once si contamos con el año antes de nacer) y no se puede dormir porque está pensando en la muerte. Le asusta morir y no lo entiende. Da vueltas en la cama y siente en su pecho algo que jamás antes había sentido. Es desagradable porque le aprieta y le cuesta respirar. Está cometiendo un error porque se ha entusiasmado tanto con la lógica y la línea recta que ha intentado aplicarlo a todo. En realidad en la sociedad ha visto que todo el mundo considera la lógica lo más importante. Es como un dios para todos y por lo tanto supone que todo lo puede. Pero no es de extrañar que cuando la aplica a cuestiones amplias como la muerte, parece que no funciona, le produce esas sensaciones incómodas que no le dejan dormir. La lógica es de línea corta, como sabemos si la intentas seguir, se curva porque en realidad es una porción pequeña de un gran círculo. Es muy útil sin duda porque rige la lógica y la razón, pero no es para cosas amplias como la vida y la muerte. Para eso si usas la lógica te enfrentas a paradojas del pensamiento que te hacen sufrir. Y eso le está pasando a él

—¿Qué haces despierto a estas horas? —le pregunta su padre. Víctor, vio que en el salón una luz se hallaba encendida,

y, como no podía dormir y le acongojaba el miedo a la muerte, se acercó a ella. Allí se encontraba Roberto estudiando algunas cosas de su trabajo. Eran más de las tres de la madrugada.

—No puedo dormir papá —confesó Víctor a su padre con un evidente rostro atormentado.

—¿Qué te pasa?

—Nada, pero... ¿Papá? ¿Qué hay después? ¿Todos vamos a morir?

—Si tú tienes miedo que te queda mucho —murmuró algo nervioso Roberto a su hijo—, imagina yo, que a mí no me queda tanto. No te preocupes que queda mucho, mucho tiempo. Duerme tranquilo. Vete a la cama...

Aquellas palabras de consuelo no ayudaron a Víctor en absoluto. No obstante dieron un fruto contrario ya que Víctor ahora para todo aplica la lógica y la línea recta. Pero además puedo sentir en su padre miedo, el mismo que él tenía o incluso más. Aquello es lo que no le consolaba en absoluto.

—Si papá tiene miedo que es un adulto listo y maduro —pensó—es que me están engañando, no me cuentan la verdad porque en realidad todos vamos a morir y eso es horrible.

Víctor sigue aplicando su línea recta y concluye que no importa si queda mucho o poco, el final es el final. Sin embargo se esfuerza en entender que si todo avanza en una línea recta: “¿Qué hay después del final? Si no hay nada, ¿qué es la nada? Si ya se puede mencionar es porque será algo. ¿Y el principio? Si tiramos la línea recta para atrás tiene que haber un principio. Antes del nacimiento, pero ya había gente. ¿Y quién llegó el primero? ¿Cuál es el principio del principio? Si no hay nada al principio es lo mismo, de nuevo la nada no puede ser porque si lo puedo mencionar y pensar ya es algo. ¿Y cómo puede salir algo de nada?”.

Víctor, al ver el miedo de su padre al mencionar el tema de la muerte no se animó a seguir preguntando. No quería saber la verdad por si acaso era aún más dolorosa. Pero no paraba de

darle vueltas, y vueltas...

—¿Mamá, el abuelo ahora dónde está?

—¿El abuelo Juan? En su casa supongo.

—No, mi otro abuelo, el que murió en la guerra.

—Ya sabes que murió.

—Sí, yo lo sé, pero ¿dónde está mamá?

—No lo sé hijo. Eso depende. ¿Por qué me preguntas a mí? Veras: algunos dicen que en el cielo, otros dicen que nos reencarnamos y volvemos a la vida de otra forma. Yo no lo sé. ¿Por qué te preocupa eso ahora?

—El tiempo todo se lo lleva. Siempre gana el tiempo. No hay nada que lo pueda vencer. Y es cruel porque desintegra...

—Pero hijo —dijo Amparo algo sorprendida y preocupada—, ¿cómo se te ocurre pensar en esas cosas?

—He estado dudando de todo, mamá y la única conclusión que he sacado es que no sé si lo que veo ahí fuera es real o es un escenario puesto solo para mí. ¿Y si todos fuerais actores para engañarme? ¡Todo es mentira! Un holograma... Solo sé que yo sí estoy aquí y soy yo. Nada me advierte que vosotros seáis vosotros de verdad.

—Deja, deja eso..., no pienses en tonterías hijo —titubeó Amparo y de nuevo Víctor pudo percibir en su madre el mismo miedo que había visto en su padre unas noches antes. Víctor la miraba extrañado, como si su madre realmente fuera un holograma. Amparo no sabía cómo reaccionar así que intentó cambiar de tema.

—Y hoy en el colegio ha vuelto ese niño que...

Víctor, no satisfecho y convencido de que la línea recta del pensamiento lograría solucionar todos los problemas. Quiso seguir probando a los adultos. En esta ocasión se encontraba con su abuela María Aurelia. Era de noche, estaban solos y un gran silencio cubría por todas partes. Era el momento perfecto. La abuela sujetaba un rosario en sus manos y rezaba en voz baja. Víctor la miraba como había estado mirando a todo el mundo en

los últimos días, como si fueran un holograma puesto ahí fuera para él. Eso le producía un desconcierto mental e incluso dolor, tormento y angustia y malestar en el estómago; pero no podía parar de hacerlo.

—Abuela, ¿por qué estás rezando?

—Lo hago todas las noches —respondió la abuela soltando una sonrisa angelical.

—Pero eso no es una respuesta. Yo te he preguntado —insistía Víctor casi tomándole el derecho contra uno de sus hologramas puestos ahí para él—. Yo te he preguntado por la razón de tu acto de rezar. Pero tú solo me has respondido la frecuencia. ¿Por qué estás rezando abuela?

—Veras... mi querido nieto, cuando llegas a cierta edad y...

—Esa tampoco es una respuesta, ¿de qué tienes miedo abuela? ¿Estás realmente ahí? ¿Por qué no me respondes? ¿Tienes miedo a morirte?

—Supongo, como todos —respondió la abuela algo confusa ya sin su sonrisilla de antes.

—¿Entonces rezas para morirte más tarde?

—No sé... Rezo para que cuando muera mi alma está en un buen lugar.

—¿En un lugar? ¿En qué lugar? —insistía Víctor acosando a su holograma.

—En el cielo. Junto a dios.

—Abuela, en el cielo solo hay nubes, oxígeno y más arriba estrellas. Allí no van los que mueren. Se caerían por el peso gravitacional.

La abuela María Aurelia ahora se ríe; está intentando salir del apuro al que le enfrenta su nieto quien de repente es un gran filósofo existencialista. Y de nuevo el miedo que muestra, lo percibe Víctor. Otro adulto que al proponerle temas lógicos de razón pura muestra un miedo huidizo.

Al día siguiente llegó a su casa la otra abuela, la abuela paterna Soledad.

—Abuela, ¿tú no rezas?

—No todos los viejos rezan —le respondió y aquella respuesta le gustó porque de momento en sus ojos no reflejaba miedo.

—¿Entonces cuando te mueras, para ti que hay después?

—Nada —dijo muy tranquila.

—¿Nada? ¡Nada no es posible abuela! ¡No lo entiendes! ¡No lo entiendes! —ahora ante la tranquilidad de su abuela Soledad es Víctor el que le entra un miedo huidizo y se enfada para cambiar rápido de conversación. Por unos momentos se le quitaron las ganas de continuar utilizando la línea recta del pensamiento para estos temas tan amplios. Llevaba unas semanas muy angustiado y durmiendo muy poco. Estaba a punto de rendirse y dejar en su interior las respuestas importantes escondidas y sujetas firmemente por el miedo, un miedo que paraliza, da náuseas y que a nadie le gusta discutir.

—Víctor —le llamo su abuela Soledad—. ¿Quieres saber por qué no rezo?

—Sí —afirmó tímidamente pues no se veía con fuerzas para más angustias. Pero ahora ya no la vio como un holograma puesto ahí para él y eso era muy placentero.

—No creo que haya ningún dios ahí arriba.

—¿En las nubes?

—Ni en las nubes ni en ningún lado. No hay ningún dios. Pero escucha: no le digas a tus padres que te lo he dicho.

—¿Entonces qué hay abuela?

—Yo creo que al morimos dejamos de correr y nos transformamos para formar parte de otras cosas. Nada se pierde, se transforma en algo distinto. Pero ya dejas de ser tú, pasas a ser algo más amplio. Eso es lo que yo creo...

Aquella respuesta devolvió a Víctor el debate interno allá en el Palacio Imperial donde la lógica es el dios. Pero no le encajaba porque si piensas en una línea recta de causa/efecto, cuando algo muere, tiene que continuar, no es posible que vuelva para

atrás. La abuela le estaba hablando de un círculo que regresa, pero Víctor solo entendía una línea que avanza hasta el infinito.

—¿Y qué es el infinito abuela? ¿Dónde termina? ¿Está muy lejos?

—¿El infinito? No está lejos lo tienes ahí, está justo en el principio. Todo es infinito hasta que dure la energía que lo mueve. Entonces pasa a ser otra cosa. ¿Me explico?

—Abuela creo que te equivocas, no es posible. El infinito es una línea recta que llega muy lejos pero no sé que hay después, cuándo termina ¿qué hay? ¿Y dónde empezó?

—Empieza aquí —repuso la abuela levantando su dedo índice—. Y termina aquí. En el mismo punto. Y de nuevo empieza aquí y termina aquí mismo. Así todo el rato...

Víctor no entendió aquello, para él era un error de cálculo de su abuela que no era capaz de ver bien la lógica de dicho asunto. No obstante se fue pensándolo y mientras más pensaba en aquel gesto de su abuela con el dedo índice, menos angustia sentía. Curioso. Cuanto menos curioso. El infinito le ocasionaba náuseas en el estómago y la explicación irracional de su abuela, aunque la encontraba absurda, le producía paz. Por eso a los pocos días estaba deseando volver a estar con su abuela Soledad. Así son las cosas...

—Ahora siempre quiere verte —le explicaba Roberto a su madre—. No sé que le ha dado contigo últimamente que siempre pregunta por ti y propone ir a tu casa. Pero el otro día me ha preguntado si tú eres feliz y si estás bien de la cabeza. Nos ha entrado la risa pero me preocupa que piense eso de ti.

—Son etapas —dijo la abuela Soledad a su hijo Roberto—. Ahora está descubriendo el pensamiento lógico y se lo quiere aplicar a todo. Claro que ha visto que hay cosas que no puede explicar.

Y entonces llegó su abuelo Juan. Era el turno de ver qué pensaba el abuelo materno al respecto. Víctor no sabía cómo abordarle. Ya tenía experiencia de preguntas de este tipo que le

devolvía respuestas que luego le dejaban con angustia. No quería que le pasara más eso porque era desagradable. Tenía que encontrar la forma de no recibir algo que luego no supiera encajar. Se fijaba en él para lograr la pregunta adecuada. El abuelo Juan no rezaba como su mujer, ni se le veía preocupado al respecto. ¿Tendría miedo a la muerte? ¿Sabría qué es el infinito y a dónde va todo?

—¿Abuelo tú cuántos años tienes? —logró preguntar por fin para acercarse al tema.

—Tengo mucho...

—¿Pero cuántos?

—Tengo 74 años.

—¿Y cuántos más te quedan antes de mo...?

El abuelo Juan no se ríe, no se asusta ni muestra miedo. Con cierta calma responde:

—No lo sé, supongo que al menos unos diez años más.

—¿Y luego? —soltó Víctor como un acto reflejo; pero se arrepintió porque ya había estado ahí antes y las respuestas le habían dejado mal por unos días. Sin embargo su abuelo le dio una respuesta distinta.

—No me hago esas preguntas —dijo. Y su voz era serena, sus ojos firmes manteniendo aun la alegría. Víctor Vila a la edad de diez años (once si contamos el año antes de nacer) resolvió de esta manera las paradojas de la vida. La lógica no lo puede todo, no es la línea recta la solución de los grandes enigmas sino de los que son cortos y reducidos. Para los grandes dilemas, la solución está en la ausencia de preguntas. Con aquello pudo ver como su angustia desapareció, y sus náuseas por las noches y los miedos se fueran por completo. La ausencia de preguntas es la respuesta perfecta a los grandes asuntos de la vida. Junto con los consejos de su abuela Soledad, al respecto del círculo y no la línea recta. Parece que el Emperador allá en el Palacio Imperial no logra una visión muy amplia, sino más bien reducida, porque no da respuestas más que a temas prácticos y asuntos menores del día

a día. Ya nos advirtieron las *palabras de humo y eco* del Gran Palacio Rojo que el Emperador está solo para emergencias. “No hay que molestarle más que para diversiones y emergencias”

Pero intentemos acelerar lo suficiente, ya sabe bien el lector cómo funciona esto, aceleremos para ver si nos dejan entrar en el Palacio Imperial. Cómo ya sabemos, para acceder tenemos dos vías. Podemos intentar entrar desde dentro y entonces tenemos que pasar el muro del pericardio, el océano y luego formar parte del chispazo cardíaco para ascender a través de las *palabras de humo y eco* de la casa masculina del Gran Palacio Rojo. La otra opción de entrada es a través del exterior. Para eso tenemos que provocar una emergencia o una diversión entretenida. Puede ser un azúcar, algo rico al paladar, una caricia en la piel o el sexo, o puede ser un placer de otro tipo, o simplemente un chiste o algo ingenioso sobre la línea de pensamiento que está. Y también, como hemos aprendido, puede ser algo relacionado con la muerte o los enigmas de la vida. Con eso también podemos entrar porque le preocupa. Todo depende del tipo de Emperador que sea y el momento actual en que se encuentre su fiesta. Vamos en esta ocasión a intentar entrar siendo un chiste gracioso a ver si así el Emperador nos acepta en el Palacio Imperial. Pero ¿qué tipo de chistes le gustan al Emperador? Sabemos que tiene que ser algo lógico donde se juegue con la línea recta de corto alcance. Pero como eso le produce tensión constante y miedo a las paradojas que se desprenden de su uso y abuso, un chiste es cualquier cosa que se ría de esa línea. Algo que la destruya o ridiculice. Eso le gusta al Emperador.

—¿Qué traéis? —dijeron las *palabras de humo y eco* que curiosamente también estaba en la entrada del Palacio Imperial. Sin embargo aquí su forma era más eléctrica.

—Traigo una respuesta graciosa para el exterior del momento.

—¿De qué se trata? Ahora Víctor está en el colegio hablando del conejo que están cuidando con sus compañeros.

—Sí, precisamente es de eso. Traigo varias: “si mañana vuelvo a ver el conejo saltar así, ato las dos orejas a un palo” (efecto que produce una causa ridícula e inesperada). “Si no fuera porque ayer le vi bien, pensaría que esta noche ha estado bebiendo” (causa que produce un efecto ridículo o inesperado). “Pon aquí el conejo, no vaya a ser que mañana nos lo encontremos con las patas en alto” (acción que anticipa una causa ridícula e inesperada).

Resulta cuanto menos peculiar ver como todos estos chistes para ayudar a Víctor con sus compañeros sobre el asunto del conejo que están cuidando, se centran en ridiculizar la línea recta que tanto gusta pero al mismo tiempo presiona al Emperador. Siempre con la causa/efecto y viceversa, y con el miedo al infinito que eso produce, así que le relaja hasta la risa todo aquello que rompa dicha causalidad o linealidad.

—Adelante, nos parece ingenioso —nos dan permiso de entrada las *palabras de humo y eco* con su habitual juego de gestos faciales no muy fáciles de entender.

Al entrar, lo que más llama la atención es que realmente no hay un único Palacio Imperial sino dos. Uno a la derecha y otro a la izquierda. Y se cruzan. Para entrar al de la derecha hay que ir por la izquierda. Y para entrar al de la izquierda hay que ir por la derecha.

—Esto es un poco absurdo —afirmamos al ver a uno de los guardianes eléctricos.

—Nada de absurdo, es un sistema defensivo. Todos los reyes utilizan dobles para protegerse, trucos de engaño para evitar atentados.

—Un gobierno justo no debería tener miedo a atentados...

—¿Y qué es la justicia? ¿Tú lo sabes listillo? La justicia da igual, somos demasiado y jamás puede llover a gusto de todos. ¿No serás un idealista que se cree que un orden bueno es posible? Aquí miramos cada parte y listo. Y cada uno necesita lo que

necesita. ¿Hay trato?

—Creo que no tengo otro remedio que aceptar un trato.

—Aquí no puede subir cualquiera que no sepa los trucos ni acepte los tratos. De lo contrario tendríamos demasiados listillos como tú intentando usurpar el palacio. Además a los emperadores les gustan los dobles engaños. Les divierte las segundas entradas.

—¿Emperadores? ¿Acaso hay más de uno?

—Claro, la Emperatriz en el Palacio Imperial de la derecha y el Emperador en el palacio Imperial de la izquierda. ¿A dónde te han dicho que tienes que ir?

—No me han dicho nada. ¿Qué diferencia hay?

—¿Qué traes? Sin carta de recomendaciones no puedes entrar.

—No tengo carta pero sí traigo un chiste ingenioso del momento.

—¿Cuál? ¿Cuál? ¿Es muy gracioso? ¿Cuenta?

—No te lo puedo decir, es un pacto que tengo. Solo cuando llegue allí.

—Entonces por aquí, por la izquierda para el Palacio Imperial de Emperador.

—¿Y a qué se dedica la Emperatriz?

—Te lo explicaré solo porque traes algo gracioso —dijo el amable guardián eléctrico sonriendo—. Al Emperador, en la izquierda, le gustan los números, los datos ordenados en secuencias, la línea recta y la lógica. Todo paso a paso, uno por uno, en un orden lineal sencillo y de corto alcance. Y todo eso que se exprese con palabras o números. Al Emperador las cosas sencillas (sí—no, arriba—abajo, antes—después, más—menos, 1,2,3, etc.).

—¿Y entonces la Emperatriz?

—La Emperatriz, en la derecha, gusta de ofrecer una línea algo más amplia, así por lo tanto entiende la curvatura y el círculo. Sus nociones temporales y espaciales no son lineales.

—¿De verdad? ¡Qué alegría me das! ¿En el cerebro también se entiende el círculo?

—Claro —respondió el amable guardián eléctrico sin comprender— Más bien la espiral para ver los distintos puntos de vista al mismo tiempo. La Emperatriz es intuitiva y no tan lógica, así que le gusta integrar sin tener que contar. Por eso es más creativa y soñadora.

—Entonces la Emperatriz es la que recibe a los que llegan de los grandes palacios del interior.

—Correcto. Así es, casi siempre es ella. Sobre todo los que no suben por el pericardio. Pero esto es un secreto muy estricto que nade más que en el Palacio Imperial se puede saber. La Emperatriz tiene sus espías por todo el cuerpo. No se fía del todo de lo que filtran las *palabras de humo y eco*.

—No es de extrañar, la verdad.

—Bien —añadió el guardián eléctrico—, ¿a dónde quieres ir? ¿Por la izquierda o por la derecha?

—Siendo un chiste del momento ¿qué me recomienda?

—¿Seguro que no me lo puedes contar? Mira que te voy a dejar pasar sin carta ni nada.

—Seguro, no puedo contártelo. Son órdenes de no sé dónde.

—¿Órdenes? Bueno. Mira: Está muy claro, el entretenimiento siempre es bien recibido por el Emperador. Tienes que ir a la izquierda. Déjame que anuncie la llegada de un nuevo bufón y puedes pasar.

El Palacio Imperial de la izquierda realmente parece un palacio, con infinidad de luces y lujos por todas partes. Es divertido y es alegre. Al menos en estos momentos quien sabe si las cosas cambian aquí muy rápido según los caprichos imperiales. Es curioso pero al igual que los grandes palacios de abajo también se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos, en esta ocasión todos rectos por donde corren silbidos

alegres a gran velocidad. Sin duda aquí les gustan las fiestas porque todo es divertido, azucarado y con colores. Sin embargo resulta curioso que para ser el lugar donde la línea recta es casi un dios, los grandes pasillos son todos sinuosos y curvos, retorcidos y rebuscados.

—¿Quienes sois? —preguntan las guardianes eléctricos del interior.

—Un bufón del momento. Traigo un chiste ingenioso para la conversación.

—¿Cuál? —preguntan los guardianes eléctricos riéndose con clara actitud de diversión.

—Hay varios a elegir: “Si no fuera porque ayer le vi bien, pensaría que esta noche ha estado bebiendo” (causa que produce un efecto ridículo o inesperado). “Pon aquí el conejo no vaya a ser que mañana nos lo encontremos con las patas en alto” (acción que anticipa una causa ridícula e inesperada).

Los guardianes eléctricos se ríen con todos ellos. Están comiendo caramelos y su risa produce un eco que recorre todos los pasillos.

—¿Siempre es esto tan divertido?

—No —responden de manera tajante—. Precisamente por eso nos gusta relajarnos un poco. ¿Qué tal esto?: entras como un bufón y cuando todos esperen que vas a decir algo, no lo digas. Entonces entras otra vez y, de nuevo cuando esperen que vas a hablar, de nuevo no digas nada. Y ya en la tercera, cuando todos esperen tus chistes... tampoco. Y luego, justo cuando todos se están riendo, ahí los sueltas.

El consejo de los guardianes eléctricos no resulta nada raro, están proponiendo una vez más que rompa la línea recta, que se salte las expectativas y que juegue con los tiempos. Eso les hace mucha gracia —como niños. —Resulta intrigante que estos guardianes eléctricos sean los que luego realizan los cálculos lógicos y numéricos. Realmente aquí viven con una visión tan reducida que no es de extrañar que tengan miedo a lo des-

conocido. Así se defienden con lógicas y chistes que rompen la lógica. Es terrible que de aquí puedan salir decretos para regular el cuerpo.

—¿No habrás traído algo de azúcar o de alcohol? ¿O un sabor agradable? ¿Algún otro placer? ¿Sexo? ¿Algo nuevo?

—No, solo los chistes —y de nuevo se ríen sin haberlo oído aún.

Para visitar el Palacio Imperial de la derecha donde vive la Emperatriz no basta con llevar un chiste que se burle de la línea recta o de la muerte. No obstante no se puede entrar solo, sino como parte de una totalidad. Y para ser aceptado en lugar de acercarse hay que alejarse, fundirse con el fondo y así entras. Suena algo raro que para entrar haya que ir hacia atrás.

—Soy una intuición ¿podría pasar a ver a la Emperatriz? —volvemos a mentir pues aquí parece ser que es la mejor forma de que te dejen pasar a todos lados.

—Por favor puedes retroceder para que podamos ver mejor —piden los guardianes eléctricos del Palacio Imperial de la derecha.

Aquí las cosas son muy distintas, estos guardianes no parecen tan divertidos ni asustados.

—¿Eres un espía de la Emperatriz?

—No solo soy una intuición del exterior. Una pregunta ¿aquí no hay fiestas? ¿A la emperatriz no le gusta divertirse?

—Sí que las tenemos —responden los guardianes eléctricos con un tono casi poético—. Pero no tan vulgares y soeces como las del Emperador. Aquí nos gustan las cosas hermosas que giran en espiral y se funden con armonía. Nos gusta la música y el arte, la poesía y los sentimientos amplios que abrazan el paisaje.

—¿Aquí las historias no tiene que ser lineales? —preguntamos.

—No es necesario, nos gustan las miradas amplias porque

luego la Emperatriz ayuda al Emperador en lo que él no logra ver ni entender. Mientras el Emperador piensa, la Emperatriz le susurra lo que está pasando. Primero lo sabe la Emperatriz y luego su marido grita: ¡ya lo tengo! y lo reduce a partes pequeñas en su línea recta. Pero aquí preferimos los cuentos fantásticos a los muy lógicos. Aquí nos gusta la belleza de la amplitud de imagen sin preguntarnos la razón.

—De haberlo sabido os hubiera traído algo más musical o metafórico, más bonito y poético.

—No importa, no te preocupes, una intuición es muy bien venida. Es este momento el Emperador está de fiesta lanzando bromas sobre un conejo. Necesita más velocidad y visión amplia, así que las intuiciones le ayudarán a no meter la pata. Necesita mano izquierda en todo momento.

—¡Pero estamos en la derecha!

—La Emperatriz está a la derecha para gobernar el lado izquierdo.

—Es cierto, disculpa se me había borrado por momentos que se cruzan como vía de seguridad.

Mientras Víctor se divierte con sus amigos soltando bromas sobre el conejo que están cuidando, el Emperador se ríe y la Emperatriz le ayuda a entender el trasfondo de la conversación. En realidad el profesor que anda por allí y también está soltando bromas, les está diciendo con sus bromas que han de amar a ese conejo si quieres que se mejore. Cada broma tiene una intención y parece que está calando en los niños que poco a poco dejan de reírse y se ponen tiernos.

—¿Y por qué se ha enfermado? —pregunta Víctor mientras piensa—. Habrá comido algo que le ha sentado mal.

—¿Y las marcas? —se pregunta otro compañero.

—Sí, esas marcas parecen de un gato o algo así. Tal vez fue atacado cuando estaba sin fuerzas para huir.

—Pero la dueña nos comentó que en su casa no hay gatos.

—Los gatos son capaces de saltar de un balcón a otro. ¿Por qué sino iba a tener estas marcas?

—Sí, es posible. A menos que se las haya hecho él mismo las heridas al golpearse por las convulsiones de dolor del estómago.

—Sí, también es posible.

—O el transportista —dice otro niño y Víctor se ofende porque fue él quien lo trajo.

—No estarás insinuando que fui yo el que le hice estas heridas.

—Yo no he dicho nada...

CEREBRO

***En el lecho de los mil espejos del
Palacio Imperial***

Por todo, en el Palacio Imperial hay muchos dormitorios donde el Emperador y la Emperatriz se juntan para discutir de sus asuntos y hacer el amor. Si entramos en cualquiera de ellos, llama la atención que todas las paredes, el suelo, el techo e incluso la cama, son de espejos. Parece que eso es lo que les excita a ambos emperadores. Es casi un juego sexual. Cualquier asunto que lleves allí dentro se verá mil veces reflejado en sí mismo. Pero no es sencillo que lleguen allí cosas ya que como sabemos incluso para llegar al Palacio Imperial hay que pasar por muchos filtros. Allí en el lecho de los mil espejos del Palacio Imperial, se produce la conciencia. Es una información muy limitada en relación a todo lo que está realmente pasando en cada momento en todo el Imperio. Pero lo que allí se refleja, es privado para el uso exquisito de ambos emperadores. Cualquier otro que intente entrar, fácilmente se puede marear y volver loco al ver su reflejo tantas veces repetido. Pero para ambos emperadores es allí donde se entretienen cuando no hay otros asuntos importantes en el Imperio. Es allí donde hacen el amor con sus propios reflejos, confundidos a veces entre macho y hembra, sintiendo el éxtasis

de su propia imagen como una verdad única.

Ahora Víctor tiene 16 años y le pregunta a un amigo de su misma edad:

—¿Quién soy yo?

—Tú eres Víctor Vila —le dice el amigo extrañado.

—Sí, pero ¿quién es ese tal Víctor Vila? Ya sé que soy yo, pero ese “yo” del cual puedo hacer mención, ¿realmente existe? Es una paradoja que podamos hablar de nosotros mismos desde nosotros mismos. Ser conscientes de que somos.

—Deja de pensar esas cosas que no llevan a ningún lado —le recomienda su amigo—, te vas a volver loco. Mi abuelo dice que es egoísta e infantil pensar en el sí mismo ya que no existe y es una falsa ilusión peligrosa.

La utilidad del lecho de los mil espejos en el Palacio Imperial es muy sencilla ya que sirve al egocentrismo de ambos emperadores. Ser egocéntrico no parece nada útil a simple visto pero da a los seres humanos la ocasión de sentirse distintos, únicos y libres. Por eso caen en su búsqueda los que no están educados para disfrutar del sentimiento colectivo y necesitan sentirse distintos, ya que sufren al verse parte de un todo que no les gusta y que les encierra. Poder ser egocéntricos es útil para la supervivencia de los logros de nuestras Virtudes. Para realizar el trabajo vital para el cual nos ha encomendado el Cielo Anterior, hay momentos, cuando estamos perdidos, que sentirnos diferentes y únicos nos devuelve al trabajo. Es el motor de los descarriados y rechazados, los solitarios y perdidos en el Imperio. Es como una enfermedad temporal cuyos síntomas nos ayudan a regresar en los momentos que estamos perdidos.

—Sí existe la conciencia —le dice Víctor a su amigo—, desde el mismo momento que se puede mencionar, existe. Y allí está el sentido de todo, la razón y las verdades que el ser humano anda siempre buscando.

—¿Y las vas a encontrar tú? —responde su amigo algo burlón.

—Es posible...

—¿Te encuentras bien?

—Me encuentro bien en el momento en el que tenga consciencia de estar bien...

Los espejos son ciertamente peligrosos si se dan más de uno o dos reflejos a lo suyo. Y son peligrosos ya que al estar en el Palacio Imperial se llenan de preguntas que al reflejarse se chocan y se contradicen, se amplían y se destruyen, rebotan y salpican. Si aceleramos ahora la suficiente tal vez podamos preguntar a alguno de los reflejos imperiales que hay por aquí:

—¿Tú quién eres?

—Yo soy tú, pero ¿y tú, quién eres tú?

No parece este un buen lugar para andarnos con preguntas. En realidad el Imperio es la consecuencia del Cielo Anterior escrita por mi árbol genealógico, la suma de los actos y aprendizajes de mis ancestros. El Imperio es el espectador de los palacios del interior, pero también somos los palacios. Para entenderlo todo depende de mi grado de unión y disgregación. Si estoy bien asociado, yo soy “todo” y si estoy ampliamente asociado, yo soy “Todo”, pero si estoy mal asociado yo soy “yo”.

Mejor no estar aquí mucho tiempo o corremos el riesgo de volvernos locos. Pasemos mejor al siguiente capítulo...

La Felicidad

Ahora Víctor tiene 18 años (19 si contamos el año antes de nacer) y ha notado lo que se podría definir como un bajón sensible en su estado de felicidad. Hay distintas causas que condicionan esta circunstancia. Sin duda una de ellas fue el salir de ese colegio alternativo, Mi Colegio Laboratorio, donde desde el primer día, cuando entró con menos de cuatro años, le hicieron sentir útil. Hace ya dos años que salió de ese colegio que tanto amó, y... desde entonces no se siente útil para nadie. Sus padres con buen criterio y aconsejados por el propio colegio, apuntaron a Víctor a una academia especializada en las pruebas de acceso a la universidad. Todos querían que alcanzara la nota para estudiar medicina. El propio Víctor estaba de acuerdo con esto porque podía identificarlo en su Esencia. Como sabemos, en su Cielo Anterior dispone de una larga cadena de ancestros que dieron su vida por la salud y la medicina.

—Ya sé que es por mi bien, lo entiendo —le explicaba a su madre—. Pero esa academia es como un ejército para tontos. Solo hay que memorizar, ni siquiera comprender. Te generan estructuras sueltas solo porque puede que entren en el examen. Ni me siento útil ni lo soy.

El sentirse útil ciertamente está directamente relacionado con la felicidad. Antes participaba en la sociedad, tenía ideas y las llevaban a cabo entre todos. Ayudaba a las plantas, los anima-

les y al ser humano. Se preocupaba por los demás y sus preocupaciones se traducían en acciones beneficiosas. Tenía iniciativas que producían logros. Pero ahora solo está estudiando como un robot y nada de lo que aprende tiene utilidad real en su día a día. La verdad es que en semejante academia emplean una técnica, en cierto modo horrible. Les enseñan todo utilizando la memoria a corto plazo (la que trabajan el Gran Palacio Rojo) y como se pierde con facilidad si dejas de utilizarla, intentan para que se queda y llegue a Sangre producir un trauma. De tanto insistir y repetirla sin sentido y sin utilidad, se produce un trauma y es así como dicha información llega a la memoria a largo plazo.

—Yo esperaba —le explica a su madre— que al llegar a mayor, la vida sería igual de bonita. Pero me aburro y me siento poco útil. La verdad no es un buen momento para mí.

—¿Y los amigos? —le pregunta Amparo preocupada intentado motivarlo.

—No me entiendo muy bien con ellos. Echo de menos la forma que teníamos de trabajar en mi colegio. Esos son mis amigos de verdad. Pero ya no los veo.

—¿Y las chicas, no hay ninguna que te guste? —insiste su madre.

—Son todas muy tontas y a mí eso no me atrae.

—Será que no hay ninguna que sea muy guapa. La belleza supera muchas dificultades. Demasiadas a veces...

La vida social le cuesta mucho más ahora y no solo por haberse cambiado de colegio hace dos años, también ha coincidido con un cambio evolutivo y natural en el ser humano. Víctor ha comenzado a entender la teoría de la mente, es decir que ahora es consciente de que los demás sienten lo mismo que él, que tienen un mundo interior con palacios y subconscientes igual que el suyo. Ahora sabe y siente que los demás juzgan y piensan, tienen sus secretos, sus deseos ocultos y sentimientos complicados. Sabe que también tienen miedo a la muerte y que cometen

errores y que a veces, sonríen sin estar alegres. Sabe que los gestos de la cara son a veces mentira y que las palabras tienen a veces doble o triple sentido. Ahora, cuando Víctor mira a los ojos a un ser humano ve todo muy complejo, y ve sufrimiento. Cuando era niño esto no le pasaba, para él los adultos eran seres sabios con un mundo interior sin problemas y limpio. Pero el problema no es solo que ahora entienda el interior real de los demás, el problema es que él mismo está mal, confundido y con pensamientos o juicios enrevesados y secretos. Por eso cree que los demás son como él y los mira con miedo y algo de desprecio. Al despreciarse a sí mismo, les desprecia a ellos. No todos los adolescentes pasan un proceso así. En nuestra sociedad moderna es más o menos común, los adolescentes rebeldes, inconformistas y tímidos.

—En las sociedades donde los adolescentes participan no es así. —le explica Roberto a su mujer. Ha estado leyendo porque él también está preocupado por su hijo—. En esas sociedades los adolescentes no pasan una etapa larga de rebeldía y timidez. Porque están integrados y porque supongo que internamente se encuentran bien así, interpretan que los demás también lo están. El problema es si por dentro no se encuentran bien. Se creen que todos están así y por eso odian la sociedad o tienen miedo al juicio de los demás.

—Entonces tú crees —responde Amparo preocupada— que Víctor no se encuentra bien por dentro.

—Supongo que no. Él mismo lo dice.

—¿Y qué podemos hacer? Tiene que terminar sus estudios. No podemos sacarlo de la academia... romperíamos su sueño de ser médico.

—Sí, no podemos.

Los ojos como platos de un adolescente, que todos lo hemos tenido y seguro visto en otros, no solo indican que interpreta las mismas emociones ocultas propias en los demás, también

indica que no sabe hasta qué punto los demás pueden ver lo que intentan esconder. No están seguros si lo que consideran digno de ser escondido de alguna forma, se ve. “Y si los demás están viendo lo que yo estoy pasando, sintiendo o incluso pensando”. Eso les deja rígidos y parcos en palabras. Víctor ha ido a un buen colegio donde desde muy pequeño le han enseñado a interpretar emociones propias y ajenas y a manejarlas. Por eso él no es así, no se queda con los ojos como platos y mudo cuando hay adultos por medio. Pero sí les pasa a sus compañeros de academia y por eso se siente sin amigos. Y sin amigas. Los ve algo tontos y poco capaces de entender. Eso le produce una sensación de aislamiento y aquí sí que se ve afectada la felicidad. Ya se lo advirtieron en el colegio alternativo.

—Al ofrecer aquí una educación distinta a la sociedad — les explicaba la directora en su día—, luego encontrarán complicada la adaptación a entornos “normales”. Y eso les puede causar un aislamiento. Han de tener cuidado con eso porque el aislamiento es el mayor enemigo de toda energía. Por eso haremos lo posible aquí por dar una educación adecuada pero, al mismo tiempo abrimos a la sociedad.

Sin embargo, hace ya dos años que salió de ese colegio, y, ahora, en el mundo “normal” según está la sociedad actual, no encuentra forma de integrarse con los de su edad. En su caso prefiere los adultos. Incluso los niños. Se centra en sus estudios y va a clases. Quiere ser médico algún día y sabe que tiene que pasar por estados de transición.

Pero otro efecto importante también le está produciendo aislamiento y una bajada sensible en su felicidad. Ya se lo advirtieron en el colegio pero ahora lo está viviendo de cerca. La magia allí en el exterior se está marchando. Ahora le cuesta y le aburre el animismo. Hasta no hace muchos años jugaba con cualquier cosa imaginando que era cualquier otra. Hablaba con las nubes, con las hormigas o las rocas. Pero ahora ya no le sale.

Le cuesta. Y por eso el mundo exterior parece haber perdido su magia.

—Aunque vayas creciendo —le explicaban en su antiguo colegio alternativo— nunca has de dejar de animar al mundo que te rodea. De pequeños, animamos objetos y algunos, de mayores, a figuras religiosas. Para la felicidad, hay que observar el exterior con animismo, como si todo tuviera vida y sentimientos, porque además es así.

Víctor ahora que tiene 18 años recuerda todas esas enseñanzas y ciertamente, su día a día es así. En su casa están acostumbrados a incluir en sus conversaciones a los objetos, como si fueran parte de la familia. Son bromas que fluyen desde siempre en casa y dan alegría a todos. Pero ahora Víctor está preocupado por el ser humano, algo aislado por sus amigos y aislado porque ya no ve magia en lo que observa. Sabe la teoría y le han entrenado para mantenerse siempre activo a este respecto, pero últimamente no le sale ni le apetece. Lo hace, pero sin entenderlo, y no le cala.

—¿Le pongo cebolla a la ensalada? —pregunta Víctor a su madre.

—No sé, pregúntale a ella. Mira que si hoy no tiene el día y prefiere seguir en la despensa.

—Ya —Víctor ya no sigue las bromas, no le hacen ver el mundo animado como siempre le había pasado.

Tal vez sea un buen momento para entrar en su Sangre e investigar qué está pasando. Si lográramos la velocidad adecuada, tal vez podríamos preguntar a alguno de los paquetes de información que viajan por el sistema linfático de Víctor el adolescente.

—Disculpa, ¿tú eres una impresión errante o un espíritu?

—Soy una deidad del Gran Palacio Negro.

—Sí, claro, perdona aun no sé diferenciarlos. Veras, estoy buscando las causas de una cierta falta de felicidad en Víctor.

¿Sabes de algún lugar donde pueda dirigirme para investigar?

—Claro. Ven conmigo a la casa masculina del Gran Palacio Negro de la izquierda. Allí te informarán.

Ahora nos sabemos el truco para poder entrar así que frente a la impresionante puerta donde dice: “El amplio proyecto de la madre”, nos presentamos sujetando en una mano juguete un libro de medicina (dado que Víctor ahora está estudiando para formar futuros proyectos) y en la otra un juego de mil anillos invisibles (para indicar que estamos dispuestos a amar el cambio incesante). Una vez dentro de nuevo veríamos no un palacio lujoso y elegante sino más bien un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. Es como un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría, silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia.

—Disculpa, grácil deidad, me han indicado que me presente aquí para un asunto relacionado con la felicidad. Estoy intentando investigar al respecto.

—Tendrás que recorrer un largo camino, es cierto que aquí tenemos algunas respuestas pero por supuesto, no somos el único palacio que se encarga de esto. Es un trabajo en grupo como la mayoría de las cosas importantes.

—Supongo. Pero de momento, ¿qué podéis hacer aquí?

—En la casa masculina del Gran Palacio Negro de la izquierda nos encargamos del proyecto amplio de vida insertado en el grupo. Pero en cada etapa de la vida, el proyecto amplio es diferente. En este caso Víctor tiene 18 años y se encuentra en un estadio de transición.

—¿Cuántas etapas hay en esto de la felicidad?

—Tantas como días tiene el año —respondió la grácil deidad musical—. Siempre tiene que haber un proyecto que nos resulte atractivo e interesante si queremos ser felices. Y es de esperar que varíe la amplitud del proyecto en función de la etapa de la vida.

—¿La amplitud?

—Sí. Mientras más pequeños, el tiempo va más rápido y es de visión muy corta. Cuando Víctor era niño fragmentaba sus proyectos en segundos o minutos. Podría embarcarse en un proyecto que le llenara de felicidad por tan solo unos pocos segundos. Luego según vamos cumpliendo años, el tiempo se va ralentizando y los proyectos que nos dan la felicidad han de ser más extensos. Por ejemplo cuando Víctor tenía nueve años necesitaba proyectos que fueran al menos de una mañana entera. O una tarde divertida. No le valía con segundos o minutos. La fracción del proyecto se amplía pero, no solo en el tiempo, sino también en el espacio, es decir que incluye a otras personas. Ya no juega solo con un objeto. El proyecto le hace feliz si hay más gente involucrada. Y por eso los niños van buscando juegos más amplios donde entren más individuos. Ahora que tiene 18 años su forma de fraccionar los proyectos es mucho más amplia en tiempo y espacio por lo que si quiere ser feliz, necesita involucrarse en proyectos de unas semanas por lo menos, incluso de un mes o dos, donde se incluyan al menos a otra persona o un grupo de unos tres o cuatro. Los proyectos individuales, a esta edad no dan la felicidad.

—Es posible que esté ahí el problema de su actual bajada de felicidad. Víctor ahora no está participando con sus compañeros y su proyecto es demasiado largo para su edad. No le llena el pensar que se sacrifica para ser médico dentro de diez años o más. Es demasiado. Ahora lo entiendo. Necesita proyectos más cortos e incluir a otros en ellos. Eso le devolvería la felicidad.

—Sin duda —confirmó la grácil deidad musical de la casa masculina del Gran Palacio Negro de la izquierda.

—Imagino que tiene que ser un proyecto relacionado con sus Virtudes.

—No te equivocas. Así es mucho mejor, pero a esta edad todavía no es tan importante. Está en una etapa de transición y por lo tanto sigue aprendiendo.

—¿De transición? Necesito informarme para aprender más sobre la felicidad.

—Todos estos anillos o etapas de la vida que van ampliando el tiempo y el espacio de nuestros proyectos, se pueden a su vez subdividir en dos grandes etapas vitales. La primera es de entrenamiento y lo que hay que hacer son proyectos que nos diviertan, enseñando para la siguiente etapa de la vida adulta. La diversión en esta etapa logra un mejor entrenamiento y más experiencias prácticas. Luego una vez se cruza al otro lado de la vida, entonces ya no nos da la felicidad la diversión sino la satisfacción personal. Porque ya no estamos entrenando sino ya contribuyendo. ¡Es vital no perder esto de vista! Y esta contribución nos regala una satisfacción personal que sustituye a la diversión. Y ahora Víctor con 18 años está en transición entre una etapa y otra. Está, por un lado entrenado para sentirse satisfecho de sí mismo pero aún para alcanzarlo sigue necesitando la diversión.

—Entonces, si no me equivoco, aquí está teniendo otro problema. Necesita un proyecto, no necesariamente de medicina como es su Virtud, que incluya al menos una semana y a dos o tres personas, y que le divierta, no solo que le llene. Si no hace esto, luego los años le caerán con gravedad.

—Sin duda —confirmó solemne la grácil deidad musical de la casa masculina del Gran Palacio Negro de la izquierda.

—¿Y cómo siguen las etapas de la vida? Ahora que lo estoy entendiendo, me gustaría saber cómo ser feliz siempre. Y como veo cada etapa tiene su peculiaridad.

—La vida tiene que ir progresivamente aumentando la visión amplia del proyecto e incluyendo a más gente.

—¿Cuando Víctor tenga, por ejemplo, 30 años? ¿Ya habrá cruzado a la etapa amplia de satisfacción personal? ¿O seguirá necesitando divertirse?

—Escucha: la satisfacción personal es una diversión de la etapa madura. No hay que confundirlo. Pero cuando Víctor tenga 30 años aún no está claro si seguirá en transición o no.

Depende de cada sociedad y cultura. Se supone que sí, y seguro que más que ahora. Momento en el cual sus proyectos tendrán al menos que ser de un mes o seis meses y su beneficio deberá incluir a diez, quince o más personas. Aquí, mientras más personas, más satisfacción personal. Escucha bien porque como se escape esto, la felicidad se extingue como una vela en la noche.

—Bueno si para entonces está trabajando en un hospital ayudando a muchos pacientes, ahí sí será feliz. ¿Y cuando tenga 45 años?

—De nuevo su amplitud de proyecto tiene que ser mayor. Progresivamente siempre aumentando. Le llenarán de satisfacción y felicidad proyectos amplios de medio año, de un año completo o incluso de cinco años. Aquí ya es crucial que dicho proyecto o proyectos estén relacionados con las Virtudes que traemos del Cielo Anterior. Hasta ahora podía ser un entrenamiento, pero ahora ya tiene que ser nuestra posición/destino. Y una vez entra el proyecto virtud, es importante que además este proyecto nos sobreviva.

—¿Un proyecto virtuoso que nos sobreviva?

—Sí —confirmó la grácil deidad—. A semejante edad, para ser felices, hay que embarcarse en proyectos que vayan más allá de la propia vida. Que sigan aún después de que nosotros hayamos muerto.

—¿Pueden ser los hijos?

—Exacto. Los niños son un proyecto amplio que va más allá de nuestra propia vida. Pero no solo los hijos, cualquier otro proyecto que deje un legado, un beneficio a las siguientes generaciones. Que las Virtudes se expandan.

—¿Y cuando cumpla los 65 qué le dará la felicidad?

—La vida tiene que ir progresivamente aumentando la visión amplia del proyecto e incluyendo a más gente. Cuando Víctor tenga 65 años, ya tiene que haber trabajado en un proyecto que le sobreviva, así que ahora le toca afianzarlo. Lo importante en esa etapa será el reconocimiento de los demás que ayuda a

asegurar que después de muerto, todo seguirá con fuerza. Por eso es una etapa para delegar, de formar a un pupilo que garantice la continuidad de dicho proyecto.

—¿Y a los 80 años? ¿Aun vivirá?

—La vida para nosotros, en este riñón derecho, en su casa masculina depende del trabajo realizado. Si a los 80 todo está listo y bien afianzado entonces llegará la muerte. Pero la muerte es igualmente una estrategia dentro del proyecto amplio, ya que la forma de morir condiciona mucho la fuerza y estabilidad en el futuro de dicho proyecto. Es decir, que la muerte ha de ser de tal forma que deje una imagen beneficiosa para la continuación del proyecto. Pueden ser los hijos, la empresa o cualquier otro. Si se encuentra la forma de morir y ayudarlo, así será. Pero si aun hay que hacer más cosas y no está del todo consolidado, la vida continuará. Y esta etapa sigue siendo de reconocimientos y formación de un pupilo o varios. Se supervisa que todo vaya bien y que los que se quedarán con el proyecto sepan entenderlo. Eso de la felicidad en estas últimas etapas.

—¿Y si no hay proyecto o por el camino se perdió?

—Siendo así, también llegará la muerte porque ya no es la etapa ni las fuerzas para iniciar nada nuevo.

—Entonces la muerte llega para dejar un mensaje que sostenga mejor el proyecto virtuoso, o cuando está el trabajo realizado y la Virtud completa, o cuando nos quedamos sin proyecto virtuoso.

—Eso es. Y la siguiente etapa...

—¿Hay más?

—Claro. Una vez muertos aún hay etapas que nos dan felicidad. La siguiente etapa sigue dependiendo de la expansión del proyecto y del rango de beneficio que abarque. En este caso, ha de producir en las siguientes generaciones, inspiración en sus virtudes. Es decir nuestra Virtud del Cielo Anterior una vez completada, ha de servir como fuerza motora de las virtudes de otros. Y aquí mientras más mejor, que dure diez generaciones y

que alcance a millones de personas. Si la Virtud sigue, las etapas siguen. Si la Virtud no logra continuar, entonces las etapas se terminan y llega la muerte.

—¿Hay una muerte física y la otra virtuosa?

—Correcto —confirmó la grácil deidad musical de la casa masculina del Gran Palacio Negro de la izquierda.

—Es muy interesante y estoy muy agradecido a todo lo que aquí he aprendido. Es extraordinario y creo que me servirá mucho. ¿Dónde puedo ir ahora a seguir investigando? ¿Me voy a la casa femenina de este mismo palacio a preguntar por la felicidad?

—No es necesario. Lo que te he contado incluye su trabajo, ya que siempre hablamos de virtudes y de posición/destino en los proyectos amplios

—¿Dónde puedo dirigirme entonces? ¿O eso es todo en lo relativo a la felicidad?

—He oído en mis viajes por el sistema linfático que también se ocupa de la felicidad el Palacio Blanco y Gris.

—Gracias, no molesto más que seguro estaréis trabajando sin descanso.

Del riñón derecho al pulmón se llega con cierta facilidad, ambos palacios cooperan estrechamente, por eso las vías linfáticas los comunican. Así el viaje fue relativamente corto y al llegar a las puertas de la casa femenina del Gran Palacio Blanco y Gris encontramos la inscripción: “El Tigre en contemplación”.

Ya sabemos que para que las alegres ánimas de la puerta nos dejen entrar y no ser devorados por el Tigre, necesitaríamos un buen disfraz que nos mimetice con la Totalidad. Al igual que antes iremos disfrazados de cinco anillos dinámicos en constante movimiento sosteniéndose los unos a los otros (representando la absoluta interdependencia). Y luego entre los dientes sujetamos con cuidado una hermosa paloma viva para representar el respeto por la vida, y los ciclos de vida y muerte, los intercambios

y cesiones de energía necesarios para sostener todo en elegante movimiento.

Al cruzar la enorme puerta veríamos, no un palacio lujoso sino un bosque donde los límites del espacio se pierden y hay maravillas sin distinción en todos lados. Es ciertamente un bosque muy animado y vivo, muy elegante y armónico. Se aprecia una gran inteligencia en el viento y en esos silbidos sutiles que se mueven entres las ramas y las hojas. En realidad también se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría, silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia.

—Disculpa alegre ánima musical, estoy investigando sobre la felicidad y me han dicho que aquí tal vez encuentre algo.

—Tendrás que recorrer un largo camino, es cierto que aquí tenemos algunas respuestas pero por supuesto que no somos el único palacio que se encarga de esto. Es un trabajo en grupo como la mayoría de las cosas importantes.

—Supongo. Pero de momento, ¿qué podéis hacer aquí?

—En la casa femenina del Gran Palacio Blanco y Gris nos encargamos de la contemplación animada e integrada del exterior. Si lo que observas ahí fuera lo ves sin magia, plano y aburrido, entonces esto afecta a la felicidad. Pero si lo ves dinámico, activo y participativo, lleno de vida e integrado, entonces tu contemplación es alegre. Darle vida a lo que se observa es un remedio crucial para sostener la felicidad en todo momento.

—Veras, yo vengo de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda, ¿en esto también hay diferentes etapas?

—De las etapas se encargan ellos —respondió el alegre ánima—, la visión de un exterior animado no tiene etapas siempre ha de estar presente de una u otra forma. Pero sí nos condiciona dicho riñón derecho ya que su fuerza hace posible que en la etapa de juego, diversión y entrenamiento sea más fácil la animación. Luego hay que estar atento para no perderlo.

—Muchas gracias...

—Veo que te lo estás tomando a la ligera —repuso el alegre ánimo—. Si esto se te olvida trabajarlo día a día, no hay forma de encontrar una felicidad plena. Te afectará también en el amplio proyecto.

—Sí, disculpa alegre ánimo si no he sido muy entusiasta en mi agradecimiento. Pero lo tendré presente. Es un consejo corto y relativamente sencillo pero jamás se me olvidará. ¿Y podrán contarme algo en la casa masculina de este mismo palacio?

—¿Sobre la felicidad? Claro, pero allí más bien se encargan de la felicidad a muy corto plazo. En realidad el Tigre blanco es un peligro a este respecto.

—¿Por qué? Tengo entendido que se encarga de cubrir las necesidades básicas.

—Precisamente por eso es un peligro para la felicidad. Si crees que allí la encontrarás, adelante, no te voy a frenar. Busca la felicidad en la casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris.

—¿Pero cuál es el peligro? No lo entiendo...

—Allí —explica la alegre ánimo— el cubrir placeres vitales de la supervivencia produce felicidad. Sin duda. Pero es una felicidad efímera. Muy corta. Jamás el Tigre está satisfecho más que unos minutos o unas horas. Consume y devora todo el rato pero también puede tragarse tu felicidad si confías en los placeres efímeros para sostenerla.

—Lo entiendo. Mejor ni me acerco... ¿Y a qué otro Gran Palacio del interior podría acercarme para consultar por la felicidad?

—Dirígete al Gran Palacio Rojo —propuso la alegre ánimo—. Allí en el juego de las expectativas que emiten al exterior encontrarás más respuestas.

El viaje del pulmón al corazón no es muy largo y se llega con cierta facilidad. Sin embargo la alegre ánimo del Gran Palacio Blanco y Gris no nos indicó si se trata del pericardio fibroso, del pericardio seroso o de la casa femenina o masculina. Todos

realizan un trabajo conjunto pero es probable que uno de ellos sea más responsable de la felicidad. La única pista que nos dio la alegre ánima fue sobre el juego de las expectativas. Si nuestra memoria no nos falla, las expectativas se emiten en el cerebro pero vienen de todas partes del imperio. No obstante la decisión y formación de estas expectativas se realiza en la casa masculina del Gran Palacio Rojo: “El comunicador mental”.

—Disculpen sus excelencias las *palabras de humo y eco*, estoy investigando sobre la felicidad y me han enviado aquí.

—Tendrás que recorrer un largo camino, es cierto que aquí tenemos algunas respuestas pero por supuesto que no somos el único palacio que se encarga de esto. Es un trabajo en grupo como la mayoría de las cosas importantes.

—Lo supongo. Pero de momento, ¿qué podéis hacer vosotras?

—Aquí lo hacemos todo bien. ¿Por qué íbamos a tener nada que ver?

—Yo no estoy acusando a nadie...

Con las *palabras de humo y eco* no es fácil construir preguntas y obtener respuestas. El diálogo con ella es caprichoso y depende en gran medida del momento en el que se encuentre el Emperador (y tal vez de la verdad que estén intentando ocultar). Para entender si tienen algo que ver con la felicidad o no, es mejor escondernos y espiarlas desde lejos sin hacer preguntas. Sabemos que aquí gestionen los conceptos que salen del pericardio y que anteriormente han sido ordenados secuencialmente por la casa femenina de este mismo palacio. Aquí llegan los conceptos relacionados con el tema en cuestión que está debatiendo el Emperador (pensando o hablando). Y justo ahora parece que Víctor está hablando de chicas con sus compañeros de la academia. Están intentando planear un encuentro con una tal Raquel.

—Claro Víctor, yo la he visto como te mira —dice uno de los compañeros—. Está detrás de ti desde el día que te vio.

—¿De verdad lo crees así? A mí no me habla mucho...

—Porque se queda paralizada cuando te ve —le explica otro compañero.

—No sé —protesta Víctor—¿Cómo lo sabéis?

—Nos lo ha dicho su amiga.

—¿Qué os ha dicho?

—Que le gustas.

Durante la conversación sobre Raquel, una compañera de Víctor también de la academia en la que no se había percatado hasta ahora, algo está cambiando. Sus expectativas sobre ella y el proyecto que podrían iniciar juntos, al menos a corto plazo, han subido su tensión considerablemente. Ahora hay una nueva expectativa de la realidad: espera que ella le haga caso y que todo salga bien. Y mientras espiamos en el interior, vemos que las *palabras de humo y eco* han hecho traer todos los conceptos que hasta ahora se registraban sobre esa tal Raquel. Y algo sorprende porque mientras los amigos de Víctor allí, en el exterior, le intentan convencer, aquí dentro dichos conceptos traídos para la ocasión, parecen aumentar su brillo y su fuerza. Es como si se les encendiera algo por dentro. Ahora parecen más brillantes.

—La Barra Tensa de las Expectativas (BTX) está creciendo —escuchamos decir a una de las *palabras de humo y eco*.

—Ahora debemos enviar expectativas más altas sobre el tema al Emperador. Así que todo el mundo a cambiar el orden de la historia y a imaginar positivamente.

En ese momento Víctor, mientras escucha a sus compañeros de academia, no puede evitar que su imaginación se dispare. Imagina que Raquel se le acerca y le da un beso. Imagina también que le abraza y que le llena de halagos. Efectivamente se diría que está funcionando y esa Barra Tensa de las Expectativas (BTX) ha ascendido considerablemente.

Por cosas que tiene la vida, en ese momento, allí en el exterior, Raquel con su amiga se acercan al grupo donde está Víctor

y todos cambian de conversación. Víctor se muestra algo altivo, seguro de sí mismo. Esta actitud viene dada por el reciente incremento de sus expectativas al respecto. Entonces en un momento de la conversación Víctor se dirige con toda confianza (esperando un sí) y la dice:

—Nos vamos tú y yo a comprar y que ellos esperen aquí.

—No —responde Raquel—, yo voy con mi amiga, no contigo.

De repente un revuelo de emociones destrozan a Víctor por dentro. El rechazo le ha dejado con la cara colorada y sin habla. En el Gran Palacio Rojo del interior están reajustando la Barra Tensa de las Expectativas (BTX) y esto condiciona todo el concepto de Raquel y otros involucrados en este asunto como sus compañeros de la academia y también el sí mismo. Todos esos conceptos han quedado trastocados y se están revisando. En realidad sus amigos no le estaban mintiendo. Es cierto que Raquel le dijo a su amiga todo aquello. Claro que aquí la verdad, como sabemos, no importa mucho. Son acuerdos lo que producen la verdad y en este momento el acuerdo es decepcionante. La Barra Tensa de las Expectativa ha caído drásticamente y con ella los conceptos se han dañado y regresan al interior para iniciar el proceso de reestructuración.

Por todo el cuerpo están regresando millones de conceptos después de la guerra. Cada uno llega a su casa. Algunos al hígado, otros al bazo/páncreas o directamente a Sangre o incluso a los riñones. Muchos no regresaban y el Emperador se mantenía, gracias a ellos entretenido, jugando a reajustar y a colocar secuencias. Las numerosas bajas causadas por el programa hicieron que muchos conceptos regresaran a casa con ideas nuevas.

—¿Ya habéis vuelto? —le preguntaba una fuerte impresión errante a su compañera allá en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes.

—Sí, ya estamos aquí. Cada uno ha regresado a casa. Pero ha sido una guerra dura y relativamente larga con innumerables

bajas.

—Te veo distinto —le preguntó su compañera.

—Sí, según los juegos de diversión del Emperador, ahora aquí también debemos cambiar nuestro concepto sobre Raquel, los amigos de la academia y el sí mismo.

—¿Cambiarlo? ¿Sobre la base de qué experiencia?

—Eso es aparte —le explicaba cansada la impresión errante—. No hay experiencia, solo decisión del Emperador según una bajada brusca de la Barra Tensa de las Expectativas (BTX). Tenemos que estar preparados para la siguiente vez. Ahora el orden es otro.

—Cierto. Pero desde aquí debemos ser inteligentes y servirle de verdad, y no solo para cumplir sus caprichos. Ya veremos lo que nos quedamos y lo que no. No tiene porqué enterarse pero nuestra función es ordenar algo práctico y útil de verdad para situaciones reales.

Parece que las conclusiones al respecto de la felicidad son claras. Al menos los palacios más importantes son tres. Por un lado la casa masculina del Gran Palacio Negro de la izquierda que se encarga de las etapas de la vida y siempre un proyecto interesante a corto, medio o largo plazo (depende de la edad). Sin duda eso se antoja importante para la felicidad y de no tenerlo nos vemos perdidos y amargados. Y el otro palacio importante es la casa femenina del Gran Palacio Blanco y Gris que se encarga de la contemplación integral de lo que observamos. Si algo no está bien, allí nos sentiremos solos incluso rodeados de gente, nos sentiremos aislados y aburridos con el exterior. Por eso igualmente se antoja importante mirar admirando lo que vemos, incluyéndolo en nuestro día a día como si todo ahí fuera, tuviera vida, sentimientos e intenciones. Igualmente sin duda esto afecta a la felicidad. Y por último está la casa masculina del Gran Palacio Rojo, quien se encarga de regular las expectativas. Ha quedado muy claro que si subimos mucho las expectativas y la

realidad nos entrega algo normal, entonces sufrimos infelicidad. ¿Qué pasaría si las expectativas estuvieran muy bajas y la realidad nos entregara algo extraordinario? Entonces sufriríamos de euforia que es algo muy peligroso porque cambia los conceptos para la siguiente vez. Entonces después de esta sorpresa agradable, exigiríamos a la realidad un nivel alto todo el tiempo y como es de esperar poco a poco, nos iría devolviendo a la verdad. En el proceso, de nuevo infelicidad. Y la culpa fue por un regalo exagerado de la realidad frente a una expectativa pesimista. ¿Qué hacer? ¿Cuál es el truco perfecto para la felicidad?

—Victor, ven —le llama su madre Amparo— que te voy a enseñar fotos de cuando eras pequeño.

—Ahora no mamá, eso es aburrido —responde Víctor mientras se acerca a su madre. Lleva las expectativas ante esta propuesta algo más bajas que la realidad. No llegan a ser pesimistas porque ya conoce esas fotos. Y como sabe que estar con su madre le viene bien, va con ilusión. Es decir, expectativas un poquito, no mucho, más bajas que la realidad esperable, pero con ilusión.

—Qué momento más bonito he pasado con mi madre —piensa Víctor después de haber estado viendo las fotos. No esperaba algo así.

Sin duda el truco es sencillo. Mantener siempre las expectativas por debajo de la realidad esperable pero no mucho, solo un poco. E ir con ilusión. Entonces la realidad nos devolverá, la mayoría de las veces, una sorpresa agradable. No exagerada, solo un poco agradable para que nuestros conceptos no cambien demasiado para la siguiente vez. Hay gente que sabe este truco porque tal vez lo educaron así y por eso muestran un grado de felicidad alto y constante. Es solo un truco de expectativas e ilusiones. Y junto a esto, si nos embarcamos en un proyecto bonito y nuestros ojos no miran sino que admiran lo que observan, la felicidad parece garantizada. Pero claro, es una lucha incesante, no hay descanso, puedes hacerlo bien mil veces y de repente un

error momentáneo te hace sentir de nuevo infeliz. La vida es hermosa y es gracias a la lucha incesante.

El amor

Víctor Vila, nuestro querido personaje, logró entrar en la universidad de medicina y estudió durante nueve años. En la carrera conoció a Sofía que no estudiaba medicina sino en la facultad de al lado. Ella se graduó como psicóloga y terminaron casándose. Tres años más tarde tuvieron una niña y a los dos años la siguiente. La verdad es que Víctor comenzó la carrera con muchas expectativas, imaginando que tendría la información suficiente para descubrir él mismo las causas de muchas enfermedades. Su ambición era entender las razones profundas que esconde toda enfermedad. Pero mientras estudiaba, su mayor preocupación era aprobar exámenes. No logró en ningún momento la motivación como médico.

—Estos libros no nos cuentan todo —le decía Víctor a su madre—. Están sesgados, hay intereses detrás. Mientras más estudiamos, más confuso es todo, parece que solo pretenden que nos dediquemos a prescribir las pastillas que les interesan.

—Víctor, no pienses mal —le decía Amparo—¿cómo van a querer que no aprendáis? Sois los médicos del futuro...

—Mamá, hay muchos intereses. Esos libros no los escriben los médicos, o mejor dicho sí, pero luego pasan la censura interesada de las multinacionales. Lo que no quieren que se sepa, se tacha. Por eso es un lío y las cosas no encajan.

—Si no curaran a la gente, el negocio se les terminaba. A

ellos les interesa que aprendáis todo muy bien.

—Te equivocas. Curar no da dinero, el negocio no está en la salud sino en la enfermedad. Si hay enfermos, hay dinero, si el enfermo se cura rápido, se pierde dinero. Así que el negocio está en mantener al enfermo, enfermo, sin matarlo claro, para sí como cliente crónico.

—Bueno —concluye Amparo algo acorralada—, para eso estás tú ahí, para algún día cambiar las cosas.

Víctor en aquella época estudiantil también lo pensaba. Quería desmontar toda la trama de las farmacéuticas y las multinacionales. Durante la carrera intentó salirse de los libros que le enseñaban e investigar por su cuenta. Así es como conoció a Sofía. Se sentaban juntos en la biblioteca de la facultad de Psicología.

—Ese debate cartesiano entre el cuerpo y el alma —le explicaba Sofía—no tiene sentido. No se puede separar el cuerpo de las emociones. En medicina estudiáis cuerpos muertos, sin energía...

—Sí, así comenzó la historia de la medicina moderna, diseccionando cadáveres y en la guerra.

—Un cuerpo muerto es cierto que ya no se rige por emociones. Y un soldado malherido no tiene una enfermedad, tiene una herida. Le enfermedad normal, la que ahora le preocupa a la gente y que se forma a través de los años, está vinculada con las emociones y con su vida social, como miembros de un grupo.

—Claro, tiene sentido —pensaba Víctor mientras la escuchaba.

—Mira, hay un principio básico en la medicina que me lo enseñó mi abuela.

—¿El qué? —pregunta Víctor.

—El mejor médico es el cuerpo. Así que cuando estás malo solo hay que esperar. Desde dentro te curan.

—¡Eso mismo creo yo! —gritó entusiasmado y le hicieron callar los de la biblioteca de psicología—. Eso mismo creo yo.

De hecho la actual medicina lo sabe mejor que nadie y lo que da son paliativos del dolor, efecto placebo mientras se espera a que el cuerpo se cure por sí mismo. Luego solo hay que dejar que los pacientes atribuyan su mejoría al medicamento cuando en realidad ha sido, como decía tu abuela, trabajo interno del cuerpo.

—Vamos a bajar mejor a la cafetería que aquí tenemos que hablar susurrando.

El amor es una emoción misteriosa que solo se entiende desde dentro y en caliente. El amor, en frío, tiene la función de facilitar la reproducción pero sobre todo la educación y el cuidado de una especie que tarda mucho en madurar. Ahora que Víctor está cayendo en el amor con la persona con la cual tendrá dos hijas, es un momento excelente para intentar alcanzar la velocidad necesaria e ir a preguntar a alguna entidad interna.

—Disculpa, pregunto por el amor.

—¿El amor? —responde un paquete de energía que viaja por Sangre—¿El amor? Eso nos gusta a todos, hay celebraciones por todas partes y nos conceden más energía y otros privilegios. Pero si quieres saber más, para esas cosas importantes de la vida, amplias y lentas yo iría al Gran Palacio Negro.

Tiene razón, lo mejor para comenzar nuestra investigación será viajar hasta los riñones a ver que nos pueden contar aquí al respecto.

—Disculpa, pregunto por el amor.

—¿El amor? —responde una de las gráciles deidades musicales—El amor es cosa nuestra porque nos encargamos de unir todo. Cualquier cosa que se relacione, tiene amor...

—Bueno, en realidad yo preguntaba por el amor de pareja, ahora que Víctor se está enamorando.

—Ah, ese tipo de amor.

—Sí. Ese.

—Es lo mismo, el amor es el amor. Da igual en qué escala

se muestre. Puedes mirar desde arriba y verás la fuerza de unión y puedes mirar a lo más diminuto y lo mismo. Se produce para unir...

—¿Y en la escala humana?

—No he podido evitar oír la conversación y si no les importa me gustaría presentarme. Soy una impresión errante y sirvo en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, no de este imperio sino de otro.

—¿De cuál?

—Viene de Sofía —responde la grácil deidad que aun seguía ahí.

—Correcto. Vengo viajando desde muy lejos pero desde que he entrado aquí, la recepción ha sido maravillosa. Incluso me atrevería a decir que algo exagerada porque he estado en otros imperios, ya sabes, nos dedicamos a errar por el mundo y jamás antes me habían concedido un trato semejante. No soy gran cosa, o eso creía, pero desde que estoy aquí lo cierto es que se me está subiendo la impresión de mí mismo. Por todas partes me reciben con grandes ceremonias y me escuchan y me tienen en consideración. Soy importante y eso me agrada...

—Tiene que ser así de momento —nos explica en voz baja la grácil deidad musical.

—Perdón, pasaba por aquí y he escuchado la conversación. Si me lo permiten me voy a presentar. Yo soy una alegre ánima que sirve en el Gran Palacio Blanco y Gris. Solo quería interrumpir para decir a esta impresión errante que viene de fuera que estamos muy agradecidos. Es maravillosa su presencia. Desde que ha llegado en la parte Cielo (pulmón y corazón) estamos repletos de energía y resulta muy sencillo salir al exterior. Todo lo que vemos allí fuera ha ganado belleza y frescura por eso somos muchos los que logramos ahora salir y traer.

—Sí, lo sé —le responde llena de orgullo la impresión errante procedente del Sofía.

—Y si me lo permiten —proseguía la alegre ánima—tam-

bién quería agradecer porque sentimos menos necesidades vitales y más contemplación. Gracias a su presencia ahora resulta más fácil admirar lo que se observa en el exterior.

—Y eso os habrá ayudado en la respiración —le comentamos.

—Absolutamente. Esa es la clave, cuando el aire entra armónico por los pulmones todos ganamos facilidad y belleza en nuestras funciones. Por otro lado...

—Esto no es bueno —nos dice la grácil deidad en voz baja para que nadie se entere.

—¿Por qué? —le preguntamos con discreción.

—Las impresiones errantes son buenas, pero cuando llegan del amor o de otros actos acertados y virtuosos, tiene cierto peligro. Demasiados halagos no les hacen bien. Crecen mucho y se ponen dominantes, como grandes generales que se les olvida su función real de sirvientes del grupo.

—¿Y qué hacemos?

—Hay que intentar que no le sigan halagando...

—Perdón, ¿podría interrumpir? es solo un instante. Si me lo permiten, soy un espíritu del trabajo femenino procedente del Gran Palacio Amarillo y Ocre. He oído la conversación y a mí también me gustaría decir algunas palabras de agradecimiento a esta noble impresión errante que ha llegado a darnos luz y claridad.

—No es el momento —le dice la grácil deidad intentando frenar tanto halago.

—Deja que se exprese —responde con cierta autoridad la impresión errante procedente de Sofía—. No hay que interrumpir a la gente del pueblo cuando se sienten agradecidos...

—Gracias, yo solo quería aprovechar —continúa el espíritu del trabajo femenino—, que ahora logramos acertar con los tiempos de manera sencilla. Logramos atender a todo y eso nos produce grandes beneficios. La energía que ahora se desprende por todas partes, nos facilita tremendamente nuestras tareas,

además su noble presencia...

—¿Cómo interrumpimos esto? —le preguntamos de nuevo en voz baja a la grácil deidad que parece ser la única que no ha perdido la objetividad en esta invasión errante del amor.

—Siento interrumpir —repuso subiendo la voz la grácil deidad—. Sin duda la presencia de estas nuevas impresiones errantes procedentes de Sofía, nos dan a todos mucha energía y ganas de usarla de la mejor manera. Sin embargo...

—¡Atención! ¿Algún concepto en Sangre relacionado con el amor? —irrupen bruscamente las *palabras de humo y eco* enviadas por al pericardio. En este momento Víctor está hablando en el exterior con Sofía del amor, ambos quieren saber lo que significa para el otro. Por esas están llamando a gritos para que suban al pericardio y de ahí al Palacio Imperial.

—Aquí hay una impresión errante procedente de Sofía que puede ayudar al respecto —anuncia el alegre ánimo que aún seguía por allí.

—Nos preguntan por algo más profundo, que lleve aquí más tiempo —responden las *palabras de humo y eco* mientras pasan de largo.

—Como estaba diciendo —continúa la grácil deidad—, todos estamos muy agradecidos, pero es también el momento de pensar en el futuro. En las cosas prácticas...

—No es el momento de eso —afirma la impresión errante algo molesta al ver que le quitaban protagonismo.

—¿Por ejemplo? —decimos nosotros para ayudar.

—Sí, ¿A qué te refieres? —pregunta interesado el espíritu femenino del trabajo.

—Hay que pensar que con semejante energía —prosigue la grácil deidad—no podemos solo usarla para sentirnos bien. Es para seguir conectando, es una fuerza de conexión, así que hay que emplearla para unir más cosas. Por ejemplo, ver si se pueden unir las familias. Hay que ver eso primero antes de ponernos todos tan contentos y dejarnos llevar. También hay que ver si la

sociedad permitiría una unión semejante. Debemos pensar en los estratos sociales, en la economía, en qué podrán decir los demás. Si nos dejamos llevar por halagos, corremos todos el peligro de no saber integrar bien a estas nobles impresiones errantes que están aquí, no solo para darnos energía, sino para que las integremos. Es decir, hay que saber si el árbol genealógico da su permiso, si hay Esencias compartidas para tal vez producir hijos... No es todo tan fácil, no hay que dejarnos llevar, sino ponernos a trabajar. Hay mucho que hacer.

—No entiendo —pregunta la alegre ánima del Gran Palacio Blanco y Gris.

—Quiero decir —concluye la grácil deidad—que no solo tenemos que halagar a estas nobles impresiones errantes procedentes de Sofía, sino además tenemos que intentar trabajar con ellas. Invitarlas, no a oír halagos sino a cooperar. Hay que enseñarlas como funciona todo esto, hay que dejarlas que den órdenes y obedecer en vista de que sus comandas nos ayuden de verdad. Siempre con cuidado porque aunque traer energía, no dejan de ser extranjeras...

—Son muy sabias sus palabras —añadió otra impresión errante que pasaba por allí y que no era de Sofía sino mucho más antigua.

—Aquí lo tenéis —dijo la grácil deidad refiriéndose a la impresión errante de más antigüedad—. No podemos perder la perspectiva, la que lleva más tiempo tiene que seguir mandando.

—Dejarnos a nosotras —pedía la impresión errante de más antigüedad—que nos relacionamos con los recién llegados. Debemos trabajar juntos. No es sensato obedecer a extranjeros por muy bien que os hagan sentir.

—Estoy de acuerdo —quiso apartar la impresión errante procedente de Sofía—. No queremos cambiar nada, hemos venido con la noble intención de ayudar a lo que hay. Tal vez aportar cosas nuevas pero siempre la aprobación de las impresiones

errantes que ya vivan aquí más tiempo.

—Además —quiso explicar la grácil deidad—, esto ha de ser un intercambio. Me refiero a que tenemos que saber también, cómo las impresiones errantes de nuestro imperio, son aceptadas en Sofía. Tiene que haber un acuerdo aquí y allí. Un diálogo constante...

—Allí —confirma la impresión errante procedente de Sofía—, se están aceptando todas con igual trato y alegría.

Las cosas van bien entre ambos. Pero dejemos esta conversación y vayamos ahora a visitar los dos grandes palacios negros para ver qué está pasando allí. Primero tal vez iría bien, si logramos la velocidad necesaria, que nos pasáramos a preguntar por el Gran Palacio Negro de la derecha. Es la parte masculina y allí estarán ahora comprobando si las nuevas impresiones errantes procedentes de Sofía, podrán encajar con la sociedad, encajar con la moral social que Víctor ha ido construyendo hasta ahora. También allí nos dirán si las Virtudes de Sofía se pueden aplicar en el mismo camino para una producción que ayude al grupo.

—Disculpa, vengo a preguntar por esta creciente revolución que es el amor.

—Estamos muy ocupados —responde la grácil deidad femenina del Gran Palacio Negro de la derecha—. Pero te puedo decir que todo va bien. No tenemos objeción alguna. Las Virtudes de Sofía parecen encajar muy bien con las de Víctor.

—Por nuestra parte —añade una grácil deidad en este caso masculina—. No estamos tan seguros. La moral no es igual y nos está costando encajarla.

—En qué sentido —podríamos preguntar. Pero justo en ese momento irrumpieron las *palabras de humo y eco* pidiendo conceptos sobre la educación y el machismo.

—¡Atención! ¿Algún concepto en Sangre relacionado con la educación infantil y los juegos sexistas? —parece que en ese momento Víctor sigue hablando en el exterior con Sofía. En esta

ocasión la conversación ha girado, dado que ven muchas cosas posibles, al tema de la educación de sus supuestos futuros hijos. No se menciona de momento de manera tan explícita, pero lo están hablando entre líneas.

—Me voy rápido al pericardio —dice la grácil deidad masculina— ¿Veis a lo que me refería? Sofía tiene valores demasiado feministas. Eso nos puede traer problemas...

—Sube si quieres —le invita la otra deidad femenina—, pero no digas nada, no seas brusco que las cosas hay que verlas con más paciencia. Dejemos más tiempo.

—De momento voy a subir a ver si logro entrar en el Palacio Imperial y sacar conclusiones. Ya regresaré a contar como ha ido.

—Buen viaje y recuerda no decir nada, e intentar entender. Piensa que es una mujer y que sin duda la sociedad no les favorece en muchos aspectos.

Sigamos a esta grácil deidad masculina del Gran Palacio Negro de la derecha, en su camino al pericardio. El viaje fue largo (en perspectiva) y se encontró con infinitud de impresiones errantes de Sofía que ya estaban en Sangre y con otras deidades, así como espíritus del trabajo. En este trayecto suavizó un poco la rabia que traía, pero también se encendió más, especialmente cuando se topó con otra grácil deidad que también subía al pericardio.

—Sí, a nosotros también nos han llamado en la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda. Voy hacia al pericardio por el mismo asunto.

—¿Y no crees que se pone un poco exagerada esta Sofía con los asuntos feministas? —quiso compartir, para aprender, la grácil deidad masculina de la derecha.

—En nuestra opinión —exclamó la deidad femenina de la izquierda—, no estamos preocupados por sus valores feministas. Yo subo al pericardio por el tema de los juguetes sexistas.

—Te enciendo...

—Está bien que en ciertas cosas, haya igualdad social, pero el Cielo Anterior no es el mismo, cada género trae un rol a completar y es en la época de la niñez cuando esto se entrena.

—Sin duda, pero... —dijo la deidad masculina— aún queda mucho para eso. Ya iremos trabajando esto poco a poco para que se dé cuenta.

—Lo sé, pero me gustaría ir al pericardio a ver si logró desde allí saltar y visitar personalmente el Gran Palacio Negro de Sofia.

Esto promete ser interesante, así que de nuevo desviamos nuestra atención para ver si logramos la velocidad necesaria y seguir a esta deidad femenina de la izquierda, en su viaje al interior de Sofia. Ciertamente llegó al pericardio pero el muro no la dejó pasar. En su lugar la recomendaron que para tal misión, debía acudir al Ministerio de Asuntos de Destino y Camino. Ya sabemos que disponemos de varias casas ministeriales donde se envía la información para ser contrastada y tomar decisiones. Lo curioso de estas casas ministeriales es que no tienen paredes ni soporte físico alguno. Son casas de viento, imaginativas como el eje de la Tierra que aunque no se ve, es responsable de las estaciones, del equilibrio total y permite la vida en la Tierra. De igual forma estas casas ministeriales no se ven pero hacen que todo gire y permiten la vida. Las deidades ministeriales que allí se concentran no tienen palacio sino una casa de paredes de viento. Hay ministerios por todas partes, pequeños y grandes, en cada región y luego para unir distintas regiones. El Ministerio de Asuntos de Destino y Camino es uno de los más importantes y se encuentra justo debajo del ombligo. Lo que no sabíamos era que también desde allí se puede salir al exterior. En realidad para eso están, entre otras cosas, las casas ministeriales que recogen información del exterior y al mismo tiempo emite. Es el lugar perfecto para viajar hasta el interior de Sofia sin pasar por el pe-

ricardio ya que desde allí se va en forma de pensamiento, palabra o impresión errante siempre con la supervisión y aprobación del Emperador. Pero desde esta casa ministerial se viaja sin la necesidad de ser aprobado por el Emperador. No es consciente. Se viaja en secreto desde un ministerio a otro ya que ellos se encargan de seleccionar lo que es relevante. Una vez nuestra grácil deidad llegó a las paredes de viento del ministerio en cuestión, se encontró con que las deidades fronterizas formaban la propia pared.

—Un momento por favor, ¿me puede enseñar el tema que trae?

—Estimada deidad fronteriza, soy una deidad femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda, con la intención de ir hasta el interior de Sofía mientras ellos siguen con su conversación. Estamos interesados en saber directamente qué opinan allí de ciertos asuntos relacionados con la educación de niños y el amor.

—Claro, adelante. Será enviada inmediatamente, ya tenemos las conexiones hechas.

—¿Me enviarán al riñón?

—Nosotros no podemos hacer eso —explicó la deidad ministerial—, tan solo podemos enviarte a nuestros homólogos. Ellos determinarán si puedes pasar y hacia donde te pueden dejar llegar.

—Está bien.

Enviaron a nuestra grácil deidad al Ministerio de Asuntos de Destino y Camino en el interior de Sofía. Una vez allí de nuevo se encontró con las deidades fronterizas.

—Un momento por favor, ¿me puede facilitar su identidad y enseñar el tema que trae?

—Estimada deidad fronteriza, soy una deidad femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda del interior de Víctor. Venía a ver si logramos un acuerdo más profundo sobre el amor

y a debatir de otra forma el asunto de la educación infantil.

—Adelante, estamos informados —le dijeron en seguida dejándolo pasar. Allí fue cuestionada, a ver si encajaba con las Esencias de Sofía, la sometieron a distintas frecuencias y vibraciones hasta que recibió el visto bueno para seguir su viaje.

—Si no le resulta molesto, le van a acompañar dos de nuestras deidades ministeriales.

—No es ninguna molestia, todo lo contrario. Estoy muy agradecida.

Al llegar al Gran Palacio Negro de la izquierda en su casa femenina, allí en el interior de Sofía, se encontró con una comitiva que la estaba esperando. Se mostraron todos alegres y muy receptivos. Estaban dispuestos a que hubiera un acuerdo e incluso a hablar de formar hijos (cómo sabemos que luego ocurrió).

—Es un honor tenerte aquí con nosotras. También hemos enviado algunas de nuestras deidades al interior de Víctor. Esperemos que sean bien recibidas y que haya acuerdo por ambas partes.

—Les puedo garantizar que allí —explicaba nuestra deidad— estarán encantados de recibirlas.

Mientras dialogaban y colmaban de detalles a nuestra deidad, el árbol genealógico con todos los ancestros de Sofía observaban atentos a ver si encontraban algo extraño. Pero no fue así, todos parecían aprobar la presencia de nuestra deidad, su música era del agrado ancestral.

—Sabemos en parte el asunto que te ha traído hasta aquí. Nos han informado desde el Ministerio que guardáis cierta preocupación en lo relativo a la educación infantil, los juguetes sexistas que salieron en la conversación y el punto feminista de Sofía.

—Correcto. Así es y sin duda vosotras habréis mandado deidades para asuntos similares.

—Es así, nos preocupa su posible machismo y sus ideas

alternativas de educación sacadas de aquel colegio. No es que nos parezca mal pero es algo que estamos revisando a fondo. Pero para no desviarnos del tema, nos gustaría aclarar que ciertos conceptos que ha expresado, son solo parte del Emperador. Ideas mentales que sin embargo aquí no compartimos. Nosotros mantenemos la moral universal y las formas tradicionales como supongo que haréis allí en los riñones de Víctor, lo cual no quita que entendamos ciertas normas de igualdad entre hombres y mujeres.

—¿Y sobre los juguetes sexistas? —pregunta nuestra deidad.

—Efectivamente —le responden—, eso es una idea mental que vive actualmente en el Palacio Imperial, pero como tal no durará mucho ya que desde aquí no la apoyamos. Sofía aún es joven y muy inexperta, es algo que ha oído hace poco pero ya nos encargaremos de convencer poco a poco al Emperador cuando vayan pasando los años.

—Me alegra mucho oír que las tradiciones están firmes y que ha sido educada con un árbol genealógico sano y fuerte. No les importaría, ya que estoy aquí, que visitara su casa masculina para ver si hay proyectos interesantes.

—Te garantizamos desde aquí, que hay dos niñas en proyecto. Pero por supuesto puedes acercarte y preguntar por otros proyectos. Las Virtudes de Sofía son muy psicológicas, es capaz de empatizar con facilidad con la persona con la que habla y viene con una fuerza especial para dirigir el potencial de cada persona.

Después de las distintas visitas donde fue muy bien recibida nuestra deidad, se marchó de nuevo al interior de Víctor pasando a través de ambos Ministerios de Asuntos de Destino y Camino. Al llegar, se encontró que allí, en el Gran Palacio Negro de la izquierda, en su casa femenina, había varias deidades pertenecientes a Sofía siendo acogidas por todos.

—De hecho hemos decidido que se queden para ir constru-

yendo juntos la Esencia de la primera niña que probablemente va a nacer si todo sigue su curso. Debemos preparar entre todos las antenas receptoras de ambos Cielos Anteriores para que reciban la armonía de ambos árboles. Realizaremos constantes viajes que nos permitan también que algunas de nuestras deidades, se trasladen a vivir allí.

En ambos bandos las cosas van muy bien, los acuerdos fluyen y no hay resonancias que distorsionen. Pequeños desacuerdos que parecen poder arreglarse porque salen del Emperador y siempre se pueden reajustar.

—Nos vemos mañana —le dice Víctor a Sofía con los ojillos brillando.

—Sí, claro. Que descanses —dice ella con una voz dulce y algo maternal.

LA ENFERMEDAD

La teoría del ángulo

El día que la hija pequeña, Olga, cumplía cuatro años (y la mayor, Mónica, tenía ya cinco y medio), se presentaron un lunes por la noche en el hospital a dar una sorpresa a su padre que estaba de guardia. Las niñas iban acompañadas por su madre.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Víctor lleno de ilusión al verlas—. Las niñas tendrán sueño, es muy tarde para ellas...

—Hemos venido a darte una sorpresa por el cuarto cumpleaños de Olga. Se han echado una siesta las dos. Aguatarán —le respondió Sofía.

Era algo tarde, ya de noche y no quedaba mucha gente en el hospital, así que Víctor se mostró dispuesto a enseñarlas a las tres un poco de su profesión.

—¿Y a ese qué le pasa papá? —preguntó Mónica al ver un señor mayor en la cama.

—Su nombre es Enrique. No es tan mayor como aparenta pero ha pasado los últimos años muy duros. Su mujer murió hace unos años. Él mismo vio como empeoraba y no hizo nada. Quiero decir que él fue quien la mató. O eso es lo que cree ahora. Pero no un asesinato activo y rápido, la mató año tras años sin hacerla caso. Sin darle hijos y sin llevar dinero a casa. De vacaciones se iba con amigos. Imagino que estuvo con otras mujeres.

Poco a poco su mujer fue mostrando síntomas para llamar su atención, pero él seguía sin hacerla caso. Entonces murió. Ahora él se culpa por ello.

—¿Y por eso tose todo el rato? —preguntó la pequeña Mónica.

—Sí, por eso y porque no quiere ver nada divertido nunca más. Sus ojos miran sin admirar y sus deseos son de autocastigo.

—Entonces al final sí la quería mucho —pregunta Sofía.

—No sé si llamarlo querer. Pero sí se siente ahora responsable de su muerte y niega la vida para consolarse.

—¿Le duele algo? —quiso aportar la pequeña Olga.

—Supongo que sí pero jamás se queja. Yo creo que le duele más el corazón, por eso no nota los dolores. Porque además, es la misma historia que les pasó a sus padres. Por eso también se culpa por no haber sabido corregir el error, sino como tonto, repetirlo. De pequeño se prometió que jamás trataría a su futura mujer como lo hizo su padre, pero la vida se le fue y al final la trató incluso peor.

—¿Pero la pegaba? —pregunto Sofía.

—No. Jamás la pegó físicamente. Pero la ausencia es un gran desprecio, con los años puede ser un látigo muy agresivo y severo. Ni la dejó vivir, ni la invitó a hacerlo.

—Entonces es mejor que se muera —añadió la pequeña Olga.

—Eso piensa él. Pero no es tan sencillo.

—¿Por qué?

—Porque aún le quedan opciones para enmendar su error. Él no lo sabe pero aún las tiene.

—¿Entonces se curará?

—Sí, es posible.

—¿Y esa de allí, qué enfermedad tiene papá? —pregunta la pequeña Mónica refiriéndose a una mujer mayor.

—Se llama Josefina y ha perdido casi toda la vista.

—¿Por qué? —insistió la pequeña Mónica.

—Cuando era más joven, cometió una torpeza y dejó un ácido muy fuerte al alcance de su hijo el cual, jugando, se lo derramó en la cara. El niño se quedó con medio lado de la cara casi totalmente quemado. Su marido la culpó durante años y toda la familia de él, hasta que un día decidió marcharse. Se fue enfadada y sin avisar. En pocos meses encontró a otro hombre con el que se casó y tuvieron una hija guapísima. Tal vez demasiado. Josefina fue muy feliz con su nueva familia, tanto que comenzó a sentirse culpable. Quería ver a su otro hijo pero no podía soportarlo. Entonces comenzó a tener problemas de visión. Fue a los médicos y no encontraron nada. Gradualmente fue perdiendo la vista hasta que se quedó ciega. En ese momento se presentó en su antigua familia sin ya poder ver a su hijo quemado. Solo lo sentía y con los ojos cerrados, era como antes del accidente.

—¿Y qué medicina la dais ahora papá? —pregunta la pequeña Olga.

—Ahora su hija, la guapa, no viene a verla casi nunca, yo ni la conozco. Pero está todo el día a su lado el niño que se quemó la mitad de la cara. Ahora tiene 17 años y no se separa de su madre.

—¿Y ese señor joven de ahí? —apunta Mónica con el dedo a uno que parecía un deportista—. ¿Qué medicina le dais?

—Ese se llama Ramón y durante años ha sido de los mejores jugadores de la liga de baloncesto. Ganó muchos premios y reconocimientos. Pero de repente un jugador nuevo, muy joven, le quitó el puesto merecidamente. Jugaba mejor que él y en la misma posición. No ha podido soportarlo y se ha lesionado.

—¿A propósito se ha causado una lesión? —pregunta Sofía.

—Es de manera subconsciente. Pero no encontró otra forma de defender sus premios anteriores. Ahora tiene la excusa ante todos de la lesión, pero él sufre porque sabe que el otro jugador está ahí porque sencillamente es mejor. Algo que no quiere que el mundo sepa.

—¿Y ese niña? —pregunta Mónica apuntando con el dedo a una niña que dormía.

—Se llama Ana y tiene ocho años. Un poco mayor que vosotras. Tiene cáncer...

—¿Y qué medicina la dais? —pregunta la pequeña Olga.

—Pertenece a una familia muy dividida, por ambas partes. Tanto la familia de su madre como la de su padre llevan generaciones enfrentados entre ellos. Su árbol genealógico ha intentado como solución una niña salvadora.

—¿Es una niña salvadora? pregunta la pequeña Olga llena de ilusión.

—Sí.

—¿Y qué va a salvar?

—A su familia —responde su madre Sofía.

—Eso es —continúa Víctor—, va a salvar a sus familias. Gracias a que la niña tiene cáncer, todos se reúnen con frecuencia en el hospital. Se les ve en la cafetería preocupados y por fin, con un tema de conversación que les une y sobre el cual están de acuerdo.

—¿Y se va a poner buena con las medicinas?

—No lo sé. Si las familias continúan así sin discutir y muy unidos, es probable que sí se recupere. Pero si esto les dura poco y vuelven a lo de siempre, entonces Ana se pondrá más grave. Todo depende de las familias. Si no incluso puede morir por cáncer para que con su muerte, todos aprendan la lección y los árboles se solidifiquen.

—¿Qué árboles mamá?

—Se refiere al árbol genealógico, a la estructura familiar completa, los que están y los que no están, pero que siguen influyendo.

—Yo quiero que se ponga buena —afirma la pequeña Olga.

—Sí, yo también —concluye Víctor.

—¿Y quién es ese que está allí en la silla durmiendo?

—A ese no le pasa nada, es el enfermero que está cansado.

Pero le pasará pronto si sigue así.

—¿Por qué? —pregunta la pequeña Mónica.

—Siempre está aquí y descansa poco. En realidad está huyendo de su realidad. Esto es como un escondite, el dedicarse a los demás sin descanso. Su mujer se murió pero tiene un hijo que hace años no le responde a los mensajes. Y cada vez que no le responde, se siente mala persona, algo que compensa trabajando a destajo para los enfermos. Solo necesita confirmarse a sí mismo que es buena persona. Y lo es. Pero él cree que su hijo piensa que no. Creo que le culpa por la muerte de su madre cuando según él nos cuenta, fue un accidente.

—¿Y qué medicina le dais? —pregunta de nuevo Olga.

—Le dejamos trabajar todo lo que quiera, necesita castigarse y demostrarse que es buena persona. Algún día, esperemos que haga las paces con su hijo o pasará a ser un paciente de verdad.

—¿Y ese otro de allí al fondo? —preguntan las niñas que con la siesta se encontraban muy activas y enérgicas.

—Dejar ya a papá que estará cansado —les pide Sofía.

—No importa. Es bueno que ellas aprendan un poco esto. Aquí todos han cometido o creen haber cometido un error en el ángulo de su vida. Por eso están en el hospital para corregir el ángulo si es posible. Ese de allí al fondo se llama Dimitri.

—Qué nombre más raro —dice Mónica.

—Es extranjero —le aclara su madre.

—Dimitri. Y lleva enfermo toda su vida. Ahora tiene más de 60 años pero cuando era joven se negó a ir a la guerra y en su lugar enviaron a su hermano pequeño. Pero al hermano pequeño lo mataron en seguida. Desde entonces cree que tenía que haber muerto él y no su hermano. Niega la vida y por eso siempre ha estado bebiendo mucho.

—Aun así ha llegado a los 60 —dice Sofía—. ¿Y no tiene mujer ni hijos?

—Ha tenido mujeres pero le han dejado por esa actitud

autodestructiva. Y ahora si me seguís, os voy a llegar a una habitación distinta para contaros un caso que a mí me gusta especialmente.

Víctor le llevó a través del ascensor a una planta más arriba. Iban todos despacio y sin hacer ruido porque ya era muy tarde y casi todos dormían. Abrió la puerta de una de las habitaciones y haciendo el gesto del silencio con el dedo en los labios les mostró a dos pacientes durmiendo.

—¿Esa señora con el pelo rojo? —preguntó la pequeña Mónica.

—No, la otra —dijo Víctor—. Esa del pelo rojo se llama Irene y no ha sido muy buena. Engañó a sus hermanos para quedarse con la herencia de sus padres. Lo logró, tiene todo el dinero pero desde entonces los huesos no paran de darle problemas. Pero me refería a la otra señora que duerme a su lado.

—¿La que tiene el pelo blanco? —dice Sofía.

—Sí, esa...

—¿Qué medicina la dais? —pregunto de nuevo la pequeña Olga.

—Se llama María José y siempre fue una buena hija. Luego se casó y fue una excelente esposa. Tuvo tres hijos y una hija y ha sido una madre extraordinario. Yo los conozco a todos, vienen a verla muy a menudo y solo tienen buenas palabras para ella.

—¿Entonces cual ha sido su error? Todos los demás, habían cometido algún error o creen haberlo cometido. Pero si esta señora lo ha hecho todo bien...

—Se está muriendo de cáncer en el estómago y lo tiene ya muy extendido por todos los huesos. No ha hecho nada mal, excepto ser demasiado buena.

—¿Demasiado buena? —pregunta la pequeña Mónica que no se creía que alguien se pudiera morir de eso.

—Sí —le responde su padre—, en la vida no estamos solos, pertenecemos a un grupo o una serie de grupos entrelazados.

Un individuo no es más que una pieza del grupo y eso también está reflejado en su cuerpo por dentro. El cuerpo no solo sirve al individuo, sino a su grupo de pertenencia.

—No lo entiendo papá —protesta Mónica—, ¿cómo puedo morir por ser demasiado buena?

—Mira hija, si dañas a tu grupo de amigos, a tu familia, entonces tu cuerpo por dentro te hace daño a ti.

—¿Porque mi cuerpo os quiere mucho, más que a mí misma?

—Sí, algo así. Entonces esta señora, Irene, al portarse tan bien, tan bien con los suyos, les ha robado las experiencias de descubrir cosas por ellos mismos y crecer. Es como si yo a ti te lo hago todo y entonces tú te sientes inútil. Entonces no sabrías cómo hacer nada, ni beber agua ni atarte los cordones. Si me porte demasiado bien contigo no te dejo crecer. Y si no dejas crecer a los tuyos, entonces en cuando tu cuerpo por dentro produce un cáncer.

—¿Te mata por dentro tu cuerpo por no dejar que los tuyos crezcan? —pregunta Mónica.

—Eso es. Hay que ayudar al grupo siempre, y ser demasiado bueno y hacerlo todo uno mismo por los demás, les daña. Les daña porque les roba la experiencia de hacerlo ellos mismos, les roba el aprendizaje que hay detrás de cada cosa, lo hagas mal o bien, siempre hay un aprendizaje que te hace crecer.

—¿Y realmente se va a morir? —pregunta Sofía.

—Creo que sí porque para que el cáncer remitiera tendría que cambiar de actitud con los suyos. Yo se lo he dicho ¿pero sabes que me ha respondido?

—¿El qué? —pregunta la pequeña Olga.

—Me ha dicho que prefiere morir siendo la más querida, antes que ahora ponerse dura y mala con todos. No puede evitar luchar por ganarse el amor de su gente, aun sabiendo que eso les daña a ellos. Esa es su enfermedad de verdad y es algo personal, por eso no podemos hacer nada por ayudarla.

—¿Pero podría? ¿Está a tiempo de hacer algo y salvarse?
—pregunta Sofía.

—Es posible. Desde que la diagnosticamos el cáncer todos han cambiado mucho. Todos querían ayudarla, pero el problema es que ella no se dejaba. Todos iban a madurar por fin, pero sigue impidiéndoselo incluso desde la cama del hospital. Pero lo cierto es que su familia se muestra más unida y más útil los unos con los otros, ahora que no está la súper mamá para cubrirlo todo.

La pequeña Olga se había quedado dormida. Hace rato que se perdió en la conversación y ya era muy tarde. Mónica sigue sus mismos pasos y se acurruca en los brazos de su padre cerrando los ojos.

—¿Vamos a tomar algo a la cafetería? —le pregunta Sofía a su marido.

—Ya es muy tarde, mejor es que os vayáis a dormir.

—Me gustaría contarte algunas ideas al respecto de la enfermedad. He estado pensando en todas esas historias de pacientes. Los tuyos y los míos en la consulta de psicología.

Bajaron todos a la cafetería, con las niñas ya dormidas. No había nadie más, sacaron de la máquina expendedora unas bebidas y algo de comer. Cada una de las niñas estaba en brazos. Mónica en los brazos de papá y la pequeña Olga con mamá.

—Me ha gustado mucho como has explicado a las niñas la enfermedad.

—Sí, a mí también, ha sido bonito —dice Víctor.

—Llevo días dándole vueltas —dice con voz pensante Sofía a su marido— y creo que hay un patrón de comportamiento en todos los enfermos. Algo que podríamos definir como tú bien has dicho, como un ángulo que se abre para alejarse del camino natural.

—No entiendo.

—Parece que cada uno de nosotros tiene una posición concreta en el grupo que al obtenerla, logra desarrollar más sus vir-

tudes. Y eso lo repetimos igual en todos los grupos. Por muy lejos que vayamos siempre lucharemos por una posición concreta dentro de cualquier grupo que es donde nos sentimos cómodos y aportamos más. Eso parece que viene dado del universo, está ahí desde que nacemos y es algo que no cambia demasiado. Tal vez con la edad y las etapas de la vida haya diferencias pero una vez somos adultos y establecemos nuestras funciones, siempre se repite este patrón.

—Ahora que lo mencionas —observa el Dr. Vila—aquí todos se quejan de haberse tenido que apartar de lo que querían hacer con su vida. Y siempre es algo mágico, emocional e inexplicable lo que les forzó a cambiar.

—¡Exacto! —exclama Sofía ilusionada—Algo viene dado. No creo que sea un destino rígido pero sí una serie de virtudes que marcan la forma de ayudar, contribuir y apoyar a los demás. Y para ello se requiere una posición concreta, siempre de respeto, a veces más principal y para otros, más secundaria. Pero si seguimos esa trayectoria y realizamos nuestra “misión” no hay enfermedad alguna. El cuerpo se muestra fuerte. ¿Cuántos casos de gente ahí fuera que llevan la contraria a todo lo que se declara sano y apropiado y aun así no enferman? Hay muchos más casos de gente que lo hace supuestamente mal y no está aquí. El cuerpo si estás en tu camino natural es muy fuerte y no genera enfermedad.

—Creo que tienes razón, yo últimamente me siento aquí en el hospital un poco...

—¿Un poco qué?

—Un poco... fuera de lugar. Hasta ahora he estado bien porque todo era nuevo y aprendía mucho pero ahora siento que ya no crezco aquí. Valgo para algo más. Esto es siempre lo mismo, con las recetas y las operaciones que hacen siempre igual, la burocracia.

—Si ya te estás aburriendo...

—No solo aburrirme, eso puede que no... es solo que tal

vez por tu influencia me siento más atraído por el lado emocional de los pacientes, cosa que aquí les tratamos como un número. Se les da una medicación concreta que a nosotros nos viene así por exigencias y ya está. El resto, la parte humana también se realiza pero es solo para cuidarlos. No hay un trato humano destinado a ayudarlos a cambiar y a curarse. ¿Me explico?

—Yo así lo creo —sigue Sofia—. Existe en todos nosotros una posición/destino relativa a las virtudes diferenciales y personales que traigamos de la evolución, o de dios o como le quieras llamar.

—Sí, es cierto. Aquí en el hospital lo veo todo el rato. Siempre hay un punto de inflexión en la vida de estas personas donde el cuerpo comienza a dar señales.

—¡Eso es! —exclama entusiasmada Sofia—El cuerpo te avisa cuando tu dirección no es la adecuada. ¡Para eso está! ¡La enfermedad está para ayudarnos en encontrar nuestro camino natural! Si te desvías, te avisa con síntomas. Supongo que primero suaves, enérgicos, y luego emocionales y en último término si no has logrado corregir tu rumbo..., entonces llega el momento en el que aparecen las señales físicas. El dolor es una cadena de largos mensajes desatendidos por parte de nuestro cuerpo que pretende ayudarnos a encontrar el camino natural. ¡Es perfecto! ¡Todo encaja!

Sofia tiene razón y parece que el propio Víctor aunque no lo confiesa, pues no era consciente de ello, acumula ya un tiempo recibiendo síntomas emocionales para que cambie de rumbo. Su Imperio, que para eso se desempeña, le está diciendo que salga de ese puesto de trabajo donde no se pueden desarrollar bien las Virtudes que trae. Si viajamos ahora al interior y lográramos alcanzar la velocidad necesaria, tal vez podríamos ver qué está pasando en Sangre.

—Disculpa, si no es mucha molestia, me agradecería saber quien o quienes están causando las emociones revueltas en Víc-

tor con el fin de hacerlo recuperar su Camino Natural.

—No puedo decirte mucho pues son varias casas las que se ocupan de eso —le dice un paquete de energía que por allí pasaba—, pero tal vez sería buen inicio comenzar preguntando en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes (hígado). Por lo que tengo entendido las emociones se producen allí.

—He oído por casualidad la pregunta. Si puedo presentarme, yo soy una impresión errante que sirve al Palacio Multicolor con tintes Verdes. Es cierto que nos dedicamos a producir emociones pero no para estos asuntos. Son más bien emociones que puedan ayudar a otras personas, emociones que hagan a los demás cambiar de alguna forma. Emociones que luchan por la posición dentro de un grupo. Pero cuando se trata de emociones que intentan avisar para que se corrija el ángulo, nos aleja de nuestro Camino Natural; es mejor acudir al Gran Palacio Negro.

—Ese palacio tiene cuatro casas distintas, ¿podrías, si no es molestia, indicarme por dónde es mejor comenzar mi investigación?

—Creo tener entendido que es en la casa femenina de la izquierda donde saben de estas cosas de destinos y direcciones para potenciar las Virtudes. Yo comenzaría preguntando por allí.

Ya conocemos bien el camino y al llegar, aunque no es la primera vez que estamos aquí, no dejamos de impresionarnos: no es un palacio lujoso y elegante sino más bien un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. En realidad se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. Para un visitante acostumbrado de nuestro ritmo y velocidad apenas percibiría más que silencio. Los sonidos son de ondas tan grandes que su gravedad se escapa a nuestros sentidos. Lo cierto es que ante tal grandeza tan imposible para nosotros, solo queda rendirse ante una admiración tal, que sin duda produce una profunda espiritualidad. Si lográramos la velocidad suficiente para

preguntar a una de las deidades, tal vez nos respondería algo así como:

—Sí, claro, es aquí. Pero nosotras solo sabemos las Virtudes a desempeñar según el árbol genealógico. Los ancestros cincelan, despacio, un trayecto pero..., no podemos decir cuál es la dirección exacta. En realidad, por si te sirve, todas valen si las Virtudes se están empleando y creciendo para el futuro.

—Entonces, ¿cómo sabéis cuando Víctor se aleja de su Camino Natural?

—No hay Camino como tal, solo sabemos cuando las Virtudes no se están empleando. Después de un tiempo sin que esto suceda, advertimos de la ausencia, de la pérdida de tiempo y dedicación.

—¿Pero cuáles son las Virtudes de cada uno? Todavía no lo entiendo, ¿quién las otorga?

—¿Quién? Esa pregunta no es correcta —nos regaña la deidad musical.

—¿Por qué?

—El universo funciona igual que un gran organismo. Estás ahora en el interior del imperio de Víctor Vila, pero también estás dentro de un continente, de una galaxia. Todas esas estructuras funcionan, aunque no lo creas, de manera muy similar. Siempre verás centros de reuniones, ministerios y palacios. Solo cambia la escala, el tamaño si así lo quieres.

—A ver... ¿Para determinar y distribuir Virtudes hay un centro de reuniones en el universo?

La grácil deidad con dulzura se ríe, supongo que la visión corta y reducida le hace gracia. Probablemente con su risa nos esté diciendo que no hay uno, sino muchos. O que sí hay uno, pero es inmenso. O que se coordinan infinidad de ellos.

—¿No te has dado cuenta todavía?

—Creo que no... ¿De qué?

—Todos somos musicales. Todos somos ondas a gran velocidad. ¿Cierto?

—Sí, es cierto. He aprendido a convivir con las ondas...

—Todas son ondas y si cambias la velocidad o el punto de vista verás materia. Pero todos son ondas y siempre hay un debate inteligente reuniéndose.

—Sin duda. Soy testigo.

—Solo tienes que ampliar tu escala de visión y si todas esas ondas están emitiendo, llegan a un centro de reuniones donde se sabe lo que hace falta para ayudar a equilibrar al resto. Es cuestión de juntar todas las ondas y dejar que los debates decidan.

—¿Así se distribuyen virtudes?

—Claro, es igual que aquí: las ondas para ajustar y lograr un equilibrio general se dividen y producen materia, seres que son como antenas constantemente recibiendo la señal vencedora. Eso es una Virtud, en realidad toda materia es virtuosa pues está compuesta o mejor dicho sujeta por frecuencias de ondas con un propósito mucho mayor de lo que el objeto en sí puede llegar a asimilar y entender.

—¿Tenemos una misión y no logramos verla del todo?

—Correcto, es demasiado amplia —confirma la paciente y grácil deidad.

—Cómo hormigas que cada una mueve una piedrecita sin saber ni ser conscientes de que están formando un hormiguero. Cada cual hace lo suyo pero una inteligencia previa coordina todo para un fin mayor. Creo que ya lo entiendo.

—Más o menos...

—En realidad yo venía a preguntar sobre las emociones que causáis para corregir a Víctor cuando se sale de su camino Natural. Ahora sé que es el desarrollo de sus Virtudes o des-empeño de su participación mínima en una globalidad, que no vemos, por su absoluta amplitud.

—Sí, lo sé —dice la deidad musical.

—¿Cómo provocáis semejante emoción? ¿No sería mejor subir la información directamente al Palacio Imperial?

De nuevo la grácil deidad con dulzura se echa a reír, supongo que la visión corta y reducida le hace gracia.

—Solo sube al Palacio Imperial lo que es mínimo, allí solo ven una línea recta que es una porción ínfima. Aunque lo lleváramos a palacio, las decisiones serían absurdas y mal tomadas. No queremos que el Emperador se entere sino corregirlo de una forma más profunda y sutil.

—¿Cómo? —insistimos.

—Es muy sencillo. Lo hacemos por espacio y tiempo. Es decir que si Víctor gasta mucho tiempo en un lugar que no le permite desarrollar sus Virtudes, entonces allí no hay camino, está perdiendo el tiempo. Y una vez lo sabemos, recopilamos de ese espacio información. La música y las ondas que de allí se desprenden. Una vez sabemos cuáles son, solo tenemos que causar repetirlas de manera idénticas y así se produce una cancelación interna. Una destrucción que causa angustia, malestar, vértigos, etc. (de eso no nos encargamos aquí). Distintos síntomas que son la destrucción de música interna asociada con dicho entorno. En resumen que a Víctor, sin saberlo, le debe repeler el lugar concreto y físico donde está perdiendo el tiempo.

—¡Está muy bien pensado! Por resonancias... claro. Por resonancias antagonistas con el lugar. Así la música interna deja de ser bonita y las emociones son incómodas. ¿Entonces pasa lo mismo cuando el lugar sí es el apropiado?

—Lo has entendido —afirma la grácil deidad musical—. Cuando un lugar sí hace crecer las Virtudes que traemos, igualmente copiamos su música y producimos internamente otra que armonice la Esencia. Víctor sentiría un bienestar por resonancia. Así logramos que se quede más tiempo en el lugar donde hay más probabilidades de que se desarrolle.

—¿Quién lo iba a pensar? ¡Lo hacéis por ubicación espacial! Es muy sencillo... Claro por eso cuando produces en un espacio concreto, le tomas cariño al lugar y no te quieres ir. Y por el contrario, si pierdes el tiempo, estás nervioso deseando

hacer cualquier otra cosa que te libere de allí.

—Eso es —confirma alegre la grácil deidad— y lo mismo que con los lugares, con las personas, con las cosas... nosotras copiamos la música de fuera que venga mal o la que venga bien, y por resonancias la vamos guiando sin que el Emperador tome conciencia. Mira, sin ir más lejos, ahora mismo Víctor está recogiendo sus cosas, ha dejado a sus hijas con su madre y se prepara para salir del hospital. Las emociones negativas las vamos a cortar en cuanto se termine el eco o la música que le devolvemos al lugar. Si quieres seguir a una de nuestras deidades musicales...

—Sí, claro. Sería muy interesante. ¿Hacia dónde va?

—Se dirige al Gran Palacio Multicolor de tintes Verdes y de allí será rápidamente enviada al Ministerio de Asuntos Humanos y Emocionales que se encuentra justo en el plexo solar.

Si nos damos prisa con la velocidad justa, podemos seguir a esta deidad enviada para causar un cambio emocional en Víctor cuando salga del hospital. Se trata de un enviado especial para la campaña en contra del hospital y a favor de que se marche en busca de otro trabajo donde pueda desarrollarse mejor y contribuir. Ya conocemos este Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes pero no deja de causar asombro al ver a todas esas impresiones errantes dialogando. Es como observar gotas de lluvia en un estanque de tres dimensiones, haciendo mover ondas como globos, círculos que se enredan los unos con los otros para terminar formando el movimiento del agua. Es muy hermoso y elegante ver las ondas dialogando en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Si pudiéramos ahora acercarnos y acelerar mucho nuestro ritmo, tal vez podríamos escuchar a nuestra deidad enviada, hablar con las impresiones errantes:

—Estoy buscando los traumas relacionados con el hospital —pregunta nuestra deidad enviada.

—Aquí traumas somos todos —le responde la voz del grupo—. Todos somos traumas y tóxicos, es precisamente lo que

interesa, algo que cause un miedo, un peligro, una advertencia, una vigilancia... Todo lo que sirva para corregir la conducta, para cambiar el comportamiento en relación a una situación, a un momento, a una persona o cosa. Todos somos traumas pero nos mezclamos para aprender.

—¿Y qué traes?

—No traigo nada, vengo del Gran Palacio Negro de la izquierda, de la casa femenina, y solo quiero asegurarme de que Víctor se siente mal en el hospital y ahora que está a punto de salir con su familia en el coche, cambiar su estado emocional.

—No tienes nada de qué preocuparte, llevamos tiempo haciendo este trabajo. Ahora mismo están saliendo las músicas disonantes hacia el Ministerio de Asuntos Humanos y Emocionales. Allí las distorsiones le están causando malestar. En cuanto se suba al coche nos quedamos sin ecos del entorno, los traumas que hemos ido recopilando del hospital y todo volverá a sonar armónico.

Como sabemos en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes las impresiones se van sumando y amplificando, cuando pasan dos traumas similares, se refuerzan. La fuerza de un trauma depende de su momento y se convierte en soldado y en gran general dependiendo si le toca hablar o callar. Todo está orquestado por la situación. Por eso desde hace ya unos meses, Víctor cada vez tolera menos los distintos rincones del hospital. Está deseando subirse al coche y salir de allí.

—Qué a gusto me siento en casa —dice Víctor a su mujer mientras deja a las niñas en sus camas.

—Tienes que aplicarte tú el cuento si no quieres acabar como tus pacientes. Si no cambias el ángulo del cuerpo, aumentarán las señales que hasta ahora son emocionales a síntomas físicos.

—¿Y qué quieres que haga? Tengo un buen puesto, no puedo dejar el hospital sin saber a dónde vamos a ir. Qué me dices de estas dos niñas, ¿cómo vamos a alimentarlas?

—No digas tonterías, yo os puedo mantener a todos mientras buscas algo. Ya veremos. Lo que no quiero es un marido enfermo. Ahí en el hospital has dejado de aprender...

LA ENFERMEDAD

Posición/Destino

Víctor siguió desatendiendo los mensajes de cambio que le afloraban en su interior. Cada vez le resultaba más intolerable ir a trabajar, pero pensaba en todos los años que había estado estudiando, pensaba que ser médico siempre fue el sueño de su vida; y el sueño de su familia. Además le daba prestigio social a él y a los suyos. Por todo eso lo consideraba irresponsable pues además tenía la hipoteca de la casa y los dos coches. Estaban algo ahogados de gastos y con dos niñas que cuidar. Con todo eso lograba día a día y con ciertos esfuerzos, acallar los síntomas emocionales que le agredían siempre que llegaba al hospital. Está deseando marcharse de allí incluso antes de llegar, descontando para las vacaciones y marcando los días de la semana para ver cuando le tocaba un día libre. A los dos años de vivir así, los síntomas gritaban con tal fuerza que decidió, sin decirselo a Sofía, tomar pastillas para relajarse. Estas pastillas por diseño destruían los paquetes de información del organismo. No hay pastillas tan específicas como para ir justo a determinadas ondas, así que lo que hacían era confundir todo en general y así lograban dejar a Víctor en un estado neutro. Al menos no sentía náuseas cada vez que estaba trabajando en el hospital. Y surgió algo peculiar con esto de las pastillas porque parece que también

ahogaron sus preocupaciones por lo que comenzó a comportarse de manera más libre en el hospital. Una semana después de estar tomándolas su actitud con los pacientes cambió. Comenzó a preguntarles en busca de la ruptura del ángulo, el momento donde comenzaron a desviarse de su Camino Natural y de su posición/destino.

—No sé Dr. Vila —le explicaba un paciente—, supongo que fue cuando murió mi madre.

—No, eso fue una de las causas pero todo esto comenzó antes. ¿De qué murió tu madre?

—Le dio un infarto cardiaco.

—¿Por qué razón?

—Tendría mal el corazón...

—Pregunto por la razón emocional, ¿algún disgusto? ¿Algo que la hiciera sufrir mucho?

—Mi madre —decía la paciente—no entendió nunca que mi hermano abusara de aquella niña.

—¿Abuso? ¿Sexual?

—Sí Dr. Vila, mi hermano violó a una niña y lo metieron en la cárcel. Aquello terminó con mi madre. Y no porque estuviera en la cárcel sino que ella decía que tenían que haberlo ahorcado. Días antes de que mi hermano saliera de la cárcel después de cumplir su condena es cuando le dio el infarto.

—¿Y cuándo comenzaste tú con los síntomas?

—No lo sé Dr. Vila, más o menos un año después o dos.

—¿Querías mucho a tu madre?

—Claro, ella me lo dio todo. Pero quería más a mi hermano, yo creo.

—Creo —concluye el Dr. Vila—que todos estos síntomas pretenden atraer la atención de tu madre.

—¡Pero si está muerta doctor!

—Eso no importa, en tu interior aún no lo saben y creen que no solo la harán volver sino que la salvarán de la muerte temprana que tuvo. Está tu cuerpo luchando para recuperarla.

Tienes aún celos de tu hermano y deseos de que todo se arregle.

El paciente se pone a llorar y el Dr. Vila no lo consuela. Es bueno que lllore y se dé cuenta de lo ridículo de su comportamiento y su enfermedad.

—Si te pones más grave, casi cerca de la muerte, es posible que tu madre se despierte de la tumba.

—¡Pero como dice eso doctor!

—Yo que tú seguiría intentándolo a ver si logras que vuelva mamá. Me he dado cuenta que siempre esperamos cosas mágicas que no siguen el orden lógico que le gusta a nuestro cerebro. Estamos esperando cosas mágicas que siguen otro orden y por eso nos creemos que son absurdas. Pero así es...

Lo ridículo de las afirmaciones hace al paciente seguir llorando. Pero el Dr. Vila no se inmuta. Le sigue ridiculizando porque está observando que el paciente de alguna forma se lo pide, que le sienta bien.

Tal vez este sea un momento perfecto para intentar entrar de nuevo en el interior de nuestro protagonista y saber qué está pasando mientras realiza esta terapia emocional a su paciente. No sabemos muy bien por dónde empezar, así que lo mejor será acelerar lo suficiente y caer en Sangre.

—Disculpe —le preguntamos al primer paquete de energía que encontramos—. Estoy interesado en saber qué está pasando...

—¡Corre! ¡Corre! —nos grita.

—¿Qué sucede?

—¡Hay un químico abrasivo que ha soltado ondas muy agresivas que rompen toda la música que encuentran! ¡Corre si quieres salvar tu vida!

Supongo que se refiere a las resonancias que han dejado esas pastillas que Víctor anda tomando para acallar su interior. Pero este paquete de energía se equivoca, al acelerar tiene más opciones de ser destruido. Observamos cómo se aleja y en su

carrera es alcanzado de muerte. Desintegrado. En realidad es mejor buscar frecuencias de ondas cortas que no están siendo agredidas. Tenemos que ralentizar un poco nuestra marcha y seguir buscando.

—Disculpa —le preguntamos a otro paquete de energía bastante más lento—. Estoy interesado en saber qué está pasando...

—Son demasiadas bajas.

—¿Perdón? ¿Demasiadas bajas?

—Hay un químico abrasivo que ha soltado ondas muy agresivas que rompen toda la música que encuentran.

—Sí, lo he podido ver. Pero no toda la música, solo tiene acceso a ciertas frecuencias de onda. Aquí a esta velocidad estamos a salvo. ¿Cierto?

—Más o menos —responde lo que parece ser un espíritu masculino del trabajo, ahora que lo vemos mejor—. Y digo más o menos porque aquí todo es un desastre desde hace ya un tiempo. Y la muerte de unos desencadena problemas en las pirámides de trabajo. Todos estamos conectados y nos necesitamos, no basta con cambiar de frecuencias. No es tan sencillo, los daños se encadenan cuando todos nos necesitamos para funcionar.

—¿Por qué? ¿Qué está sucediendo? Ya sé lo de las pastillas, me refiero antes. ¿Cómo empezó todo esto?

—¿Cómo empezó? Son muchas cosas —dice algo desesperado el espíritu masculino del trabajo—. Primero esos enviados especiales para producir emociones...

—¿Esos os molestan?

—No directamente, si nosotros los ayudamos desde todas partes. Pero están diseñados para producir un cambio en Víctor. Si éste no lo realiza, y parece que así ha sido y sigue siéndolo, entonces sí que hay un estorbo indirecto.

—¿Indirecto? —le preguntamos al noble espíritu del trabajo.

—Sí, indirecto porque nosotros todos tenemos que trabajar

junto a la Esencia, que viene dada en parte por las Virtudes. Si la Esencia no está fresca y fuerte nosotros, por todas partes, nos vemos condicionados a trabajos que no son del todo propios. Aquí no se trabaja con alegría desde hace ya tiempo, y eso se nota. Nos coordinamos peor. No hay ritmo de trabajo.

—El boicot interno es generalizado después de un tiempo.

—Sí, supongo. También nos usan para eso... Y luego llegaron las pastillas que en parte fueron un alivio.

—¿Os ayudaron?

—Sí —confiesa el noble espíritu del trabajo—. Está mal que yo lo diga siendo como soy un superviviente de la masacre. Pero las masacres a veces, aunque muy crueles y devastadoras para muchos, dejan espacios libres. En cierto sentido y sin tanto enviado especial pudimos trabajar todos más tranquilos. Y como la devastación deja mucho trabajo, nos unimos todos como hermanos para colaborar. La unión hace la fuerza. El desastre colectivo nos hace más unidos. Pero como digo, es un desastre todas las pérdidas...

—¿Y ahora?

—Perdón que interrumpa —dice una grácil deidad musical procedente del Gran Palacio Negro—. Con todos mis respetos este noble espíritu no sabe lo que dice.

—¡Sí, lo sé perfectamente! —grita enrabietado—. ¡No estoy mintiendo! ¡Sé muy bien de lo que hablo!

—Si me permites explicar la situación —afirma con algo de ironía la deidad—. Puede que este noble espíritu tenga algo de razón, con las pastillas ha llegado la calma en cierto sentido. Pero su visión es siempre muy a corto plazo. Con todos mis respetos. No logra ver las consecuencias a largo plazo y de esos nos dedicamos en el Gran Palacio Negro.

—¡Yo solo sé que por fin me dejan trabajar sin molestar!

—Si me permites continuar —vuelve a decir con igual ironía la deidad—. Las consecuencias a largo plazo son tremendas. La devastación producida por las resonancias de las pastillas,

termina con nuestros enviados espaciales para causar emociones negativas y que cambie de dirección. ¿Imaginas lo que significa si ya no hay mensajes de cambio? Muy sencillo, significa que no va a cambiar nunca. Y si su vida, para que lo entiendas noble espíritu del trabajo, si su vida se gasta en otros menesteres que no sean para los que ha sido diseñado según el Cielo Anterior, será una vida perdida. Un gasto enérgico absurdo.

—Yo no entiendo eso del Cielo Anterior... —musita el espíritu.

—Además, nosotros, en el Gran Palacio Negro no vamos a desistir jamás. Esa es nuestra misión. Muchas pastillas tiene que tomar para poder acallarnos del todo. Siempre trabajaremos en esa dirección, siempre intentaremos que cambie su vida si la está malgastando. La fuerza que nos riega viene de su Cielo Anterior, constantemente, a nosotros y a todas las células del imperio a través del ADN. Es una fuerza vital que sostiene literalmente la vida y la materia. Acallar esto totalmente, es matar a Víctor. ¿Quieres que eso suceda noble espíritu del trabajo? ¿Qué sería de tu vida si Víctor muere? ¿Acaso que te dejen en paz un rato compensa un futuro desastroso? No seas egocéntrico y piensa en el sentido de la vida como entidad perteneciente a una globalidad. El trabajo individual no sirve para nada y jamás te dejarán en paz si solo trabajas para sobrevivir.

—Yo no soy egocéntrico...

—Supongo que pierdo el tiempo contigo —dice la grácil deidad—. Jamás podrás tener una visión amplia. No es tu diseño. Vuelve a disfrutar de las bajas y a limpiar cadáveres si eso te entretiene.

—Por cierto —podríamos preguntar—, ahora Víctor está hablando con un paciente. Y se le ve usando algo más su Esencia. Está desarrollando Virtudes. ¿Quién se ocupa de eso? ¿Acaso eso no han sido consecuencias de la masacre que han realizado las resonancias de las pastillas?

—Yo no voy a decir nada a ese respecto delante de este

noble espíritu del trabajo. Mejor es que vayas a informarte del asunto al tablero del Gran Palacio Negro.

—Gracias. Así lo haré.

El caminó en esta ocasión no fue sencillo, las numerosas bajas, los cadáveres por todas partes, el caos en la circulación y el miedo generalizado. Sobre todo se veían muy activas a las impresiones errantes coordinando a los nobles espíritus del trabajo para que limpiaran todo.

—Disculpa, si no es molestia...

—¡Ahora no es el momento! —nos grita una impresión errante llena de fuerte emoción—. No ves que tenemos mucho que hacer. Todo esto son traumas que debemos procesar, aprender, limpiar... sí aquí hay caos, imagina en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. No es el momento de preguntas.

—Si puedo ayudar en algo...

—Sí, circula, solo circula.

Una vez llegamos al tablero del Gran Palacio Negro donde se reúnen tanto el Gran Rey como la Gran Reina Materna, y el Gran Rey y la Gran Reina Paterna. Allí, entre los cuatro grandes reyes esperamos encontrar respuestas y entender si lo que está hablando ahora Víctor con su paciente, es un desarrollo de sus Virtudes. Si las pastillas han ayudado en algo indirectamente. Pero aquí el revuelo es importante y se está llevando un debate así que es mejor no preguntar nada y limitarnos a observar.

—La terrible devastación supone un terrible desastre que nos impide realizar nuestro trabajo —dice la Gran Reina Materna con claros aires de preocupación.

—No quiero ofender a nadie —añade la Gran Reina Paterna, más fría y estática—. Lo que no se puede tolerar es que Víctor pierda ese puesto de trabajo. El país está en una situación complicada de desempleo. No le resultará sencillo encontrar otra cosa mejor por muy doctor que sea.

—¿Y qué sugieres? —responde en tono irónico la Gran Reina Materna—. ¿Acaso debemos abandonar nuestras Virtudes solo por tener que pagar una hipoteca?

—Perdón, son dos hipotecas. Que los coches no se pagan solos, también hay que trabajar —le responde el Gran Rey Paterno.

—No me importa —sigue con fuerza la Gran Reina Materna—. Todo eso es irrelevante y nos mantendrá en constantes guerras aquí dentro. ¿Acaso no queréis la paz? ¿Acaso preferís vivir con seguridad en lugar de felicidad? Nadie nos va a ayudar si no ayudamos nosotros. No hay nadie ahora mismo contento en todo el Imperio.

—Eso es en gran parte debido a las pastillas —saltó en voz baja la Gran Reina Paterna.

—¡Pero si hace un rato estabas a su favor! —proclama la Gran Reina Materna cada vez más enfadada—. ¡No sabes lo que quieres! ¿Pastillas para destruir todo y que no cambie su vida? ¿O sin pastillas para que podamos aquí dentro realizar el trabajo al que estamos obligados? ¡Acaso quieres convertirnos a todos en un Imperio aislado, sin misión y sin sentido, sin lugar ni posición en este mundo!

—No, claro que no es eso lo que queremos —dice la Gran Reina Paterna—. Es solo que según están las cosas actualmente, no es tan sencillo tomar una decisión así. Allí en el Gran Palacio Negro de la izquierda os deberían preocupar también las niñas. Tienen dos niñas que criar y alimentar.

—Sin duda —lamenta la Gran Reina Materna con voz pausada—, os hayáis en un grave desequilibrio. Los miedos no os están dejando actuar con claridad. Me pregunto si también las pastillas están afectando a vuestro palacio. Por favor, seamos sensatos, la sociedad está bien y hay que intentar encajar siempre, pero Víctor ha de encontrar un grupo que le permita una posición idónea para el desarrollo natural de sus Virtudes. Aquí todos sabemos que sin eso, que es lo esencial y prioritario,

el resto de las cosas son solo parches que salvan por momentos cortos. Debemos ayudarle a buscar una vida con cimientos, sólida y sin necesidad de constantes parches. Si fallamos aquí en el Gran Palacio Negro, todo el resto del Imperio quedará en manos del Emperador, expuesto a caprichos y lujos superfluos.

—Si me permiten la palabra —interrumpió un Gran General (una unión de impresiones errantes que estaban allí invitadas) —. Desde nuestro punto de vista, y hablo en nombre del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, es cierto que hasta ahora no hemos podido desarrollar una posición dentro del hospital que nos permita hacer fuerza contra lo que queremos. Ni con los compañeros y con los superiores y lo que es peor ni con los pacientes. Así estamos muy limitados a la hora de enviar impresiones errantes.

—Pero en este momento lo estáis haciendo con el paciente —replica la Gran Reina Paterna—. Si esto continúa, podría haber posibilidades de que se queda en el hospital. Yo como todos quiero soluciones, que terminen las guerras internas y que pueda encontrar dicha posición donde desarrollar sus Virtudes. Pero que al mismo tiempo puede quedarse en el hospital que es donde socialmente está bien visto y respetado.

—Pero para eso —vuelve a gritar la Gran Reina Materna—, ¿qué sugieres? ¿Qué siga con las pastillas?

—Si no hay otra solución. Al menos temporalmente, estoy de acuerdo que si la situación continúa durante meses o años, puede ser devastadora pero podríamos probar si logra encontrar su posición usando las pastillas.

—¡Y qué rueden los cadáveres! No sé si sabes que estamos perdiendo, no solo enviados espaciales sino bacterias y proteínas que están a punto de la extinción. ¿Sabes lo que eso significa para el resto de la vida?

—Un momento —sugiere en Gran General—, es cierto que por primera vez desde que entró al hospital, es ahora cuando está soltando contra ese paciente el arsenal que estábamos ela-

borando (con la ayuda de la Esencia y sus Virtudes) desde hace tiempo en el hígado. Es hoy por fin cuando logramos hacerlo y parece que está dando resultados.

—Y acaso no estáis orgullosos de lo que está pasando —apuntó la Gran Reina Paterna.

—Sí, mucho. Mi opinión, como Gran General, es que entre todos, organicemos una retirada masiva de las tropas destinadas a producir emociones negativas cada vez que está en el hospital. Creo que es una idea que satisface a todas las partes y es justo que Víctor se merezca una oportunidad. Si pudiera encontrar su posición/destino y al mismo tiempo permanecer en su puesto de trabajo...

—Es una idea excelente y justa —secundan desde el Gran Palacio Negro de la derecha.

—Nos parece bien también —dicen la Gran Reina Materna mirando a su cónyuge—. ¿Y las pastillas? Podemos retirar temporalmente los enviados especiales al Ministerio de Asunto Humanos y Emocionales, de todas formas están muriendo en el camino por culpa de las pastillas. Así no se volverá a sentir tan mal en el hospital. Justo en el día que se expresó como debe con el paciente. Así le servirá de recordatorio. Es muy buena idea. Pero al mismo tiempo propongo que lancemos enviados especiales al Ministerio de Asunto Humanos y Emocionales en contra de las pastillas. Que cada vez que las vea sienta náuseas para que no se las tome.

—Perfecto —aprobó la Gran Reina Paterna—, a nadie aquí le agradan las guerras. En lugar de dejar que maten a nuestros enviados especiales dejaremos nosotros de enviarlo. Y en su lugar ocuparán otra misión. Con suerte logramos que deje las pastillas y desde aquí dentro le reforzamos para que siga el mismo camino, actitud y fuerza que está mostrando ahora con el paciente.

En este extraordinario consejo entre los peces gordos del

Imperio que por suerte, en esta ocasión logramos presenciar, se acordó la retirada de esas sensaciones incómodas en el hospital que buscaba en Víctor la idea de salir de allí en busca de otro destino. Y esto se notó enseguida. Pero volvamos al momento actual donde aún sigue trabajando a su modo con el paciente.

—Dr. Vila —le dice después de recuperarse del llanto—, me encuentro mejor.

—Creo que hemos removido el momento de tu vida donde se produjo la ruptura de tu ángulo relativo a tu Camino Natural. Parece que poco a poco está recuperando su rumbo.

—Es posible.

—Ahora necesito que investiguemos entre los dos —le pide el doctor Víctor Vila— las situaciones donde te sientes más cómoda. No solo ahora, sino desde siempre. Y más importante aún, antes de que tu hermano violara a aquella niña. ¿En qué situaciones y con qué gente te sentías bien, útil, sobre todo útil y realizada? Necesito saber cuál es tu posición/destino para saber a dónde nos debemos dirigir. ¿Algo que se te de particularmente bien?

—Lo cierto es que yo después de que mi hermano entrara en prisión para diez años (luego salió en siete años) yo me dediqué casi en exclusiva a mi madre.

—Eso no nos sirve, eso es la patología. Ahí luchabas por ganarte su amor y desbancar a tu hermano de su corazón. Nos interesa ir más atrás, cuando todo iba bien qué hacías.

—Yo antes trabajaba en una oficina vendiendo inmuebles...

—Tampoco nos sirve, no parece que eso se te diera bien.

—No, la verdad.

—¿En qué tipo de reuniones te sientes cómoda? ¿Con qué tipo de amigos?

—Tengo unas amigas de mi barrio con las que siempre me he sentido bien. Me dejan ser yo misma.

—Esa es la posición que estamos buscando. Eso hay que

trasladarlo a más campos de la vida para que te sientas en todas partes como con ellas. ¿Qué rol tienes? ¿Para ellas tú como eres?...

Víctor al terminar su jornada laboral y por primera vez desde hace mucho tiempo, no tiene prisa por salir del hospital, no siente la necesidad de contar los días que le quedan para las vacaciones ni mira el día de la semana en el que se encuentra. Por primera vez desde hace mucho tiempo se sienta en la cafetería y se queda allí disfrutando, se siente bien, está cómodo. Como doctor, no le gustan nada las pastillas que decidió tomar clandestinamente, pero ahora no sabe si pensar que se encuentra así gracias a ellas o es que algo en su interior ha cambiado. Se siente orgulloso y motivado por lo que ha pasado con ese paciente. Le gusta esa nueva línea de tratamiento que promete, está dispuesto a seguir por ese camino a ver si descubre algo nuevo y eficaz. Al llegar a casa, y como decimos por primera vez desde hace mucho tiempo, iba también conduciendo sin prisas por llegar, incluso se paró en el primer semáforo y miró atrás para ver el hospital desde lejos. Lo encontró hermoso, lleno de luces y brillante. Al llegar a casa comentó todo esto a Sofía la cual se alegró mucho porque ella también estaba preocupada (sin llegar a saber lo de sus pastillas) por la actitud en el trabajo y la desidia creciente en su mirada.

—Claro, tienes que seguir por esa línea, si se te nota en los ojos que estás más feliz así. No hagas caso a los otros doctores e investiga lo que necesitas. Parece que tú has nacido para crear más que para que te manden.

—No me importaría —le dice Víctor a Sofía—obedecer órdenes, en el colegio era bueno en eso pero siempre que yo entienda o considera que es lo correcto. Pero en el hospital me dan órdenes o se espera de mí una forma de trabajo que sinceramente...

—Sí, ya me lo sé. Ahora lo importante es que no dejes esa

posición porque por ahí crecerá tu destino.

—“Dejaré las pastillas a ver cómo me encuentro” —piensa Víctor mientras escucha a su mujer.

LA ENFERMEDAD

Relaciones Patógenas entre órganos

El doctor Víctor Vila tiene ahora 49 años y lleva por lo menos unos siete con problemas de salud. Desde la última semana se encuentra en una de las cama de su propio hospital, atendido por las enfermeras y enfermeros que son compañeros suyos desde hace muchos años. Lo cierto es que en esa posición se siente más cómodo. No está tan mal en la cama como paciente. Su cuerpo le lleva avisando durante esos siete años pero siempre ha estado encontrando la forma de acallar su interior. Mientras aparecían síntomas más y más graves, él lograba prometer un cambio, o tomar pastillas, en cualquier caso los síntomas remitían temporalmente para volver a aparecer más tarde. No obstante ahora ya se ha puesto su cuerpo más serio al respecto, dado que está a punto de entrar en los 50 y no ha cumplido bien su etapa anterior. Son ya muchos los días perdidos que ha estado acumulando. El ángulo que se quebró hace años se encuentra ahora muy lejos del Camino Natural y es por eso que su organismo produce una enfermedad seria. Los médicos colegas suyos no saben lo que tiene. Víctor desde hace siete años muestra manchas en la piel, dolores de cabeza y problemas estomacales. Pero recientemente han comenzado a dar problemas los huesos, aunque lo que le ha traído a la cama del hospital ha sido un infar-

to y una fiebre que no remite después de dicho infarto.

—Te he dicho mil veces que no puedes seguir con esta vida —le dice acalorada su mujer Sofia al verlo ahí postrado como un viejo enfermo—. A ver si ahora haces caso porque si no cambias te vas a ir a la tumba muy joven. Aquí tienes a tus hijas de testigos, ¿le he dicho yo a papá mil veces que deje este hospital y que busque otra forma de desarrollar su profesión? ¿Se lo he dicho?

Las hijas de Víctor ya tienen 17 la mayor, Mónica, y 15 la pequeña, Olga. Han venido a ver a su padre al hospital porque también están preocupadas. No tiene buen aspecto y sus fuerzas son las de un anciano. A la pequeña, a Olga, le gusta la medicina, quiere seguir la tradición familiar y no para de lanzar preguntas a las enfermeras y los médicos sobre el estado de su padre.

—Aun estamos haciendo pruebas, no tenemos claro la causa de las fiebres tan altas. Pero ya lo encontraremos, será alguna infección...

—No es una infección —dice Víctor desde la cama—ya he tomado toda clase de antibióticos y no han hecho absolutamente nada.

—¿Y qué es papá? —le pregunta Olga.

—Tu padre —le responde Sofia al ver que Víctor no quiere o no sabe—lleva años en una dirección que no es la suya. Y eso le ha estado avisando para que cambie y por vosotras jamás se ha atrevido. Os quiere mucho y ...

—Si eso es cierto —dice Mónica algo ofendida—yo no lo llamaría querer. Cuando se quiere a alguien de verdad no se termina en la cama de un hospital buscando una muerte prematura. ¿Qué haremos si te mueres papá? ¿Tú crees que querernos es sacrificar tu vida a lo tonto?

Aquellas palabras sabias de su hija mayor le dejaron pensando. Durante la noche la fiebre aumentó y no podía dormir. Se obsesionaba escuchando su corazón como si de nuevo le fuera a fallar, como si cada latido fuera a ser el último. Tal vez es un

buen momento ahora para intentar acelerar nuestra velocidad y entrar de nuevo al interior a ver qué está ocurriendo.

—Disculpa, ¿qué está pasando aquí?

—No lo sé, solo soy una resonancia del zumo que se acaba de tomar. Yo igual que tú, estoy recién llegada.

—Claro, perdona, no me había percatado. ¿Por qué no hay nadie de los de siempre por aquí? En otras ocasiones en Sangre se podía ver infinidad de...

—Creo que están en guerra —dice la resonancia del zumo.

—¿Guerra? Bueno, claro, supongo si han llegado hasta el infarto cardiaco, algo grave tiene que estar pasando aquí dentro. Gracias, voy a bajar a los riñones que es donde siempre está todo. Suerte.

Pero en el camino hacia los riñones nos encontramos con un desierto de resonancias. Tal vez las pastillas, tal vez la devastación de la guerra o el miedo a salir de los palacios. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué tipo de guerra es esta?

—Disculpa, ¿qué está pasando aquí?

—No lo sé, acabo de llegar desde el pericardio a Sangre. Soy una resonancia nueva que dice: “¿Tú crees que querernos es sacrificar tu vida a lo tonto?”.

—Claro, ya sé quién eres. Eres la impresión errante de lo que Mónica le ha dicho a Víctor hace pocas horas. Se te ve muy fuerte, tienes que ir al Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Si no están en guerra, allí sabrán qué hacer contigo.

—Lo sé...

—Por eso está postrado en la cama. No ves que aquí no hay apenas nadie de los habituales e importantes.

—Sí están aquí —responde la impresión errante recién llegada—es solo que no estamos en la frecuencia correcta. Acelera un poco más y verás que aquí mismo están todos.

—Es cierto, no se me había ocurrido cambiar de frecuencia. He estado otras veces en Sangre y con esta misma frecuen-

cia he logrado hablar con los importantes.

—Por lo que he podido ver en el pericardio efectivamente están en guerra, desde hace ya muchos años, así que para evitar los medicamentos que llegan con frecuencias determinadas, han ido cambiando dichas frecuencias para poder seguir con su actividad.

—Claro, muy inteligente. Por eso aquí no hay nadie pero sí se escuchan los ecos de ciertos medicamentos. Muchas gracias y suerte en el hígado. Espero que te acepten, es un buen mensaje que puede ayudar a terminar con esta guerra de hace ya siete años.

Aceleremos un poco más a ver si en esta misma ubicación logramos ver qué está sucediendo. No parece que hay mucho por ahí y el eco del medicamento es aún más intenso. Busquemos otra frecuencia, tal vez más rápida aún. Aquí es peor, insoportable, cualquiera en esta frecuencia se enfrentaría directamente con el medicamento y moriría. Lo mejor será probar otra frecuencia pero en lugar de acelerar vamos a ralentizar, a ver qué nos encontramos. Sin movernos de la ubicación inicial, donde pudimos hablar con esa impresión errante procedente de Mónica, hemos visto hasta tres lugares distintos y ahora que hemos ralentizado las frecuencias, todos están aquí. Pero el paisaje no es tampoco el habitual, en lugar de estar todos más o menos mezclados, hay vías distintas para cada entidad o paquete de información. Es como si en lugar de ver un campo abierto, estuviéramos viendo carreteras, vías de canalización rígidas y especializadas. Es muy triste ver algo así y fácil de entender que Víctor se halle enfermo en la cama. Para acercarnos a cualquiera de ellas tenemos que igualmente cambiar un poco la frecuencia de onda, pues cada cual sintoniza de manera distinta. Es muy triste, como si todos estuvieran enfadados, no hay cooperación abierta y confianza los unos con los otros como en aquellas ocasiones cuando Víctor era un niño y visitábamos su interior. Se

puede ver como las alegres ánimas tienen su carretera y los nobles espíritus del trabajo la suya, se puede ver como hay distintas vías para distintas impresiones errantes, y también las gráciles deidades se mueven usando su propia sintonía. Siempre fue así en realidad, pero ahora las diferencias son mayores y la comunicación entre todos es mejor. ¿Qué está pasando? ¿Cuál será la causa de estas malas relaciones? Mejor nos dirigiremos a un noble espíritu del trabajo de la casa masculina ya que a primera vista parecen los más neutros en este panorama desolador. Los demás parecen estar muy enfadados, van rápido y se muestran atareados.

—Disculpa, noble espíritu, ¿podrías indicarme qué está pasando aquí?

—¿Qué está pasando? Llevamos así años. Lo que pasa es que son todos idiotas pero a mí, hace tiempo que me da igual. Me limito a observar pero no haga nada. Bueno, hago mi trabajo pero sinceramente lo hago sin ilusión ni esperanzas de que las cosas cambien.

—¿No participas en la guerra?

—¿Para qué? —responde el noble espíritu masculino—¿Dime para qué iba de participar? Una vez lo intentamos desde la casa masculina del Gran Palacio Amarillo y Ocre. Lo intentamos durante años pero terminamos agotados de no ver resultados. Así que ahora aquí me tienes viendo como pasa la guerra sin participar en ella. Me da igual, que hagan lo que quieran. Me he convertido, como decimos aquí, en un Masoquista Ausente.

—¿Y están igual en la casa femenina?

—¿Allí? Todo lo contrario. Si nosotros en esta guerra somos Masoquistas Ausente, ellos son Masoquistas Evidentes. Pásate por allí y lo verás. No se han rendido como nosotros, no miran de manera neutra sino todo lo contrario, están muy metidos en la guerra y participando activamente. Son idiotas...

—¿Masoquistas Evidentes? ¿Los llamáis así?

—No son los únicos en esta estúpida guerra, también están en las mismas las ánimas de la casa femenina y masculina del Gran Palacio Blanco y Gris. Y también son Masoquistas Evidentes la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes y la casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha. Todos esos son los que causan la guerra y entre ellos pelean y pelean a lo tonto sin darse cuenta del verdadero problema.

—¿Y cuál es el verdadero problema según tú?

—¿Qué cuál es? Está muy claro aunque ellos no lo ven —responde el noble espíritu del trabajo masculino—. El problema de esta guerra que dura ya más de siete años viene por el complejo de inferioridad de las gráciles deidades que forman el Gran Palacio Negro de la izquierda en su casa femenina. Allí es donde está el verdadero problema porque todo se inició allí. Y ese complejo hace que hayan manipulado a las demás casas hasta convertirnos el Masoquistas Evidentes. Ese es el problema y ellos no lo ven. Yo viví sin verlo muchos años, peleando desde dentro con la esperanza de ganar la guerra, hasta que me di cuenta que en realidad no tiene final.

—Tiene que haber una solución.

—La habrá, pero sinceramente —dice el noble espíritu— yo he dejado de verla. Para mí esto no tiene solución mientras el Sádico...

—Perdón, ¿quién es el Sádico?

—Te lo he dicho antes, las gráciles deidades que forman el Gran Palacio Negro de la izquierda en su casa femenina. Ella tiene el complejo de inferioridad.

—No sabía que le llamarais el Sádico. Por lo que puedo entender hay una mala relación, una relación patógena entre figuras a las que etiquetáis como: Masoquistas Ausente, Masoquista Evidente y el Sádico. ¿Correcto? ¿Alguno más en esta guerra?

—Correcto. Pero yo me desentiendo, no quiero saber nada. Que se maten si quieren...

Bueno, muy interesante, tenemos la versión de uno de los implicados que precisamente no quiere implicarse en la guerra. Es un punto de vista, así que nos interesa ir a preguntar por otros puntos de vista ya que parece que, como en toda guerra, hay distintas versiones. Lo mejor será acercarnos primero a alguien aun más neutro, a alguno de los palacios que no ha mencionado. Veamos qué tienen que decir los que no están involucrados de ninguna manera en esta guerra. Por ejemplo, creo que no mencionó la cada masculina del Gran Palacio Negro de la izquierda. En la casa femenina de este mismo palacio ha dicho que estaba el Sádico pero veamos qué opinan las deidades masculinas. Durante el viaje, en la sintonía adecuada se sigue viendo por todas partes el paisaje desolador donde todos se mueven como por raíles sin cooperar entre ellos. Es terrible la relación patógena que tiene. Las malas relaciones dejan cadáveres y lo que es peor impiden acuerdos importantes. Al llegar a la inmensa puerta, vemos como siempre la inscripción en lo más alto que dice: “El amplio proyecto del vida”. Como ya sabemos entrar, alzamos en nuestras manos... bueno, la otra vez llevábamos un juguete, pero porque Víctor tenía tres años. Ahora es distinto porque tiene 49 y aquí se encargan de las etapas de la vida. Así que en lugar de llevar un juguete, mejor sujetaremos con firmeza un libro de recetas del hospital. En realidad solo cambia el tamaño del juguete y su implicación con el grupo que va aumentando con la vida. En la otra mano podríamos sujetar un juego de mil anillos invisibles. Igual que la otra vez, ya que con ello indicamos que estamos dispuestos a amar el cambio incesante y sus siempre nuevas impresiones.

Al cruzar la inmensa puerta y a simple vista, da la impresión de que todo allí está normal. Como siempre vemos, no un palacio lujoso y elegante, sino más bien un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. Parece un gran instrumento musical con numerosos pasillos por

donde se diría silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. La diferencia es solo en dicho sonido, en el silbido singular y mínimo que corretea por los pasillos. Lo cierto es que ante tal grandeza, tan imposible para nosotros, solo queda rendirse ante una admiración tal que sin duda produce una profunda espiritualidad. Si lográramos la velocidad suficiente para preguntar a una de las deidades, tal vez nos respondería algo así como:

—¿La guerra? Sí, claro que sabemos que están en guerra pero nosotros no podemos dejarnos afectar por algo así. Aquí trabajamos de la misma manera. Precisamente gracias a nuestro trabajo, que no ha cambiado, se sostiene algo mejor esta desagradable situación para todos.

—Me han dicho que hay varios roles en esta guerra. ¿Vosotros soys sádicos, masoquistas evidentes, o masoquistas ausentes?

—Esos roles —dijo la grácil deidad musical— son para los involucrados en la relación patógena. Nosotros estamos equilibrados así que no tenemos etiquetas. Si nos quieres llamar algo, llámanos sanos o normales. Aquí nada ha cambiado.

—¿Y compartiendo el mismo palacio, solo que en distinta casa, puede ser que logréis trabajar tan diferenciados? ¡Si estáis al servicio del mismo órgano, el riñón izquierdo!

—Claro que podemos, pero no es lo ideal obviamente. Estamos sin comunicación desde hace unos siete años. Es ya una costumbre y resolvemos las cosas nosotros mismos.

—Entonces la guerra la tienen, como nos indicó el Masoquista Ausente: la casa femenina y masculina del Gran Palacio Blanco y Gris. La casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes y la casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha. Todos esos son los Masoquistas Evidente. ¿Es correcto? Y es Sádico está en este mismo palacio pero en la casa femenina. ¿Es correcto?

—Yo ni lo sé ni me importa. Solo espero ayudar en lo po-

sible para que esto se solucione cuanto antes.

—¿Tú sí crees que hay solución?

—Claro que la hay y por eso trabajamos a nuestra manera pero ayudando en lo posible a cada uno sin preferencias. Aquí hacemos lo nuestro ni más ni menos, sin volvernó loco y sin caer en extrañas patologías.

Resulta agradable escuchar una versión objetiva de la situación. Tal vez ha llegado el momento de visitar alguno de los palacios que están realmente en guerra. Podríamos ir directamente al Sádico que nos pilla aquí al lado en la casa femenina de este riñón izquierdo, pero será más interesante empezar por entender qué son esos Masoquistas Evidentes. Tenemos, según nos comunicó el noble espíritu masculino (que era el Masoquista Ausente), cuatro palacios considerados Masoquistas Evidentes. Cualquiera de ellos nos podría servir. Visitemos si os parece bien al primero que mencionó: la casa femenina del Gran Palacio Amarillo y Ocre. Durante el viaje, no muy largo porque queda justo un poco más arriba, seguimos viendo el desolador paisaje de carreteras bien diferenciadas donde la comunicación no es compartida. Pero si nos fijamos bien, parece que el noble espíritu masculino nos reveló la verdad. Las carreteras, por llamarlo de alguna forma, más aisladas pertenecen a los palacios que mencionó como Masoquistas Evidentes. El resto siguen moviéndose libremente y es curioso porque se ven menos cantidad de nobles espíritus masculinos. Al ser Masoquistas Ausentes parece cierto que no participan mucho, que se han declarado resignados. Y es también curioso porque ahora que sabemos quién es el Sádico, vemos que igualmente se mueve con libertad, como si nadie supiera que es parte de la guerra, como si todos creyeran que es normal y no patógeno. Además sorprende su presencia, es decir la presencia de gráciles deidades femeninas del Palacio Negro de la izquierda dentro también de cada una de esas “carreteras” por dónde van los distintos Masoquistas Evidentes. Es

como si fuera amigo de todos ellos, como si todos les estuvieran cuidando o defendiendo de algo. Ciertamente resulta una relación patógena, la actual distribución de las distintas energías o resonancias de Víctor Vila. Como nos advirtieron, parece que el Sádico está enredando todo, es como si tuviera engañados a esos Masoquistas Evidentes. ¿Cuál será su plan? Nos han dicho que es complejo de inferioridad. ¿Será esa la causa de la guerra? ¿Y cómo lograr terminar definitivamente con esto?

Al llegar a la casa femenina del Gran Palacio Amarillo y Ocre vemos, en lo más alto de su impresionante puerta, una inscripción que dice: “La administradora”. Como ya sabemos entrar, alzamos en nuestras manos un gran reloj calendario con los tiempos de todos, que indique los plazos de coordinación del grupo. Y en la otra mano sujetando con firmeza, un monedero de beneficios. Con ello indicamos que sabemos administrar los esfuerzos, la energía que se gana y la que se invierte, lo que se logra y como medir los recursos que dan para todos y en todo momento.

Al cruzar la inmensa puerta se ve claramente que las cosas no son como antes, no está la situación muy normal. Hay un sobre esfuerzo por parte de todos, se ve demasiado movimiento, demasiada actividad, a pesar de que todo está algo sucio y un tanto desastroso.

—Disculpa, noble espíritu femenino...

—Dime, ¿qué necesitas? ¿Qué quieres? Tú dime que yo lo hago por ti...

El atropello de este laborioso espíritu ya nos indica que no se encuentra bien. Tiene el tono muscular muy tenso y los ojos algo alicaídos a pesar de que no para de moverse. Se diría que está nervioso pero al mismo tiempo agotado.

—No necesito nada gracias...

—Todos necesitamos algo, yo puedo ayudarte, ¿tú qué quieres?

—De verdad, solo quiero que me dejes de forzar y que me

escuches.

—Perdón, claro. Sí. Dime. ¿De qué quieres hablar? Te escucho.

—Quiero hablar de la guerra ya que es...

—¿De la guerra? Yo te lo puedo contar todo —interrumpe de nuevo el noble espíritu femenino que sigue atropellado e hiperactivo—. Son habladurías, en realidad no hay guerra alguna. Aquí estamos todos bien. Como en todas partes hay disputas y algunos problemas pero son cosas normales. Nada que no suceda en cualquier parte. Todo normal. Muy bien. Estamos bien.

—Sí, claro, no lo dudo. Pero a mí me interesa saber por qué...

—Lo que quieras, yo te puedo ayudar. Pero aquí no hay problemas.

—¡Por favor! Si me escuchas un momento.

—Claro, te escucho. Di lo que quieras, no pasa nada. Di. Habla.

—Víctor está en la cama de un hospital.

—Lo sé...

—Ha tenido un infarto cardiaco y hace ya años que tiene síntomas. Además...

—Lo sé. Las cosas no están muy bien, hay problemas pero lo normal. Como en todas partes. Siempre hay problemas pero se puede solucionar con un poco de trabajo. Aquí hacemos lo posible, no paramos...

Sin duda este noble espíritu femenino del Gran Palacio Amarillo y Ocre no se encuentra bien. Con ese estado de actividad parece claro que es cierto que no para de hacer cosas, pero también es muy probable que su habilidad para resolver problemas esté dañada. Por lo poco que hemos intentado hablar, se diría que genera más problemas de lo que resuelve. Si se mete a resolver algo, seguro que va sumando dificultades, generando otras nuevas, causando más y más obstáculos. Luego se ahogará entre todos ellos, cuando la mayoría los ha formado él mismo de

un grano de arena.

—Aquí hacemos todo lo que podemos —continúa el noble espíritu femenino—no paramos de trabajar. Pero son muchas cosas. Siempre surgen problemas y más problemas. Hacemos lo que se pueda. Las cosas no son fáciles...

Al escucharlo parece claro que los Masoquistas Evidentes tienen miedo a parar, es como si quisieran los problemas para sentirse vivos, como si les diera angustia el pensar que las cosas pueden salir por sí solas sin ejercer empeño.

—Hay muchas cosas que realizar, siempre —continúa el noble espíritu femenino—es agotador, nunca se terminan... Nunca. Y me gustaría descansar pero no puedo, siempre hay algo que hacer. Siempre...

Observando a este personaje ahora comprendemos mejor a qué se referían con relación patógena, ya que el Masoquista Evidente se encuentra sometido. ¿Pero a qué? Suponemos que al Sádico. Vamos a preguntar a ver qué respuesta obtenemos.

—Por favor, me escuchar un segundo.

—Claro. Sí. Lo que necesites. Dime...

—He oído que os ayudan las gráciles deidades de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda. Me han dicho...

—¿Qué nos ayudan? Claro que nos ayudan, mucho. No hay problemas. ¿Por qué lo preguntas? A ellas dejarlas en paz, no están haciendo nada malo. Son muy sensibles y necesitan comprensión, no es fácil comprenderlas, no todas las entienden pero aquí sí las entendemos y las cuidamos en lo posible. Son muy sensibles. Como una gran bondad y muy tiernas. ¿Por qué lo preguntas? ¡Pobrecitas! Dejarlas en paz, no hacen nada malo...

—¿Y no os preocupa el estado de enfermedad que padece Víctor?

—Claro. Nos preocupa mucho. Mucho. Y llevamos años haciendo todo, todo lo que podemos y más. Más de lo que nos dejan las fuerzas... Estamos muy preocupados. Desde siempre.

¡Pobrecito! Seguimos sin descanso ayudándolo desde la humildad que...

Si nos han dicho que el Sádico tiene un complejo de inferioridad, se diría que los Masoquistas Ausentes tienen un complejo de insuficiencia. Por mucho que hagan creen que no es suficiente, que tienen que hacer más, que siempre hay que sumar una acción. Parece además que han perdido la visión amplia o la empatía, el juicio objetivo de la situación o la capacidad para autoanalizarse con criterio. No se dan cuenta por muchos problemas que causen, por muchos desatinos que cometan o por mucho que molesten. Y se nos antoja ahora con cierta claridad que una de las razones de la enfermedad de Víctor viene dada por estos Masoquistas Evidentes que no descansan, generando problemas a pesar de que declaran intentar solucionarlos. Pero hay una especie de angustia existencial, una depresión profunda que les deja sin sentido la vida y por eso para no oírse, hacen y hacen sin descanso, buscando en los problemas su alivio de vivir. Pero tal vez estamos sacando conclusiones muy rápido. Hay más Masoquistas Evidentes y lo mejor será ir también a visitarlos a ver si son iguales o por el contrario cada palacio tiene sus diferencias. Nos quedan por ver, según nos advirtió el Masoquista Ausente, quien parece que tenía una imagen clara de toda la guerra, la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes, la casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha, y ambas casas en el Palacio Blanco y Gris. Viajemos pues a ver qué conclusiones sacamos en la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. De nuevo por el viaje seguimos viendo el desolador paisaje de carreteras bien diferenciadas donde la comunicación no es compartida. Pero si nos fijamos bien parece que el noble espíritu masculino nos reveló la verdad. Las carreteras, por llamarlo de alguna forma, más aisladas pertenecen a los palacios que mencionó como Masoquistas Evidentes. El resto siguen moviéndose libremente y es curioso,

antes no nos fijamos mucho pero ahora se puede ver cómo también la impresión errante que dejó Oliva, su hija mayor cuando le dijo: “¿Tú crees que querernos es sacrificar tu vida a lo tonto?”, también se está moviendo libremente por todas partes. Y al moverse destruye parte de esas carreteras, abre uniones. Aunque no de momento, no demasiado.

Por otro lado sigue la presencia de gráciles deidades femeninas del Palacio Negro de la izquierda dentro también de cada una de esas “carreteras”. Es como si fuera amigo de todos ellos, como si todos les estuvieran cuidando o defendiendo de algo. Ciertamente resulta una relación patógena, la actual distribución de las distintas energías o resonancias de Víctor Vila. Como nos advirtieron, parece que el Sádico está enredando todo, es como si tuviera engañados a esos Masoquistas Evidentes. ¿Cuál será su plan? Nos han dicho que es complejo de inferioridad. ¿Será esa la causa de la guerra? ¿Y cómo lograr terminar definitivamente con esto?

Al llegar a la casa femenina del Gran Multicolor con tintes Verdes, vemos en lo más alto de su impresionante puerta una inscripción que dice: “El Gran General en estrategia”. Como ya sabemos que para entrar debemos alzar en nuestras manos un tablero del juego chino de Go, indicando que nuestras estrategias no son individuales sino por el bien del colectivo. Además dejamos claro que estamos dispuestos a defender una posición que favorezca la fuerza del conjunto. Y en la otra mano podríamos sujetar con firmeza un almanaque de hojas en blanco repletas de los sueños de otros.

Al cruzar la enorme puerta, con las dos manos en alto, de nuevo veríamos, no un palacio lujoso y elegante, sino más bien un campamento muy activo y casi violento. Incluso más que la primera vez, mucho más. Ahora sí da la impresión de que hay una guerra porque todas las impresiones errantes que allí viven se están chillando, se agreden y se destruyen, algunas alardean y otras se rinden, es un espectáculo fuerte... y se diría que incluso

sangriento. Si lográramos la velocidad suficiente para preguntar a alguna de las impresiones errantes que aquí se pelean tal vez nos respondería algo así como:

—Disculpa, impresión errante yo quería saber...

—Dime, ¿qué necesitas? ¿Lo quieras? Tú dime que yo lo hago por ti...

—No necesito nada gracias...

—Todos necesitamos algo, yo puedo ayudarte, ¿tú qué quieres?

—De verdad, solo quiero que me dejes de forzar y que me escuches.

—Perdón, claro. Sí. Dime. ¿De qué quieres hablar? Te escucho.

—Quiero hablar de la guerra ya que es...

—¿De la guerra? Yo te lo puedo contar todo —interrumpe de nuevo la impresión errante que se muestra muy similar en actitud al anterior espíritu femenino—. Son habladurías, en realidad no hay guerra alguna. Aquí estamos todos bien. Como en todas partes hay disputas y algunos problemas pero son cosas normales. Nada que no suceda en cualquier parte. Todo normal. Muy bien. Estamos bien.

—Sí, claro, no lo dudo. Pero a mí me interesa saber por qué...

—Lo que quieras, yo te puedo ayudar. Pero aquí no hay problemas.

—¡Por favor! Si me escuchas un momento.

—Claro, te escucho. Di lo que quieras, no pasa nada. Di. Habla.

—Victor está en la cama de un hospital.

—Lo sé. ¡Pobrecito! Lo sé...o

—Ha tenido un infarto cardiaco y hace ya años que tiene síntomas. Además...

—Lo sé. Las cosas no están muy bien, hay problemas pero lo normal. Como en todas partes. Siempre hay problemas pero

se puede solucionar con un poco de trabajo. Aquí hacemos lo posible, no paramos...

Sin duda esta impresión errante de la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes no se encuentra bien. Y nos da que pensar porque su comportamiento patógeno es casi idéntico al espíritu femenino que entrevistamos antes. Se diría que ser Masoquista Evidente es una patología que produce un tipo de comportamiento similar a todos, como si estuvieran poseídos por un mismo desequilibrio. Esta impresión errante también da la sensación de que no para de hacer cosas pero también es muy probable que su habilidad para resolver problemas esté dañada. Seguro que genera más problemas de lo que resuelve y que tienen miedo a parar, es como si quisieran los problemas para sentirse vivos, como si les diera angustia el pensar que las cosas pueden salir por sí solas sin ejercer empeño. Nos queda preguntarla por el Sádico a ver si la respuesta es también similar al noble espíritu femenino.

—Por favor, ¿me escuchas un segundo?

—Claro. Sí. Lo que necesites. Dime...

—He oído que os ayudan las gráciles deidades de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda. Me han dicho...

—¿Qué nos ayudan? Claro que nos ayudan, mucho. No hay problemas. ¿Por qué lo preguntas? A ellas dejarlas en paz, no están haciendo nada malo. Son muy sensibles y necesitan comprensión, no es fácil comprenderlas, no todos las entienden pero aquí sí las entendemos y las cuidamos en lo posible. Son muy sensibles. Como una gran bondad y muy tiernas. ¿Por qué lo preguntas? ¡Pobrecitas! Dejarlas en paz, no hacen nada malo...

—Y no os preocupa el estado de enfermedad que padece Víctor.

—Claro. Nos preocupa mucho. Mucho. Y llevamos años haciendo todo, todo lo que podemos y más. Más de lo que nos dejan las fuerzas... Estamos muy preocupados. Desde siempre.

¡Pobrecito! Seguimos sin descanso ayudándolo desde la humildad que...

Efectivamente la respuesta está prácticamente calcada, es una patología que genera individuos todos igual o muy similares en sus comportamientos, deseos, prisas, miedos, anhelos, etc. Claro que cada uno dentro de sus funciones y sus tareas específicas. El espíritu femenino pertenecía al bazo/páncreas y esta impresión errante es del hígado. Son funciones muy distintas pero el carácter que se les queda es muy parejo. Nos queda saber qué responderá si le preguntamos por otro de las Masoquistas Evidentes que actualmente contaminan el cuerpo de Víctor.

—Por favor, me escucha un segundo.

—Claro. Sí. Lo que necesites. Dime...

—¿Qué tal os lleváis con los nobles espíritus de la casa femenina?

—¿Qué?...

—Digo, que ¿qué tal os lleváis con los nobles espíritus de la casa femenina?

—Sí, dime...

De repente es como si se hubiera desenchufado, toda esa energía alocada cayó repentinamente. Parece que hay una hiperactividad sostenida de manera nerviosa y gracias a los miedos, pero la realidad interna del Masoquista Evidente es que tiene un profundo agotamiento. Es más, un gran vacío existencial.

—No importa —dice ahora la impresión errante desinflada, sin fuerzas y sin saber bien a qué está respondiendo—. No importa, si estamos aquí para nada y luego ni se sabe lo que puede pasar. Qué más da...

Es interesante porque ahora su discurso es similar al Masoquista Ausente (que en este caso el espíritu masculino que conocimos al inicio). Nos recuerda un poco por su forma pesimista y discurso resignado. Aunque en este caso parece más una resignación existencial, amplia y profunda. En el caso del Masoquista Ausente era más una resignación relativa a la situación actual

pero no se mostraba existencialmente deprimido.

—¿Te encuentras bien? —le preguntamos.

—No importa —dice la impresión errante aun desinflada y sin fuerzas vitales—. No se sabe ni para qué es todo esto... Pero, no te preocupes, que yo te ayudo. ¿Qué necesitas? Lo que quieras. ¿Qué te hable de la guerra? Son habladurías, en realidad no hay guerra alguna. Aquí estamos todos bien. Como en todas partes hay disputas y algunos problemas pero son cosas normales. Nada que no suceda en cualquier parte. Todo normal. Muy bien...

De nuevo cambió en mitad de su propio discurso y recuperó la energía nerviosa y su estado atropellado. Fue una bajada de energía brusca y repentina, sin aparente sentido que sin embargo duró muy poco para de nuevo mostrarse hiperactivo. Como bien anticipábamos, su frenética actividad camufla un vacío existencial, un profundo agotamiento y un sinsentido vital.

—Por favor, me escuchas un segundo.

—Claro. Sí. Lo que necesites. Dime...

—¿Qué tal os lleváis con los nobles espíritus de la casa femenina?

—A mí no me gusta meterme con nadie —explicaba ahora lleno de energía como antes, aunque en ese estado poco consciente de sí mismo—. No me gusta. Todos lo saben, a mí no me gusta meterme con nadie. Yo soy discreto y siempre trabajando en lo mío. Pero esos nobles espíritus de la casa femenina se creen que son arrogantes. Y no lo digo yo, a mí no me gusta meterme con nadie pero se ve que son arrogantes e idiotas presumidos. Estúpidos. Eso se ve ¿no lo crees tú así? Y unos desgraciados...

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Me preguntas ¿por qué? Porque son unos arrogantes, y eso se ve. A mí no me gusta criticar a nadie y eso lo sabe todo el mundo pero esos espíritus desgraciados de la casa femenina... mira, para que veas que no critico, por ejemplo, los espíritus de la casa masculina no se meten con nadie. Esos

son buenos y no van por ahí arrogantes y pensando que lo saben todos, y que sin ellos nadie podría lograr nada. Si en realidad son nuestros sirvientes, si yo pertenezco al hígado y ellos del bazo/páncreas, por mucho que se crean no son nadie, su opinión no vale para nada pero ellos se creen que son importantes y...

—Pero ¿por qué? ¿Qué han hecho para despertar semejante opinión en tí?

—¿Que por qué? Mira, si no lo digo yo solo, aquí opinamos todos lo mismo y cualquiera que preguntes en Sangre te dirán...

Parece claro que esta impresión errante patógena no tiene argumentos en contra de los que critica, es solo que los critica pero no sabe en realidad las razones. Supongo que le molestan porque son iguales a él. O puede que además le moleste porque ambos compiten por servir al Sádico. Eso también es posible, debemos seguir investigando esto.

—Por favor, me escuchas un segundo.

—Claro. Sí. Lo que necesites. Dime...

—Pero yo he oído —le decimos para molestar— que esos espíritus femeninos son los preferidos de las gráciles deidades musicales de la casa femenina del Palacio Negro de la izquierda.

—¡Cómo! ¡Eso es una locura! ¿Quién te ha dicho eso? ¡Imposible! Si son idiotas... ¿Quién te lo ha dicho? A nadie pueden gustar esos orgullosos espíritus femeninos... A nadie. ¿Dónde lo has oído? Y menos aún a las gráciles deidades femeninas de la izquierda. Mucho menos a ellas que son refinadas y con muy buen criterio. ¡Imposible! Eso que te han dicho son tonterías...

—¿Y qué impresión te causan las gráciles deidades musicales de la casa femenina del Palacio Negro de la izquierda? ¿A ellas no las criticas?

—Si yo no critico a nadie. No me gusta hablar mal de nadie, que cada uno tiene lo suyo. Esos espíritus femeninos son tan arrogantes y estúpidos que no hace ni falta que los critiquen...

—Sí, claro. Pero ¿qué impresión te causan las gráciles dei-

dades musicales de la casa femenina del Palacio Negro de la izquierda? ¿A ellas no las criticas?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Es que alguien se ha metido con ellas? ¿Quién? ¡Pobrecitas! Necesitan mucha ayuda y aquí se la damos, todo el tiempo, aquí en el hígado femenino y no esos espíritus engreídos del...

Es mejor continuar nuestro viaje. Queda claro que entre Masoquistas Evidentes compiten por el favor del Sádico. Ni son objetivos ni buscan razones, solo ejecutan impulsados por ese vacío interior. ¿Qué se lo provocará? ¿Será el Sádico? Y de ser así ¿cómo? Sabemos que no hay culpables, que todo es la relación en sí misma lo que se enferma por lo que es muy probable que no sea el Sádico en sí mismo, sino como decimos, la relación patógena que entre ellos han formado. Vamos ahora a viajar a ver al siguiente Masoquista Evidente. Subamos al pulmón donde se encontraban ambas casas, tanta la femenina como la masculina involucradas en esta guerra. De nuevo por el viaje seguimos viendo el desolador paisaje de carreteras bien diferenciadas donde la comunicación no es compartida. Las carreteras, por llamarlo de alguna forma, más aisladas pertenecen a los palacios que mencionó como Masoquistas Evidentes. El resto siguen moviéndose libremente y es curioso que sigue también la impresión errante que dejó Oliva, su hija mayor cuando le dijo: “¿Tú crees que querernos es sacrificar tu vida a lo tonto?”. Se mueve libremente por todas partes y al moverse destruye y abre uniones. Aunque no de momento, no demasiado.

Por otro lado sigue la presencia de gráciles deidades femeninas del Palacio Negro de la izquierda dentro también de cada una de esas “carreteras”. Es como si fuera amigo de todos ellos, como si todos les estuvieran cuidando o defendiendo de algo.

Al llegar al Gran Palacio Blanco y Gris vemos dos inmensas puertas cada uno con su inscripción. A la izquierda la casa femenina “El Tigre en Contemplación” y a la derecha la casa

masculina “El salto del Tigre”. Para entrar a la casa femenina sabemos que necesitamos disfrazarnos de cinco anillos dinámicos en constante movimiento sosteniéndose los unos a los otros. Con este disfraz representamos la absoluta interdependencia, que todo está vinculado entre sí, que nada por sí mismo puede existir. Y luego entre los dientes podríamos sujetar con cuidado una hermosa paloma viva para representar el respeto por la vida, al movimiento y a la belleza. Pero también indicamos el entendimiento de los ciclos de vida y muerte, los intercambios y cesiones de energía necesarios para sostener todo en elegante movimiento. Para entrar en la casa masculina usaremos el mismo disfraz de cinco anillos dinámicos en constante movimiento sosteniéndose los unos a los otros y luego entre los dientes podríamos sujetar con mucho cuidado una tabla de necesidades y cuidados del grupo. Con esto indicamos que nuestros aprendizajes instintivos están dispuestos a servir al grupo, a ayudar a todos. Los impulsos espontáneos son adecuados no solo para la supervivencia propia sino también para los demás.

Ciertamente hablamos con las alegres ánimas de ambas casas pero no vamos a dejarlo aquí por escrito ya que fue una conversación casi idéntica a las anteriormente sostenidas con los otros Masoquistas Evidentes. No sin recordar que todos hacen funciones distintas y en eso no se parecen, pero el carácter, las respuestas, la personalidad, los miedos y esa agonía de vacío interno que se intenta ahogar con excesos de actividad. También bajamos hasta donde se encuentra el otro Masoquista Evidente que en el caso concreto de Víctor en este momento de su vida, es en la casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha. Estuvimos allí y tampoco lo vamos a dejar por escrito pero de nuevo nos encontramos con el mismo comportamiento patógeno. Lo que sí es interesante es la visita al Sádico. Vamos a ver qué diferencias encontramos para ver si logramos comprender los engranajes de esta relación patógena que sostiene Víctor desde hace unos siete años y que le ha llevado hasta la cama de su

propio hospital.

Al llegar a la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda vemos la inmensa puerta en cuya inscripción dice: “El Árbol y su Universo”. La inscripción se refiere a todo el árbol genealógico desde los inicios, con sus distintos matices o experiencias que han ido afinando el sonido. Y ya sabemos que Víctor tiene ancestros curativos desde hace muchas, muchas generaciones. Todos están aquí y la música de este riñón izquierdo se ha ido orquestando a través de los siglos para sonar con fuerza ahora en los brazos dulces de su madre. Recordando ahora la inscripción de la entrada se puede ir entendiendo lo que nos dijeron del complejo de inferioridad del Sádico. Parece que su árbol genealógico espera más de él, sus Virtudes estaban preparadas para algo que aún no ha logrado así que se le ha generado ese complejo de inferioridad del que no quiere ni hablar por vergüenza o miedo.

Como ya sabemos, para que las deidades de la puerta nos dejaran entrar necesitaríamos llevar en una mano una espada tallada con virtudes antiguas para indicar que somos un miembro de nuestro árbol, y que respetamos y sobre todo que estamos aquí para salvar. Somos salvadores de nuestro árbol genealógico, del pasado y del futuro, responsables y guerreros comprometidos. Nuestra existencia refuerza de muy distintas formas la raíz, el tronco y las ramas de la supervivencia de nuestra estirpe. Y en la otra mano, sujetando con firmeza un vacío de fuertes responsabilidades existenciales. Con ello indicamos que asumimos el destino para el cual hemos sido enviados. Nuestra responsabilidad es hacer crecer las Virtudes que nos han dado porque a través de ellas comprenderemos nuestra función de ayuda.

Resulta muy interesante porque a pesar de ejecutarlo igual que la otra vez cuando Víctor era aún un niño y donde nos abrieron la puerta sin problemas, ahora nos encontramos con una negativa. La inmensa puerta no se abre a pesar de calcar todo como antes. Los masoquistas nos dejaron pasar y estaban abiertos al

diálogo, pero parece que el Sádico no es así. ¿Cómo acceder a alguien que quiere esconderse? Tal vez si les decimos que venimos a ayudarlos nos dejen pasar. Si les contamos todo lo que sabemos es posible que piensen que necesitan hablar con nosotros.

—No tienes ni ideas —nos dice una voz y al girarnos vemos al Masoquistas Ausente, el noble espíritu masculino del trabajo que por allí pasaba en uno de sus viajes—. Si le dices al Sádico que sabes todo el entramado de la guerra, jamás te dejara acceder.

—¿Por qué?

—Porque precisamente es él quien la monta, a él le interesa, la sostiene y boicoteará todo lo que cause un beneficio.

—¿Boicotea lo que les beneficie?

—Correcto —confirmó el noble espíritu masculino—es casi imposible terminar con esta guerra porque el que la crea engañando a muchos, jamás admite beneficios.

—¿Pero cuáles son sus intereses? ¿Por qué quiere sostener esta guerra? Todos quieren que los problemas se terminen y volver a la normalidad...

—El sádico no.

—¿Por qué?

—Por si se termina la guerra —nos explica al noble espíritu masculino—todos sabrán de su complejo de inferioridad. ¿Lo comprendes? Mantiene y provoca el conflicto realizando un trabajo sutil, muy inteligente, discreto pero agresivo, todo para que no se sepa de su complejo.

—¿Prefiere la guerra antes que desvelar sus problemas internos?

—Sí. Por eso si le dices que lo sabes todo, te conviertes no solo en su enemigo sino que te enviará a todos los Masoquistas Evidentes para que te destruyan. Los tiene a todos controlados bajo su influencia, y ninguno de esos tontos lo sabe bien. Se dejan manipular y ya está tan patógena la situación que son los propios Masoquistas Evidentes los que piden ser manipulados.

—¿Y cómo podré entrar? Necesito verlo por mí mismo, no es que no te crea, hasta ahora siempre me has contado la verdad. Aunque también sé que eres algo pesimista y resignado.

—Claro que lo soy, son siete años de intentos fallidos.

—¿Y cómo podré entrar?

—Intenta —dice el Masoquista Ausente que no es otro que el noble espíritu masculino— disfrazarte. Tienes que aparentar que no sabes nada, que le ves normal, sin problemas. Aparenta que no sabes nada incluso de la guerra. Hazte el tonto y cuidado porque es muy inteligente. Aunque actúe con normalidad, te está juzgando todo el rato. Como vea algo extraño, se las arreglará para quitarte de en medio.

—¿Me estás pidiendo que me comporte como un Masoquista Evidente?

—Es la única forma si quieres entrar. Pero ten cuidado porque es más listo que tú y como te dejes, embaucar puede realmente terminar enamorado y convertido en uno de sus Masoquistas Evidentes.

—Tendré cuidado. ¿Algún consejo más?

—Te lo digo por experiencia. Sí, otro consejo, para seducirte, utilizará refuerzos intermitentes.

—¿Qué significa refuerzos intermitentes?

—Que unas veces te dará un “no” y luego sin sentido te dará un “sí”. Ahora me gustas, ahora ya no, ahora me río con tu comentario, ahora lloro. Todo sin aparente sentido, para que intentas entenderlo. Pero no lo hagas porque si lo intentas entender, caerás en su trampa.

—¿Qué trampa?

—Poco a poco te hará cómplice de su complejo de inferioridad y sin darte cuenta te verás defendiéndolo.

—¿Por qué iba a hacer eso si yo estoy aquí para ayudar a todos?

—Muy sencillo, porque te habrás enamorado.

—¿Enamorado?

—Te lo digo por experiencia. Y no un amor cualquiera sino un amor sin sentido, donde por mucho que te ridiculice, o te dañen seguirás amándolo aun más. Por eso para mantener ese enamoramiento, jamás cesará sus refuerzos intermitentes, jamás dejará de darte un “sí” y luego un “no”. Aunque no quiera dañarte, lo hará porque sabe que castigándote es la mejor forma de sostener su amor desesperado donde odiarás y amarás pero no podrás desengancharte.

—¡Suenan horrible!

—Cuando estás dentro no es tan horrible, pero sí se sufre mucho.

—Ya vi como estaban los Masoquistas Evidentes. ¿Están todos enamorados del Sádico? Claro, por eso negaban que existiera la guerra, por eso no paraban de hacer cosas para no oírse a sí mismos.

—¡Exacto! —añadió el noble espíritu masculino— El Sádico poco a poco te genera un complejo de insuficiencia, ya que por mucho que le das siempre vuelve con sus refuerzos intermitentes. Te desespera ver que nada le satisface y te sumerges en una lucha imposible por intentarlo. Eso genera el vacío interno que pudiste observar en todos ellos. Su estima está tan destruida, que solo obedecen y viven de todo aquello que les impida mirarse dentro. Son por eso prácticos y extrovertidos, trabajadores hasta caer agotados y siempre anticipando necesidades de otros, incluso sin que nadie se lo pida.

—Sí, ya me di cuenta al ir conociéndolos. Todos tiene un patrón casi idéntico y todos negaban que hubiera guerra, y todos defendían, como enamorados que no quieres que se sepa, al Sádico.

—Entra y lo verás por ti mismo.

—Acompáñame, tu experiencia me servirá.

—No —repuso rotundamente el Masoquista Ausente—, si entro estoy seguro que solo con mirar, volveré a caer.

—¿Entonces aún sigues enamorado?

—De otra forma. Vete. Márchate y ve con mucho cuidado, ahora ya sabes lo que te puede pasar.

Efectivamente utilizando un disfraz de Masoquista Evidente, las puertas de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda se abrieron. Como la última vez que entramos aquí no hay un palacio lujoso y elegante sino más bien un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. En realidad se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. Para un visitante acostumbrado de nuestro ritmo y velocidad apenas percibiría más que silencio. Los sonidos son de ondas tan grandes que su gravedad se escapa a nuestros sentidos. Realmente no parece que allí esté sucediendo nada. Solo si pudiéramos grabar durante por ejemplo diez años de la vida de Víctor y luego reproducirlo todo en menos de un minuto entonces sí lograríamos escuchar algo. Entonces, escucharíamos: una hermosa melodía de gráciles ondas profundas que nos daría incluso imágenes de lo importante y lo colectivo. Veríamos los momentos claves de la vida de Víctor donde se producirán giros que determinarán el destino subsiguiente. Pero hay que estar atentos para no dejarnos engatusar aquí dentro, ya que sabemos que en este momento, hay un Sádico aquí dentro. Supongo que cada enfermedad tendrá su sádico en distintos palacios, no siempre es aquí, puede cambiar dependiendo del problema de cada uno. Todo está muy en silencio, no parece que haya nadie muy malo por aquí. Intentemos ahora la velocidad suficiente para preguntar a una de las gráciles deidades musicales:

—¡Eres preciosa! —le decimos para aparentar que estamos enamorados. Pero parece que no le ha gustado nada. Nos rechaza con un gesto profundo. Supongo que es mejor dejar que nos vaya conquistando. Es cierto lo que decían, es demasiado inteligente y manipulativa.

—Perdón, estoy agotado, no sé bien lo que digo —aquello le encajó mucho mejor. Su rostro cambió radicalmente, ahora brilla y seduce con una sonrisas que aumenta intrínsecamente su belleza. Ahora sí está realmente preciosa la grácil deidad femenina.

—Voy a darte un beso que eso siempre sube el ánimo.

Se acerca pero en lugar de dar un beso nos suelta su aliento y se va. Pero su aliento huele a flores, es maravilloso, irresistible. Nos ha dejado con las ganas del beso y algo más. Corremos detrás y desaparece. Esperamos buscando y de repente aparece riéndose. Sin duda nos está intentando convertir en su masoquista con refuerzos intermitentes. Hay que estar atentos para no caer.

—¿De qué te proteges? —nos pregunta.

—De nada.

—No me gustan los que no van de frente. No juegues conmigo. ¿Acaso de doy miedo?

—No tengo miedo.

—Entonces ven a mi lado.

Al acercarnos de nuevo sale corriendo.

—¡Si me alcanzas me iré contigo para siempre al fin del mundo!

—¡No te creo! —le chillamos pero no logramos ver donde se ha escondido.

—Deberías creerme —dice apareciendo por detrás y nos da un beso.

Puede que nos estemos enamorando porque ahora su belleza es mucho mayor que antes. Su sonrisa, su maneras de ida y vuelta, esos movimientos gráciles que parece que sí y luego que no, que se contonea.

—¿No te estarás enamorando de mí?

—Ciertamente eres muy inteligente y perceptiva.

—Justo, lo que a ti más te gusta, lo que te deja sin defensas. Ten cuidado no querrás enamorarte de mí.

—¿Por qué no?

—Ya te lo han advertido, ¿no es cierto? Te han advertido que no te enamores de mí.

—Es posible.

—Pero a mí no...

—¿A ti no qué?

—Nadie me ha dicho que no me enamore de ti y creo que ya es tarde. Ya es tarde. Deberían haberlo dicho.

Nos muerde con cierta rabia y nos empuja para de nuevo desaparecer corriendo, con un movimiento que más parece un baile elegante y mil veces hermoso. Es una criatura fascinante pero debemos ser fuertes así que es mejor marcharnos ahora que podemos.

—¿Dónde vas? —nos pregunta, y ahora en su rostro hay lágrimas—. Todo el mundo se va de mi lado. En realidad has venido aquí a reírte de mí, de mis miedos y mi complejo de inferioridad. ¡Si has venido a pegarme, ya puedes irte! ¡No! Mejor quédate y me agredes como todo el mundo, como uno más. Justo cuando yo pensaba que eras distinto, más inteligente, capaz de entenderme. ¡Márchate! Eres solo uno más...

—Yo no he venido a reírme de ti, solo quiero... Víctor está en el hospital y vengo a... —se nos echa en los brazos llorando.

—Tómame en tus brazos si quieres volver a verme sonreír.

—Sí quiero.

—Entonces tómame y llévame lejos de aquí donde nadie se ría de mí nunca más.

—Tranquila —la intentamos explicar—no he venido a reírme de tu complejo de inferioridad ni a pegarte.

—¿Por qué? —nos vuelve a empujar y ahora con voz suave dice—Igual me gusta. ¡Sígueme si puedes! ¡Rápido! ¿No puedes? ¿O es que ya no me quieres?

Se vuelve a mover con agilidad y sus gestos en la huida son infinitamente preciosos, como un baile divino. Y vuelve a sonreír y con su sonrisa, se le ilumina todo su cuerpo. Es sin

duda la más hermosa grácil deidad musical que jamás han vistos mis ojos. Me hace dudar de la importancia del mundo, nada ahora tiene sentido, ni siquiera ayudar a Víctor y ni siquiera que el lector entienda mis sentimientos. Estoy dispuesto a abandonar este libro porque ya solo tiene sentido ella.

—Has tardado mucho, te estaba esperando —nos dice sonriendo.

—Esto no puede seguir así.

—Es verdad, ¡casémonos! ¡Mañana! ¡No! ¡Ahora! ¡Casémonos ahora!

—Estás loca... y eres lo más hermoso que jamás he visto.

—No me llames loca, no me gusta

—Perdona, lo decía...

—No me gusta —grita ahora enfadada y vuelve a salir corriendo y a llorar—. Solo has venido a reírte de mí.

—¡No! ¡Ya no! No es cierto, ahora ya solo me interesas tú...

—¿Te has enfadado conmigo? —aparece de nuevo como de la nada.

—No. Creo que aunque quisiera no podría enfadarme.

—Bésame. Vamos, bésame...

LA CURACIÓN

El Dragón y el Ave Fénix

La fiebre ha vuelto y ahora son aun más fuertes después de este segundo infarto. No han pasado ni tres años desde que le dio el primero. Ahora Víctor tiene 52 años y una salud muy frágil porque no logra recuperar su Camino Natural. Cuando le sucedió el primer infarto se recuperó aunque no del todo. Fue en parte gracias a aquella frase dura de su y hija mayor cuando le dijo “¿tú crees que querernos es sacrificar tu vida a lo tonto?”. Aquello le hizo pensar y fue tomando fuerza en su interior hasta que tomó la resolución de cambiar realmente. Se prometió a sí mismo dejar el hospital y montar una clínica privada donde encontraría su posición/destino y podría desarrollar sus Virtudes, para las que había venido a este mundo. Con esa fuerza y esa ilusión salió del hospital, su cuerpo le creyó y remitieron los síntomas casi por completo. Pero no logró romper la relación patógena y el Sádico logró sobrevivir escondido en el riñón derecho en su parte femenina. Con paciencia esperando su oportunidad sin dar síntomas. Los Masoquistas Evidentes, aunque mucho menos fuertes seguían ahí para que el Sádico, en cualquier momento, los volviera a embaucar. Y se hubieran resuelto sus problemas de salud por completo y hubiera logrado regresar a su Camino Natural, de no haber sido porque el Sádico no salió de su guarida.

No se curó la relación patógena, solo se relajaron las tensiones.

—Ahora no te gusta esta zona —le decía Sofía a Víctor.

—No, es demasiado elegante para la consulta que tengo en mente. Estoy pensando en algo más ideal. Ten en cuenta que quiero dedicarme más a cosas emocionales.

—Pero eso que tiene que ver —le dice Sofía algo desesperada—. Es la quinta zona que no te gusta. No te gustan los locales, ni las zonas, ni el socio ideal. ¿Estás seguro que quieres hacer esto?

—Claro que quiero, os lo he prometido a todas y yo mejor que nadie sé que es necesario para mi salud.

Sofía no lo sabe y Víctor tampoco, pero todas esas decisiones que están a punto de cuajar en la dirección adecuada pero que no lo hacen, las boicotea el Sádico que lleva dentro Víctor en su riñón izquierdo.

Es demasiado dinero, no podemos.

—Sí, podemos —insiste Sofía algo fuera de sí—. Te lo he explicado mil veces, el banco nos da el dinero y luego yo voy...

Por mucho que se esfuerce, mientras más cerca esté de lograr cambiar su vida, más fuerte se pondrá el Sádico del interior. Estando dentro y rebosante de inteligencia será imposible que lo logre. Y estuvieron a punto, dieron todos los pasos porque Sofía luchó con fuerza y sus hijas la apoyaron, pero Víctor se echó atrás justo el día de la firma.

—He perdido los papeles.

—No es posible, ¿cómo vas a perder los papeles? —protesta Sofía.

—Los tenía en el coche. He mirado por todas partes y no están.

—Ya me estás sacando de mis casillas, ¿tú quieres montar tu propia consulta sí o no?

—Claro que quiero, de verdad, no sé dónde los he puesto...

—Víctor, mírame a los ojos, yo sé que mentalmente te convences pero dime desde lo más hondo, ¿quieres seguir con esto?

—Sí, quiero, pero no sé donde he puesto los papeles, lo mejor será volver a empezar...

—No vamos a volver a empezar porque llevamos cinco meses con esto y ni dejas tu trabajo del hospital ni dejas que esto suceda. Es una excusa detrás de otra. Es imposible —dice ahora Sofía mirando a sus hijas—. Vosotras lo habéis visto, jamás lo hará, no va a dejar el hospital, tiene miedo. Es como luchar contra un muro.

—Si los había dejado en el coche...

—¡Cállate de una vez que desesperas a cualquiera!

Efectivamente Víctor no dejó el hospital y no montaron ninguna clínica privada. Pero mientras duró el proceso de intentarlo, todo su cuerpo (menos el Sádico) tenía esperanzas y confió en él, los síntomas desaparecieron. Pero era imposible porque su complejo de inferioridad estaba instalado justo en el palacio que da la fuerza para decisiones vitales. Y se fue formando con los años, poco a poco al no desarrollar sus Virtudes, con un primer miedo a dejar el hospital porque todos le decían que le convenía. Luego ese miedo fue aumentado y la presión social también, alejándole cada vez más de una decisión a favor de su Camino Natural. Todo se lo decía por dentro y luego llegaron los síntomas emocionales, y luego los síntomas físicos. Al final se acumulaban los días sin tomar decisiones y cada vez era más difícil. El hospital se convirtió en su Sádico y él en el masoquista evidente. También el sistema social se convirtió en su Sádico y él en el masoquista evidente que pagaba las cuentas al banco, que se dejaba querer por ser llamado doctor, que se dejaba halagar por tal etiqueta social. En ocasiones es cierto que el sistema social que hemos armado entre todos, nos deja siempre la libertad de desarrollar nuestro Camino Natural. O al menos

ese es el miedo infundado que muchos, incluido Víctor durante todos estos años, se cree. “Tengo que dar de comer a las niñas” “Qué van a decir de mí”. “Las cuentas del banco”. “Y si no logro alcanzar mi sueño cómo voy a soportar el ridículo”. “En el hospital te pagan bien”. “Son las normas” “¡Quién quiere más problemas!” “Mientras tu familia tenga para comer y no les falte de nada”. Todas esas presiones sociales de un sistema ideado para seguir sin escucharse demasiado, son un caldo ideal para producir un Sádico en la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda. Claro que no todos los que viven en un sistema como el de Víctor padecen semejante problema. Pero él fue con los años, como un cuentagotas que día a día deja caer su peso, ahogando el potencial de sus Virtudes. Sintiendo cada vez más incapaz, en silencio cada vez más inútil y cobarde.

—Si lo sé, tengo que buscar mi posición/destino, aquí no me desarrollo lo suficiente. Yo me siento mucho mejor en...

Víctor al dar por cerrado el caso de su supuesto abandono del hospital y apertura de una clínica privada, se torturó durante los siguientes dos años. Gracias a esa tortura psicológica que sufría a diario, su organismo guardaba la esperanza de cambio. Pero un buen día, a la edad de 51 años dejó de hacerlo, dejó de sufrir el anhelo de cambio y volvieron los síntomas físicos. Los fue acallando con pastillas y otros embustes hasta que apenas cumplidos los 52, le dio su segundo infarto cardiaco. Otro aviso y esta vez algo más fuerte que el primero. Y de nuevo con fiebres altas que no terminan de irse con nada.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta su mujer Sofía.

—Ya es tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para todo, es ya tarde para todo.

—No digas tonterías, aún eres joven y puedes remontar.

—Todos los sueños con los que crecí, el esfuerzo que pusieron mis padres para que fuera un gran médico, y mis abuelos

que me intentaron enseñar a ser valiente y decidido. ¿Dónde está ahora todo aquello? Todo se perdió hace demasiado. ¿Por qué? Todas mis supuestas virtudes naturales, los ancestros que confiaban en mí, sus expectativas y mi tarea en la vida...

Sofía le escucha con lágrimas en los ojos, ella misma confió en él durante años pero también hace unos meses que se ha resignado.

—No te vas a morir, siempre hay tiempo para todo —le decía llorando.

Una semana más tarde le dieron el alta y unas vacaciones para que intentara relajarse antes de volver al trabajo. Su corazón estaba muy débil y la fiebre aún aparecía tímidamente de vez en cuando. Los otros síntomas, los de siempre, con los que convivía desde hace años, viendo como empeoraban: manchas en la piel, dolores de cabeza y problemas estomacales. Y los huesos que cada vez le duelen más.

—Se acabó papá —exclamó su hija Olga que por aquel entonces estudiaba medicina—. Nos vamos de viaje, aquí están los billetes de avión. No hay excusas posibles. Tú y yo solos, sin mamá y sin Mónica. Aquí están todos los detalles del viaje. No es una pregunta, es una orden.

—Yo no digo nada —alegó su mujer mostrándose cómplice del plan—. Tienes que ir, haz caso a tu hija o nos vas a matar a todos.

Mónica llevó a su padre a un país asiático, con playas muy bonitas y todo muy distinto. En seguida comenzó a olvidarse de todo y encontrarse mucho mejor. El Sádico allí no tenía influencias así que sabía que debía permanecer en silencio. No existía complejo de inferioridad, lo cual no indica que la relación patógena se haya terminado. Curiosamente Víctor sentía que ya había estado allí, algo le sonaba de muy lejos, tal vez de cuando era niño y sus padres le llevaron a aquella isla donde aprendió a hablar con las hormigas y a entenderse con las nubes. Se sentía

muy bien, con el alma de un niño al que aún le queda todo por delante.

—Mañana tengo cita con un doctor de aquí muy famoso. Quiero que te vea —le informó Olga a su padre intentando no dejar opciones.

—¿Aquí? ¿Un médico? No sabía que hubiera un hospital cerca.

—No es un médico normal como tú los conoces. Tiene un enfoque distinto. Tal vez el que tú deberías haber seguido para ser más feliz. Así que no rechistes ni te pongas crítico en plan científico, sabelotodo.

—¿Entonces no es médico? ¿Qué es un curandero de pueblo?

—Sí, eso es, ni más ni menos. Será divertido que le conozcas.

—Pero Olga, cariño —le decía Víctor a su hija menor—, que yo soy médico y estas cosas esotéricas no van conmigo.

—Vamos a probar, solo quiero que nos diga su opinión. Nada más. No te cierres. Nos presentamos y a ver qué pasa.

Al llegar a la consulta del famoso curandero se encontraron con una larga cola de gente esperando para ser atendidas. A Víctor le sorprendió el ambiente que allí se respiraba entre los pacientes. Normalmente en su hospital, y en otros muchos que había visitado e incluso trabajado, los enfermos se mostraban algo pesimistas, dispuestos a la queja a la menor aproximación, como somnolientos y algo confusos, sin duda exigentes y con miedo. Pero allí no era este el clima imperante, se apreciaba una tranquilidad, incluso alegría y optimismo. No daba la sensación de que al acercarse a alguno de ellos la conversación fuera a ser de queja y dolor. Pero si estaban ahí, sería por algo.

—Es extraño, me siento a gusto aquí —quiso confesar Víctor a su hija menor—, esta gente no parece estar esperando a un médico. Ni siquiera parece importarles el estar malos o tener

dolencias.

—¿Te imaginas esto en tu hospital papá?

—Imposible —bromeaban Víctor—. Allí todos se creen que se van a morir o que les vamos a matar.

Al fondo se podía apreciar una cortina no muy gruesa tras la cual debería estar el curandero. De repente alguien grito, una vez... y luego otra, y otra. Los gritos eran inconfundiblemente de dolor, físico y emocional porque sonaban muy profundos. No obstante, a pesar de lo aterrador, nadie allí pareció asustarse o preocuparse.

—Vámonos Olga, esto es muy divertido pero no es serio. El ejercicio de la medicina necesita estudios rigurosos... ¡Pero mira la higiene! Aquí no hay nada esterilizado, cualquiera puede contraer una infección. ¡Mira las sillas!

—Papá, relájate —le decía su hija menor—. Por eso no quería que viniera mamá ni nadie, tú te vas a quedar aquí y lo vas a hacer por mí.

—Cariño yo por ti hago lo que me pidas, pero no me voy a exponer a una infección grave...

—Nadie te va a cortar ni a golpear. Espera tranquilo... Solo quiero que te vea y nos dé su opinión.

—Hay demasiados, vamos a estar aquí horas. ¿No habías pedido cita? ¡Qué poca seriedad!

—Tranquilo papá ya no hay nadie gritando. ¿Ves? No pasa nada...

Algo más de media hora después, cuando Víctor estaba ya atacado y desesperado, casi rendido ante la insistencia de su hija, les llamaron para cruzar la cortina. Allí encontraron a más pacientes, todos en camillas y un señor de aspecto robusto, casi parecía enfadado, con una voz profunda hablando en otro idioma y con una forma de moverse extraña que cautivaba la atención. No podía parar de mirarlo. Así estuvieron más de diez minutos cuando parecía que aquel señor misterioso no les había visto se

volvió repentinamente a Víctor y le dijo:

—Por lo que veo, a ti te gusta perder el tiempo y desobedecer a los tuyos. ¿Qué más da? ¿Cierto? Si total no vales para nada así que es mejor que esperes a morirte. Mira, tal vez tu hija logró lo que tú no hiciste. Déjame ver tu pulso. Saca la lengua. ¡Más! Bien...

Y se marchó a atender a otras personas sin dejar que Víctor ni Olga pudieran decir nada. Ambos se miraban sin poder hablar ya que sus pensamientos se habían quedado como detenidos. Congelados. Solo alcanzaron a compartir un gesto que sería algo así como “tú le has contado algo de mí”. Y con la cabeza Olga decía: “nada”. Luego se volvió a acercar y le dijo:

—Ven, tumbate aquí boca arriba —su voz era grave y sus movimientos extraños.

—Yo solo venía para preguntar... ¿Aquí? ¿Boca arriba?

—A ver, respira. Profundo. Suelta. Bien. Para, vuelve a tomar aire. ¡Para! ¿Pero qué quieres tragarte el mundo? Si ya eres irresponsable con tus virtudes ¿lo vas a compensar ahora tragándote el mundo? Suelta. Suelta. De nuevo. ¡Para! Déjate de juegos que aquí nadie se cree tus miedos. ¿O acaso eres más tonto que nadie? ¿El más tonto de todo tu árbol genealógico? Es posible. A ver, respira. Suelta. Sí, míralo, eres el más tonto del mundo, es mejor esperar a que te mueras que estoy seguro que tu hija lo hará mejor. ¡Respira que no estoy hablando contigo! ¡Suelta aire! Bien, ahora date la vuelta, boca abajo. Y sigue respirando...

Al darse la vuelta Víctor sintió su mano cálida, protectora, realmente sentía que nada malo podía pasar a su lado. Ya no tenía miedo, no le enfadaban sus críticas ni insultos. Era extraño, pero se sentía bien y no podía pensar en nada en absoluto. Entonces sintió a la altura de su riñón izquierdo un pinchado que más bien parecía un azote. No dolió, pero el impacto le devolvió casi a su niñez. Le dieron ganas de llorar...

Es tal vez un momento perfecto para que intentemos entrar de nuevo a ver qué está pasando. No podemos dejar escapar una ocasión semejante. Si pudiéramos acelerarnos lo suficiente y entrar en Sangre con la sintonía adecuada, tal vez veríamos de nuevo la guerra en el interior de Víctor. Al igual que hace años, seguimos observando el desolador paisaje de carreteras bien diferenciadas donde la comunicación no es compartida. Las carreteras, por llamarlo de alguna forma, más aisladas pertenecen a los palacios de los Masoquistas Evidentes. En relación a la última vez, hay un Masoquista Evidente que ha cambiado. No vemos a las ánimas de la casa femenina. No obstante las de la casa masculina si siguen ahí circulando con cierto aislamiento al igual que los otros Masoquistas Evidentes de hace años. No ha cambiado mucho el panorama desde su primer infarto. Obviamente, el Sádico sigue siendo el mismo y vemos que igualmente se mueve con libertad, como si nadie supiera que es el principal responsable de la guerra. Y sorprende su presencia, es decir la presencia de gráciles deidades femeninas del Palacio Negro de la izquierda, dentro también de cada una de esas “carreteras” por dónde van los distintos Masoquistas Evidentes. Es como si fuera el amante de todos ellos, como si todos estuvieran enamorados y le cuidaran con recelo.

—No te quedes ahí pasmado que los tiempos aquí son cruciales. Sígueme. ¡Rápido!

Su voz y sus maneras eran inconfundibles, se trata de la impresión errante del curandero que le está tratando en estos momentos.

—¿Pero dónde vamos? —le preguntamos.

—Vamos rápido a la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda. En este caso concreto el paciente tiene allí el Sádico.

—¿Vas a empezar visitando al Sádico?

—Claro —confirma la fuerte impresión errante dragón—, la primera acción es siempre para el Sádico. Y date prisa porque

tenemos que pillarlo por sorpresa. Es importante que no le dejes hablar, que no le mires a los ojos...

—¿Por qué?

—Porque es más listo que tú, porque tiene elaborada una estrategia para ese momento, para seducirte, para engañarte. Contra el Sádico siempre hay que ir justo en contra de lo que proponga. Su propuesta es solo un engaño para camuflar su complejo de inferioridad. No hay que darle la posibilidad de un escondite. Recuerda, siempre en contra de sus propuestas y no le dejes un solo hueco donde pueda esconderse. Esto es crucial.

—Sí, lo entiendo.

—Por eso hay que ser rápido, agresivo y caótico para confundir, aunque no entendamos lo que está pasando. No intentes entenderlo. La confusión es positiva para nosotros y para el Sádico porque le impide construir su escondite. Pero tiene que ser una confusión fuerte y rápida, de lo contrario puede aprender y los confundidos solo seremos nosotros. ¿Estás preparado? Para sorprender a alguien debemos primero movernos de manera misteriosa como una serpiente que no puedes dejar de mirar. Cuando el cerebro está plano y sin pensamientos, es cuando debemos entrar a por el Sádico. No solo el del paciente sino el tuyo también, cuando no sepas lo que hacer y ni siquiera dónde estás, es cuando has de entrar rápido y con fuerza. Y no se te olvide jamás que estamos aquí para curar, lo hacemos por su bien, siempre hay un fuerte amor incondicional sujetándonos en todo momento.

Efectivamente la impresión errante dragón llegó a la enorme puerta de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda. No entró de golpe, no fue brusco sino que se apoyó en la entrada moviéndose de manera extraña. Casi parecía que estaba intentando confundirse a sí mismo, preparándose para no pensar y entrar desde su propio caos interno. Así iba a defenderse del Sádico y a rescatarlo. La última vez que entramos noso-

tros, terminamos enamorados y seducidos, sin opciones de hacer nada positivo. Ahora parece que esta fuerte impresión errante dragón sabe a quién se está enfrentando. En el momento donde ni él mismo lo esperaba, cruzó a gran velocidad la puerta, sin que le dieran permiso de entrada, se plantó allí en el interior y sin mirar a los ojos al Sádico le dio tres fuertes bofetones maternos mientras le gritaba y zarandeaba caóticamente:

—¡Sal de aquí y hazlo por ti mismo! ¡Tú puedes igual que todo el mundo! ¡Tú puedes! ¡Y nadie va a ayudarte! ¡Nadie!

En un abrir y cerrar de ojos la fuerte impresión errante dragón salió de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda cerrando la puerta de golpe a su paso. Fue todo muy rápido, fugaz y muy confuso.

—¿Y ahora qué? —le preguntamos a la impresión errante dragón.

—Ahora vamos corriendo a ver a los Masoquistas Evidentes. Si ellos siguen ofreciendo un escondite al Sádico nuestra acción aquí habría sido en vano. ¡Rápido! ¡Sígueme! Muévete con agilidad pero no pierdas tu misterio al moverte.

—¿Pero a cuál vamos primero? hay cuatro Masoquistas Evidentes

—Existe un orden concreto. Vamos al más importante. Al que fue seducido primero. Siempre el primer amante es el más enganchado y fuerte.

—¿También vamos a dar tres bofetones rápidos y caóticos?

—No —repuso la fuerte impresión errante dragón—. El Sádico tiene complejo de inferioridad por eso le plateamos un reto sin posibilidad de escondite. Solo realizando logros de consecuencias reales se consigue salir del complejo de inferioridad. No podemos ayudar al Sádico, solo instigarle para que por sí mismo lo logre. Cada logro le aleja más de su complejo. Al Sádico jamás hay que darle un vaso de agua, solo ponérselo relativamente cerca para que luche por ello. Y no le lances halagos

exagerados o falsos porque es más listo que tú y no se le puede mentir.

—Claro, los Masoquistas Evidentes no son así.

—Casi lo contrario. Tiene un complejo de insuficiencia. Cuando lleguemos a las puertas del primer Masoquista Evidente, que en el caso de este paciente, está en la casa femenina del Gran Palacio Amarillo y Ocre, no te muestres con prisas, no causes caos o confusión. Primero dejemos que nos cuente, que nos diga en qué está trabajando en ese momento y entonces anunciamos que vamos a ayudarlo durante el tiempo que haga falta. Se encuentra agotado y su agotamiento hace que no pueda ver la situación con claridad. Debemos ayudarlo a recuperarse y para eso hay que trabajar a su lado, codo con codo en lo que nos proponga. Da igual lo que sea pero eso sí, le ayudaremos a que sea en orden, con una lógica de trabajo y un ritmo apropiado. Jamás intentes frenarlo y digas que lo que hace no es necesario, jamás propongas otro plan que no sea lo que ya está haciendo. Si le dices que no es necesario hacer lo que hace, se deprimirá y su vacío interior lo traduce rápidamente en más acción. Y no le digas que hay más formas de ejecutarlo o que se pueden hacer otras cosas porque entonces intentará completar lo que está haciendo y además añadirá lo que le digas. Eso le causa más trabajo y aumenta su agotamiento interno. Por eso no propongas, no juzgues o critique lo que hace, solo muéstrate servil y ayúdalo sin prisas y en orden. ¿Entendido? Recuerda: observación/adaptación/participación.

—Creo que sí.

—Esto mismo haremos con los otros Masoquistas Evidentes...

Al llegar la fuerte impresión errante dragón a la enorme puerta de la casa femenina del Gran Palacio Amarillo y Ocre no entró de golpe, no fue brusco sino que se apoyó en la entrada moviéndose de manera extraña. Pero en esta ocasión parecía

que estaba intentando encontrar la calma interna, el orden y el ritmo pausado de fuerte amor incondicional paterno. Así iba a defenderse del Masoquista Evidente y a rescatarlo. La última vez que entramos nosotros terminamos haciendo preguntas en lugar de adaptarnos a lo que estaba aconteciendo. No lo hicimos bien y se puso más nervioso, no sabíamos esto de observación/adaptación/participación.

—Ya estoy aquí —dijo con suma dulzura la fuerte impresión errante dragón al cruzar la puerta—. Dime qué estás haciendo, tengo todo el tiempo del mundo para ayudarte.

—Gracias. Aquí hay mucho que hacer —le explicaba el noble espíritu femenino—. Estamos subiendo estás piedras una a una por la rampa para...

—Perfecto. Me parece bien voy a ayudarte —volvió a decir con suma dulzura y se puso inmediatamente al trabajo junto al Masoquista Evidente (que en este caso es el noble espíritu femenino).

—Hay que limpiarlas bien antes.

—Claro, yo te ayudo a limpiarlas. ¿Así te parece bien?

—Sí, muy bien. Hay mucho trabajo que hacer.

—No importa, yo tengo todo el tiempo que haga falta hasta que esto quede bien.

Ciertamente el cálido apoyo que la impresión errante dragón le está concediendo tranquiliza mucho al Masoquista Evidente. Salta a la vista como se comporta de manera menos nerviosa y poco a poco comienza a mostrar la realidad de su agotamiento interno. Al poco tiempo dice:

—Estoy muy cansado.

—Descansa si quiere —le dice la impresión errante dragón—, yo lo termino.

—No voy a dejarte que lo hagas tú solo.

—Cómo quieras, ayúdame entonces.

De repente ahora ya no era que le estuvieran ayudando

sino que él ayudaba. Muy inteligentemente la fuerte impresión errante dragón se había apoderado de su trabajo como si fuera su idea. Así imponía un ritmo pragmático y activo, muy resolutivo y nada nervioso o alocado. Con este ritmo, el Masoquista Evidente de nuevo declara su agotamiento. Lo que interesa es que descansen físicamente y mentalmente, por dentro y por fuera sin que el descanso le produzca el complejo de insuficiencia.

—Mañana seguimos, si te parece bien —propone por fin el noble espíritu femenino.

—Claro como quieras —le dice la impresión errante dragón y ambos se sientan a descansar. Enseguida el Masoquista Evidente se queda plácidamente dormido en el regazo del maestro.

—Perfecto —nos dice en voz baja la fuerte impresión errante dragón—. Es lo que necesitamos. Tiene que descansar. Cuando despierte y sienta energías internas, rechazará los engaños del Sádico, no le dará un lugar para esconderse. Pero hay más Masoquistas Evidentes y debemos tapar todas esas posibilidades para que el Sádico no halle un hueco donde ocultar su complejo de inferioridad y se vea obligado a producir por sí mismo. Ahora voy a duplicarme, una parte de mí se quedará aquí velando el sueño de este primer masoquista. La otra dúplica se irá corriendo a realizar el mismo ejercicio con el siguiente Masoquista Evidente.

—¿Cuál es? Hay otros tres... —le preguntamos en voz baja y fraternal para no estropear el momento.

—El siguiente en el orden de conversión aconteció en la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes. Ahí es donde hay que ir. Es el segundo Masoquista Evidente. Sigue a mí dúplica, yo me quedo aquí. Pero antes tenéis que pasaros de nuevo por la casa del Sádico y de nuevo entrar sin preguntar, darle otros tres bofetones con amor incondicional materno y salir rápido.

Seguimos entonces a la dúplica de esta fuerte impresión errante dragón hasta las puertas de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda donde ya realizamos una primera acción contra el Sádico. De nuevo no entró de golpe, no fue brusco sino que se apoyó en la entrada moviéndose de manera extraña. Estaba intentando confundirse a sí mismo, preparándose para no pensar y entrar desde su propio caos interno. En el momento donde ni él mismo lo esperaba, cruzó a gran velocidad la puerta, sin que le dieran permiso de entrada, se plantó allí en el interior y sin mirar a los ojos al Sádico le dio tres fuertes bofetones maternos mientras le gritaba y zarandeaba caóticamente:

—¡Sal de aquí y hazlo por ti mismo! ¡Tú puedes igual que todo el mundo! ¡Tú puedes! ¡Y nadie va a ayudarte! ¡Nadie!

En un abrir y cerrar de ojos la fuerte impresión errante dragón salió de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda cerrando la puerta de golpe a su paso. Fue todo muy rápido, fugaz y muy confuso al igual que la primera vez.

—¿Y ahora qué? —le preguntamos a la duplica de la impresión errante dragón.

—Ahora vamos corriendo a ver al segundo Masoquistas Evidentes. El primero ya está cubierto. Si ellos siguen ofreciendo un escondite al Sádico nuestra acción aquí habría sido en vano. ¡Rápido! ¡Sígueme! Muévete con agilidad pero no pierdas tu misterio al moverte.

Al llegar la duplica de la fuerte impresión errante dragón a la enorme puerta de la casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes no entró de golpe, no fue brusco sino que se apoyó en la entrada moviéndose de manera extraña. De nuevo en esta ocasión parecía que estaba intentando encontrar la calma interna, el orden y el ritmo pausado de fuerte amor incondicional paterno. Así iba a defenderse del segundo Masoquista Evidente y a rescatarlo. La última vez que entramos nosotros terminamos haciendo preguntas en lugar de adaptarnos a lo que estaba acon-

teciendo. No lo hicimos bien y se puso más nervioso, no sabíamos esto de observación/adaptación/participación.

—Ya estoy aquí —dijo con suma dulzura la réplica fuerte impresión errante dragón al cruzar la puerta—. Dime qué estás haciendo, tengo todo el tiempo del mundo para ayudarte.

—Gracias. Aquí hay mucho que hacer —le explicaba la impresión errante femenina—. Estamos recolocando tóxicos, ya están en su sitio pero hay que revisar bien todo.

—Perfecto. Me parece bien voy a ayudarte —volvió a decir con suma dulzura y se puso inmediatamente al trabajo junto al segundo Masoquista Evidente (que en este caso es la impresión errante femenina).

—Hay que revisar todas muy bien.

—Claro, yo te ayudo. ¿Así te parece bien?

—Sí, muy bien. Hay mucho trabajo que desempeñar.

—No importa, yo tengo todo el tiempo que haga falta hasta que esto quede bien.

Ciertamente el cálido apoyo que la impresión errante dragón le está concediendo tranquiliza mucho al segundo Masoquista Evidente. Salta a la vista como se comporta de manera menos nerviosa y poco a poco comienza a mostrar la realidad de su agotamiento interno. Al poco tiempo añade:

—Estoy muy cansado.

—Descansa si quiere —le dice la impresión errante dragón—, yo lo termino.

—No voy a dejarte que lo hagas tú solo.

—Cómo quieras, ayúdame entonces

De repente ahora ya no era que le estuvieran ayudando sino que él ayudaba. Muy inteligentemente la réplica de la fuerte impresión errante dragón se había apoderado de su trabajo como si fuera su idea. Así imponía un ritmo pragmático y activo, muy resolutivo y nada nervioso o alocado. Con este ritmo el segundo Masoquista Evidente de nuevo declara su agotamiento.

Lo que interesa es que descansen físicamente y mentalmente, por dentro y por fuera sin que el descanso le produzca el complejo de insuficiencia.

—Mañana seguimos si te parece bien —propone por fin y se duerme.

—Perfecto —nos dice en voz baja la dúplica de la fuerte impresión errante dragón—. Es lo que necesitamos. Tiene que descansar. Cuando despierte y sienta energías internas rechazará los engaños del Sádico, no le dará un lugar para esconderse. Pero hay más Masoquistas Evidentes y debemos tapar todas esas posibilidades para que el Sádico no halle un hueco donde ocultar su complejo de inferioridad y se vea obligado a producir por sí mismo. Ahora voy a duplicarme de nuevo, una parte de mí se quedará aquí velando el sueño de este segundo masoquista. La otra dúplica, la tercera, se irá corriendo a realizar el mismo ejercicio con el siguiente Masoquista Evidente.

—¿Cuál es? Hay otros dos... —le preguntamos en voz baja y fraternal para no estropear el momento.

—El siguiente en el orden de conversión sucedió en la casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha. Ahí es donde hay que ir. Es el tercer Masoquista Evidente. Sigue a mí tercera dúplica, yo me quedo aquí. Pero antes tenéis que pasaros de nuevo por la casa del Sádico y de nuevo entrar sin preguntar, darle otros tres bofetones con amor incondicional materno y salir rápido.

Seguimos entonces a la tercera dúplica de esta fuerte impresión errante dragón hasta las puertas de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda donde ya realizamos una primera acción contra el Sádico. De nuevo no entró de golpe, no fue brusco sino que se apoyó en la entrada moviéndose de manera extraña. Estaba intentando confundirse a sí mismo, preparándose para no pensar y entrar desde su propio caos interno. En el momento donde ni él mismo lo esperaba cruzó a gran velocidad

la puerta, sin que le dieran permiso de entrada se plantó allí en el interior y sin mirar a los ojos al Sádico le dio tres fuertes bofetones maternos mientras le gritaba y zarandeaba caóticamente:

—¡Sal de aquí y hazlo por ti mismo! ¡Tú puedes igual que todo el mundo! ¡Tú puedes! ¡Y nadie va a ayudarte! ¡Nadie!

En un abrir y cerrar de ojos la fuerte impresión errante dragón salió de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda cerrando la puerta de golpe a su paso. Fue todo muy rápido, fugaz y muy confuso al igual que la primera vez.

—¿Y ahora qué? —le preguntamos a la duplica de la impresión errante dragón.

—Ahora vamos corriendo a ver al tercer Masoquista Evidente. El primero y segundo ya están cubiertos. Si ellos siguen ofreciendo un escondite al Sádico nuestra acción aquí habría sido en vano. ¡Rápido! ¡Sígueme! Muévete con agilidad pero no pierdas tu misterio al moverte.

Al llegar la tercera duplica de la fuerte impresión errante dragón a la enorme puerta de la casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha no entró de golpe, no fue brusco sino que se apoyó en la entrada moviéndose de manera extraña. De nuevo en esta ocasión parecía que estaba intentando encontrar la calma interna, el orden y el ritmo pausado de fuerte amor incondicional paterno. Así iba a defenderse del tercer Masoquista Evidente y a rescatarlo. La última vez que entramos nosotros terminamos haciendo preguntas en lugar de adaptarnos a lo que estaba aconteciendo. No lo hicimos bien y se puso más nervioso, no sabíamos esto de observación/adaptación/participación.

—Ya estoy aquí —dijo con suma dulzura la duplica fuerte impresión errante dragón al cruzar la puerta—. Dime qué estás haciendo, tengo todo el tiempo del mundo para ayudarte.

—Gracias. Aquí hay mucho que hacer —le explicaba grácil deidad femenina de la derecha—. Estamos pasando a limpio todos los periódicos de anteriores etapas.

—Perfecto. Me parece bien voy a ayudarte —volvió a decir con suma dulzura y se puso inmediatamente al trabajo junto al tercer Masoquista Evidente (que en este caso es la grácil deidad femenina de la derecha).

—Hay que reescribirlos todos muy bien.

—Claro, yo te ayudo. ¿Así te parece bien?

—Sí, muy bien. Hay mucho trabajo que hacer.

—No importa, yo tengo todo el tiempo que haga falta hasta que esto quede bien.

Ciertamente el cálido apoyo que la tercera dúplica de la impresión errante dragón le está concediendo, tranquiliza mucho al tercer Masoquista Evidente. Salta a la vista como se comporta de manera menos nerviosa y poco a poco comienza a mostrar la realidad de su agotamiento interno. Al poco tiempo añade:

—Estoy muy cansado.

—Descansa si quiere —le dice la impresión errante dragón—, yo lo termino.

—No voy a dejarte que lo hagas tú solo.

—Cómo quieras, ayúdame entonces

De repente ahora ya no era que le estuvieran ayudando sino que él ayudaba. Muy inteligentemente la tercera dúplica de la fuerte impresión errante dragón se había apoderado de su trabajo como si fuera su idea. Así imponía un ritmo pragmático y activo, muy resolutivo y nada nervioso o alocado. Con este ritmo el tercer Masoquista Evidente de nuevo declara su agotamiento. Lo que interesa es que descanse físicamente y mentalmente, por dentro y por fuera sin que el descanso le produzca el complejo de insuficiencia.

—Mañana seguimos si te parece bien —propone por fin y se duerme.

—Perfecto —nos dice en voz baja la dúplica de la fuerte impresión errante dragón—. Es lo que necesitamos. Ahora voy a duplicarme de nuevo, una parte de mí se quedará aquí velando el

sueño de este tercer masoquista. La otra dúplica, la cuarta, se irá corriendo a realizar el mismo ejercicio con el último Masoquista Evidente que son las alegres ánimas de la casa masculina. Pero antes tenéis que pasaros de nuevo por la casa del Sádico para ver si ya ha cambiado su actitud y ha realizado algún logro personal que le llene de satisfacción y fuerza.

Seguimos entonces a la cuarta dúplica de esta fuerte impresión errante dragón hasta las puertas de la casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris donde ya realizamos dos acciones contra el Sádico. Pero al llegar nos encontramos la enorme puerta abierta. Es muy buena señal. Al entrar las gráciles deidades ya no se mostraban seductoras ni llenas de belleza, estaban normales. Habían producido un logro y se encontraban satisfechas de sí mismas.

—¿Y ahora qué? —le preguntamos a la fuerte impresión errante dragón.

—Ahora ya no es un Sádico. Le podemos llamar el Antiguo Sádico y aunque no genera ya relación patógena con los masoquistas, siempre tenemos que revisarlo. Hay tendencia a que regrese. Sobre todo los primeros días. Tiene que seguir produciendo logros sin encontrar un refugio donde esconder sus miedos. La puerta tiene que estar abierta.

—¿Se ha terminado la guerra?

—Es posible. De momento la causa profunda se ha terminado. Pero no debemos cantar victoria.

—¿Y nosotros qué hacemos?

—Nada. Ahora dejamos de ser un Dragón y nos convertimos en un Ave Fénix.

—¿Y qué hace una impresión errante ave fénix?

—Lo primero es que no atribuyamos ningún mérito ante el Sádico. No hemos hecho nada, todo ha sido mérito propio y personal suyo. Si cometemos el error de presumir de logro, se lo robaremos y volverá a su complejo de inferioridad. Y luego el

Ave Fénix es el nuevo ser que surge de la muerte para lucir una nueva vida así que estamos de celebración. Alegres y optimistas. Todo pasó. Se terminó el problema, es el fin de la guerra...

—Pero si me has dicho antes que no sabemos si la guerra ha terminado.

—No importa, no lo sabemos, igual no ha terminado, pero nosotros celebramos junto al Sádico sus logros personales. Sin exagerar, con plena objetividad y realismo porque sigue siendo inteligente. Sin exagerar pero sí con optimismo. Es el fin y es momento de celebrar la victoria. Todo pasó, se terminó...

La fuerte impresión errante, esta vez transformada en ave fénix, se presentó ante las gráciles deidades femeninas del Gran Palacio Negro de la izquierda y con una voz distinta, alegre y jovial, extrovertida, amigable e infantil les dijo:

—Felicidades, se acabó. Es momento de celebrar lo que habéis logrado por vosotras mismas.

—Pero tú nos has ayudado mucho —respondieron las gráciles deidades femeninas de la izquierda.

—Yo no he hecho nada, todo habéis sido vosotras. Este sale de dentro, cómo mucho he ayudado un poco a guiaros durante el proceso. Pero estoy impresionado por vuestra fuerza, no era fácil y lo habéis logrado con fuerza personal. Ahora a disfrutarlo y seguir igual. ¿Veis como sí se puede? ¿Veis como no es tan difícil? Es muy sencillo y lo habéis hecho vosotras.

—Bueno, no es para tanto.

—Claro que lo es, yo soy un exagerado y algo ridículo pero en realidad estoy muy contento.

Las gráciles deidades femeninas de la izquierda se ríen, se han contagiado de la celebración y eso las ayuda a sostener su logro y a querer más. Es importante que quieran más porque nada se termina con un solo logro. Ahora han de seguir realizando día a día su trabajo natural.

—¿Y ahora qué? —le preguntamos a la impresión errante transformada en ave fénix—. ¿Te quedas aquí y vamos a por el cuarto Masoquista Evidente?

—No, no me quedo aquí. No es necesario, solo hay que aplaudir el logro, transmitir la fiesta pero hay que dejar al Antiguo Sádico que celebre por sí mismo. Recuerdo que no podemos atribuirnos nada, si nos quedamos mucho tiempo estaremos robando su celebración. Nos vamos, y debemos cambiar de nuevo nuestra apariencia interna y regresar al Dragón para visitar al cuarto Masoquista Evidente que se encuentra en la casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris.

Al llegar la fuerte impresión errante dragón a la enorme puerta de la casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris no entró de golpe, no fue brusco sino que se apoyó en la entrada moviéndose de manera extraña. Volvía a ser un dragón y de nuevo en esta ocasión estaba intentando encontrar la calma interna, el orden y el ritmo pausado de fuerte amor incondicional paterno. Así iba a defenderse del cuarto Masoquista Evidente y a rescatarlo. La última vez que entramos nosotros terminamos haciendo preguntas en lugar de adaptarnos a lo que estaba aconteciendo. No lo hicimos bien y se puso más nervioso, no sabíamos esto de observación/adaptación/participación.

—Ya estoy aquí —dijo con suma dulzura la réplica fuerte impresión errante dragón al cruzar la puerta—. Dime qué estás haciendo, tengo todo el tiempo del mundo para ayudarte.

—Gracias. Aquí hay mucho que hacer —le explicaba la alegre ánima masculina de color blanco y gris—. Estamos cubriendo necesidades. Hay muchas...

—Perfecto. Me parece bien voy a ayudarte —volvió a decir con suma dulzura y se puso inmediatamente al trabajo junto al cuarto Masoquista Evidente (que en este caso es el alegre ánima masculina).

—Hay que cubrir todas muy bien.

—Claro, yo te ayudo. ¿Así te parece bien?

—Sí, muy bien. Hay mucho trabajo que hacer.

—No importa, yo tengo todo el tiempo que haga falta hasta que esto quede bien.

Ciertamente el cálido apoyo que la impresión errante dragón le está concediendo, tranquiliza mucho al cuarto Masoquista Evidente. Salta a la vista como se comporta de manera menos nerviosa y poco a poco comienza a mostrar la realidad de su agotamiento interno. Al poco tiempo añade:

—Estoy muy cansado.

—Descansa si quiere —le dice la impresión errante dragón—, yo lo termino.

—No voy a dejarte que lo hagas tú solo.

—Cómo quieras, ayúdame entonces

De repente ahora ya no era que le estuvieran ayudando sino que él ayudaba. Muy inteligentemente la cuarta dúplica de la fuerte impresión errante dragón se había apoderado de su trabajo como si fuera su idea. Así imponía un ritmo pragmático y activo, muy resolutivo y nada nervioso o loco. Con este ritmo el cuarto Masoquista Evidente de nuevo declara su agotamiento. Lo que interesa es que descanse físicamente y mentalmente, por dentro y por fuera sin que el descanso le produzca el complejo de insuficiencia.

—Mañana seguimos si te parece bien —propone por fin y se duerme.

—Perfecto —nos dice en voz baja la dúplica de la fuerte impresión errante dragón—. Es lo que necesitamos.

—¿Y ahora? —preguntamos—¿Se tratan a los Masoquistas Ausentes?

—No es necesario, ellos son los que siempre han sabido la realidad de todo así que en cuanto vean que la guerra se ha terminado saldrán también a celebrar y a participar normalmente.

—¿Y entonces?

—Ahora tenemos a nuestras dúPLICAS cuidando de cada uno de los Masoquistas Evidentes. Y al Sádico en solitario celebrando sus logros personales y el fin de ese complejo de inferioridad. Sigamos ayudando a los Masoquistas Evidentes, que descansen bien y cuando estén recuperados del todo, los visitaremos uno a uno, esta vez transformados en Ave Fénix para que igualmente celebren sus logros y el fin de su complejo de insuficiencia. Con esto la relación patógena se habrá roto en el interior y la guerra tocará su fin. Pero recuerda, cuando vayamos a visitarlos ya no somos Dragón sino Ave Fénix y como tal lo primero es no nos atribuyamos ningún mérito ante ninguno. No hemos hecho nada, todo ha sido mérito propio y personal de cada uno de ellos. Si cometemos el error de presumir de logro, se lo robaremos y volverán a sus respectivos complejos. Y luego el Ave Fénix es el nuevo ser que surge de la muerte para lucir una nueva vida, así que estamos de celebración. Alegres y optimistas. Todo pasó. Se terminó el problema, es el fin de la guerra...

—Papá. Papá... ¿cómo te encuentras? —le pregunta su hija menor Olga después de terminar el tratamiento.

—Está perfecto —interrumpe el curandero— Ahora a celebrar que todo pasó. Se acabó. Por fin. Lo ha hecho muy bien. Seguro que en casa estáis orgullosos de tener el mejor médico del mundo y padre bueno y perfecto.

—Nada de eso —se ríe Víctor aún confundido.

—Al menos sí el más guapo y simpático del mundo, ¿a qué sí? ¡Míralo como brilla!

—Claro —responde Olga también riéndose— Es el padre más guapo y listo del mundo.

—Se acabó —concluye el extraño curandero.

LA CURACIÓN

La vida

Víctor, la noche después del tratamiento durmió como hacía años. Soñó con su etapa de estudiante cuando quería ser el mejor médico del mundo y desarrollar nuevas formas de tratamiento. Está regresando a su Camino Natural el cual fue abandonado hace muchos años, más o menos al entrar a trabajar en el hospital. Ahora veía las cosas desde esa posición y con esa fuerza interna que le empujaban a desarrollar las Virtudes del Cielo Anterior.

—¿Cómo te encuentras papá? —le pregunto Olga a su padre al día siguiente.

—Igual. Más o menos igual. No he notado nada, la verdad.

—¿Quieres que volvamos? Nos quedan aquí cinco días, tal vez sea bueno que repitan y reforcemos el tratamiento.

—Más que nada por ti cariño. Vamos al curandero, eso que es muy gracioso. Yo me siento igual y los dolores... bueno, un poco mejor tal vez.

En los siguientes cinco días fueron rigurosamente a reforzar lo que había acontecido. El curandero repitió dicho tratamiento casi de forma idéntica, con la misma maestría difícil de valorar pero cuyos posos profundizaban como raíces milenarias.

—¿Cómo le ves?—preguntó el curandero a su hija menor,

aprovechando una ocasión cuando Víctor no les oía.

—Sinceramente: él dice que está más o menos igual, pero yo le veo que su comportamiento es distinto. Propone ideas y planes que jamás antes había compartido conmigo. Y está durmiendo mucho mejor. Ha vuelto a leer cosas de medicina como si fuera un estudiante de nuevo. Pero los síntomas dice que casi igual, un poco mejor de dolor en los huesos y las manchas de la piel se le están quitando. Pero ya se le estaban marchando desde que llegamos a la isla. ¿El corazón le aguantará?

—No hemos tratado directamente al corazón —le explicaba el curandero a Olga—. Su corazón está bien, el problema estaba en la relación entre otros órganos, principalmente el riñón izquierdo. Claro que todo en último término va a parar al corazón y allí necesita fuerza para atajar los errores de más abajo. Convendría que volviera en unas semanas a tratarse de nuevo.

—Está demasiado lejos y el viaje es caro. Por favor, entiéndelo. Además tiene que volver a su trabajo en el hospital...

—No debería seguir trabajando allí —advierte el curandero ahora mirando a otro lado—. Al menos no con la actitud de siempre.

—Se lo hemos dicho mil veces durante años pero nunca ha podido o no se ha atrevido a cambiar.

—Yo ya no puedo luchar más. Escucha: puede seguir allí si cambia de actitud y logra crecer. Pero lo mejor es que dé un giro.

—Ya lo ha intentado muchas veces pero el sistema le vuelve a ganar una y otra vez. Tiene que salir de allí y realizar su sueño que es montar una clínica privada. Lleva años con eso. Desde que yo era niña.

—Tenéis que tener cuidado —le explica a Olga y ahora le clava los ojos de frente—porque las relaciones patógenas se van con cierta facilidad, pero con la misma regresan si no se hace lo correcto. Es muy común que se alivien los síntomas y volvamos a nuestros errores y de nuevo el cuerpo nos avisa otra vez. Aquí

no acaba la terapia por eso recomiendo que volváis en cuanto sea posible.

—Pero el viaje es caro...

—La belleza de la vida —le grita ya desde lejos— está en luchar siempre, si ves que se acomoda o se rinde entonces aparecerán los síntomas y ahí es cuando os espero.

Al llegar a casa Víctor se mostró muy contento de ver a su mujer Sofía y a su hija mayor Mónica. Realmente su actitud era distinta y lucía un gesto infantil y alegre. Inmediatamente Sofía reconoció a la persona de la cual se había enamorado muchos años atrás.

—Las manchas de la piel las tienes mucho mejor —le dicho Sofía al verlo.

—Sí, el sol de la isla me ha venido muy bien.

—También le duele menos la cabeza y los huesos —quiso apuntar su hija menor Olga.

—Sí, más o menos —rectificó el propio Víctor— algo me sigue molestando la cabeza y los huesos casi igual.

—¿Pero no vas a negar que te han venido muy bien los tratamientos papá? —exclamó Olga visiblemente enfadada.

—Claro que sí hija mía, estoy muy agradecido al viaje. Ha sido maravilloso poder estar juntos tantos días. Y también los tratamientos me han ayudado.

Olga avisó a su madre y a su hermana mayor Mónica que no tocaran el tema de dejar el hospital. No tenían que atribuirse nada, ni intentar formar su decisión. Mientras más lo hicieran, él reforzaría su complejo de inferioridad que, aunque estaba totalmente curado, podría volver en cualquier momento.

—¿Y de qué le hablamos? —preguntaba Sofía.

—Mostraros como si os diera igual tanto si sigue en el hospital como si se monta su soñada clínica privada. Y cualquier avance que haga lo mismo, intentar no reforzárselo porque

es una forma de atribuirnos vosotras algo de mérito. Entonces le puede volver el complejo y boicotear todo de nuevo o, puede que le dé por simular como que no le afecta y jugar a lo contrario. Tiene que salir de él, me lo explicó el curandero. Y según dice, va a salir si no lo estropeamos nosotras, la sociedad o cualquier otro factor externo.

—Me parece bien —confirmaron ambas.

Efectivamente Víctor, sin el apoyo de su familia comenzó a plantearse de nuevo dejar el hospital. Claro está, no nos podemos engañar, a su edad sería muy irresponsable ya que le quedaban unos diez años para la jubilación y podría perder los derechos que el gobierno le debía por todos sus años de trabajo.

—Haz lo que quieras Víctor —le decía su mujer aparentando indiferencia según el consejo que trajo su hija menor. Personalmente lo encontraba un miedo absurdo. Diez años son muchos y a estas alturas estar pensando en los beneficios de la jubilación, le parecía absurdo. Otra excusa de las suyas. Era mucho más importante su vida.

Durante todo ese año le estuvo dando vueltas. Al no encontrar el empuje de su familia tuvo que dedicarse él solo, lo cual le hacía muy bien para su complejo de inferioridad relativa a sus Virtudes. Y entonces, Víctor encontró una muy buena solución que sin embargo resultó ser al comienzo muy subconsciente. En realidad, el plan, venía del propio Antiguo Sádico. Allí en el Gran Palacio Negro de la izquierda, en su casa femenina querían compensar el tiempo perdido y dibujaron un plan magistral. Los síntomas regresaron, pero esta vez no eran dolores de cabeza sino vértigos muy fuertes. Y de nuevo se vio en una de las camas de su hospital. Sin duda este vuelve a ser un gran momento para intentar entrar en su interior a ver qué nos encontramos. Si aceleramos lo suficiente tal vez podríamos preguntarle a una de las deidades femeninas del Gran Palacio Negro de la izquierda. Allí es donde se encontraba el Sádico, y no sin asombro, al llegar

nos seguimos encontrado la puerta abierta. Todo parece correcto. Al cruzar la enorme puerta vemos, no un palacio lujoso y elegante sino más bien un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. En realidad se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. Nada fuera de lo normal, un riñón izquierdo sano y fuerte.

—Disculpa, grácil deidad musical. ¿Todo bien por aquí?

—Sí —responde con suma normalidad—, gracias por preguntar.

—¿Entonces qué son esos síntomas que padece Víctor en estos momentos?

—Si te fijas, en Sangre verás que ya no hay guerra. Hace tiempo que existe una relación patógena. Todo circula con una abierta y natural comunicación. Pero nos hemos tomado la licencia de causar un falso síntoma: vértigo. De tal forma que nos permita la posición concreta donde nos dejen desarrollar nuestras Virtudes.

—No entiendo, ¿los síntomas son falsos?

—Sí, más o menos, los causamos nosotros pero no hay nada grave. Pretendemos algo muy sencillo. En el hospital verán que Víctor no se recupera y eso le permitirá pedir una excedencia sin perder los beneficios de los años que ha trabajado en el hospital. En cuanto tengamos dicha excedencia laboral retiraremos los síntomas sin más secuelas. Todo el Imperio está a favor de esta estrategia secreta, lo hemos aprobado por unanimidad e incluso desde el Palacio Imperial.

—¿Víctor es consciente de lo que está haciendo?

—Más o menos —responde la grácil deidad—, no del todo de momento porque es parte del plan, que se deje llevar. Se dará cuenta de esta estrategia cuando pase un tiempo y logremos el objetivo de la misma.

—Me parece un plan excelente y muy bien trabajado. Se

nota que ahora sí hay cooperación y acuerdos entre todos.

La idea de la excedencia se la dio a Víctor su propio jefe, tal y como si él mismo se la hubiera introducido poco a poco a través de impresiones errantes. Víctor se hizo el tonto y lo negó al principio para dejar una buena imagen. A los pocos días se presentó en su despacho con cara pálida y le dijo:

—Creo que tienes razón, voy a tomar esa excedencia durante dos o tres años. Me gustaría seguir ayudándoos, pero es cierto que mi salud es ahora frágil.

Dos días antes de firmar los papeles, Víctor Vila no tenía ni un sólo síntoma. Pero le daba vergüenza reconocerlo. Se presentó a la firma maquillado como si siguiera pálido y poniendo voz de fingida debilidad. Ni siquiera a su familia le comentó nada. Pero al firmar su excedencia laboral durante dos años prorrogables hasta cuatro, no pudo contenerse más y se presentó en casa dando gritos de sobrada alegría.

—¡Papá! ¿Ya no tienes vértigos?

—Olvídate de eso hija mía, ahora lo importante es que soy libre. ¡Libre! ¡Libre! ¡Libre!...

Volvió a dedicarse al deporte, volvió a estudiar y a sonreír. Recuperó la vida sexual con su mujer como cuando se conocieron. Se encontraba pletórico y rejuvenecido. Y entonces tres meses después de la firma reunió a su familia y les dijo:

—Según el gobierno y dada mi excedencia laboral no estoy en disposición de seguir ejerciendo como médico. Solo quería anunciar que en secreto he estado mirando locales y he comprado uno para montar mi clínica privada. Lo voy a hacer de manera clandestina, me da igual. Si me pillan ya veremos por donde salgo. He estado investigando y creo que ya sé como quiero tratar a los pacientes.

Aquella noticia produjo un suspiro en todos los miembros del grupo tan profundo y pleno que se escuchó en todos el árbol

genealógico, incluso en el abuelo paterno, Andrés, quien murió en su ambulancia. Todos respiraron hondo y sintieron fuerza de unión. Víctor lo había logrado, sin más ayuda que su fuerza interna, sin más motivación que su propia Esencia. Se había buscado la posición/destino para poder desarrollar sus Virtudes naturales y contribuir esencialmente en este mundo. Si entráramos ahora a su interior lo veríamos todo con la misma armonía que cuando era un niño. Las relaciones entre todos los palacios del interior son de amor y cooperación y eso le conduce a una serie de decisiones acertadas que se van encadenando para producir un trabajo maravilloso. En poco tiempo su clínica privada, clandestina, era todo un éxito en cuanto a pacientes y resultados.

Víctor logró sin darse cuenta, un clima similar al que vio durante su tratamiento en la isla cuando su hija menor Olga le llevó de vacaciones. Si entras en su clínica privada, no muy grande, verás una sala diáfana con muchos pacientes esperando. Víctor entendió que hacer esperar al paciente y ponerle nervioso, tal y como le pasó a él, es importante para luego asestar el golpe de confusión que gire el ángulo de vida del paciente. Allí se apreciaba una tranquilidad, incluso alegría y optimismo. No daba la sensación de que al acercarse a alguno de ellos la conversación fuera a ser de queja y dolor. Luego al fondo verías una puerta... bueno, es más correcto decir un marco sin puerta con una cortina. Allí, detrás de la cortina, se sitúa su espacio para los tratamientos. La diferencia con aquella sala que vio en la isla es que aquí, sí está todo muy limpio e higiénico. Cada cultura necesita sus formas distintas. Pero lo básico es que el paciente, al estar esperando, su cerebro se quede en un estado neutro mientras sus órganos internos, el sistema nervioso autónomo, se excitan. Dicho de otra forma que el Emperador no se defienda, que se quede como dormido para que no de órdenes que estropeen la terapia. Mientras que los palacios del interior se revolucionan, se mueven e interactúan entre ellos. Esto es lo que Víctor llamó fase Dragón donde incluye la decoración y distribución del

espacio. El trabajo del Dragón es cortar la cabeza al paciente y excitar su sistema nervioso autónomo. Luego, si cruzamos la cortina, también veremos que no trata a un solo paciente a la vez. Al igual que el curandero de la isla, tiene a varios al mismo tiempo y se mueve ágil y misterioso entre todos ellos. Considera que eso ayuda enormemente al Dragón a realizar su trabajo y cortar la cabeza a los pacientes. Cuando los pacientes se ven a sí mismos como parte de un colectivo y no como un individuo tratado con excelencias (tal y como hacían en su hospital) el cerebro se pone menos caprichoso y deja más espacio al sistema nervioso autónomo. Es en el grupo donde debemos entender nuestra posición/destino y en el grupo es donde debemos vernos reflejados.

—¿Como grupo familiar siempre os ha costado seguir las normas de la sociedad? —pregunta el Dr. Vila directamente al paciente.

—Sí, ¿cómo lo sabe? —responde el paciente confundido.

—¿En qué momento tu padre dejó de hacer sus funciones? ¿Les vas a hacer siempre caso a los caprichos infantiles de papá?

—No entiendo la pregunta —responde el paciente e impresionado con la presencia fuerte del Dr. Vila rompe a llorar sin saber la razón.

—Responde —le vuelve a pedir riéndose de él con cierta dulzura—¿En qué momento tu padre dejó de hacer sus funciones? Y si quieres llorar hazlo bien. Usa el estómago para respirar. Responde, ¿en qué momento tu padre dejó de hacer sus funciones?

—No entiendo la pregunta —dice el paciente que no para de llorar—. Nuestro padre siempre estuvo ahí...

—Pero se cuidó más a sí mismo. ¿De cuantos trabajos le echaron?

—Siempre fue un idealista... Le echaron de muchos trabajos y no siempre encontraba otro trabajo fácilmente. ¿Cómo lo sabe?

—Vas a dejar de obedecer los caprichos inmaduros de tu

padre —afirmó acusando al paciente—. ¿O vas a seguir esperando su aprobación hasta que te mueras? ¡Igual no llega nunca! ¿Igual no existe esa aprobación paterna? ¿Igual no interesa a nadie? ¿Te interesa a ti doctor Arturo? A mí no por lo menos... ¡Pero tú espera que igual un día llega y descansas en paz!

—¿Y eso qué significa en términos médicos? —quiso preguntar la mujer del paciente que se encontraba junto a él.

—Tiene una relación patógena entre órganos internos que lleva ahí durante años cuando se giró el ángulo. Hay un sádico en el riñón derecho y varios masoquistas tanto en el hígado, el otro riñón y el pulmón. Las deidades de la casa femenina del riñón derecho sufren un complejo de inferioridad. Probablemente a causa de un padre que insistió en sacarlos de la sociedad. Supongo que su padre jamás aprobó sus deseos de pertenencia a grupos considerados oficiales. Pero el paciente siempre necesitó cooperar con sus pasiones que no sé cuáles son, pero estarán relacionadas con algo oficial...

—Yo siempre quise ser profesor y ... —el paciente ya no llora pero está visiblemente emocionado al escuchar el resumen de su vida.

—¿Entonces el problema está en el riñón derecho? —pregunta la mujer del paciente—¿Quiere decir que tendríamos que operarlo? ¿Extirparlo?

—Sí, claro, se lo quitamos ahora mismo y un trozo va para los perros y el otro para su padre a ver si lo quiere o igual no lo quiere y lo rechaza.

—¡Me da igual que no lo quiera! —grita el paciente y vuelve a llorar.

—A mí también me da igual que no lo quiera, ese es su problema y no el nuestro —sentencia el Dr. Vila y se marcha bruscamente para atender a otros pacientes. Con este gesto, deja claro al paciente que no es el único que sufre, que no es importante su vida sino que somos un colectivo y la fuerza está en el grupo.

—¿Y ahora cual es el tratamiento? —susurra confundido el paciente a su mujer—. ¿Algún medicamento? ¿Supongo que lo de extirparle el riñón derecho era una broma? ¿Verdad?

—Claro que no era una broma pero no te preocupes que ya se lo he extirpado —responde Víctor que logró oírles desde lejos—Ven. Tumbate aquí boca arriba que voy a enseñarte a respirar...

Víctor avanzó mucho y desarrolló, casi sin darse cuenta, una técnica que realmente funcionaba. No era como siempre le habían enseñado durante sus estudios de medicina, él quería algo que no fuera aliviar síntomas sino una curación más definitiva y duradera, algo que ayudara a los demás a eso que a él le costó tanto: encontrar su Camino Natural y desarrollar sus Virtudes. Les quería dar a los pacientes la fuerza interna para que encontraran su posición/destino. La técnica no era infalible, resultaba muy complicado jugar con algo así. Muchos pacientes no querían cambiar o no podían por la presión que el exterior ejercía en ellos.

—Creo que no todos —le explicaba Víctor a su hija Olga—podemos desarrollar a lo que hemos venido. Somos muchos y eso causa cruces de intereses. Veo pacientes que no pueden cambiar porque si lo hacen perjudicarían algo en su entorno que es más importante y que ya se mueve adecuadamente.

—¿Quieres decir que no todos tienen curación? —le pregunta Olga que también está en esto de la medicina.

—Creo que no...

—¿Y para esos qué haces?

—Alivios. Lo que me han enseñado en la carrera. Es mejor no tocarlos porque si logran un cambio, dañan a esa estructura mayor y más importante y eso les causará solo problemas. Al final tendrán que ceder. Y en la lucha se sentirán bien, pero luego los síntomas aumentarán. Incluso podrían morir si son un estorbo a lo que realmente ya funciona y es importante.

—Tú sí que lograste cambiar y recuperarte completamente —le recuerda Olga.

—Sí, pero no tenía nada más amplio que yo. Bueno, sí, está claro, el hospital y todo el sistema social, pero con mi retirada y crecimiento por otro lado no he dañado, de momento, semejante entidad.

No es todo tan sencillo, ojala pero somos muchos y las envidias flotan como hojas en un río. No hay ni que decir que con el tiempo sí terminó por molesta. Cuatro años después de estar funcionando con su clínica privada, se presentó el hijo del director del hospital donde trabajó el Dr. Vila durante muchos años. Era un chico de apariencia normal, ni muy de aquí ni muy de allí, sin nada que llamara la atención a simple vista. Llegó allí de incógnito, enviado por su padre. Aparentando que quería un tratamiento. En realidad tenía problemas de piel que no se le iban con nada. Era muy nervioso y reactivo. Su padre, el director del hospital encontró la clínica privada de Víctor porque un paciente suyo fue al hospital a recoger sus pruebas y les contó todo, incluso la dirección. Ya se le iban a terminar sus cuatro años de excedencia, más otros que volvió a pedir, alegando que seguía con problemas cardíacos. El director, algo envidioso y molesto porque siempre fue su sueño montarse en privado, quería saber a qué se estaba dedicando y si realmente estaba incapacitado. Su hijo, en secreto, durante una semana tomó fotos, habló con los pacientes y consiguió sus teléfonos. Luego le entregaba toda la información a su padre. El caso es que su hijo se recuperó de sus problemas de piel pero eso no le importó al director del hospital quien levantó una querrella contra Víctor. Así es como un buen día se presentó allí la policía y le cerró su clínica privada clandestina.

—Ya me esperaba algo así —le decía Víctor a su familia—. Pero no importa, voy a abrirla en otro lado. Volverán a

tardar un tiempo en encontrarme...

Cuando dijo aquello, Víctor no sabía que el director el hospital había acumulado muchos datos contra él. Se realizaron varios juicios, con testigos y pruebas médicas que confirmaban su estado perfecto de salud. Víctor para evitar la cárcel tuvo que volver a trabajar a sus 57 años en el hospital, abandonando toda actividad privada. Si le volvían a pillar ejerciendo la medicina de manera clandestina y sin el rigor científico sería multado, perdería los derechos de su jubilación y podría incluso ir a prisión.

—Ser médico al final, en esta ocasión, me ha hecho más daño que beneficio —le decían Víctor a su familia totalmente derrumbado.

LA MUERTE

El Cielo Anterior

Víctor Vila murió a la edad de 65 años (66 si contamos el año antes de nacer) de un “repentino” infarto cardiaco. Pero fue así porque en realidad comprendió que su trabajo ya estaba realizado y se sentía un estrobo para sus distintos grupos de pertenencia. Todo de manera subconsciente claro, él no programó su muerte conscientemente porque si no, jamás lo hubiera logrado. Pero subconscientemente se dio cuenta del momento perfecto por distintos motivos. Sus hijas justo al volver él a trabajar en el hospital (después de los juicios y ser forzado por la ley) anunciaron ambas que estaban embarazadas. Primero fue Olga y luego Mónica. Sus nietos, con los que estuvo ocho años, le dieron la vida. Su hija menor Olga se graduó como doctora pero ella si aprendió la lección y logró todos los permisos necesarios para montarse de manera independiente. Abrió su consulta privada donde su padre la estuvo ayudando durante los últimos tres años. Pero Olga, siempre muy lista e independiente, aprendió muy rápido y superó al padre; tenía sus propias ideas y llegó un momento donde sentía que tenía que seguir ella sola sin influencias. Necesitaba descubrir las cosas por ella misma. Así fue durante toda la vida desde muy pequeña. Pero Víctor no sabía frenarse y últimamente siempre estaban discutiendo y con roces absurdos

que nadie sabía arreglar.

También se dio cuenta de que estorbaba para el crecimiento personal de su hija mayor Mónica a quien le vendría muy bien cobrar la herencia para cambiarse a una casa mayor donde su hijo, y otro que estaba en camino pudieran tener piscina. Mónica jamás se le pidió y ni lo pensó, pero sumó a la hora de dejarse morir pues sabía que mejoría la vida de su hija y sus nietos. También sintió que estorbaba a su mujer ya que al volver a trabajar en el hospital, sus síntomas regresaron y Sofia tenía que andar cuidándolo. Temía que todo fuera a más y terminar siendo un viejo pesado. Víctor observaba como su mujer era mucho más feliz con sus nietos, se sentía útil y jovial. Tener que atenderle a él la hacía sentirse por el contrario mayor y realmente perdía fuerzas para ayudar a sus hijas y sus nietos, ahora cuando más la necesitaban. Sofia también quería que Mónica tuviera el dinero necesario para mudarse a una casa más grande. No lo decía pero se la veía siempre buscando la fórmula imposible. Estos eran sus motivos para dejarse morir relativos a su vida familiar.

En cuanto al trabajo de su vida también sintió que morir en ese momento dejaba un buen mensaje. Durante los años que estuvo forzado a volver a trabajar en el hospital no se quedó callado ni un solo día. Criticó al sistema de salud y a la manipulación de las multinacionales, a los fármacos y el negocio de la enfermedad, donde nadie le interesa que la gente se cure definitivamente ni interesa a la sociedad que haya muchos sanos, plenos y felices. Todo eso no mueve la rueda de la economía. Al sistema económico le va bien un sistema de salud que use paliativos y medicamentos que solo alivien, y de paso que destruyan por dentro las fuerzas personales y la voluntad de seguir el Camino Natural. Al sistema económico le interesan trabajadores obedientes y todos los que están perdidos lo son, y las pastillas son perfectas para que en su interior todo se pierda. Tanto habló el doctor Víctor Vila de estos asuntos a sus compañeros en el hospital que supo reconocer ya el exceso.

—Está bien que quieras compartir tus conocimientos con los médicos jóvenes del hospital —le explicaba Sofía—, pero si sigues tan insistente vas a causar el efecto contrario. Van a comenzar a criticarte a ti o a llamarte loco. Es mejor que ya lo dejes, todos saben el mensaje, no hace falta que insistas. Es el momento de no decir nada más y esperar que en ellos con el tiempo vayan creciendo tus palabras. Ahora se tienen que dar cuenta por sí mismos.

—Tienes razón —reconocía Víctor a su mujer.

Le hizo caso a su mujer e intentó guardar silencio al respecto, pero aun así había machacado tanto los temas, que su sola presencia producía un aumento de dicho mensaje en los otros médicos. Ya era complicado no insistir. Intentó hacerse ver lo menos posible, ir poco por la cafetería, trabajar más retirado. Entonces, como sentía fuerte la necesidad, hablaba no con sus compañeros médicos sino con los pacientes.

—Las pastillas —explicaba entusiasmado a los pacientes y familiares cuando nadie más le oía—no son solo peligrosas por los efectos secundarios. Es algo aún más terrible porque te van borrando por dentro la fuerza personal para desarrollar su Camino Natural. Y si te alejas de este camino, tu organismo te enviará síntomas, sostendrá la enfermedad porque es la forma que tiene de avisarte en espera de que escuches y regreses. Las pastillas te roban a ti y a todos los que de ti se hubieran beneficiado, del trabajo esencial de tu vida.

El director del hospital, otro nuevo y no el que tanto daño le causó, estaba ya harto de él y sus sermones. Comenzó a hacer lo posible para que le jubilaran y para que no viera muchos pacientes, y para que no le hicieran caso sus compañeros. No obstante, muchos le respetaban porque habían oído su historia personal la cual de por sí se convirtió en una impresión errante fuerte y digna de inspiración. Todos sabían que durante seis años había atendido libremente a muchos pacientes, la mayoría de los cuales se encontraban significativamente mejor. Y es más,

aunque le pese a algunos, gran parte de esto pacientes se presentaban en el hospital y mostraban sus agradecimientos con, tal vez, exageradas alabanzas. Los demás doctores veían estas reacciones impropias de la medicina que ellos profesaban. También observaban insólitos la forma tan inteligente y magistral con la que el viejo doctor redirigía las emociones de sus pacientes. Es cierto que era un poco cansino con sus discursos del negocio de la enfermedad, las pastillas y todo eso del sistema social y las intenciones o intereses..., pero, por otro lado, en el hospital era una figura, cuanto menos interesante que todos se cuestionaban de una u otra manera. La mayoría no sabían bien si tomarlo como una fuente de inspiración, o como un peligro inminente que era mejor no escuchar. El Dr. Vila sabía todo esto y su muerte lograría por un lado dejar de ser un pesado y por otro evitar de manera contundente la fuerza de sus mensajes. Ya era el momento de cortar las palabras y los mensajes verbales y pasar a un acto simbólico potente y definitivo. Como una forma de regar todo lo que ya había sembrado. Víctor por las noches y en soledad, soñaba con una muerte heroica cuyo impacto causara una estela que terminara, con el tiempo, cambiando el mundo de la medicina, y con él la sociedad de consumo.

En el hospital trabajan un matrimonio de doctores jóvenes a los que todos conocían como el matrimonio Blancos, pues ese era el apellido compartido de ambos. Ellos eran los únicos que no solo escuchaban las quejas del viejo doctor sino que iban constantemente a preguntarle. Le perseguían por los pasillos para observarlo, incitándolo a que contara su visión personal. Durante el último año antes del infarto, Víctor era invitado con frecuencia a visitarlos a su casa. Le trataban como una eminencia y le dejaban hablar sin parar de esos seis años en los que fue pleno y feliz con su clínica privada. Le tiraban de la lengua para que les contara sobre su idea de los masoquistas y el sádico, de los palacios del interior y la forma de comunicación a través de ondas.

—Los procesos de comunicación celular que nos han enseñado son tremendamente lentos. Es imposible que nuestro cuerpo, con toda su complejidad, se coordine para dar respuestas inmediatas, algunas de las cuales llegan incluso antes, como si supieran anticiparse. Toda esta inmensa velocidad es inimaginable a través de intercambios químicos solamente. Nuestro organismo, como todo en la naturaleza, se comunica igual que hacemos ahora en la sociedad moderna. Utilizan el teléfono móvil. Se llaman. Son ondas las que viajan y allí está toda la comunicación. El intercambio químico es una parte de la consecuencia de semejante comunicación.

El matrimonio Blancos, no solo le escuchaba con atención sino que le grababan, tomaban notas como si fuera un profesor de la universidad. Aquello producía en nuestro personaje un estado de inmensa plenitud. Podía sentir como esas grabaciones y notas le sobrevivirán hasta alcanzar muchos años después de su muerte. Se sentía eterno en aquellas “clases” a las que era invitado por aquellos “discípulos” tan entregados. Todo eso se tornó para él tan fundamental en su vida, que reconoció el momento donde, de seguir, ya hubiera producido el efecto contrario. El matrimonio Blancos, a pesar de ser tan amables y atentos en todos los sentidos, admirándole como le admiraban, necesitaban ya comenzar a pensar por sí mismos. Ya tenían todo lo que él sabía, solo estaba repitiéndose. En las cuatro últimas cenas a las que fue invitado antes de morir supo reconocer su repetitivo discurso ya carente de novedad e impacto.

—Es lo mismo que os digo siempre —les explicaba— para qué reiterar más. En los grandes palacios del interior gran parte de la comunicación sale al exterior y depende del contexto. Es como os digo siempre, igual que una hoja flotando en un río que se mueve de un lado a otro, según la presión de la corriente. Si hay presión por un lado se mueve hacia el otro lado. Y así nosotros vamos trazando el camino de nuestra vida...

Era el momento perfecto para morir también en lo relativo

al matrimonio Blancos, quienes se alzaban como posibles discípulos de sus trabajos. Gente joven, con todo por delante, con la fuerza y la posibilidad de hacerle crecer una vez muerto. Pero si seguía interactuando con ellos en unos meses o unos años, le tomarían como un viejo loco o un pesado repetitivo. Había que cortar todo aquello si quería ser responsable con lo que aprendió durante los seis años que fue feliz y estuvo realmente vivo. Además de repente, al sentirse repetitivo con ellos, le entró miedo pues a él le pasó algo similar.

—Escucharme, por favor —les dijo en su última cena—. Yo he tenido solo en mi vida seis años para dedicarme a lo que me pedía mi esencia. Por débil y por tonto me he dejado comer por los demás, por el sistema que me ha manipulado llenándome de miedos. No he sido capaz durante muchos años, que ahora los entiendo cómo años perdidos (en cierto modo), de tomar decisiones a pesar de que sentía que era lo correcto. No cometáis el mismo error que yo. Que no os quiten esa fuerza hermosa que tenéis ahora, porque no hay nada más importante y que os hará sentir vivos y con sentido en esta vida...

Fue por ese miedo repentino a que a sus “discípulos” les pasara lo mismo que a él y a pesar de sentir la fuerza interna, se dejaran arrastrar por el sistema médico y la sociedad del confort, su muerte les daría lucha y poder.

Por otro lado también tenía un nieto, el hijo de Mónica, al que pusieron de nombre Andrés. En nombre no fue coincidencia, tenían pensado otro nombre pero al nacer y verle la cara, Mónica decidió que era idéntico a las fotos del bisabuelo que murió en la guerra conduciendo su ambulancia. Y al parecerse a él, también se parecían al abuelo Víctor. Tal vez por esta influencia o tal vez porque fuera cierto, Víctor reconoció una fuerza en ese nieto que le llenaba de esperanzas. Como una copia de sí mismo, como una segunda oportunidad de volver a luchar, y esta vez tenía que hacerse mucho mejor. Por eso una muerte heroica en cierto sentido le dejaría una historia a su nieto, al cual siempre le

compararían con él, dadas las similitudes físicas. Muerte heroica en el sentido de haber vivido una vida frustrada. Al morir joven, dejaría a su nieto el mensaje de guerrero, de luchador que muere por su causa. Era mucho mejor así que llegar a los 100 años donde ya su mensaje estaría totalmente desvirtuado y tal vez olvidado, incluso por sí mismo. Su nieto necesitaba una historia que le inspirara para llegar a ser un médico como él nunca lo fue. Cuando el pequeño Andrés cumplió 3 años su abuelo Víctor le regaló una caja de madera con un candado sin llave.

—¿Qué es esto papá? —le pregunto Mónica, la madre del niño—. No tiene llave cómo lo vamos a abrir

—No lo tenéis que abrir, por eso no tiene llave.

—¿Y qué clase de regalo es el que no se puede abrir ahora?

—Es para que lo abra él cuando sea mayor.

—¿Y qué hay dentro, si se puede saber?

—No se puede saber, por eso no tiene llave.

El abuelo Víctor metió en una caja de madera las grabaciones y las notas que pidió al matrimonio Blancos. Allí estaba todo su trabajo durante esos seis años de vida donde logró saltar su esencia. Lo hizo, como decimos, sin ser del todo consciente de que se iba a morir pero al mismo tiempo siguiendo el plan que su interior estaba preparando. En realidad sabía que la historia de su vida era de frustración y por mucho que ya viviera, jamás iba a cambiar ese mensaje en las siguientes generaciones. Si nos saltamos la niñez y parte de la adolescencia, se puede decir que Víctor Vila vivió su vida solo durante seis años. Hay gente que no logra ni siquiera un año, así que no está tan mal para una sociedad donde cuesta que te permitan desarrollarte. Esos seis años de vida los consideraba Víctor como un lujo y suficientes para todo lo que había luchado. Ahora lo importante es que esos seis años causaron una impresión errante que se extendiera y durara muchas generaciones. Era el trabajo de su vida y en parte lo había logrado. Una vida frustrada pero al menos un trabajo en la mesa al que respetar. Todo cuadraba con el momento de su

muerte. De haberse esperado y tal vez haber muerto a los 80 o 100 años de edad, nada le garantizaba que llegara a un momento donde dejara un buen mensaje. Lo más probable es que por el contrario fuera él mismo perdiendo fuerzas, dejara de quejarse y criticar, se adaptara a una vida serena con su familia y tal vez incluso perdiera la cabeza y su muerte fuera un alivio para todos en lugar de un impacto importante. No quería un recuerdo así, se sentía responsable de contribuir y logró una muerte que ciertamente dio energía a muchos y un buen mensaje a otros.

Pero vayamos a visitar de nuevo su interior justo el día de su muerte donde le sorprendió el infarto cardíaco definitivo. Podía haber muerto en la cama pero todo encajaba mejor si lo hacía en el propio hospital. Así que cayó allí fulminado a las 9:31 un lunes sin ni siquiera lograr entrar. Le quedaba una semana para jubilarse. Y se quedó agarrado a la puerta de la entrada para morir con más de la mitad de su cuerpo fuera y la cabeza dentro del hospital. La puerta quedó rota al caer sobre ella, un acto simbólico perfecto para el que lo quiera entender. Sus propios compañeros fueron al rescate, entre ellos el matrimonio Blancos que él sabía perfectamente que estaban cerca. Pero nadie pudo hacer nada. La noticia corrió devastando a su familia y a algunos médicos del hospital, al propio director y sin duda a sus queridos pacientes.

Tan solo unas horas antes, mientras dormía en su última noche, el debate en su interior era intenso. Si pudiéramos alcanzar ahora la velocidad necesaria y la sintonía concreta tal vez lograríamos entrar en su interior justo en el momento en que duerme a falta de pocos minutos para que suene el despertador de su último día.

—¿Qué está pasando? ¡Hay demasiada tranquilidad aquí! —podríamos preguntar al llegar a Sangre.

—Yo no lo sé —responde una alegre ánima que pasaba por allí—. Llevan ya meses con un debate a puerta cerrada en el Gran Palacio Negro pero a las ánimas no nos dejan entrar. Ni a

las *palabras de humo y eco*. Y muchos menos a cualquier emisario o espía del Emperador.

—¿Entonces quienes están en ese debate?

—Tan solo están allí reunidos los productores —dijo la alegre ánima.

—¿Y no sospecháis nada aquí fuera? ¿De qué puede ser el debate?

—No tenemos ni idea, lleva ya meses con esas reuniones secretas pero no hay quejas porque luego sale de allí mucha fuerza para todos. Algo bueno estarán tramando. Cada uno con su trabajo y eso les corresponde a ellos.

Mejor será ir directamente a las puertas del Gran Palacio Negro a ver si nos dejan entrar. Al llegar nos encontramos con un estricto control de vigilancia del cual se encargan los nobles espíritus del trabajo, ahora transformados en espíritus fronterizos.

—¿Dónde crees que vas? —nos pregunta los nobles espíritus fronterizos.

—Llevo siguiendo la vida de Víctor desde sus inicios, incluso antes de que naciera. Me gustaría saber el debate que está teniendo lugar en un momento tan importante.

—¿Quién te ha dicho que es importante? ¿Las ánimas? Hay que tener cuidado que el Emperador tiene espías por todas partes, si esta información llega al Palacio Imperial, será imposible llevar a cabo la misión. No puede salir nada de aquí...

—Me lo han dicho las alegres ánimas, pero ellas no saben nada y están muy confiadas.

—Si quieres, puedes pasar pero ya no te vamos a dejarte salir nunca.

—¿Nunca?

—Tranquilo, creo que será cuestión de pocas horas.

Al cruzar por última vez, la enorme puerta nos sigue sor-

prendiendo no ver un palacio lujoso y elegante sino más bien, un templo con cierta humildad a pesar de su imponente tamaño y majestuosidad. En realidad se parece a un gran instrumento musical con numerosos pasillos por donde se diría silban melodías entremezcladas y una especie de viento deja aires de absoluta inteligencia. Para un visitante acostumbrado a nuestro ritmo y velocidad, apenas percibiría más que silencio. Los sonidos son de ondas tan grandes, que su gravedad se escapa a nuestros sentidos. Realmente no parece que allí esté sucediendo nada. Solo si pudiéramos grabar durante por ejemplo diez años de la vida de Víctor, y luego reproducirlo todo en menos de un minuto, entonces sí lograríamos escuchar algo. Entonces escucharíamos una hermosa melodía de gráciles ondas profundas, que nos daría incluso imágenes de lo importante y lo colectivo. Veríamos los momentos claves de la vida de Víctor, donde se producirán giros que determinarán el destino subsiguiente. Por eso son sonidos que se crean pasados los años, ya que a veces hay cambios que parecen importantes en la vida y luego no lo son, y al revés, en ocasiones aparecen gestos de la vida, a simple vista irrelevantes, que terminan convirtiéndose en un destino. Todos esos giros que solo sabemos cuando han pasado años, son los que aquí en el Palacio Negro producen la hermosísima música existencial. Si lográramos la velocidad suficiente tal vez veríamos el debate que está sucediendo en el tablero de este Gran Palacio Negro donde se reúnen, solamente y para esta ocasión, los productores. Estaban ambos reyes de ambos palacios negros de la izquierda y la derecha y también numerosas impresiones errantes del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes y tenían también su presencia los nobles espíritus del Gran Palacio Amarillo y Ocre. Luego como invitado especial se podía ver a un sirviente del Comerciante, un grupo pequeño de *palabras de humo y eco*, cuya aportación resultaba interesante pero que jamás dejarían que salieran de allí para que jamás legaran el corazón al cerebro.

—Hoy es el día perfecto —decía con fuerza la Gran Reina

Materna—, llevamos meses preparándolo y todo encaja ahora. Solo tenemos que buscar el acto simbólico de su muerte que cierre todo el trabajo.

—¿De verdad vais a matar a Víctor? —alegaban muy asustadas las *palabras de humo y eco*—. ¡Pero todos moriremos!

—Lo siento —le explicaba la Gran Reina Materna—, en realidad entiendo vuestro pánico, pero ciertamente, tanto las ánimas del pulmón, las *palabras de humo y eco* del corazón y pericardio, así como toda el Palacio Imperial quedará destruido para siempre.

—¡Y eso les da igual a los productores! —gritaban desesperadas las *palabras de humo y eco*—. ¡Claro como vosotros teníais otra vida, no os importa lo que nos pase al resto!

—Lo entiendo —decía con suma tranquilidad la Gran Reina Materna—, es vuestra condición, ser egoístas y egocéntricas dado que solo veis una parte pequeña.

—¡Puede que solo veamos una línea recta pequeña! —seguían gritando las *palabras de humo y eco* allí invitadas—¡Pero podemos imaginar lo terrible de la muerte!

—No, no podéis —le explicaba con voz grave la Gran Reina Materna—y así tiene que ser. La línea recta cuando intenta alcanzar más lejos, solo logra perderse en el sinsentido. Y tiene que ser así porque vosotras defendéis al individuo, la unidad aislada. Pero aquí las decisiones debemos tomarlas nosotros, ya que entendemos todo desde una visión amplia.

—¡Los egoístas sois vosotros! —protestaban desesperadas las *palabras de humo y eco*.

—Déjalo —le pedía la Gran Reina Paterna a la Gran Reina Materna—. No es su trabajo entenderlo y por condición, no pueden. Sigamos con nuestro trabajo.

—A la mierda con la visión amplia —gritaban las *palabras de humo y eco*—. Estáis todos locos y no entendéis nada... ¡Dejarnos salir! ¡Dejarnos salir!

—Saldréis todas en los últimos segundos.

—¡No! ¡Ahora! ¡Dejarnos salir! ¡Dejarnos salir!

—Solo os diré una cosa y no quiero respuesta, —sentenció la Gran Reina Materna—no existe como tal el individuo ni la individualidad. Sé que no es vuestra condición ver algo así pero en realidad, Víctor no existe como tal, sino como parte de una cadena para la cual el tiempo solo es un orden de la energía.

—¡No! ¡Ahora! ¡Dejarnos salir! ¡Dejarnos salir! —insistían desesperadas las *palabras de humo y eco*.

—No te esfuerces —le volvía a pedir la Gran Reina Paterna a la Gran Reina Materna—. Tiene que ser así, no pueden entenderlo y es bueno que así sea. No es su trabajo.

—Hagamos un trato —decían intentando ser lógicas las *palabras de humo y eco*—. Hagamos un trato: nos dejáis salir y prometemos no decir nada el Emperador, ni siquiera llegaremos al corazón. Pero os podemos garantizar que Víctor, si sigue viviendo, lo hará bien. Y ayudará a mucha gente que es lo que os gusta a vosotras...

—¡Por favor! ¡Ya está bien! —dijo el Gran Rey Materno—Es absurdo que ahora perdamos el tiempo con esto. Estamos todos los productores de acuerdo en que hoy es un día perfecto. Llevamos preparándolo meses así que centrémonos en el acto simbólico que es lo importante.

Ahora entendemos por qué este debate es a puerta cerrada para el resto del Imperio y un secreto muy estricto. En realidad ninguno de los que están aquí morirá con Víctor, tanto las impresiones errantes seguirán creciendo y por eso les interesa la muerte en un momento preciso, las gráciles deidades también seguirán creciendo en el árbol genealógico, y los nobles espíritus también crecerán a través del trabajo y obra que han dejado como legado. Todos estos tres productores seguirán viviendo y no así el resto. El Emperador morirá para siempre y junto a él las alegre ánimas y las *palabras de humo y eco*. Todos ellos irremediablemente desaparecerán con Víctor. Si se enteraran en un

momento así, correría el pánico por el Imperio y los productores no podrían elegir el momento correcto. Es solo a los productores a quienes les preocupa, no el individuo sino el grupo, miran con amplitud y observan qué es más beneficioso para todos, independientemente del tiempo y el espacio.

—Pero vayamos por partes —pide la Gran Reina Materna—. ¿Qué impresiones errantes tenemos en el exterior, justo en este momento? ¿Y qué deidades podrían pasar a las siguientes generaciones?

—Como sabéis, tenemos muchas impresiones errantes en el exterior —dejo un representante del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes—. Y la gran mayoría de ellas, las más importantes, pueden crecer mucho, si la muerte de Víctor es heroica. Si por ejemplo muere hoy mismo, les daremos a todos esos inmigrantes de nuestro Imperio, mucha más fuerza para continuar su expansión.

—¿Puedes por favor volver a mencionar dónde se encuentran? —le pide la Gran Reina Materna.

—Empecemos por el matrimonio Blancos quienes han estado tomando notas de los trabajos de Víctor. Ellos se encuentran en estos momentos repletos de nuestras impresiones errantes. Si dejamos pasar el tiempo es posible que muchas de ellas mueran. Ahora es el momento de usarlas adecuadamente y darles fuerza. También disponemos de impresiones errantes en otros colegas del hospital y algunos pacientes. Allí también podríamos aumentar su fuerza para que tomaran territorio. Y tenemos también a su hija menor, Olga, con la que ha trabajado en los últimos años. Una muerte en este momento, haría que las impresiones errantes de su padre permanecieran fuertes durante mucho tiempo. Y Olga, como sabemos todos, es la principal en el legado de su trabajo. Así sus Virtudes y su vida tendrás larga duración.

—No hay que olvidarnos del nuevo nieto Andrés —apuntó la Gran Reina Materna.

—Claro que —prosiguió el representante del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes— allí no tenemos actualmente ninguna impresión errante pero sí una buena conexión con las deidades. Cuando crezca le irán informando de lo que fue su vida y poco a poco ganaremos terreno también allí. Todo cuadra.

—¿Y qué hay del momento social? —preguntó la Gran Reina Materna dirigiendo su mirado a la Gran Reina Paterna.

—Me temo que también es un buen momento. Actualmente la medicina se encuentra atascada pero hay mucha gente con ganas de cambiar. Es posible que la muerte de un médico que trabajó durante seis años sin cobrar y con métodos diferentes, cause un interés en muchos. Pero sí interesa que deje su herencia ahora a su hija Mónica, para que se compre la casa grande. Eso a ella sí le dará una posición social importante para crecer.

—Entonces debemos buscar un momento simbólico adecuado —concluye la Gran Reina Materna—. Tiene que ser hoy mismo. Ya tenemos todo muy bien organizado. Preparar todo, que sigan sin saber nada en el Palacio Imperial y para salir todos juntos una vez llegue el momento. Luego nos iremos dirigiendo cada cual a su función para dar fuerza allí donde nos necesitan.

—¿Qué os parece si muere en su escritorio sobre los papeles que completan su obra? —aportó el representante del Gran Palacio Amarillo y Ocre.

—Yo creo que sería más impactante, si es posible, que muriera abrazado a su mujer y sus hijas —dice el Gran Rey Paterno.

—Sería un acto simbólico demasiado fuerte y peligroso. Puede causar daños irreparables en los miembros del árbol —advirtió la Gran Reina Materna.

—¡Qué frialdad! ¡Cómo podéis hablar así! —protestaban lloriqueando las *palabras de humo y eco*—. ¡Qué más da la forma de morir! ¡De cualquier manera vale, si al final nada importa!

—Van a estropear todo estas idiotas *palabras de humo y eco* cortas de visión y llenas de egoísmo—decía al Gran Rey Paterno.

—Déjalas, no están diseñadas para entenderlo —propuso el representante del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes.

—Volviendo al tema —añadió la Gran Reina Materna— creo que lo mejor será dejarlo sobre la marcha. Esperemos a ver como transcurre el día, hay que estar atentos a las señales del exterior que nos pueden facilitar un actos simbólico fuerte para la muerte. Si estamos atentos, sabremos reaccionar en el instante preciso.

Aquella mañana en la que Víctor Vila habría de morir se despertó más tarde de lo normal. En seguida pudo sentir una alegría interna y una ligereza poco común. Ninguno de sus síntomas habituales le molestaba.

—Buenos días —saludó a su mujer con un tono de clara vitalidad.

—Qué reluciente te has despertado hoy —apuntó Sofía al verlo.

—Me siento muy bien.

—¿Y eso? ¿Alguna razón en particular?

—Solo que te quiero mucho. Siempre te he querido y has sido un regalo hermoso toda mi vida.

—¡Así de repente! ¿No me estarás ocultando algo?

—Nada. Te lo digo como lo siento.

—A ver si te despiertas así más días...

Víctor le dio el último beso a su mujer en las manos, en ambas manos unidas para dejar claro que lo que más amó de ella fue siempre su capacidad de construir. En el trayecto camino del hospital, miraba por la ventana del coche el paisaje. Ahora registraba detalles que jamás antes logró percibir. Encontró precioso absolutamente todo, y más aun la luz que incidía en los edificios, en las aceras y en los árboles. Miró al cielo y vio como esa luz salía de entre las nubes, las mismas con las que él jugaba de niño a imaginar formas. En sus pulmones entraba sin

duda más aire que de costumbre. Respiraba con plenitud, como si entrara su vida completa, desde la niñez hasta ahora, todo en cada inspiración. Era sin duda una mañana preciosa. Se paró un momento y llamó a su hija menor Olga. No sabía muy bien qué quería decirle pero sintió por dentro que tenía que hacerlo. Pero ella no contestó al teléfono. “Perfecto —pensó— mucho mejor así”. Y continuó su camino sin entender lo que había hecho y dicho, pero sin hacerse preguntas.

Al llegar al aparcamiento del hospital, los sonidos se volvieron muy presentes. El eco que dejaba su coche se extendía por todas partes en un hermoso y profundo silencio. Abrió la puerta para salir y de nuevo el sonido se expandió muy lejos de allí. Se sentía como nunca, muy perceptivo y alerta, con plena conciencia del presente. Vio de lejos al matrimonio Blancos que también llegaron a esa hora, pero no quiso saludarlos, les regaló desde lejos una pequeña sonrisa que nadie vio. Normalmente subía por la escalera interior del hospital pero aquel día y sin preguntarse la razón, prefirió salir a la calle y entrar por la puerta principal. Sencillamente sentía la necesidad de hacer algo distinto a lo de siempre y quería además seguir capturando toda esa belleza que aquella mañana, entraba con tanta facilidad. Cuando se aproximaba a la puerta principal del hospital donde caería muerto sin ni siquiera llegar a entrar, todo parecía moverse muy despacio. El tiempo se estaba extendiendo y en cada segundo cabían infinidad de estímulos, información y recepciones. De repente a dos pasos de la entrada, sufrió el primer pinchazo en el corazón y junto a él, y por primera vez, aunque ya había sufrido otros infartos, sintió una luz blanca que le abría por dentro. Todo su cuerpo se escapaba con esa luz blanca tan inmensa como mil veces hermosa. Sentía que estaba entregándose al mundo en su totalidad y esa sensación era la más grata que jamás había capturado. Cerró los ojos para disfrutarla mientras su cuerpo caía al suelo. Instintivamente logró agarrarse a la puerta y allí mismo quiso quedarse para siempre. Sin embargo de su boca, y no en-

tendió porque pues se sentía sin tiempo y sumido en una estado hermoso, salieron unas palabras: “ahora no”. Por suerte nadie le escuchó pues eso podría haber estropeado el plan de toda su siguiente vida, y así lo sintió. Abrió los ojos ya desde el suelo preocupado por si alguien había escuchado esas estúpidas palabras. Vio a unos desconocidos que se acercaban y quiso entender que uno de ellos decía:

—¿Qué ha dicho?

—No se le ha entendido nada —respondió una voz y con ella descansó para seguir disfrutando de su expansión.

El Cielo Anterior

Muchos años después de la muerte de Víctor Vila, un descendiente directo suyo, nació muerto. Entonces su madre, que se encontraba en una remota montaña, encontró un templo donde unos monjes lo revivieron con sonidos graves y una serie de golpes en la espalda. El bebé volvió a respirar y durante años, su madre le estuvo cantando con sonidos graves, aplicando ungüentos de hierbas y dándole masajes en la espalda. Cuando alcanzó la edad de los 65 le dieron un premio internacional de medicina por importantes descubrimientos relacionados con el funcionamiento del cuerpo y las emociones.

Algunas generaciones antes, una tatarabuela suya también nació muerta. Los médicos querían intervenir pero la madre intuitivamente salió corriendo por la puerta de atrás con su bebé en brazo. Al llegar a un descampado encontró una lata vieja y desesperada se cortó las manos. Entonces untó a su hija con su propia sangre por todo el cuerpo, incluso le dio de beber y la niña recobró la vida. Fue el remedio perfecto, tal vez el único posible. Sin embargo, y también hay que decirlo, cuando la niña cumplió los 14 años, su madre murió de una extraña enfermedad en el hospital más prestigioso de la ciudad. Estudió medicina y abrió una consulta privada que tuvo mucho éxito. Murió a la edad de 101 años siendo muy reconocida y querida por todo el mundo. Sus trabajos cambiaron para siempre la forma de entender la

medicina. También algunas generaciones antes, la abuela de este personaje igualmente nació muerta y en esta ocasión fue su padre quien, intuitivamente, le clavó una jeringuilla en la espalda de su hija y recobró la vida. Un acto extraño que sin embargo fue el remedio perfecto. La cadena de descendientes dedicados a la salud continuó indefinidamente.

Otro descendiente anterior fue también un médico de éxito e implementó el concepto de sádicos y masoquistas, no solo en la medicina sino en las ciencias. Las relaciones patógenas en distintos campos como la física cuántica. Llegó a ser el director general de uno de los hospitales más prestigiosos del país. Su nombre era Andrés Vila, el hijo mayor de Mónica (es decir el nieto de Víctor). Desde muy pequeño mostró curiosidad por la enfermedad y su relación con los estados emocionales. Fue un niño algo raro, muy precoz para su edad, siempre aislado con sus libros. Nunca destacó en la universidad pero incluso en aquellos años, se dedicó a crear sus propias ideas sobre el entendimiento del cuerpo humano. Cuando a la edad de 24 años, su madre le dio la caja que su abuelo Víctor le había regalado en su tercer cumpleaños (poco antes de morir), los trabajos de su abuelo prácticamente eran idénticos a los suyos. Esperaba descubrir algo totalmente novedoso pero se decepcionó un poco ya que él mismo alcanzó conclusiones similares.

—¿Estás decepcionado? —le preguntó Mónica.

—No —respondió Andrés—, estoy fascinado porque esto significa algo aún más importante.

—¿Qué quieres decir?

—El abuelo Víctor no solo dejó una caja con sus trabajos, sino que dejó muchas impresiones errantes en mí. Y en más personas, porque aunque nadie se acuerda ya de su nombre, el cuerpo y las emociones se encuentran mucho más cerca que en su época. Pero a mí no solo me dejó impresiones errantes, además llevo en mi interior y sin saberlo hasta ahora, gran parte de sus gráciles deidades musicales. Ellas son las que me han guiado

a descubrir lo que yacía en la caja mucho antes de abrirla.

—No sé de qué hablas pero sin duda eres igual de entusiasta que fue tu abuelo. Al menos esos seis años donde fue feliz.

—¿No lo entiendes mamá? El abuelo murió con la cabeza dentro del hospital y el cuerpo fuera. Su Emperador se centró a la medicina pero sus subconscientes no estaban de acuerdo. Por eso no fue feliz. Pero sacrificó su vida para que otros sí lo fuéramos...

El mismo día que murió, la noticia dejó a Sofía devastada. Siempre se quisieron mucho y se acompañaron en todo momento. Pero ella supo reaccionar bien, entendió los mensajes, el acto simbólico de su muerte y sobre todo, respetar su decisión.

—Él quiso que te diera el dinero para tu nueva casa —le dijo a su hija mayor Mónica—Quería que tú y tu familia tuvierais una mejor posición social para el desarrollo interno de todos.

—¿Él llegó a decírtelo mamá?

—No me lo verbalizó explícitamente pero no importa, yo lo sé. Y quería que yo me ocupara de vosotros para que con mis manos realizara el mismo trabajo que supe darle a él. Por eso se despidió besándome las manos, algo que antes jamás hizo. Fue un gesto claro para pedirme que pusiera todo mi esfuerzo y energía en vosotros o no más en él. Y eso es lo que voy a hacer.

Las gráciles deidades musicales de Víctor Vila, junto con algunas impresiones errantes, visitaron con frecuencia los sueños de su familia. En casi todos ellos aparecía contento y satisfecho, impregnado un halo de determinación y voluntad en la escena. Salvo en el caso de su mujer Sofía, donde se presentaba para cuidarla y acompañarla, para que no se sintiera sola en todo lo que le restó de vida. También se presentó repetidas veces en los sueños del matrimonio Blancos. Allí se que aparecía incluso vestido de médico y aportando determinación, sabiduría y algo

de rebeldía a las emociones.

—He vuelto a soñar con el doctor Vila.

—¡Qué curioso, yo soñé anoche con él! ¿Y te ha dicho algo?

—No, siempre aparece con una sonrisa pero al mismo tiempo me mira como esperando algo de nosotros.

El matrimonio Blancos, el día que se desplomó en la puerta del hospital, estaban muy cerca. Subían desde el aparcamiento cuando escucharon el golpe. Lograron incluso llegar cuando aún respiraba. Lo intentaron incorporar y es entonces cuando murió prácticamente en sus brazos. Aquel matrimonio joven, se llevó un buen grupo de impresiones errantes de las más fuertes y dinámicas. El acto simbólico que se asocia con el momento preciso fue sin duda, excelente. Durante el resto de sus vidas admiraron a aquel viejo doctor que les inició en el mundo de la medicina moderna, donde las ondas son las que hablan entre sí para comunicarse las distintas funciones a desarrollar. Para ellos fue un pionero y llevaron sus trabajos y su peculiar punto de vista a través de espacio y las generaciones. Incluso tuvieron un nieto, que a su vez tuvo un hijo que llegó a ser un médico reconocido, gracias a las impresiones errantes que corrían por su sangre.

—¿De dónde venís vosotras? —preguntaron en el Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes.

—Somos impresiones errantes muy antiguas. Venimos desde lejos.

—¿Y qué traéis?...

Índex

- El Cielo Anterior	3
- RIÑÓN IZQUIERDO	9
La casa femenina del Gran Palacio Negro de la izquierda	
- RIÑÓN IZQUIERDO	25
La casa masculina del Gran Palacio Negro de la izquierda	
- RIÑÓN IZQUIERDO	31
El tablero de posición/destino del Gran Palacio Negro de la izquierda	
- RIÑÓN DERECHO	45
La casa femenina del Gran Palacio Negro de la derecha	
- RIÑÓN DERECHO	55
La casa masculina del Gran Palacio Negro de la derecha	
- RIÑÓN DERECHO	59
El tablero moral del Gran Palacio Negro de la derecha	
- RIÑONES La Virtud del Gran Palacio Negro	69
- LA TORRE Las casas ministeriales de paredes de viento	77
- PULMÓN La casa femenina del Gran Palacio Blanco y Gris	93
- PULMÓN La casa masculina del Gran Palacio Blanco y Gris	105
- PULMÓN La Virtud del Gran Palacio Blanco y Gris	117
- BAZO /PÁNCREAS El Gran Palacio Amarillo y Ocre	123
- BAZO /PÁNCREAS	131
La casa femenina del Gran Palacio Amarillo y Ocre	
- BAZO /PÁNCREAS	139
La casa masculina del Gran Palacio Amarillo y Ocre	

- BAZO /PÁNCREAS	La Virtud del Gran Palacio Amarillo y Ocre	147
- HÍGADO	El Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes	155
- HÍGADO	La casa femenina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes	169
- HÍGADO	La casa masculina del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes	181
- HÍGADO	El tablero de emociones del Gr. Palacio Multicolor con tintes Verdes	189
- HÍGADO	La Virtud del Gran Palacio Multicolor con tintes Verdes	203
- CORAZÓN	El Gran Palacio Rojo	209
- PERICARDIO	El Gran Centro de Reuniones: la Sangre	217
- PERICARDIO	El Gran Centro de Reuniones: la comida	229
- PERICARDIO	El Gran Centro de Reuniones: la defensa en el exterior	245
- PERICARDIO	El Gran Centro de Reuniones: entradas del exterior	253
- CORAZÓN	La casa femenina del Gran Palacio Rojo	265
- CORAZÓN	La casa masculina del Gran Palacio Rojo	275
- CORAZÓN	La Virtud del Gran Palacio Rojo	289
- CEREBRO	El Palacio Imperial	295
- CEREBRO	En el lecho de los mil espejos del Palacio Imperial	311

- La felicidad	315
- El amor	335
- LA ENFERMEDAD Teoría del Ángulo	349
- LA ENFERMEDAD Posición/Destino	367
- LA ENFERMEDAD Relaciones Patógenas entre órganos	381
- LA CURACIÓN El Dragón y el Ave Fénix	411
- LA CURACIÓN La vida	435
- La muerte	447
- El Cielo Anterior	465